
Claudia
Barzana
Una pasión
del pasado

Claudia
Barzana

---

# Una pasión del pasado

*A Luis Antonio González Barzana, Tati, mi querido abuelo asturiano que me inspiró para retratar su tierra.*
*A cada asturiano que vino a este país con la esperanza de tener un futuro promisorio, el mismo que le había sido vedado en su terruño.*

*Yo, que me enamoré de tus alas, jamás te las voy a querer cortar.*

FRIDA KAHLO

PRÓLOGO

# EL REGRESO

*Buenos Aires, 1964*

El sol de la mañana entibiaba apenas el desapacible día otoñal. La ciudad de Buenos Aires había amanecido con su trajinar diario; sin embargo, en ese momento, dentro de la finca de la familia Pinedo todo era silencio y pesar.

En la habitación de la suntuosa construcción del barrio de la Recoleta se encontraba Alba Pinedo. Para ella, los días se fundían con las noches y las horas parecían suspendidas en el tiempo. En su mente todo era confusión, salvo cuando caía en un estado de ensoñación y los recuerdos empolvados por los años, con la fuerza de un huracán, regresaban a su vida, que intentaba apagarse de a poco. Cada tanto, alcanzaba su cuello para comprobar que en él aún pendía el tesoro más valioso, ese que le permitía saber que todo lo vivido había valido la pena. Con el fuerte deseo de recordar una vez más, cayó en una profunda oscuridad y sintió que todo volvía empezar.

*Era septiembre, y en el poblado costero de Llanes tenía lugar una celebración religiosa anual importante: se veneraba a la Virgen de la Guía, patrona de los mareantes. Durante muchos años, alejada de mi tierra, no había participado, y ahora ya nada parecía igual. Esa noche, salimos del templo y acompañamos la procesión con su imagen. La centelleante luz de los ciriales alumbraba el angosto sendero empedrado que nos llevaba hasta la bahía. La cruz sostenida e iluminada por unos jóvenes brindaba un sentimiento místico y espiritual que flotaba y nos arropaba. Sin embargo, para mí había algo más especial y profundo que me hacía estar allí. La emoción no era solo por la festividad, sino por el significado del regreso.*

*No estaba segura de si haber vuelto complicaría aún más mi vida, pero no deseaba pensar en las consecuencias que podría acarrear. A medida que avanzaba, mis dedos se aferraban a la mantilla negra que cubría mi cabellera. El fuerte aroma a nardos envolvía la peregrinación. Mis ojos no solo estaban centrados en el camino que recorría y que conocía de memoria; mi mirada escudriñaba a cada persona que pasaba a mi lado. Algunos eran habitantes de la villa y otros venían desde poblados vecinos. En mi interior no podía negar que buscaba a alguien que hacía tiempo había dejado de ver. La espesa bruma envolvía con un manto gris la costa y las playas ubicadas a los pies del risco, bañadas por el mar Cantábrico.*

*Me detuve un momento para contemplar las oscuras y bamboleantes aguas hasta que un escalofrío me erizó la piel. A pesar de la atmósfera sombría, pude vislumbrar a quien estaba a*

*metros de mí. Mi cuerpo reaccionó y comencé a avanzar como si estuviera poseída por una fuerza que nos unía más allá de todo. Lanzó la colilla sin dejar de mirarme. Para mí nadie más existía en ese momento, no importaba si la gente se había dispersado o si seguía la procesión. Caminé hacia él fundiéndome en la penumbra del lugar.*

*Había soñado mil maneras en las que podía darse ese encuentro, pero nunca esa; supe que todo sería más complicado de lo que sospechaba.*

*Él acortó la distancia que nos separaba. Aunque buscaba intimidarme con la mirada, no lo logró. Era un hombre fuerte que parecía no temer a nadie. Siempre había llevado como estandarte sus convicciones, aunque aquello le acarrease inconvenientes. Nadie buscaba problemas con "el asturiano". Así lo llamaban quienes lo querían y conocían, y quienes buscaban tenerlo lejos. A pesar de la cercanía de nuestros cuerpos podía percibir la distancia que había entre nosotros. Sus dedos acariciaron mi mejilla, quemándome por dentro. El recorrido continuó por mi garganta hasta que rozó la medalla que pendía de mi cuello.*

*Yo necesitaba decirle que ese regalo tan especial aún destellaba en mi cuerpo. Que esa imagen de la Virgen me acompañaba desde aquel día en que creí que no volvería a verlo. Recordé las largas horas de angustia en las que aguardaba por él. Y como decía la leyenda de la Virgen de la Guía, los fuertes rezos habían hecho que la nave fuese guiada de regreso hasta los acantilados de San Antón.*

*Levanté la vista para centrarme en él y comprendí que los recuerdos que estallaban en mi memoria no eran los mismos que resonaban en él. El dolor y la rabia que ocultaba fue lo que me*

*aquietó. Lo único que no hubiese resistido era su indiferencia. Entonces no pude comprender el significado de su mirada. Creía conocerlo, pero estaba claro que no era el mismo.*

*De pronto, jaló la medalla y la guardó en su bolsillo; después, se dio vuelta y se perdió en la oscuridad. Miré a mi alrededor y noté que la gente se había dispersado, y que solo me acompañaba el rugido del mar. Me quedé allí, dejando que afloraran mis emociones, hasta ese instante contenidas, y me invadió un silencioso sollozo. Sin duda, en Llanes había conocido la felicidad, y jamás debería haber abandonado ese lugar.*

La habitación estaba en penumbra, salvo por la luz que alumbraba el cuadro colgado a la cabecera de la cama. Cada vez que se ingresaba en el dormitorio de la dueña de casa, esa obra de arte impactaba no solo por los trazos y los vivos colores, sino por su ubicación. En más de una oportunidad, la familia le había preguntado qué la había llevado a colocarlo allí. Con una sonrisa, Alba contestaba que había sido un capricho dejar la obra de Paul Klee en ese sitio. Carmela, su empleada y asistente de confianza desde hacía muchos años, era la única que sabía que no era un simple antojo.

Alba no dejaba de moverse de un lado al otro de la cama sin salir del estado de ensoñación en que caía cada vez más a menudo. Hasta el momento, había creído que la dolencia al corazón que padecía estaba controlada, pero sin razón aparente su situación empeoró. Cada vez que vivía estos episodios, llevaba su mano al cuello para tomar el dije; no quería que se lo sacasen.

La voz de Carmela, a su lado, no conseguía aquietarla; cuando por fin tomó conciencia de que estaba acompañada por su fiel y diligente empleada, logró calmarse y quedarse dormida.

—Creo que su madre ha empeorado —le informó Carmela a Ramiro Pinedo, el hijo que aguardaba en la sala. Él no había querido acompañarla, solo pasó para saber las últimas novedades.

—No sabía que contabas con conocimientos médicos —dijo con una sonrisa sarcástica.

—Se lo digo porque he observado la evolución de la señora en el último tiempo, y ha empeorado.

—Me encargaré de hablar con el médico. Quizá sea momento de internarla.

Ese no era el deseo de Alba. Ella quería permanecer en la casa. Pero la empleada entendía que, si el estado de salud se complicaba, la situación cambiaría de modo drástico. Y como esta decisión quedaría en manos del hijo, Carmela sabía qué debía hacer.

—Es necesario llamar a la señorita Aitana para que venga.

El gesto de Ramiro fue contundente. Carmela sabía cómo reaccionaba cuando se nombraba a Aitana, su hermana, criada bajo el amparo de su madre. Según él, hijo único durante algunos años, la joven solo había llevado pesar a la familia. En cambio, ella había sido un regalo del cielo, según su madre confesaba a viva voz. A Carmela le costaba creer que él continuase con ese sentimiento hostil. Habían pasado suficientes años, había dejado de ser el joven inseguro que intentaba congraciarse con los suyos para recibir un poco de cariño; ya era un hombre.

—De eso nada. ¿Entendiste lo que te ordené?

—Por supuesto, y eso haré.

Él la miró fijo para que le quedase clara la orden que acababa de dar. Sabía del afecto que Carmela tenía por su hermana y nada le molestaba más que siguiesen consintiendo a una joven que aún no había sentado cabeza.

—No debo aclararte que desde hace tiempo quien da las órdenes aquí y en la empresa soy yo.

La empleada bajó la cabeza. Hasta entonces, nada se hacía sin el control de Alba, aunque pareciera que la señora había delegado en su hijo los hilos del negocio familiar. Todo se ejecutaba con su conocimiento, más desde su reciente viudez.

Cuando Ramiro abandonó la casa, Carmela decidió llamar a la señorita Aitana. Nadie iba a decirle lo que debía hacer con respecto a su patrona, ni siquiera el propio hijo.

—Aitana —dijo al escuchar la expectante la voz de la joven al otro lado del aparato telefónico—, debes regresar, todo se ha complicado.

—Dime que no ha empeorado…

Aitana recordaba que en su viaje anterior su madre estaba bien, aunque con la salud un poco debilitada. En los últimos tiempos había tenido problemas: la muerte de su esposo, los negocios.

—No la veo bien.

—No te preocupes que dejo todo listo aquí y vuelo de inmediato para allá.

—Cuídate mucho.

—Cuídala a ella —replicó en un sordo sollozo.

—Como siempre lo he hecho.

El sonido de la horquilla al finalizar la llamada irrumpió en el enigmático silencio de la casa. La vida y la historia de esa familia se habían trazado entre mentiras dichas a viva voz y verdades

silenciadas, y nada era lo que parecía. Había que aguardar a que Aitana regresara para saber cuáles serían las instrucciones de Alba Pinedo. Hasta ese momento, flotaría en el ambiente una atmósfera de incertidumbre y desconcierto.



CAPÍTULO 1

# LA LLAMADA

*Bariloche, horas antes*

El polvo serpenteaba por el sendero de ingreso a la posada El Alba. Aitana conducía hacia allá la camioneta cargada de víveres. Ingresó por el camino de grava, estacionó y se detuvo a contemplar con orgullo la fachada del lugar. Había diseñado cada detalle; no había dejado nada al azar y había estado presente durante la construcción. No le fue fácil imponerse, a su edad, en un lugar agreste en el que primaban la fuerza de la naturaleza y, en especial, la del hombre. Sin embargo, no estuvo sola; tiempo atrás, Alba se había instalado allí para ayudarla a cumplir el sueño de afincarse en Bariloche. La posada estaba en las afueras del centro comercial. A pesar de que contaba con la posibilidad de regentear el negocio hotelero familiar ubicado en el centro de la ciudad de Buenos Aires, ella había preferido trabajar lejos de su familia, en especial de Ramiro, que estaba al frente de uno de los hoteles.

Aunque debió soportar críticas de los miembros de la familia que la acusaban de no tener cabeza por irse lejos, al medio de la nada, el apoyo de su madre fue clave para que cumpliera su deseo. Por eso no dejaba de admirar lo que había levantado con esfuerzo y tenacidad, aunque no cumpliera con las expectativas de la familia. Había preferido iniciarse con una construcción acogedora y de dimensiones acotadas. Con el tiempo preveía agrandar la posada, pero nada la apuraba para hacerlo. Tenía carácter, y no se apartaría de su objetivo. Ni siquiera su novio había logrado que cambiase la actitud para que no se alejara de Buenos Aires, donde él residía. Unos golpes en la ventanilla del vehículo la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Piensas quedarte ahí dentro por mucho tiempo?

No necesitó mirar para saber que al otro lado estaba Cristina, reclamando la lista de pedidos para el menú que en breve se serviría en el lugar.

—Buen día —replicó con una amplia sonrisa—. ¿Cómo va todo?

Cristina se había transformado en parte esencial del lugar. Era oriunda del Sur y se había acercado cuando vio que estaban levantando una posada. Había ayudado con algunas opiniones, y Aitana supo ver que no solo sería de ayuda, sino que era una joven en la que podía confiar. No se equivocó: desde que se había instalado allí se generó entre ellas una bella amistad y la joven pasó a ser una parte fundamental del lugar, ya que se encargaba del menú que se servía cada día y a toda hora dentro de la posada.

En cuanto Aitana logró abrir la puerta, fue abordada por Tronco, el perro que siempre la acompañaba, su fiel compañero.

—Tenemos un huésped más —exclamó Cristina con alegría.

—¿En serio?

—Aunque no creo que te alegres cuando lo veas, no por su imagen, sino porque parece un poco presumido.

—No te preocupes, sé conducirme con ese tipo de personas —replicó Aitana con una sonrisa. El tema no era un problema para ella, aprendió a lidiar con algunos miembros engreídos de su familia. Además, sostenía que el cliente, en casi todos los casos, tenía la razón.

—Todo tuyo, te aseguro que hoy no salgo de la cocina —agregó Cristina descargando parte de las provisiones que traía en el vehículo.

Aitana atravesó la sala y se dirigió a su escritorio, ubicado a un lado del comedor. Un amplio ventanal daba al exterior. Desde allí podía contemplar el lago. La altura del terreno hizo que eligiera ese emplazamiento, y le permitió aprovechar el declive del parque decorado con flores y arbustos hasta alcanzar un sendero que desembocaba en las frías aguas del lago. Nunca se cansaría de apreciar esa magnífica vista. La decoración del recinto era austera, salvo unos pocos estantes con libros: lo único que resaltaba era un cuadro que le había regalado su madre, ubicado encima de la chimenea. Solo se oía el crepitar de los leños y eso le permitía a Aitana concentrarse en la contabilidad del negocio. Tal era la concentración que no oyó los pasos que se acercaban, y tampoco advirtió que alguien observaba desde la puerta. Solo el gruñir de Tronco, echado debajo del escritorio, hizo que Aitana elevara la vista.

—Hay que andar con cuidado con él, ¿verdad?

Ella supuso que se trataba del nuevo huésped de la posada al que había hecho referencia Cristina, ya que no parecía oriundo del poblado. La vestimenta era de calidad y hablaba con un marcado acento extranjero. El cabello negro le caía hacia atrás rebasando un poco la nuca. Las negras cejas daban marco a los ojos, y la intensidad del color verdoso descollaba en el rostro.

—Eres el nuevo huésped.

—Así es —dijo, y avanzó mientras los gruñidos crecían.

Aitana acarició el lomo de Tronco y de inmediato el animal se tranquilizó, aunque no se movió del lugar. Ella solía interactuar con los turistas en el comedor de la posada, nunca en la intimidad de su espacio. Sin dudarlo se levantó para invitarlo a retirarse, pero fue sorprendida por su comentario.

—Me gusta —dijo frente a la chimenea contemplando la obra de arte—. Es una de las buenas —acotó sin dejar de contemplar el lienzo.

Aitana pensó que si él creía que esa era una manera de iniciar o abrir un diálogo, estaba equivocado.

—Estoy segura de que disfrutará de beber algo caliente en la sala.

Él se volteó y la miró de un modo que no pudo descifrar.

—No he querido ser entrometido.

—No dije eso, solo que este es mi lugar de trabajo y supongo que estará más cómodo en la sala.

Una amplia sonrisa asomó en el rostro del visitante.

—Tienes razón, pero antes debo presentarme, soy Joaquín.

No pudo disimular la sorpresa al escuchar el nombre. Sin embargo, él no le dio la oportunidad de indagar, porque de inmediato, agregó:

—Ser hijo de madre española y padre austríaco hizo que mi nombre no fuera el propicio para Zach, mi apellido. Y algunos de mis amigos españoles me llaman Joaco.

—Un placer, yo soy Aitana, la dueña de la posada.

Algo en ese hombre la había descolocado y no le gustaba. Ella era muy celosa de su intimidad y él acababa de romperla. En cuanto ingresaron en el comedor, observó que él no se ubicaba en ninguna de las mesas distribuidas en el recinto.

—¿No va a tomar algo?

—No, gracias, prefiero salir a recorrer la zona.

—¿Necesita alguna indicación?

—Por ahora no.

Sin más lo vio salir y abordar una camioneta más moderna que la Loba, el vehículo que Aitana manejaba, segura, por los inhóspitos caminos del Sur.

La jornada se desenvolvía apacible y sin demasiados contratiempos, hasta que recibió la llamada desde Buenos Aires para avisarle sobre el estado de salud de su madre.

Reservó inmediatamente un pasaje, y decidió esperar la hora del vuelo yendo a un lugar donde pudiera encontrar cierta paz. Comenzó a caminar por el sendero lindante con la hostería. Subió la cuesta y llegó a una austera capilla de madera, con unos pocos bancos y un crucifijo en el altar. El párroco concurría una sola vez en la semana para ofrecer el servicio religioso. En varias ocasiones, Aitana había colaborado con alimentos de la posada para una comunidad carenciada cercana al poblado. En esa oportunidad, fue a

implorar para que su madre estuviera bien y que nada malo le sucediera. Aún no estaba preparada para perderla. Cuando salió, se sentía más tranquila para encarar el viaje. Mientras regresaba, se detuvo porque creyó oír el crujido de unas ramas secas. Supuso que sería alguien que estaba merodeando la zona. Era común que los turistas salieran a pasear, se desorientaran y se perdieran. Se dio vuelta y no vio a nadie; pensó que habría sido uno de los tantos perros sueltos que custodiaban las pocas propiedades del lugar.

Decidió centrarse en todo lo que debía dejar en orden antes de partir. Al regresar vio a Cristina, que se hallaba en el pórtico del albergue. Apresuró el paso para contarle lo sucedido y quitarse la angustia que sentía. Cristina intentó sosegar a su amiga, pero comprendía que lo haría una vez que viera a su madre.

Poco después y en medio de los preparativos por la partida, Cristina le dejaba una bandeja sobre la mesa de luz.

—Aquí tienes. Quiero que lo comas, aunque no te apetezca. Por unas horas no vas a probar bocado, además en ningún otro lado vas a comer una tarta de frambuesa mejor que esta.

—En eso tienes razón.

—Quédate el tiempo que necesites, aquí tenemos todo arreglado.

—Gracias.

—Debes saber que con tu madre todo saldrá bien.

Aitana intentó contagiarse del convencimiento y la fe de Cristina sobre el estado de salud de Alba.

Aitana llegó a Buenos Aires en una de esas jornadas lluviosas que solía detestar y que comenzó a querer por la insistencia de Alba para

que viera cuán maravillosos podían ser esos días. Mientras contemplaba la ciudad a través de la ventanilla del auto, evocó un momento de su infancia. Los recuerdos la llevaron a un paseo que habían planificado con su madre; el día indicado amaneció lluvioso, y Aitana no quería salir. Alba había hecho lo imposible para que cambiara de opinión, y entonces decidió contarle una historia. Aitana nunca supo si su madre la había inventado para convencerla o si contenía partes de su vida, pero efectivamente logró que cambiara su actitud hacia la lluvia.

Inmersa en los recuerdos, Aitana llegó a destino: la amplia y señorial residencia con amplia escalinata, adornada por columnas y farolas, en el barrio de Recoleta. Recorrer ese lugar hasta alcanzar la plaza había sido uno de los paseos que de niña hacía a diario en compañía de la empleada cuando no podía hacerlo con su madre.

—Aquí está bien —dijo al conductor.

El vehículo se acercó al cordón de la vereda para que ella descendiera. Lo hizo rápidamente, no quería perder tiempo y cuanto antes necesitaba saber cómo estaba Alba. Llamó a la puerta y de inmediato apareció Carmela con los brazos abiertos para recibirla.

—Me alegra mucho que estés aquí.

—Hice lo más rápido posible. Dime cómo está.

—Ahora mejor, se calmó al decirle que vendrías pronto. Aunque ella nunca quiere molestarte, sé que tu llegada la aliviará. Ven a tomar algo caliente antes de verla. Aún está dormida.

Aitana siguió a Carmela hasta la cocina. Era el lugar de la casa que más le gustaba, allí había pasado grandes momentos sin la solemnidad que brindaba la sala cuando debía reunirse con la familia

y amigos para las cenas o tertulias que su madre convocaba a expensas de su padre.

—Aquí tienes.

La empleada había dejado una taza de café humeante junto a una porción de budín de pan.

—Lo hice ayer, pero nadie ha querido probarlo.

Por más que Aitana no tenía apetito, lo comió para que Carmela no se sintiera mal. Ella estaba detrás de su madre cada día, cuidándola.

—¿Sabes si ha sucedido algo en particular para que mi madre se altere tanto? La última vez que estuve aquí andaba mejor.

—Lo sé, por eso me llamó la atención su estado, y te llamé de inmediato, aunque tuve que lidiar con tu hermano.

Aitana ya había supuesto que Ramiro estaba detrás de todo esto.

—Te aseguro que si él ha hecho algo…

Carmela colocó sus manos sobre las de la joven para calmarla. Bastante había tenido que lidiar con ese hermano desde que nació. Sin dudas, los celos de él habían aparecido con su llegada. Había dejado de sentirse el rey de la casa para ser desplazado por esa niña que le quitó la atención de la familia. No entendía por qué con los años no había podido revertir esa situación. Al contrario, el paso del tiempo solo empeoró el vínculo entre ambos.

—En principio, Ramiro no ha hecho nada en particular —dijo Carmela.

Aitana sabía que había diferencias en el manejo del negocio familiar. Las cosas habían empeorado con la muerte de su padre, porque Ramiro creyó entonces que nadie mejor que él podía estar al frente de uno de los dos hoteles que conformaban el acervo familiar.

—Además, ¿sabes las veces que hemos hablado con tu madre para que ella tome las cosas de otro modo y no ponga en jaque a su corazón?

Aitana recordaba las palabras del doctor cuando, luego de los estudios hechos a Alba, le había ordenado que dejara en manos de otra persona los negocios y se dedicara a disfrutar de la vida de otro modo para cuidar su salud.

—Lo sé.

Sentir el cariño y la calidez de Carmela era un fuerte aliciente para sobrellevar la visita a su madre.

—Es mejor que suba hasta su habitación.

—Ve. Mientras, dispongo tus cosas en el cuarto.

Aitana se quedó un momento debajo del dintel observando a su alrededor. El fuerte aroma a nardos la envolvió. Era la flor predilecta de Alba y había orden de que siempre hubiera en la casa, sin que importara cuánto costase conseguirla. Observó a su madre y notó que tenía el semblante tranquilo. La tomó de la mano y le acarició la frente. Alba abrió los ojos y posó la mirada en su hija.

—¿Tan mal me ven para que hayas tenido que venir?

No podía creer que fuera su niña quien estuviera allí, velando por ella. Aún era pronto para un desenlace, no podía dejar todo como estaba.

—Ya hablaré con Carmela, ha sido ella quien te llamó.

—Y lo bien que ha hecho.

—Deja que me levante, así podemos hablar más tranquilas.

—De ningún modo, quédate en la cama, te hace falta descansar.

—De acuerdo, hija, estoy tan feliz de verte que voy a hacerte caso.

Aitana asintió con una sonrisa, algo sorprendida, porque no era habitual que su madre no hiciera su voluntad. Ni en los peores momentos había menguado su carácter. Le dio un beso y le dijo:

—De momento, iré a mi cuarto a ponerme cómoda. En un rato nos veremos para conversar.

Alba asintió al ver a su hija salir del cuarto. Afuera estaba Carmela aguardando saber cómo seguía.

—Va a descansar un rato —le explicó Aitana.

—Qué sorpresa; ya me echará un repertorio cuando me vea. Cuando le dije que vendrías se alegró, pero tenía la mente embotada y aletargada.

Carmela se encaminó a la cocina y Aitana a su habitación.

Mientras, Alba, que se sentía segura sabiendo que su hija estaba en casa, se acomodó en la cama, cerró los ojos, y el sonido de la lluvia lentamente la fue llevando a historias del pasado.

*La mañana había perdido su encanto para mi pequeña Aitana. El cielo acababa de encapotarse y muy pronto se lanzaría un aguacero. Ella siempre había temido a las tormentas, y ese día no sería la excepción. Yo no quería que el plan que había armado para nosotras se cancelase. Tenía pensado llevarla a la tienda Harrods, ubicada en el centro de la ciudad. Ese negocio había sido una de las primeras visitas que hice cuando recién llegué a Buenos Aires. Yo arribaba desde una villa costera y estaba acostumbrada a lugares más austeros. Sin embargo, había sucumbido al lujo y la belleza de la*

*construcción. Después de recorrer los distintos salones con expectación y asombro, tomé el té en un distinguido salón. Por ese motivo, creía que mi hija, aunque fuera una niña, disfrutaría de la visita tanto como yo entonces, cuando tenía veinte años. Además, tenía guardada una sorpresa para Aitana, ya que en esa fecha estarían los Reyes Magos saludando en la tienda. Estaba convencida de que ella disfrutaría como nadie ese día. En tanto yo, pretendía guardar recuerdos, todos los que pudiera acumular y atesorar con mi niña.*

*Cuando entré a su habitación noté que no se había cambiado, aún tenía puesto su camisón rosa, su ropa estaba en la cama. No quitaba la mirada de la ventana.*

*—¿Por qué no te has vestido para el paseo?*

*—Parece que va a llover.*

*—No hay nada mejor que eso suceda.*

*—No me gusta.*

*—Pues debería gustarte, los días grises tienen su encanto y la lluvia también. Quién te dice que alguna vez en una jornada así tu vida cambie.*

*De pronto, Aitana mostró interés. No me costó justificar ni rememorar aquella ocasión en la villa de Llanes, el lugar en que había nacido y crecido. Un día que lo había cambiado todo porque se había transformado en el inicio de algo muy importante para mí.*

*La casa estaba en silencio —comencé a relatar—, mis padres aún no habían regresado del empleo en La Llanisca, la conservera del pueblo y una de las mejores de la zona. Varios habitantes del lugar trabajaban allí. Quizás el año entrante me uniera yo también. Dejé atrás la casa y enfilé hacia el lugar para buscarlos. Como era mi*

*costumbre, me distraje y me desvié hacia el mar, donde los acantilados custodiaban la costa bañada por las azules aguas del Cantábrico. A pesar de haber nacido allí, nunca dejaba de asombrarme la belleza del paisaje, ya que mi fascinación era ese mar fundiéndose con el horizonte. Sin embargo, mi atención se centró en una embarcación que estaba arribando al puerto. Contemplaba las distintas maniobras que la austera nave realizaba en medio de las encrespadas olas que le impedían acercarse a la costa y fondear, pero quien timoneaba volvía a encauzar la embarcación para llevarla a destino. El agua comenzó a humedecer mi cabello, pero no me moví. Quería saber cómo atracaría en el puerto. La lluvia comenzó a caer con mayor intensidad sin que yo abandonara el lugar. En pocos minutos, a pesar de las dificultades, la trainera atracó y de ella salió un joven que miró hacia el punto donde me encontraba. Aunque supuse que no me habría visto y sería otro el motivo por el que miraba hacia allí, me avergonzaba la sola idea de pensar que era por mí. La tormenta se desató y me guarecí en una gruta cercana en la que solía jugar de pequeña. No dejaba de contemplar el muro de agua que había delante de mí. De repente y sin aviso, emergió del vendaval un joven, el mismo que había visto maniobrar en el mar. Mi sorpresa fue absoluta. Creí que también había buscado refugio, pero él no se sorprendió por mi presencia, y me dijo:*

*—No fue mi imaginación, eras tú.*

*Yo no sabía qué contestar, aunque no había dejado de contemplarlo desde que había irrumpido en mi guarida.*

*—Espero no haberte asustado —replicó sin dejar de mirarme—, me llamo Santiago Abascal, aunque me conocen como "el asturiano".*

*Debía romper el mutismo en que estaba debido a su presencia y también dejar de observarlo. A pesar del estado en que se encontraba, era muy atractivo.*

*—Hola, soy Alba —respondí.*

*Una tibia sonrisa se dibujó en su rostro. Sus ojos tenían el mismo color grisáceo de la tempestad. Largas pestañas daban marco a su intensa mirada.*

*—¿Qué haces aquí?*

*—Eso mismo me pregunto yo. No eres de aquí, ¿verdad?*

*No fue mi intención ser descortés, pero acababa de serlo con la manera en que le había preguntado. De haberlo visto antes, lo recordaría. No éramos tantos habitantes en la villa y cada cual sabía dónde vivía y qué hacía cada uno, aunque los hombres de mar eran los que más frecuentaban el poblado. Sabía que algunos se quedaban en otro puerto de la región trabajando para regresar tiempo después con la familia.*

*—Vivo en las afueras de la villa, aunque es fácil localizarme a bordo de mi embarcación, ¿hubo algo que te llamara la atención?*

*—¿Por qué lo dices?*

*—Sentí tu mirada desde que atraqué aquí.*

*No pude detener el sonrojo de mis mejillas. El calor en mi rostro era abrumador y me sentía como una tonta.*

*—No lo dije para incomodarte —repuso él sin dejar de mirarme, y deslizó el pulgar por mi húmeda y sonrojada mejilla— sino para sincerarnos y poder ser amigos.*

*Nunca nadie me había hecho esa proposición. Estaba en esta cueva con un desconocido y lo único que no me había infundido era temor, muy por el contrario. Una atmósfera de cercanía flotaba allí*

*dentro. Con el correr del tiempo pude ponerle nombre a todo aquello.*

*—Entonces, ¿amigos?*

*—Amigos.*

*De inmediato, él selló ese pacto de una manera formal que volvió a sorprenderme. Alargó la mano para estrecharla con la mía. Al tocarla sentí que era la de un navegante. La callosidad en la palma de su mano lo certificaba.*

*—Imagino que no te quedarás por mucho aquí dentro —dijo.*

*Desvió la mirada hacia el exterior y vio que la lluvia había perdido intensidad.*

*—No, debería irme.*

*—¿Te acompaño?*

*—No, gracias, pensaba ir hasta la conservera donde trabajan mis padres.*

*—Yo también debo irme, me espera mi tío, que vive en las afueras de la villa. Allí me quedaré hasta que deba salir con la embarcación.*

*Yo no le contesté ni le dije que deseaba volver a verlo. Notaba que era unos años mayor que yo, y no quería que notara mi inexperiencia.*

*—Alba —me llamó antes de que saliera del refugio—, suelo venir este día de la semana hasta aquí. ¿Te gustaría qué volviésemos a vernos? A mí sí.*

*—¿Aquí? —repliqué azorada por la inesperada y ansiada propuesta.*

*—¿Por qué no?, me gusta —dijo al echar un vistazo—, será nuestro lugar secreto. Eso es lo que tienen los amigos, ¿verdad?*

*—Así es.*

*Yo no contaba con un amigo como él, solo con una amiga que estaba fuera de Llanes en esa época del año. Tendría algo nuevo para contarle. Sin más, salimos y caminamos juntos hasta alcanzar la bifurcación de la calle por la que transitábamos para tomar diferentes destinos.*

*—La semana que viene te esperaré.*

*—Así será.*

*Al alejarme, me parecía que iba caminando sobre algodones y no sobre las empedradas callejuelas de la villa. Antes de alcanzar la esquina me detuve y me volteé para ver hacia dónde enfilaba Santiago, pero su imagen se había evaporado como la brisa en el mar. Desde ese instante no dejaría de contar los días que faltaban para tener nuestro próximo encuentro.*

*Acababa de describir un trozo de la historia a mi hija, que no dejaba de contemplar con fascinación, a través de la ventana, el goteo de la lluvia. Sin embargo, había otro tanto que había rememorado solo para mí, recuerdos que me llevaban a la emoción de aquellos tiempos.*

*—Mamá, ¿te pasa algo?*

*Algunas lágrimas se habían acumulado en mis ojos. Con un gesto casual los restregué, como para quitarme una pelusa.*

*—Nada, mi amor. Solo sé que llegaremos tarde si seguimos hablando. Vamos, termina de cambiarte.*

*Instantes después, salí del cuarto de mi hija y contemplé los retratos familiares colgados en una pared del pasillo que llevaba al resto de las habitaciones. Supe, en ese instante, que estaba equivocada. Que nada de importancia estaba allí decorando los muros, y que lo más valioso lo conservaba aún en mi memoria.*

La noche había caído y en la casa el silencio era atronador. Aitana no podía conciliar el sueño. Distintos pensamientos se arremolinaban en su mente y no la dejaban descansar. El abrupto viaje por el que había dejado sin más el negocio y la fuerte preocupación por su madre la hostigaban. Sin duda, los problemas de la hostería se incrementaban a causa del insomnio. Por mucho que repasara los últimos hechos vividos había algo que se le escapaba y no sabía qué era.

Cansada de dar vueltas en la cama, se levantó, se puso una bata y bajó a la cocina para prepararse un té caliente con la esperanza de que le calmase la inquietud que le atravesaba el cuerpo. Bebió media taza y salió de la cocina rumbo al escritorio; estaba convencida de que allí encontraría algo para distraerse hasta que el cansancio la venciera.

La biblioteca de madera lustrosa ocupaba una de las paredes del recinto. Los estantes estaban completos con los libros de su padre, que su madre había ordenado. Alba supo acompañar la carrera de su esposo, a pesar de que ella había tenido una educación muy diferente. En ese lugar, que se había convertido en un refugio de Alba, imperaba el orden. Allí pasaba varias horas del día y controlaba los negocios, muy a pesar de Ramiro. Aitana se sentó en el sillón de cuero verde ubicado detrás del escritorio. Tomó otro sorbo de té sin dejar de contemplar algunos cuadros. Su madre sentía pasión por el arte. Le gustaba concurrir a exposiciones y muestras en museos no solo de la ciudad de Buenos Aires, sino del exterior. Salió de sus recuerdos y se centró en una agenda. Seguramente encontraría

prolijamente anotado cada compromiso de su madre. Al levantarla, cayó un papel. Se inclinó para recogerlo y vio que era un recordatorio de pago a uno de los proveedores del hotel que regenteaba Ramiro. Antes de incorporarse notó un pequeño bollo de papel cerca del cesto de basura. Se extrañó de que hubiera algo fuera de lugar; lo tomó e intentó extenderlo con los dedos, aunque parecía que había sido estrujado con furia. En su parte central estaba roto, pero igual Aitana pudo leer esa maldita nota que rezaba:

*Sé de tu secreto, aunque hayas buscado ocultarlo por tanto tiempo.*

*Volveremos a vernos y deberás pagar el daño que me hiciste sin importar las consecuencias.*

*No necesitas que estampe mi firma.*

*Supongo que sabes o sospechas quién soy.*

Las manos de Aitana temblaron. Volvió a leer. No había dudas de que era una amenaza y debía de ser reciente, ya que Carmela no le había comentado nada fuera de lo común, luego de hacer la limpieza. No podría saber más hasta hablar con ella. No pensaba angustiar a Alba con esa nota; no podía creer que estuviera dirigida a su madre. La cabeza le estallaba en mil pedazos y un agudo dolor la atravesó. Salió del escritorio y regresó a su habitación. Necesitaba darse un baño que le despejara la mente.

Un tenue sonido de tazas provenía de la cocina, Aitana supuso que Carmela estaría levantada, disponiendo de todo en la casa.

—Pero ¡qué susto me has dado! —dijo la empleada cuando vio a Aitana—. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—Sabes que cada vez que viajo me cuesta recuperar el sueño. Debí salir de urgencia con una serie de cuestiones sin resolver y no pude sacarlas de mi cabeza.

—Ay, Aitana, no me digas, que bastante me ha dicho tu madre. Lo que menos deseé fue importunarte.

—El problema habría surgido si no lo hubieras hecho. Me vendría bien un poco de café.

En esta oportunidad no lo pedía para espabilarse, ya que estaba en estado de alerta desde que había abandonado el despacho. Le había dado mil vueltas al asunto y no había llegado a ninguna conclusión. Necesitaba hablar con Carmela a solas para despejar las dudas que la aquejaban.

—Vamos, siéntate y acompáñame.

—No me gusta estar sin hacer algo.

—Hace tiempo que no vengo.

Como ocurría con cada pedido que Aitana le hacía a Carmela, la empleada accedió y se ubicó en una de las sillas de la amplia cocina.

—¿Qué te anda pasando? —se interesó Carmela, que la conocía más de lo que ella creía.

—Cuando estuve con mamá la vi mejor de lo que esperaba. Pero no dejo de pensar sobre qué pudo haber sucedido.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Quizás, alguna cuestión que haya salido de lo común como para angustiarla y provocarle esta crisis.

—Ella ha cumplido la rutina de siempre.

—¿Y lo ha hecho en el escritorio? —preguntó dudosa.

—Así es.

—¿Y solo ella ha estado allí?

Carmela suponía que esas preguntas eran por algún motivo y se esmeró en pensar bien la respuesta.

—Sí, aunque…

—¿Hubo alguna reunión que la alterara?

—No, que recuerde. Todo sucedió muy rápido. Ahora que lo pienso, cuando salí de la habitación de tu madre fui en busca de tu hermano que aguardaba en la sala, comentó que había pasado por el despacho y desconozco con qué fin lo hizo. Estos días él ha venido para saber de ella.

Aitana le encontraba sentido a la cuestión. Sabía que su hermano podía estar complicado con sus asuntos. Hubo un tiempo en el que se dedicaba a las apuestas y ese era un ambiente turbio y plagado de amenazas. Sin dudas, eso la tranquilizaba, porque centraba las dudas sobre Ramiro. No sabía cómo obtendría mayor información, ya que su hermano nunca le diría si estaba en problemas. Lo único que tenía claro era que no podría participar de esto a su madre, aunque quizás haber leído esa escueta amenaza podría haberle generado el estado en que se encontraba. Según Carmela, Ramiro había estado después de que Alba se descompusiera. Esto afirmaba la hipótesis de que era un chanchullo de su hermano.

—¿Qué fue lo que hizo Ramiro esta vez? —preguntó Carmela.

—Nada, solo quería saber si había algo que se me escapaba. Hoy vendrá el doctor y querrá estar informado de su evolución.

—Tienes razón, entre tanta complicación se me pasó que el doctor venía a ver a tu madre.

Un leve sonido las alertó.

—Veo que no pueden estar sin hablar a mis espaldas.

—Mamá, ¿qué haces levantada a esta hora?

—Eso me gustaría saber de ti. Vamos, Carmela, dame un café.

—De eso nada, un té será mejor. —Le sirvió una infusión caliente y se dispuso a marcharse.

—Carmela, ¿qué haces?

—Voy a continuar con el orden en la casa.

—No, ven a sentarte con nosotras, así Aitana nos pone al día sobre las novedades de la posada.

Con una tímida sonrisa, Carmela se sentó junto a ellas. Hacía tiempo que había dejado de ser una simple empleada para transformarse en la mano derecha de Alba y en la custodia de los secretos de la familia.



CAPÍTULO 2

# EL ÚLTIMO TRAGO

*Buenos Aires, 1964*

El trajinar de último momento no le había permitido cumplir con los compromisos que debía atender en Bariloche y la decisión de partir cuanto antes no había tenido marcha atrás. El vuelo fue apacible; sin embargo, Buenos Aires lo recibió con su habitual ritmo caótico. Su primer destino en la ciudad sería el Hotel Savoy, ubicado en la intersección de Callao y Cangallo. Como todavía no sabía cuánto tiempo se quedaría, se alojaría allí y buscaría un departamento en caso de necesitar prolongar la estadía. Atrás había quedado Nueva York, donde pasó los últimos años luego de deambular por otros países con la excusa de su trabajo. Él se consideraba un alma libre, y nunca se había sentido parte de un lugar, quizá podría asentarse en alguno una vez que lograse su cometido.

El cansancio del viaje junto a las preocupaciones que cargaba desde hacía tiempo hizo que se recluyera en la habitación del hotel. Luego de un sentador baño buscó un vaso de whisky y se asomó a

la ventana para contemplar la noche iluminada por las farolas que daban vida a esa esquina emblemática desde la que se podía apreciar el Congreso de la Nación. Él tenía muy en claro el motivo por el que se hallaba allí. Aún desconocía si estaba en lo cierto, pero, de ser así, había llegado a su fin la búsqueda de aquel tesoro familiar. Comprendía que el día que pudiera cumplir la promesa hecha en el lecho de muerte a su padre alcanzaría la paz que buscaba. El intenso sabor de la bebida inundó su boca y, en ese último trago, sin desearlo, los recuerdos regresaron a borbotones a su mente. Y en cada recuerdo, el rostro de un hombre regresaba a su cabeza una y otra vez.

El paso de los años no había logrado borrar de su mente los rasgos de aquel sujeto. Lo había buscado sin éxito, pero no perdía las esperanzas de hallarlo. Suponía que tendría la edad de su padre si aún viviese. También había calculado su deterioro y el cambio de sus facciones, aunque imaginaba que la pequeña cicatriz en el pómulo derecho se vería aún en su rostro. Siempre tuvo mucha paciencia, pero sentía que se le estaba agotando. Movió la cabeza en ambos sentidos, como si así pudiera espantar los fantasmas del pasado. Un pasado del que no podía escapar hasta tanto no resolviera parte del rompecabezas familiar y diera cumplimiento a la promesa de acabar con todos los que arruinaron a su familia. El cansancio y el alcohol hicieron lo suyo y en medio de las elucubraciones cayó en una profusa oscuridad hasta el otro día.

Marcos Silveyra acababa de llegar a su oficina. Hasta el momento, el trabajo no le era redituable, debió destinar gran parte de las

ganancias obtenidas para saldar deudas que venía adquiriendo por su mal manejo de algunos negocios inmobiliarios. Necesitaba encontrar la manera de salir del embrollo en que estaba, y tenía poco tiempo. A pesar de que era media mañana, se sirvió una copa. Sentía que todo en su vida se complicaba. En ese momento, se asomó la secretaria con una amplia sonrisa.

—¿Vienes a darme los buenos días?

Ella caminó unos pasos hasta apoyar las manos sobre el escritorio y de ese modo inclinar el escote de la camisa de seda sobre él.

—Me encantaría, pero tienes que atender a alguien.

Él se levantó de inmediato, no recordaba una cita y no estaba para soportar a ningún acreedor.

—No es lo que crees —replicó ella a media voz—. Dice llamarse Joaquín Zach.

—¿Quién es?

—Me dijo que venía recomendado por un amigo, y por el tono con el que habla parece extranjero.

—Hazlo pasar de inmediato —dijo mientras se acomodaba el traje —, y trae un café.

—Ya no queda.

—Laura, ve a buscarlo y tráelo. No necesito más problemas — ordenó.

—No me gusta que me des órdenes.

Detestaba que ella se retobara, aunque le durase pocos minutos, ya que siempre terminaba haciendo lo que él quería.

—¿Necesitas que te repita lo que acabo de exigirte?

En ese mismo instante, la empleada salió ofuscada de la oficina y le anunció a Zach que podía ingresar en el despacho.

Una amplia biblioteca de nogal atiborrada de libros ocupaba la pared del fondo de la oficina. No había cuadros, salvo el diploma del título de abogado de quien aguardaba ansioso que Zach se presentase para decirle el motivo de su visita. El juego de sillones de cuero marrón armonizaba con el lugar.

—Un placer —dijo el abogado Silveyra con la expectativa de ganarse un cliente que lo sacara del enredo en que estaba—. Siéntese.

—Gracias.

—¿Un café?

—Acepto, y si es negro mejor.

Por el intercomunicador, el abogado reiteró el pedido, evitando que la joven secretaria hiciera caso omiso.

—No nos conocemos, ¿verdad?

—No. He dado con usted por la recomendación de un conocido que sabía lo que estaba buscando y cree que en su área es muy bueno, por no decir el mejor.

El letrado asintió y se sintió reconfortado por el hecho de que alguien pudiera hablar bien de él y no le recordase su ruinoso presente. Ese era un modo de comenzar con el pie derecho.

—Bien, diga entonces en qué puedo serle útil.

Antes de que pudiera comenzar a explicar el motivo de su presencia allí, la secretaría ingresó con sendos cafés. A propósito, apoyó la bandeja con fuerza y salió rauda y ofuscada. Silveyra pensó que debía hablar con ella y decirle que si no se comportaba correctamente la despediría, aunque le costase alejarla de su lado.

—He estado de viaje por el sur de este país y me quedé maravillado con las tierras.

—Son muy bonitas.

Silveyra no adivinaba el interés de ese sujeto por sus servicios, pues el Sur estaba fuera de su jurisdicción de trabajo.

—Estuve en una posada ubicada en unos terrenos magníficos, rodeados de altas cumbres, con acceso a un lago que los hace inigualables. Averigüé y me dijeron que podía hablar con usted si deseaba adquirir algunas de esas tierras.

—¿Con quién habló sobre mí?

—Laurencio Medina, lugareño de la zona. Según me comentó, ha estado por años viviendo allí y me aclaró que si quería saber algo de la hostería El Alba y sus tierras debía venir aquí.

Una sonrisa asomó en el rostro del abogado. Ahora entendía a qué se refería el potencial cliente. La desconfianza inicial se iba disipando a medida que hablaban. No recordaba al hombre al que hacía referencia, pero eso era lo de menos. No había estado en el Sur en muchas oportunidades. Siempre se había opuesto a la instalación de aquella posada. Era justo el momento para comprobar que tenía razón.

—¿Estuvo alojado allí?

—Así es. Llegué sin recomendación alguna, pero al ver el lugar decidí invertir.

—¿Piensa instalarse?

—No lo sé, aunque me gustaría contar con un sitio para descansar.

—¿De dónde es?

—Vivo en Nueva York, pero mi actividad me permite viajar por el mundo.

Silveyra se acomodó mejor en el sillón, porque creía que al fin las cosas en su trabajo se irían componiendo.

—¿A qué se dedica?

—Inversiones inmobiliarias y de otro tipo. Sé cuándo algo es un buen negocio, y esas tierras lo son.

—Claro que sí, está en lo cierto. Desde ya le aclaro que el valor será alto.

—Lo supongo, pero en estos casos es solo cuestión de negociar.

—Por supuesto. Tendré que hablar con los dueños.

—Entonces, la mujer que atiende la posada no es la dueña.

—Lo es. Pero debe saber que para hacer negocios las mujeres no son útiles. Yo me encargaré de todo.

—Si es así, lo dejo en sus manos.

—Por supuesto. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse por aquí?

—El suficiente para terminar con todo lo que debo hacer. No tengo apuro, mientras logre mi cometido.

—Es importante saber que dispone de tiempo, para no hacer las cosas a las apuradas.

Joaquín Zach asintió. Nunca haría a las apuradas algo que le había llevado tanto tiempo diagramar.

—En principio, y si está solo en la ciudad, puedo llevarlo a conocer a algunas personas y lugares, ¿qué me dice?

—De acuerdo.

El resto de la conversación se centró en el anfitrión, que no dejó de alabarse en cuanto a lo que hacía y el modo en que ejecutaba su trabajo. Una segunda ronda de café distendió la entrevista, aunque el único que hablaba era Marcos, frente a la atenta mirada de Zach, que no perdió detalle de lo que sucedía en ese despacho.

—Si es así, quedo a la espera de la propuesta —dijo al entregarle una tarjeta y decirle el lugar en que se alojaba.

—Por supuesto, yo me encargaré de hablar con los dueños para fijar un precio y ver las condiciones de venta.

Silveyra se levantó, solícito, para estrechar la mano de Zach. Cuando se cerró la puerta se desparramó en el sillón. Al fin su vida empezaba a encarrilarse. Solo restaba hablar con las personas indicadas y comenzar a disfrutar de la vida que hasta el momento le había sido esquiva.

Los días transcurrían apacibles para Zach y sin demasiadas novedades hasta que una llamada a la habitación del hotel rompió la tranquilidad. Era Marcos Silveyra.

Joaquín lo escuchó atentamente y con una amplia sonrisa.

—Por supuesto, ahí estaré —respondió.

Miró el reloj de pulsera y comprobó que aún tenía tiempo para hacer unos trámites, regresar, acicalarse y estar listo para volver a encontrarse con Silveyra.

Ya era noche y la ciudad no parecía querer descansar. Los bares y locales nocturnos funcionaban hasta altas horas de la madrugada. Joaquín observaba la vida nocturna de la ciudad mientras caminaba hacia el lugar de encuentro. El acceso a El Escorial estaba iluminado por importantes faroles de bronce junto a la puerta giratoria por la que se ingresaba en el *hall* principal. El interior rezumaba estilo y confort. Varios invitados se hallaban a la espera de ser saludados por el anfitrión.

—Zach.

De inmediato apareció Silveyra y le estrechó la mano como si fuesen grandes amigos.

—Ven, que te presento al dueño.

Caminaron unos pasos; rodeado de varias personas estaba Ramiro, en medio de una encendida conversación con los invitados. Hablaban de política, y las emociones y controversias salían a la luz.

—Era sabido que esto ocurriría con nuestro presidente —acotaba Sandro Menéndez, un tanto ofuscado—, no es posible contar con el beneplácito de la gente si accediste al poder solo con un veinticinco por ciento del electorado.

Illia había surgido como un franco opositor durante el gobierno de Perón y había logrado imponerse cuando el peronismo estaba proscripto. Desde esa época hasta la fecha había transitado distintos cargos políticos, legislativos y partidarios. Sin embargo, en el poco tiempo de gobierno se había ganado el mote de "tortuga" por la lentitud para tomar decisiones.

—En tal caso, debería agradecerle al peronismo proscripto que permitió que Illia ganase la presidencia.

—Te equivocas —increpó Ramiro—, además nadie puede hacer caso omiso a la honestidad que siempre lo ha precedido. Hace apenas un año que asumió, hay que darle tiempo suficiente para que concrete lo prometido. No puedes negar que ha empezado a cumplir con varias cuestiones.

—No estoy de acuerdo. Nada es lo que creíamos, si no, fíjate en el atentado a Frondizi. De haberse concretado, hoy estaríamos en una situación política más delicada y compleja.

En silencio y con cierta expectación, cerca de ese círculo, se encontraba Silveyra. Lo que menos le interesaba era que ese grupo de invitados continuase disertando sobre política nacional y ahuyentase a Zach y su decisión de invertir. Marcos esperaba que

Joaquín lo llevase a posicionarse en el mercado y a saldar sus deudas. Eso solo sería posible si lograba realizar la operación comercial.

—Les presento a Joaquín Zach. Es estadounidense y viene para quedarse y disfrutar de nuestras tierras.

Joaquín sonrió y asintió con la cabeza sin necesidad de sacarlo de su error sobre su nacionalidad.

—Marcos me ha hablado de ti —anunció Ramiro.

Él y Silveyra eran amigos desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, había ciertas cuestiones que no se confiaban uno al otro. Marcos desconocía si a su amigo le iba tan bien como parecía. Mantenerse al frente del negocio familiar lo colocaba en un lugar de privilegio, aunque circulaban algunos rumores sobre deudas que tenía. Silveyra no le había preguntado sobre su situación personal porque no estaba en posición de cargar con mayores problemas. Además, si lo hacía, debería responder las preguntas de su amigo sobre la marcha de su estudio y sus finanzas, y no quería hacerlo. Ese era un modo de proteger su buen nombre y la llave para hacer negocios que lo posicionasen en el lugar que siempre debió estar. En cuanto a Ramiro, lo necesitaba para realizar la operación por la que cobraría una suculenta comisión que le posibilitaría salir del atasco económico. Él no dejaría que su amigo ni nadie echara a perder la gran posibilidad que se abría de la mano de Zach.

—Ahora pasemos al salón comedor para cenar y festejar el aniversario de este hotel, que levantó mi abuelo y continuó mi padre.

Si bien no era el momento oportuno para celebrar, dado el estado de salud de su madre, Ramiro lo había considerado una forma de

medir sus fuerzas. Si era él quien conducía el negocio hotelero, también sería quien tomara las decisiones. Poco le importaba ese festejo que recordaba la gesta de un Pinedo al fundar el hotel; quería contradecir el mandato familiar. Había recibido una llamada para que se suspendiera, pero había hecho caso omiso a la sugerencia. Esa era la forma en que conducía el negocio. Estaba convencido de que debía darle una nueva impronta luego de la muerte de su padre y a pesar del mal momento que atravesaba su madre. Esa noche el hotel debía vestirse de fiesta. Aún quedaba una sorpresa que había preparado para sus invitados, pero la descubrirían una vez que finalizase la opípara cena.

El salón resplandecía en cada detalle, brillaban las velas que formaban parte del florido centro de mesa. Los invitados se destacaban por la elegancia. A poco de comenzar la velada algo distrajo la atención de los presentes: una joven morena de ojos color miel ingresó en el recinto con garbo y distinción. La melena oscura, ondeada, se bamboleaba sobre su espalda al caminar. Los mozos la saludaban como si fuera habitué del hotel. Lucía un vestido negro y llevaba un abrigo del mismo color sobre sus hombros. No había estridencia en su vestimenta, sin embargo, ninguno de los presentes quedó indiferente. Con la cabeza en alto se acercaba a la mesa en la que estaba el anfitrión junto a los invitados más cercanos. La mirada de la joven destellaba flamas de fuego, y estaba fija en Ramiro.

—Hermanita, te estaba esperando —dijo el anfitrión.

En ese instante Marcos Silveyra se levantó de la mesa para darle la bienvenida a Aitana.

—Mi amor, al fin has podido venir —señaló frente a los invitados.

Aitana se deshizo del abrazo de Silveyra y enfiló hacia su hermano.

—¿Cómo te atreves a hacer este festejo? —susurró inclinada hacia él.

Los invitados la saludaron y continuaron con sus conversaciones. Cualquiera que observara a los hermanos a cierta distancia podía creer que estaban haciéndose confesiones con un tono afable. Sin embargo, había alguien atento a los movimientos, gestos y palabras susurradas de los Pinedo, que no pensaba tal cosa, sino lo contrario.

—Si no quieres mayores problemas, hazme el favor de quedarte sentada y evita un espectáculo del que se enterará nuestra madre. Estoy seguro de que no querrás que los comentarios sobre tu inapropiada actitud lleguen a sus oídos y la angustien, empeorando su estado.

Ramiro sabía que había dado en el clavo para bajarle los humos a Aitana, que acusó un cambio en su posición corporal. El nacimiento de su hermana no lo había colmado de felicidad, le había despertado resentimiento y celos que crecían con el paso de los años. Él no había sido el destinatario de las atenciones de Alba.

—Más tarde hablaremos tranquilos.

No iba a permitir que su hermana menor echara a perder lo que él había organizado. No creyó que la joven tuviera el descaro de presentarse esa noche para increparlo. No podía negar que era osada. Él tomaría cuanto antes las medidas necesarias para acallarla y lograr que dejase de molestar. Al fin, la idea de instalarse en el Sur había sido lo más atinado, una idea avalada por su madre y a la que él se había opuesto porque no le veía futuro; además, le impedía controlar a la joven. Pero se había equivocado. Su hermana

pertenecía a aquel lugar, y era mejor que no saliera de él para que no molestara ni alterara a su madre en las decisiones familiares. Conocía la influencia que Aitana ejercía sobre Alba.

Lejos de los pensamientos de su amigo, Marcos había hecho lugar para que Aitana se sentase a su lado y un camarero dispuso la vajilla. La furia que corría por dentro de Aitana hizo que no le prestase atención a Marcos. Hacía dos meses que no se veían y para ella la relación empeoraba con el tiempo. No estaba dispuesta a abandonar su proyecto, y él parecía estar muy cómodo con las luces de la ciudad. Esa situación acarreaba problemas en la pareja. Él no entendía el fuerte deseo de ella por establecerse en el Sur, y alejarse de todo aquello a lo que Marcos no estaba dispuesto a renunciar. Mantener un vínculo a distancia no era beneficioso, más allá de que contase con el beneplácito de Ramiro, que creía que de ese modo podía vigilar a su hermana.

Haciendo caso omiso a sus pensamientos, Aitana se sentó en la silla asignada. En cuanto lo hizo un escalofrío la recorrió. La causa del estremecimiento no fue el brazo de Marcos al acariciar su espalda, tampoco sus palabras que le susurraban lo contento que estaba de verla. Eso se lo había dicho por teléfono, en una escueta llamada en la que se había negado a verlo por el estado de salud de su madre. El súbito temblor fue provocado por la mirada de un hombre que estaba frente a ella. Una leve mueca asomó en aquel rostro que la había perturbado en la posada. Esos ojos verdes enmarcados en largas pestañas negras no dejaban de escrutarla con desfachatez. No había dudas de que era el mismo, aunque en ese momento vistiera traje. La apariencia de ese sujeto no era fácil de olvidar. Aitana partió de Bariloche preocupada por la salud de Alba y

no había reparado en el tiempo que Zach permanecería en la posada. No pudo disimular su sorpresa al verlo allí, pero de inmediato recompuso la actitud. Miles de interrogantes inundaron su mente y ninguno tenía un asidero lógico. Desconocía por qué estaba allí con su hermano, pero pensaba que esa relación no traería algo bueno. Trataba de imaginar qué motivo podía haber para ese encuentro, cuando la voz de Marcos la sacó de sus elucubraciones.

—Querida, no te presenté a mi invitado.

Aitana observó a Marcos con desconfianza, y volvió a mirar al comensal. No imaginaba que fuese un contacto de su novio.

—Él es el señor Zach. No es de aquí, pero se maneja a la perfección con el idioma.

Eso había sido fundamental para Silveyra, pues sería más fácil hacer negocios con su nuevo cliente.

—Joaquín —agregó con una amplia sonrisa—, un placer conocerla.

No sabía por qué le había seguido el juego y no había manifestado conocerlo como huésped de El Alba. Antes quería saber a qué se debía su presencia allí. Todos los invitados eran conocidos de su hermano, pero nunca antes había visto a Zach con él; tampoco en el círculo de Marcos. La intriga la carcomía, pero seguiría actuando como si no lo conociera.

—Supongo que lo llaman Joaco.

Tampoco comprendía el motivo por el que Zach no le había contado que conocía a Marcos; quizá por eso había ido hasta la posada que ella regenteaba.

—Así es —dijo con complicidad.

Marcos no les preguntó si se conocían, ya que daba por sentado que Zach había tratado con la empleada de Aitana, pues el regreso

de su novia se había producido en esos días. Él no quería anticipar la jugada ni que la joven supiera qué se estaba cocinando a sus espaldas, y por ese motivo mantendría la cautela con Aitana hasta que pudiera poner al descubierto el verdadero interés en las tierras del Sur.

—Querida —intervino Marcos—, dime cómo está tu madre.

—Estable. De no ser por su insistencia para que viniera, no estaría aquí.

—¿Ni siquiera por mí? —susurró en un tono no tan bajo, ya que fue audible desde el otro lado de la mesa.

Aitana no le contestó, sino que miró hacia adelante, y fue peor, porque Zach no le quitaba la mirada de encima. Percibía que era mucha casualidad volver a encontrarlo, y ella no era muy afecta a las casualidades. Le llamaba la atención lo solícito que actuaba Marcos frente a Zach. Ramiro sobresalía en la conversación y era seguido por los comensales que amenizaban el festejo con anécdotas. Aitana sintió que no podía soportar un minuto más en esa cena. Escuchar las mismas cosas que su hermano había contado en otras reuniones y ver cómo el resto de los invitados, salvo uno, se hacía eco de los dichos de Ramiro era difícil de digerir. El enojo de Aitana aumentaba; la insistencia de Alba para que ella concurriese había barrido con su buen humor. Carmela también había colaborado para torcer su voluntad. De nada había servido negarse al afán de Alba para que la representara ante cualquier eventualidad que pudiera surgir. Aitana no le negaría algo a su madre, y Alba lo sabía. No obstante, sabía que su hermano no la tomaría en serio, porque nunca lo había hecho. En cada ocasión que tenía intentaba desacreditarla; creía llevar la voz cantante de la familia Pinedo.

Finalmente, Aitana se excusó con Marcos; se levantó y se alejó de la mesa. Comprendía que a nadie le llamaría la atención su ausencia. No deseaba finalizar la velada con otra discusión con Ramiro ni quitarle tiempo a Marcos, que estaba concentrado en su nuevo amigo. Pensó en desviarse hacia la recepción para pedir un taxi que la condujera hasta su casa. Estaba cansada y necesitaba poner en orden las ideas en una noche que era para el olvido. Al alejarse del salón, notó que algunos miembros del personal iban y venían a una sala del hotel a la que no tenía acceso el público por expreso pedido de Alba. Dejó a un lado el deseo de irse de inmediato y enfiló hacia donde se hallaba el personal.

—Señorita Aitana —saludó el encargado, Marcelo Suárez, mientras daba indicaciones a dos empleados que corrían muebles y cambiaban de un lugar a otro algunas de las obras de arte que estaban colgadas en la pared, sin sentido, sin respetar el motivo por el que se había elegido que cada pintura ocupara un lugar determinado—. Si desea supervisar las órdenes de su hermano, estimo que así quiere que esté el salón para cuando vengan los comensales aquí.

Aitana no dejaba de sorprenderse con el proceder de Ramiro. Estaba claro que la única motivación que lo guiaba era llevarle la contraria a su madre. Y lo lograba con la sorpresa que tenía programada para sus invitados al convocarlos a esa sala. Se comentaba que Alba Pinedo contaba con una buena colección de obras de arte, pero nadie a ciencia cierta lo podía aseverar.

—Suárez, deje todo en mis manos, vaya a atender sus ocupaciones, que mi hermano me ha dicho que me haga cargo de esto.

—Muchas gracias, señorita.

Sin más, los empleados se fueron a cumplir sus funciones, mientras ella quedaba azorada ante la insolencia de Ramiro de abrir al público una sala a la que solo accedía su madre. Dentro del recinto había varias obras de arte que Alba había sabido adquirir. Aitana desconocía cómo se había despertado en su madre el amor por el arte, más allá de que en algunos momentos de su vida se encerraba en la habitación a dibujar y pintar, aunque la misma Alba no se reconociera con aptitudes para hacerlo. Recordaba haberla acompañado a algunas exposiciones que su madre había organizado. También a subastas con fines benéficos realizadas por alguna cooperativa de un hospital o institución. Alpi había sido una de ellas. Si bien algo hizo que su madre dejara esa actividad, no se había desprendido de las obras que había adquirido. Parte de ellas, no todas, estaban expuestas en ese recinto al que solo podía acceder Alba o quien ella autorizara. Nunca antes había habilitado el ingreso a otras personas o invitados, aunque fuesen amigos o conocidos de su propio hijo. No lo habría admitido bajo ninguna circunstancia.

En ese instante recordó que había conocido ese lugar de la mano de su madre, y que entonces no pudo comprender por qué ella contemplaba con detenimiento el lugar para decidir dónde colgaría cada tela. Con el tiempo, la joven supo que la ubicación de cada obra en la sala tenía un sentido, y la iluminación, individual y perfecta, permitía que se apreciaran en su justo valor los trazos, las distintas texturas, los colores y detalles de las obras de arte. Aquel lugar se había trasformado en el santuario de su madre, aunque su padre había minimizado esa pasión por el arte. Sin embargo, cada

evento que Alba organizaba se transformaba en la excusa perfecta para que él se reuniera con probables inversores.

En medio de sus pensamientos, se dio vuelta porque supo que no estaba sola. En la entrada de la sala estaba Zach, observando con inusitado interés el interior del recinto. Hacía unos minutos que estaba allí y había visto parte de la colección de cuadros del lugar. Lo único que le faltaba a Aitana en esa noche nefasta era contar con la presencia de ese hombre que no dejaba de inquietarla y sorprenderla.

—No deberías estar aquí.

—Lo imaginé.

Bajo la excusa de un llamado, Zach se había escabullido de la persistente atención que le había dedicado Silveyra.

—Entonces...

—Vine a avisarte que ellos vendrán en cualquier momento y no querrás que te encuentren.

Desde que Aitana se había cruzado con Zach, él no había dejado de descolocarla, como en ese instante.

—Deberías cerrar la sala si buscas que el resto no venga hasta aquí.

Ella caminó atravesando el recinto. Dio un último repaso en derredor y apagó la luz de la sala. El murmullo de los invitados se escuchaba a la distancia. La cena había finalizado y Ramiro estaría expectante por llevar hasta ahí a su gente y ganar su admiración. Ella cerró la puerta y tomó la llave; decidió que llevársela consigo no era una buena idea. A cierta distancia, sobre un chifonier se destacaban dos floreros con sendos ramos. Abrió su mano y arrojó la llave, que se deslizó en el agua.

—¿Conoces otra salida? —inquirió Zach.

Aitana quería evitar un escándalo con su hermano y no dudó en buscar una salida alternativa en la parte trasera del edificio. Llegaron hasta allí sin cruzarse con nadie, ya que el personal estaba centrado en atender a Ramiro. El frío de la noche les golpeó el rostro cuando salieron.

—Perdón, ¿no eras el invitado de Marcos? —preguntó Aitana.

—Me excusé antes de levantarme de la mesa.

Ella no iba a indagar más sobre el motivo por el que había sido convocado a la gala. Creía que no volvería a verlo. Él no le confesaría que había visto todo lo que necesitaba ver y que el cometido, esa noche, estaba cumplido.

—¿No deberías estar con tu prometido?

—Yo también me he excusado.

—Vamos, entonces.

—Gracias, pero prefiero irme sola.

Ella no pudo descifrar el modo en que la miraba ni los pensamientos que lo atravesaban. Caminaron alejándose del murmullo hasta llegar a una sombría esquina. Allí Aitana detuvo un taxi que la llevaría a su casa mientras él se perdía por las calles porteñas hasta llegar a su hotel. Tenía mucho que meditar.

CAPÍTULO 3

# LA LIBERTAD DEL MAR

*Asturias, tiempo atrás*

La villa costera de Llanes se encuentra al oriente de Asturias, bañada a un lado por el mar Cantábrico y custodiada, al otro, por rocosas y verdes montañas. Las murallas de piedra que rodeaban parte del poblado, levantadas en la época medieval, brindaban un halo de misterio y encanto al lugar. Un gran número de sus pobladores eran hombres de mar. La familia Rivera formaba parte de esa comunidad. Alba había nacido en la propiedad familiar, que se levantaba donde se perdía la calle Mayor, y vislumbraba que su vida transitaría por las empedradas calles de la villa marinera. Los Rivera habían criado a su única hija sin lujos ni riqueza. Estaban convencidos de que no necesitaban mucho más para ser felices, pero no habían vivido tiempos dichosos. Atravesaron la Gran Guerra, que se había extendido por cuatro años, con España neutral desde el inicio del conflicto bélico. Con el paso de los años y alejada de los

conflictos políticos, la villa de a poco logró encauzar su economía. Sus habitantes tenían una vida tranquila.

A Alba los días se le hacían largos. Intentaba ocupar el tiempo en las tareas habituales, pero le era imposible. Aún retumbaba en su memoria aquel encuentro en la costa de la villa y la posibilidad de volver a verse. Por momentos, pensaba que Abascal podía haberse burlado de ella y de su inexperiencia, pero de inmediato recordaba su mirada y creía en la honestidad y sinceridad que había en su promesa de un nuevo encuentro. Alba prefirió aferrarse a esto último y dejar que el tiempo transcurriera hasta que llegara el día señalado.

Y la ansiada jornada llegó. Aquel día, la casa estaba en silencio, a solas. Antes de salir se miró en el espejo de la habitación. Con manos trémulas intentó alisar su cabello oscuro que caía en ondas a lo largo de la espalda. Gran parte del día usaba un lazo que le permitía tenerlo recogido, pero en esta oportunidad había decidido hacer un cambio. Al probarlo se había visto distinta, como una joven de mayor edad. Había elegido un vestido color verde, el mejor que tenía. No solía usarlo, pues había escasas ocasiones para lucirlo. Giró y creyó que estaba lista para salir. En el camino evitó detenerse a hablar con algunos vecinos que la saludaban, ya que no quería retrasarse. Llegó a la costa; el mar estaba calmo. Alba buscó con la mirada alguna embarcación que estuviera por atracar y se decepcionó al no encontrar ninguna. Caminó por un sendero bordeando la costa hasta alcanzar la gruta en la que habían acordado encontrarse. En cuanto ingresó, la envolvió cierta nostalgia al recordar las veces que había estado allí de pequeña. Se apoyó sobre una roca saliente y esperó. Si bien no llevaba reloj, al cabo de

un rato intuyó que había transcurrido un tiempo suficiente. Ella era orgullosa y no iba a seguir esperando. En el momento preciso en que decidió abandonar el escondite, lo vio acercarse. La tensión que cruzaba su rostro se distendió en una tenue sonrisa cuando la vio.

—Creí que no me esperarías, discúlpame.

Y volvió a sorprenderla con sus dichos. Antes de sentarse a su lado le rodeó el cuello con la mano y la atrajo para darle un suave beso en la mejilla. Apenas se separó unos centímetros recorrió con la mirada el rostro moreno de Alba. Se ubicaron en unas piedras que simulaban unos bancos, y sin dejar de observarla para ver su reacción agregó:

—Espero que con esto logre mis verdaderas disculpas.

Del bolsillo del pantalón sacó una bolsa pequeña, la abrió, y el aroma inundó todos los sentidos de Alba.

—¡Castañas horneadas!

—Si sabía que iba a provocarte esta alegría, me habría asegurado de traerte más.

—No es para tanto —replicó sonrojada, aunque su gesto la sedujo aún más.

—Las estaban horneando en la casa de mi tío y no dudé en sacar unas cuantas para nosotros.

De inmediato, ella tomó una para saborearla, pero Santiago se adelantó y con absoluta naturalidad agarró otra y la mordió por la mitad, probándola, y acercó la otra mitad a la boca de Alba

—Hum —suspiró—, jugosa y carnosa.

—En el punto justo —agregó él mirando de soslayo el modo en que degustaba la castaña.

—Muy rica.

—Me gusta.

Ella supo de inmediato que él no hablaba del fruto seco, sino del nuevo peinado. Los largos dedos acariciaron la extensa cabellera que caía en ondas por la espalda.

—Gracias.

Un fuerte calor inundó sus mejillas, pero no se preocupó en ocultarlo. De nada hubiera servido, ya que él estaba absorto contemplando cada uno de sus expresiones, movimientos y gestos.

—¿Has salido a navegar esta semana?

—Sí, aunque tuve unos días complicados.

—¿Problemas?

—Nada que no se pueda resolver —dijo, y sin dejar de observarla agregó—: cuéntame algo de ti.

Alba se dio cuenta de que él no era muy afecto a contar sus cosas y que mantenía en reserva lo que le sucedía. Hablar de ella era una manera de comenzar a conocerse, aunque en su interior no tenía un sentimiento de amistad, como él había propuesto la primera vez. En su interior se estaba gestando algo más. Eso la confundía, ya que recién se conocían. Nunca antes se había sentido de ese modo. Quizá la espera por verse alimentaba el fuerte deseo por estar a su lado.

—¿Como qué? —preguntó.

—No lo sé, algo que no conozca nadie, quiero tener el privilegio de ser el primero en saberlo.

El modo en que le hablaba, la entonación que utilizaba y la manera en que la miraba hacían que tuviera fuertes deseos de decirle que se quedaría allí escuchándolo todo el tiempo, pero eso

no era posible. Debía pensar en algo para responder. Rápidamente hizo un pantallazo de su vida y encontró qué compartir solo con él.

—Nunca salí de la villa.

—¿No?

—No, y me gustaría alguna vez conocer otros lugares. Eso es algo que no conté ni siquiera a mi mejor amiga. Tampoco lo he conversado con mis padres, no deseo hacerlos sentir mal por quedarnos aquí.

Alba sabía que sus padres se desvivían por ella a pesar del fastidio que muchas veces le provocaba su madre. Amparo Rivera creía que podía tener un absoluto manejo de sus cosas. Sin embargo, Alba suponía que a medida que ella creciera esto iría cambiando. Por eso, y por saber que ellos se habían sacrificado por darle todo lo que tenían es que no les había confesado sus deseos de salir de la villa. Sin dudas, un anhelo natural en una joven de su edad.

—¿Toda tu familia está aquí?

—No, el hermano de mi padre y sus hijos, mis primos, fueron hace un tiempo a la Argentina. Se han instalado en la ciudad de Buenos Aires. Aunque no es fácil establecerse allí, buscar trabajo y contar con un lugar para vivir, con sacrificio lo han hecho.

—Debe ser complicado abandonar todo, pero vale la pena si vas tras un sueño.

—¿Y cuál es el tuyo? —quiso saber Alba.

—No me gusta atarme a nada, por eso disfruto navegar y trabajar en el mar. Allí me siento libre.

—Entiendo.

Nunca había experimentado esa sensación de libertad. La vida que había llevado y la que le esperaba estaba junto a los suyos en la

villa, un lugar que adoraba y del que jamás saldría. Su pensamiento fue interrumpido por la pregunta de Santiago:

—¿Cuándo puedes ausentarte unas horas para navegar conmigo?

La expresión de Alba fue tal, que él se preocupó, no entendía si estaba feliz o asustada ante la propuesta.

—Olvida lo que te dije. No me di cuenta de que eres más joven; tus padres no te darán permiso.

Alba estaba convencida de que él no superaba los veinticinco años y, en breve, ella terminaría los estudios. Tampoco era tanta la diferencia, aunque entre ambos había una distancia abismal en lo vivido.

—De ningún modo. Deseo ir a esa excursión. Te prometo que lo arreglaré en mi casa.

Alba desconocía cómo lo haría, pero lograría el permiso. Quizá lo mejor sería ni siquiera pedirlo.

—Me encantaría —dijo él—, debo ver qué día no se necesita la embarcación y nos vamos.

—Solo debes avisarme.

—Lo haré.

—No sabes dónde vivo ni cómo localizarme.

—Eso es lo de menos. Cuando algo o alguien me interesa pongo empeño en buscarlo.

La conversación con él fluía natural. El interés de saber cosas del otro era mutuo. Sin embargo, el momento de confesiones había llegado a su fin. El atardecer coloreaba de pinceladas rojizas el horizonte, y el tiempo se había acabado.

—Es mejor que nos vayamos.

Alba aún desconocía cómo justificaría su ausencia en la casa. Esperaba que muy pronto llegase su amiga Nuria para poder contarle la novedad y planear cómo la ayudaría a armar las salidas con él. En el camino, Santiago se ofreció a acompañarla hasta la casa, pero Alba se negó. La salida podría malograrse si se encontraba con alguno de sus padres. Él no insistió y volvieron a separarse en la esquina donde la calle principal se bifurcaba. Alba sentía que la felicidad la invadía, ya que al fin haría algo que deseaba con locura, y no se refería al paseo en barco, sino a compartir esa aventura de la mano de Santiago. Estar con él era el fuerte anhelo que había tenido desde el mismo instante en que lo cruzó.

Otra tarde caía sobre la villa y no tenía novedades. Mirando el atardecer se perdió en sus pensamientos. Desde que conocía a Santiago había aprendido a esperar, aunque no le gustara. Los días que pasaban sin noticias suyas, Alba los completaba con los recuerdos de las conversaciones mantenidas en aquellos encuentros clandestinos. De pronto, un sonido la alertó y la sacó de sus elucubraciones, y odió que fuera su madre quien rompiera la magia de sus recuerdos

—Alba, ven aquí.

La joven abandonó la paz de su cuarto y se dirigió a la cocina. El aroma de la fabada que se estaba cociendo inundaba la casa. En los últimos días, Amparo no había dejado de regañarla por no prestar atención a los recados que le hacía. Alba parecía vivir sobre una nube de la que no deseaba bajarse.

—¿Qué sucede, mamá?

—Eso me pregunto yo —Amparo dejó a un lado el cucharón con el que revolvía la preparación a la que acababa de agregarle chorizo colorado—. Extrañas a Nuria, es eso, ¿verdad?

Esa sería la excusa perfecta para justificar el turbado comportamiento de Alba.

—Sí, mamá, pero muy pronto ya estará aquí.

—Eso espero y quería avisarte que mañana deberás acompañarme hasta la conservera. Mari Carmen no podrá ir durante estos días y tú podrías suplirla. Creo que es una manera de prepararte para cuando ingreses allí.

—¿Hasta cuándo será?

—Alba, no serán más de dos o tres días. Además, ya te he dicho que con tu padre te hemos conseguido un lugar de operaria ahora que terminas tus estudios. Cambia esa cara y ven a ayudarme.

Ella no había tenido problemas en los estudios y los finalizaría en breve. No solía discutir con sus padres y no lo haría en ese momento. La cena transcurrió sin sobresaltos. Alba deseaba que esa jornada acabase lo antes posible para dar paso a una más y así acortar el tiempo hasta verse con Abascal.

La mañana había amanecido soleada y fría. La brisa matinal se hacía sentir. Alba se apresuró a cambiarse y alistarse para ir con su madre hasta la conservera. Más temprano había salido Francisco hacía allá.

—Pero mira qué grande y bella estás, Alba.

Paulina Rodríguez era amiga de Amparo. Ambas habían ingresado a trabajar juntas y habían trabado una estrecha relación. No hacía

tanto que había enviudado y el trabajo había pasado a ser su refugio en aquellos días en que no deseaba salir de la cama. Cumplía horas extras para no regresar a su casa.

—Gracias, Paulina.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Lo sé.

—Cuando creas que se complica con Amparo, aquí estoy.

Ese ofrecimiento no lo hacía por su gran soledad, sino porque había aprendido a querer a la joven.

—Claro que sí, y estoy convencida de que será en más de una ocasión.

Una tibia sonrisa asomó por el curtido rostro de Paulina.

—Pero qué jocosas andan, cuéntenme de qué se ríen —comentó cómplice Amparo.

—Te aseguro que si te lo cuento se te borraría esa sonrisa.

Amparo se alegró de que su hija y su amiga hicieran buenas migas en el lugar de trabajo, ya que la faena era ardua y latosa.

La jornada transcurrió sin problemas. Alba conocía el trabajo y no necesitó que le hiciesen una visita guiada del lugar. Don Francisco trabajaba en el piso superior, donde se ubicaba el taller para armar y soldar la latería que llevaría la conserva. Sin embargo, el corazón de la fábrica se ubicaba en la planta baja, donde se freía la pesca obtenida, estaban las calderas de vapor y palias repletas de los insumos necesarios para que el bonito, la sardina y la salazón de sardinas fuesen de lo mejor de la zona. Ahí trabajaba Amparo, y ese lugar la esperaba a ella en breve. Sin duda, era un orgullo trabajar en un negocio tan importante de la villa. Alba se reconfortaba al

saber que trabajaría en aquella fábrica, aunque no fuese lo que más le gustara. Ella descontaba que ese sería su destino.

Cuando terminó la jornada, Alba abandonó la conservera en compañía de su madre, ya que Paulina cubriría unas horas extras. Caminó unos pasos y a la distancia observó que se acercaba alguien envuelto en el humo del cigarro que sostenía en la mano. Lo identificó de inmediato. La forma de caminar, la postura del cuerpo y esa actitud relajada, como si nadie ni nada pudiera alterarlo, hizo que no tuviera dudas de que Santiago venía hacía ella. Su corazón comenzó a latir de modo alborotado y no sabía muy bien qué hacer. Creía que él se detendría a cierta distancia y esperaría a que Alba se desembarazara de su madre, pero se equivocó. Caminó directo hacia donde estaba, arrojando la colilla de su cigarro antes de apersonarse.

—Buenas tardes.

Amparo se volteó de inmediato y estudió con detenimiento al muchacho.

—Eres el sobrino de Diego Abascal, ¿verdad?

En la villa todo se sabía y Amparo daba pruebas de eso. El parecido familiar de Santiago había delatado el parentesco. En medio del examen de su madre, Alba se sumió en un absoluto mutismo. A continuación, Amparo hizo algo inesperado: los presentó. Santiago esperó que la joven reaccionara dando alguna manifestación del conocimiento previo, pero el silencio de Alba hizo que Santiago actuase como si fuera esa la primera vez que ambos se cruzaban.

—Un placer —agregó al saludarla y rozar sus dedos.

—Diego nos ha contado que trabajas con él en el barco.

—Así es, pero no siempre estoy aquí, ya que voy y vengo cuando las obligaciones me lo permiten.

—Hay que agradecer el trabajo, aunque tengas que viajar tanto.

—Sí. A veces debo ausentarme por semanas hasta poder regresar. No siempre ocurre así, y como dice, no puedo quejarme.

Alba sentía que cada frase que lanzaba era dirigida a ella, y lo comprobó al escuchar lo que dijo a continuación.

—En unos días, el jueves —dijo sin dejar de mirarla— para ser exactos, debo hacer una corta travesía que me llevará unas pocas horas. Pasado el mediodía ya estaré de regreso.

No fue el contenido de los dichos, sino el modo en que lo dijo y la manera en que la miró. Supo entonces que, en unos pocos días, ambos tenían una cita. A ella no había dejado de impresionarla el desenfado de Santiago frente a su madre al avisarle cuándo sería el próximo paseo.

—Que tengas un buen viaje, muchacho; me alegra que ayudes a tu tío. Tiempo atrás lo ha pasado duro con su salud.

Él recordaba lo que había sido la gripe que al finalizar la Gran Guerra había asolado parte de la península Ibérica. A pesar del tiempo transcurrido algunas secuelas habían quedado en los pulmones de don Diego. El frío marítimo conspiraba contra la salud de su tío, y por ese motivo los viajes de Santiago se habían incrementado, con el fin de suplirlo.

—Así es.

—Hija, debemos irnos.

—Un placer —le dijo luego de guiñarle el ojo en cuanto su madre se adelantó unos pasos.

Un estado de extrema felicidad se había apoderado de Alba. Ya nada le importaba, ni siquiera la sostenida conversación de su madre hasta que llegaron a la casa. Dentro, el parloteo continuó sin que Alba emitiera opinión; solo algunos monosílabos. Eso sí, realizó todas las tareas con una sonrisa, al punto que Amparo olvidó por un momento las distracciones de su hija. La cena familiar fue armoniosa. Su madre mencionó el encuentro con el sobrino de Abascal, nada que saliera de lo común, al menos para ellos.

—A descansar, que mañana temprano empieza la jornada —ordenó Amparo.

Nadie se atrevió a desoírla, menos don Francisco, en quien el cansancio se reflejaba en las oscuras sombras debajo de los ojos, y en la espalda encorvada. A partir de entonces, los días transcurrieron para Alba con la sola expectativa de la añorada cita.

El mar se veía calmo y la costa, luminosa. Algunas embarcaciones se encontraban fondeadas en el puerto, aunque la mayoría estaba de faena desde las primeras horas del amanecer. Ella pensó que debería aguardar a Santiago, pero él la recibió con una amplia sonrisa a bordo de la embarcación.

—Es una linda mañana para navegar.

Le dio la mano para abordar y la envolvió en sus brazos. Apoyó los labios sobre su mejilla para saludarla. Su mano no dejó de rodearle la cintura a pesar de haberse separado unos centímetros para contemplarla.

—Me hace feliz que estés a bordo conmigo.

Ella podía jurar que su garganta no lograría emitir sonido alguno, su cuerpo era una amalgama de sensaciones inexplicables. Él seguramente se dio cuenta, porque se distanció y cambió de actitud.

—Vas a ayudarme, ¿verdad?

—A la orden.

Él lanzó una carcajada que rompió la atmósfera intima. No dejó de darle instrucciones e indicaciones. En verdad, no eran para que Alba aprendiera a navegar, sino para que supiera qué hacer ante alguna complicación que pudiese acontecer a bordo. De a poco la nave comenzó a alejarse de la costa. Era la primera vez que podía contemplar la villa bajo otra perspectiva, en medio del oleaje del Cantábrico. Se la veía distinta, más pequeña, pero sin perder la belleza que ostentaba, rodeada de acantilados. La barca comenzó a bambolearse, y la fascinación de Alba por navegar crecía minuto a minuto.

—Toma —dijo él.

Le sorprendió que le alcanzara una manta para que se envolviera. La fría brisa marina se hacía notar a medida que se adentraban en el mar. Con su abrazo la atrajo hacia donde estaba timoneando.

—No pienses en nada, solo disfruta la sensación de libertad que da el mar.

No fue necesario que cerrara los ojos para sentir lo que acababa de pedirle. Su cabellera se arremolinaba al compás del viento y se dejó llevar. En aquel momento, no hablaron, no era necesario, ya estaban conectados. Con un simple movimiento o una seña cada cual sabía lo que necesitaba el otro. Y fue así hasta que fondearon en una zona cercana a una de las bellas playas de la costa, que Alba desconocía incluso su existencia.

—Es increíble.

—¿Verdad que sí?

—Espero que esta no sea la última vez que me traigas a navegar.

La manera en que la miró hizo que no pudiera descifrar lo que pasaba por su mente. Sin dudas, en el poco tiempo que se conocían él había logrado entenderla más de lo que Alba creía.

—Esta es la primera de otras tantas.

Supo que la sensación de mareo no se debía al oleaje sino a él. Era algo que nunca antes había vivido, y estaba convencida de que tampoco lo experimentaría con otro muchacho.

—¿Pasa algo?

—Nada.

Sonrió para disimular lo que sentía. Era transparente y no deseaba ser tan evidente. Debía bajarse de la nube en la que flotaba.

—No te dije, pero traje un poco de comida. Imaginaba que nos daría hambre.

Otra vez tronó esa carcajada que solo en pocas ocasiones él lanzaba.

—¿A ver qué has traído?

Sacó unos emparedados de jamón crudo y queso. Los había hecho luego de que sus padres fueran al trabajo. Se había apurado y esperaba que estuvieran sabrosos. No hizo falta que le preguntara, porque en un santiamén los devoró, a diferencia de ella, que apenas los probó.

—Quiero que sepas que nunca antes he traído a alguien a navegar conmigo.

Saber que ella era la primera en estar allí la colmaba de regocijo y satisfacción. Suponía que había estado con otras jóvenes y que estar

a su lado no sería una novedad.

—¿En serio?

Él asintió sin dejar de mirarla. No hacía falta que dijera algo más. En ese instante, a Alba le hubiera encantado detener el tiempo y olvidar que debía regresar a la casa para cumplir con las actividades que tenía a cargo a diario.

—Por eso —agregó— no será la última vez que estemos así. —Deslizó el pulgar por su rostro y recorrió el borde de la boca. —Es lo que deseas —susurró.

—Sí.

Ella no dejaba de contemplar cuanto la rodeaba, y todo era perfecto. Nada faltaba, todo lo que deseaba y necesitaba estaba allí.

—Estoy memorizando el paisaje.

—Alba, no es necesario que lo hagas, ya te dije que volveremos, y lo haremos.

—Lo sé, solo que me gustaría plasmarlo en una tela.

—¿Pintas?

—No —respondió entre risas—, ojalá lo hiciera bien. No he estudiado y no tengo tiempo para hacerlo. Solo hago algunos garabatos y les doy vida con los colores que estampo en la hoja.

—¿Es otro secreto que compartes conmigo?

—En verdad, mis padres saben que me gusta hacerlo, pero siempre le han restado importancia y tienen razón. Imagina que cuando pueda ingresaré a trabajar como operaria en la conservera y no tendré tiempo para dedicarle al dibujo.

—Nada debería impedirte que lo hicieras. No importa cuán ocupada estés.

—Tienes razón.

Hacerlo era lo que le permitía soñar que había algo más, aparte de los austeros muros de la casa en que vivía. Nunca confesaría que en su fuero íntimo buscaba romper con el destino que le había trazado la familia. Estaba convencida de que de la mano de Santiago lo lograría.

—Si pretendo que podamos vernos más seguido, será mejor que regresemos.

No deseaba regresar, pero Santiago le había prometido que ese paseo sería uno de los tantos que vendrían, y eso le dada la tranquilidad necesaria para despedirse de él hasta el jueves siguiente. Podía ser el próximo o el otro, según los viajes que debiera hacer. El arribo al puerto fue más rápido de lo que ella hubiera imaginado.

—Hasta pronto —le dijo Alba.

Santiago se acercó y rozó con sus labios las comisuras de su boca. Fue una caricia fugaz que la paralizó. Deslizó el pulgar por su mejilla y sin decir nada más se volteó, perdiéndose por la transitada calle Mayor, la misma que Alba caminó los días siguientes sin dejar de pensar cuándo volvería a encontrarse con él.

Al otro lado de la villa y en una edificación antigua funcionaba el hospital y asilo regenteado por la orden religiosa de las Hermanas Franciscanas Misioneras. Hasta allí fue Alba a buscar a su amiga.

—¡Nuria! —la saludó al verla salir.

—Al fin podemos encontrarnos.

En el último tiempo, las actividades de ambas se habían intensificado. Nuria había comenzado a desempeñarse como

enfermera en el hospital. La institución no contaba con los insumos requeridos ni con la cantidad del personal médico necesario, y trabajar allí no era fácil, pero no quería seguir los pasos de Alba. En ese ámbito, Nuria también buscaba enamorarse, casarse y poder abandonar la villa en algún momento. No quería quedarse anclada allí como su familia. Conocía de memoria los recovecos de la villa y a quienes la habitaban. No pensaba resignarse a vivir ahí.

—Salí antes y pensé en buscarte.

—Me alegra que lo hayas hecho. Dime cómo estás.

—Bien, y con mucho trabajo.

Al fin Alba había acabado los estudios y, como estaba planeado y era de esperar, había comenzado a trabajar en la conservera. A pesar del poco tiempo que llevaba allí, había sabido adaptarse a las actividades y horarios que le demandaba la actividad en la empresa.

Sin embargo, desde hacía un tiempo le había dejado de importar no estar a gusto allí dentro. Claro que existía una razón, y era saber que vería a Santiago.

—Eso lo imagino, y no quieras que te cuente el infierno en que se transformó el hospital.

—Esto era lo que deseabas.

—Busco conocer a alguien y abandonar este lugar.

—No cambias más.

Alba creía que los dichos de su amiga eran más un capricho que una convicción. Sin duda, el tiempo diría si ella estaba equivocada.

—Eres tú la que debes contar sobre el hombre que te quita el sueño.

—No tengo algo nuevo para comentarte, solo que debo aguardar a que regrese. Cuando se dé la posibilidad, te lo presentaré.

—Amiga, no sabes cuánto me alegro.

—Aún queda tanto por resolver… por empezar, los días para vernos, por mi trabajo y cambios en sus viajes, ya no podrá ser los jueves.

—Eso lo hace más atractivo. No saber cuándo lo verás te debe mantener alerta esperando el momento en que va a aparecer.

—Tienes razón.

—Vamos, no te quejes, que tienes a alguien a quien esperar.

—Nuria, ya llegará el indicado para ti.

—Eso espero, y mientras tanto, ¿qué me dices de comer unos emparedados?

Ambas se perdieron por las pintorescas callejuelas sin dejar de hablar y ponerse al día sobre todo aquello que les había sucedido. Era un momento de cambio para ambas. Atrás habían quedado los estudios y ante ellas se abría un camino de responsabilidades.

Los días transcurrían monótonos; sin embargo, esa mañana Alba se había despertado animada, ya que era su cumpleaños. Con sus dieciocho años se sentía una joven adulta a los ojos de los demás, aunque le importaba que él la viese de otro modo.

—Alba, querida, deja de remolonear.

Amparo nunca se daba por vencida en malograr sus mañanas. No importaba que el despertador sonase como la sirena de un barco a punto de partir. Igual le avisaba que debía levantarse para evitar llegar tarde. Por ese motivo abrió la puerta de par en par.

—¡Y esto es para la cumpleañera!

Con un pastel de manzana iluminado por una vela, ingresó en compañía de don Francisco.

—Muchas gracias, ¡qué linda sorpresa!

—Vamos, hija, come un poco.

—Imagino que hoy Nuria vendrá a cenar, ¿verdad?

—Como cada año.

—Vamos, mujer, dejémosla que se cambie. Debemos irnos a la conservera.

En cuanto sus padres salieron del cuarto, se cambió para iniciar un nuevo día, uno que, sabía, sería igual a tantos otros en la conservera de la villa.

Estaba terminando de cambiarse para ir al comedor a cenar cuando escuchó que Nuria ya había llegado y conversaba con su madre. Como cada año, cenarían juntas para celebrar su cumpleaños. Eran amigas desde niñas.

Alba se asomó apenas por la puerta y la llamó.

—Pero, Alba, cambia esa cara —le dijo en cuanto ingresó en la habitación.

—¿Por qué?

—¿Necesitas que te diga que no haces otra cosa que pensar en él?

—¿Qué dices?

Ni siquiera a su amiga quería reconocerle que estaba loca por Santiago, que soñaba con él y con el próximo encuentro.

—Vamos, Alba, que no es necesario que me niegues lo que es evidente.

—Tienes razón. Me conoces demasiado.

—Juro que no es necesario ser tu amiga para darse cuenta de que andas en la luna de Valencia.

—Ya verás que cuando te suceda te acordarás de mí.

—Eso espero —replicó Nuria con añoranza.

—Debes esperar y aparecerá el elegido, estoy segura de que así será. Ven, salgamos antes de que mi madre entre aquí.

Las anécdotas de Nuria en su nuevo trabajo sirvieron como telón de fondo del festejo, aunque hubo algunos comentarios lanzados por don Francisco que sorprendieron a la cumpleañera.

—Ahora has dejado de ser una niña. Eres una joven con responsabilidades.

—Claro que sí —afirmó su madre.

La mirada cómplice de ambos la inquietó. No tuvo tiempo de averiguar a qué se debía, ya que de inmediato su madre agregó:

—Hija, con tu padre creemos que ya es hora de que te asientes.

No comprendía a qué se referían, había comenzado a trabajar y atrás había quedado la época de estudiante.

—No nos mires así. Es natural que empieces a pensar en formar una familia. Míranos con tu padre. No le fue fácil conciliar con el abuelo, pero aquí nos ves.

El cuerpo de Alba tuvo una fuerte sacudida. No podía creer que le insinuaran que podía contar con algún pretendiente, ya que ese era su ferviente deseo desde que se había cruzado con Santiago.

—Yo...

El fuerte golpe en la pierna que le asestó Nuria hizo que se callara. Alba recapacitó de inmediato y se dio cuenta de que sería muy prematuro lanzar el apellido Abascal, más cuando nadie sabía el

secreto que Santiago y ella mantenían. Debería andar con mayor cuidado hasta que pudiera revelar lo que tanto deseaba clamar a viva voz.

—Tú, ¿qué, hija?

—Que me sorprenden sus dichos, pero quiero que sepan que estoy de acuerdo y que me esforzaré por cumplir con todas mis obligaciones.

—Claro que sí, mi niña.

Al final de la cena se ofreció el pastel de manzana, pero el apetito de Alba había desaparecido, ya que no dejaba de pensar en la implicancia que podían tener en su vida los dichos de sus padres. Con Nuria acordaron verse pronto, y se despidieron.

El último sonido en la casa fue el ruido de su puerta al cerrarse. El reflejo de la noche se filtraba en la habitación, y Alba no podía dormirse. Daba vueltas de un lado a otro porque la inquietud la carcomía por dentro. Debía expulsar los pensamientos que la atosigaban e intentar descansar, o lo pagaría a primera hora del otro día cuando, como cada mañana, tronara el despertador y su madre intentara, a los golpes, derribar la puerta. Con esfuerzo, logró dormirse. Soñaba con una fría brisa y con el mar que bamboleaba la barca, y la sensación de libertad la envolvía y le daba fuerzas para encarar lo que fuera, cuando le pareció que alguien la llamaba: "Alba, Alba…".

No quería salir del estado de ensoñación en que se encontraba, pero el murmullo repiqueteaba en su cabeza. De repente abrió los ojos y gritó, pero una mano le cubrió la boca. Entonces supo que no era un sueño y Santiago estaba a su lado, con una sonrisa.

—¿Te parece que puedo sacar mi mano sin que grites? —susurró —. No quiero que vengan tus padres y me encuentren aquí. Sería un gran problema, ¿no crees?

Él deslizó los dedos sobre su rostro en una caricia, una de esas a las que estaba acostumbrada.

—Feliz cumpleaños, mi Alba —dijo y selló con un beso su deseo.

No fue uno suave, sino demandante y ardiente. Su lengua la recorrió por dentro con desesperación, una desesperación que reflejaba la necesidad de verla. La distancia impuesta era más difícil de soportar en cada viaje. Alba se aferró al musculoso cuerpo de él, mientras no dejaba de temblar con sus caricias.

Santiago sabía que debía detenerse. No era el momento ni el lugar. Él podía notar cómo el cuerpo de Alba respondía. A pesar de la penumbra del lugar, podía vislumbrar las mejillas sonrojadas, las pupilas dilatas por el deseo y el latir de su cuerpo sobre el suyo.

—Feliz cumpleaños —resopló sobre los carnosos labios de Alba.

—¿Cómo te has enterado?

—Deberías saber, a esta altura, que nada de ti se me escapa.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato. Apenas he tenido tiempo de darme un baño para venir a verte.

Alba no salía del asombro que le provocaba que él estuviera a su lado.

—Espero que te guste —se incorporó en busca de algo que levantó del piso—. Toma y ábrelo.

Estaba ansioso por ver su reacción. Alba rasgó el papel de seda del paquete. Y allí estaba: el bloc de hojas, las mismas que utilizaba para dibujar y pintar.

—Hace unas semanas, cuando me enteré de esta fecha, fui a la mercería El Carmen, y me indicaron cuáles comprar.

Alba conocía ese lugar donde vendían todo cuanto se necesitaba en la villa.

—Es lo más hermoso que me han regalado —dijo acariciando su regalo.

—Es para que dibujes lo que desees, pero no para que llores.

Alba lloraba de emoción, Santiago le tomó la barbilla.

—Gracias —susurró.

Se fundieron en un abrazo. No necesitaba palabras para completar ese momento íntimo.

—Debo irme.

—Quédate.

—Es lo que más quisiera, pero no puedo.

Con un pulgar acarició la mejilla y volvió a besarla con dedicación para que ella recordara ese momento tan especial en cada cumpleaños que celebrase.

—¿Cuándo nos vemos?

—Mañana te espero en nuestro lugar cuando salgas de trabajar.

—Allí estaré.

Alba quería hablarle sobre lo conversado con sus padres, aunque de momento no podía pensar en otra cosa que en su aparición en el cuarto. Desde la ventana de la habitación se quedó contemplando la silueta de él huyendo y fundiéndose en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 4

# UNA FIGURA ENTRE LAS TINIEBLAS

*Asturias, tiempo atrás*

El tiempo desapacible se iba retirando de a poco de la villa. Cada cual cumplía con sus obligaciones y daba cabida a la diversión. Pocos meses atrás, algunos pobladores del lugar habían sido parte de una andecha[1] en la propiedad de Fermín, un amigo de la familia Rivera. En este caso, se habían reunido para ayudar a machacar las manzanas que darían una sabrosa sidra. Más allá de la colaboración, era una buena manera de estar juntos. La recompensa llegaba meses después, cuando la sidra estaba fermentada en los toneles de castaño o roble. Era la etapa de la cata, y nada mejor que compartir ese momento con quienes habían sido parte de la elaboración.

En la casa de la familia Rivera todos se estaban alistando para concurrir hasta la casa de Fermín. Desde que Alba había llegado del trabajo en la conservera, no había dejado de probarse los pocos vestidos que tenía para saber con cuál estaba más atractiva y linda. Le había hecho llegar a Santiago la información de que iría junto a la

familia a la espicha[2]. Como a esa reunión concurrirían las mujeres también, sería el momento oportuno para lograr un acercamiento de él con sus padres. Mientras se probaba el vestido color malva de manga larga recordaba que él le había dicho que para dar el paso que ambos deseaban debían esperar hasta que él pudiera ofrecerle el futuro que se merecía. Santiago trabajaba y se estaba forjando un porvenir, pero comprendía que debía tener una situación más sólida, y para conseguirla requería tiempo. Se miró al espejo y supo que esa era la prenda indicada, junto al saco negro. Su cabello estaba vaporoso, con ondas. Se estaba poniendo unas gotas de colonia de azahar cuando unos golpes a la puerta la sorprendieron; el frasco se le resbaló y dio de lleno con la madera del mueble.

—Alba, soy yo.

La joven se volteó y vio a Nuria ingresando en la habitación bajo la custodia de su madre, que estaba detrás haciéndole una seña con la mano para que se apurara.

—Les doy solo cinco minutos, no quiero llegar tarde —anunció la dueña de casa antes de cerrar la puerta.

—Te aseguro que hay días en los que me agobia.

—Olvídala, estás muy bonita.

—Gracias, y tú también.

—No tengo muchas oportunidades como esta, en que concurrirán muchachos que no conozco. Te aseguro que pienso aprovecharla.

—Ya te dije que en el momento menos pensado lo conocerás.

—Eso espero, y doy por descontado que irá tu amado Abascal.

—Le avisé que estaré allí y espero que vaya. Eso me tiene emocionada.

—Lo imagino, creo que debemos irnos ya.

Ambas repasaron la imagen en el espejo y salieron del cuarto antes de que Amparo regresara. En la caminata hasta la casa de se sumaron algunos vecinos que eran parte del festejo.

—Bienvenidas —dijo Pedro, el hijo del dueño de casa.

—Parece que han llegado todos —agregó Nuria.

—No lo creo —comentó Alba.

En ese instante apareció el matrimonio Rivera para saludar al joven.

—Espero que disfruten de la reunión. Alba, querida, te dejamos en buenas manos.

La referencia a que la compañía de Pedro era lo mejor que podía pasarle esa noche era otra gran equivocación de su madre.

—Acompáñenme hacia donde está la diversión —invitó Pedro.

Gran parte de los invitados estaba en el lagar, sitio apartado de la propiedad donde se encontraban los barriles de roble, mientras otros departían alrededor de la casa. Alba no había dejado de observar a cada uno de los presentes para ver si localizaba a la única persona que deseaba encontrar. Sobre una extensa mesa había platos con castañas asadas, jamón, quesos y huevos cocidos. Los invitados habían aportado gran parte de los alimentos a cambio de disfrutar una rica sidra. La algarabía iba en aumento a medida que los minutos pasaban. Siempre se aprovechaban los festejos que se hacían dentro de la comunidad, ya que no todos tenían la posibilidad de concurrir a otros poblados más lejanos y ser parte de distintas celebraciones.

—¿A quién le doy este culín de sidra? —preguntó el dueño de casa —. Vamos, que es el primero.

Y así comenzó el festejo. Luego de la primera medida en un vaso, comenzaría a saborearse la dulce bebida. La arenga por seguir bebiendo era generalizada. Las jóvenes se reían frente al espectáculo que hacían algunos invitados. No todos podían escanciar la sidra como era debido, es decir, elevar la bebida por encima de la cabeza y embocar en el vaso la medida justa; claro que no era solo una cuestión de habilidad, sino la manera de quitarle las burbujas para disfrutar de la mejor sidra. Sin querer, se fue armando un campeonato. El hijo del dueño de casa alardeaba como nadie. En realidad, era conocido por jactarse de cada cosa que hacía.

—¿Quién se atreve a desafiarme? —preguntó.

Era evidente que esa noche quería llamar la atención de Alba.

—¿Me parece a mí o no ha dejado de mirarte? —susurró Nuria.

—Déjalo ya —contestó ofuscada su amiga.

—Alba, toma un poco —le ofreció Pedro con la copa en alto.

—Vamos, niña —clamaron dos invitados que estaban observando.

Ella negó con la cabeza con deseos de que finalizase cuanto antes ese espectáculo. Quería salir de allí, no se sentía cómoda frente a Pedro. Alguien, desde el ingreso al lagar, no había dejado de contemplar lo que sucedía dentro.

—Abascal —exclamó Pedro—, a ver si lo haces mejor que yo.

Alba se quedó de una pieza al ver cómo Santiago se acercaba ante el desafío. Ella estaba hipnotizada frente a lo ocurría a metros de donde estaba.

—Ahora entiendo por qué estás así. Lo imaginaba distinto —dijo Nuria observando al hombre que era el valioso secreto de su amiga.

—¿Cómo creías que era?

—No sé, diferente, quizá más parecido al resto.

Miró alrededor y comprendió que su amiga había dado en el clavo, él no se parecía a otro que estuviera allí. Sin dudas, la estampa de Santiago generaba cierto impacto. No solo era la apariencia física, sino lo que provocaba su presencia. Antes de escanciar fijó la mirada en Alba y vertió el contenido justo para luego golpearlo sobre la mesa de madera que allí había y mejorar la calidad de la bebida. Como si no hubiera nadie que los estuviesen viendo, él se acercó y le ofreció el vaso.

—Alba, ¿deseas probarlo?

Ella no necesitó contestarle, porque luego de beber un sorbo él empinó con delicadeza el vaso para que ella tomara el resto del contenido. Nuria había quedado absorta con el gesto íntimo de él hecho en medio del bullicio y la algarabía que se vivía dentro del recinto. Y fueron otros quienes, entre gritos y aplausos, comenzaron a escanciar para beber y beber.

La mirada achispada de Alba no se debía a lo poco que había bebido, sí a lo que acababa de suceder con Santiago. Nunca sabía a qué atenerse con él, ni podía calcular cómo iba a actuar en el momento menos pensado.

—Hola. Viniste.

—Te dije que si podía lo haría, y aquí estoy.

—Ella es Nuria.

—Alba me ha hablado de ti.

—Supongo que bien.

—Por supuesto —intervino Alba.

—No he venido solo —dijo Santiago mientras llamaba con la mano a alguien—, ven.

El joven que se había acercado tenía cierto parecido con él; existía un parentesco que era imposible de ocultar entre los dos jóvenes.

—Les presento a mi primo Manuel.

El muchacho las saludó. Sería dos años menor que Santiago, pero parecía más afable y hablador. Fue Nuria quien acaparó la atención del recién llegado. No era un muchacho que se mostrara mucho en la villa. Él, como su primo, se dedicaban a trabajar en la embarcación junto a su tío.

Alba y Santiago se alejaron de la gente buscando un poco la tranquilidad en medio de tanto barullo. Afuera, y en un recodo, él la besó, no como le hubiera gustado, pero necesitaba sentirla. No creía que una mujer pudiera generar tal atracción, como le sucedía con Alba. Había estado con otras mujeres, incluso algunas más grandes que él, pero ninguna había calado tan profundo como ella. La inexperiencia de la joven junto a la entrega en los besos y caricias que le brindaba lo volvían loco. Nunca imaginó que esto le fuera a suceder. En cada regreso no dejaba de pensar en ver a su Alba para compartir el tiempo que podían estar juntos.

—Miren las últimas novedades de la villa… —exclamó Pedro, que estaba frente a ellos con una sonrisa torcida en el rostro—. Quisiera saber si los Rivera estarán contentos contigo cuando sepan las tropelías que haces a bordo o en los puertos a los que llegamos. Tu pasado te precede ¿o quieres que se los cuente?

Abascal se adelantó y dejó detrás de él a Alba, que intentaba comprender la actitud de Pedro; no había hecho más que molestarla desde que llegó.

—Esta vez no vas a meterte con el dueño de casa, ¿verdad?

Súbitamente, Santiago lo tomó por el cuello, se inclinó y le habló al oído. Alba no logró escuchar, tampoco suponer qué le había dicho como para dejar sin habla a alguien que hasta ese momento se dedicó a vociferar y ufanarse de sus actos.

—Pedro —lo llamó una voz por detrás—, quiero que me muestres algo en el lagar.

Paulina se había hecho presente en aquel momento. Alba desconocía desde cuándo estaba ella ahí, pero esperaba que recién hubiera llegado.

Sin hacer acotación alguna y luego de echar una última mirada a Abascal, Pedro enfiló hacia donde estaba Paulina para saber qué era lo que necesitaba.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Alba. Su intriga era absoluta, ya que sabía que nadie ni nada hacía callar al hijo de Fermín.

—Nada importante, solo me aseguré de que deje de molestarte.

—Gracias.

—De eso nada.

Abascal volvió a besarla para sellar lo que acababa de decirle sin tomar en cuenta el bullicio, la algarabía y el descontrol que se vivía a metros de ellos. Dentro del lagar habían quedado Nuria y Manuel, conversando.

—No te visto por la villa —comentó ella.

—Trabajo en el barco con mi primo y, a veces, surgen imprevistos que nos hacen recalar en un puerto más tiempo del que deseamos.

—Según parece son unidos.

—Lo somos desde que él comenzó a trabajar en la embarcación con mi padre.

—¿Antes no lo eran?

—No. Nuestros padres no se han llevado muy bien. La madre de Santiago murió cuando él era un crío y la relación con su padre no se dio en los mejores términos. Mi primo ha tenido que buscarse un camino, mi tío se metió en negocios turbios y murió. Mi primo pasó momentos muy complicados y al final papá se hizo cargo de él. Pensé que iba a ser un buen compañero, pero era de muy pocas palabras. No sé qué habría sido de él sin nosotros.

Nuria desconocía si el joven hablaba desde el cariño y el recuerdo de lo sucedido o si lo hacía con cierto desdén.

—No debe haber sido fácil para ti adaptarte a ese cambio en la casa.

—El tiempo ayudó para que nos acostumbráramos a convivir.

—Para tu padre tampoco debe haber sido sencillo hacerse cargo de otro niño.

—No lo fue. Hacía años que él y mi tío no tenían comunicación. Sin embargo, creo que para mi padre brindarle una mano a Santiago fue un modo de redimirse sobre las cuestiones que los había mantenidos alejados. Una vez me dijo que Santiago no tenía la culpa de ese distanciamiento. En fin, esas son cuestiones de los mayores y no quiero perder la noche hablando de mi familia, ¿qué me dices de ti?

—De momento trabajo en el hospital de la villa.

—¿Quieres ser médica?

—No, solo enfermera. Hay muy poco personal médico y siempre es bien recibida la colaboración que una pueda brindar.

—Entiendo, ¿otra copa de sidra?

Mientras la joven aguardaba la bebida vio que Abascal ingresaba con Alba. No era necesario que estuvieran abrazados o se hicieran

algún gesto de cariño, porque parecían unidos más allá de cualquier demostración de amor. Ojalá que alguna vez ella pudiera tener lo mismo que su querida amiga. De inmediato, levantó la mirada y le sonrió a Manuel, que caminaba hacia ella con dos copas de sidra.

Las semanas posteriores a la espicha, Alba debió soportar los dichos de sus padres respecto del desagradable comportamiento de Abascal. Ella estaba convencida de que el hijo de Fermín se había ido de boca y los rumores sobre la actitud pendenciera de Santiago habían empezado a correr. Eso lo colocaba en un lugar de desventaja con respecto a cualquier otro muchacho que la pretendiera. Por eso evitó hacerse eco de aquellos cotilleos y no se los contó. Alba sentía que la relación crecía a medida que el tiempo pasaba, y eso le permitía pasar los días con la esperanza de un nuevo encuentro. La felicidad no solo la alcanzaba a ella, sino también a Nuria, que parecía haber encontrado en Manuel el motivo de su dicha. Ella se alegraba de que al fin su amiga hubiera encontrado a la persona que cumpliese sus deseos.

—Si no avanzas, nos quedaremos aquí alargando la jornada laboral —dijo Paulina.

—Disculpa, tienes razón.

—Debes andar más atenta.

—No me he dado cuenta.

—Alba querida, no lo digo por la distracción de recién, sino por el muchacho con el que andas.

—Pero...

—No es necesario que me cuentes más de lo que quieras, pero es evidente que el joven Abascal es el motivo de tus distracciones.

El silencio de Alba fue la confirmación de lo que sucedía en su corazón.

—En algún momento deberás aclararle a tu madre los verdaderos sentimientos hacia ese joven. Sabes también que no es lo que ellos esperan de un muchacho para ti.

—Lo importante es lo que yo desee, Paulina.

—No siempre las cosas se dan como una desea.

Alba esperaba el regreso de Santiago. Había estado inquieta dentro de la conservera. Para suerte de ella y del resto de los trabajadores, culminarían el horario de trabajo antes porque la producción pesquera había menguado esas semanas.

—Mamá, vuelvo más tarde a casa.

—¿Adónde vas?

—Me encuentro con Nuria.

Alba se alejó feliz de contar con bastante tiempo para aguardar a Santiago, que regresaría en breve. En esta oportunidad no le había mentido a su madre porque iba en camino de buscar a Nuria, ya que ambas irían a esperar a los Abascal. Parecía que el tiempo que pasaba Nuria con Manuel les había permitido estrechar el vínculo entre los dos.

El cielo se había encapotado y la jornada se había tornado desapacible. Fuertes vientos soplaban en el puerto. Hasta allí habían llegado las jóvenes a la espera de las embarcaciones que traerían a los primos Abascal. Para Alba, este viaje de Santiago era el más largo que había hecho desde que se conocieron. Había recalado en el puerto de Vigo para comerciar la mercadería y, según los rumores

que se corrían en la villa, se habían retrasado allí por cuestiones comerciales. Alba había tenido tiempo para pensar en aquellas largas semanas sobre cómo encarar la relación que llevaba adelante con Santiago. La despedida en cada viaje resultaba desgarradora. Ella solo ansiaba verlo y estaba segura de que él encontraría la solución. Mientras pensaba en eso observó que se acercaba una embarcación.

—¿Ves lo mismo que yo? —comentó Nuria que no dejaba de realizar aspavientos con sus manos, como si de ese modo algún miembro de la tripulación pudiera verla.

Alba albergaba una rara sensación que la había acompañado toda la mañana. Estaba convencida de que a medida que se acercara a la nave esa impresión se evaporaría. La algarabía de Nuria fue absoluta y entre saltos y gritos corrió en busca de Manuel, que desembarcó preocupado. Alba aguardó, pero no vio que Santiago descendiera. Solo su primo se acercaba a ellas. Al tenerlo cerca notó que tenía algunos golpes en el rostro.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó Nuria con un gesto de inquietud ante el estado que tenía Manuel.

—Nada de importancia, no ha sido una travesía fácil. Alba no debes preocuparte.

—¿Dónde está Santiago?

—Él sabía mejor que nadie que sería un viaje complicado, por eso insistió en que yo regresara, y él se encargaría de cerrar algunas tratativas en Vigo para zarpar después.

—¿Y por qué no se quedó a pasar la noche allí?

—¿En verdad quieres saberlo? Buscaba regresar cuanto antes.

En ese mismo instante se escucharon unos gritos de alguien de la marinería, llamaba a Manuel para que fuera a La Tijerina. Aquella austera construcción se elevaba sobre la desembocadura del mar y desde allí se lograba controlar el movimiento marítimo.

—Debo ir —dijo con el rostro enlutado por la angustia y el desasosiego de lo que ocurría—, ustedes deben irse a casa. De nada sirve quedarse aquí, ya que será una larga jornada.

No habían sido los dichos de Manuel lo que había alertado a Alba, sino lo que sucedía en aquella vetusta construcción erigida sobre la costa de la playa San Antón, que fuera fundada como una Sociedad de Salvamentos de Náufragos, en donde se iban sumando hombres de mar para saber lo que sucedía con la embarcación que comandaba Abascal.

—Quédate tranquila que todo irá bien —acotó Nuria—, yo ya vengo.

—No, gracias, ve con él. Necesito estar sola, creo que necesito caminar.

—Pero...

—Déjame sola, por favor.

Nuria abandonó el puerto y se retiró acompañada de Manuel. Más tarde y ante el clima destemplado, prefirió ir hasta su casa y aguardar dentro. Suponía que Alba habría hecho lo mismo.

Sin embargo, Alba se había resguardado en el único lugar en el que se sentía segura, lejos de la conmoción por lo acontecido y las idas y venidas que se vivían en el puerto. Aquella gruta volvía a abrigarla en su espera por Santiago. Como un acto reflejo sus dedos se aferraron a la medalla que pendía de su cuello y que había aprendido a esconder de las miradas ajenas, en especial de sus

padres. No quería dar explicaciones sobre ese regalo que Abascal le había hecho. Recordar lo acontecido aquella tarde le permitía sentirlo cerca y borrar, aunque fuese por un instante, la angustia y el malestar que la invadía. Y entonces, comenzó a reverberar en su mente aquel momento compartido:

—No quiero que te angusties en cada viaje que hago.

—Lo intento.

No dejaba de contemplarla, mientras con el pulgar recorría el moreno rostro de ella que recordaba en sus *días de ausencia.*

De inmediato, sacó del bolsillo del pantalón un dije plateado.

—Quiero que la conserves. Es de la Virgen de la Guía, la de los mareantes. Ella nos protege y quiero que la lleves contigo. Cuando algo te angustie y no esté contigo solo, debes aferrarte a ella y verás que todo mejorará.

Santiago besó el cuello de Alba, antes de colocar la cadena de donde pendía la medalla que ella conservaría por siempre.

Volvió al presente y con lágrimas en los ojos rogó, pidió y prometió hasta lo impensado para que él regresara con vida.

Las tumultuosas aguas del mar mostraban su furia y, encrespadas, no dejaban de dar batalla a la embarcación comandada por Santiago. Las olas rompían sin piedad sobre el casco de la nave. Se había envuelto la cintura con un cabo amarrado a una de las barandillas del barco, comprendía que aún no había pasado lo peor de aquella tormenta. Como un presagio de lo que no debía suceder en ese momento, y en el afán de actuar de modo apresurado, uno de los tripulantes hizo una mala maniobra y resbalando por la proa

cayó en las embravecidas aguas. Santiago se lanzó al agua en busca de su compañero. Él sabía que no había mucho tiempo para actuar, porque los minutos perdidos en el agua eran ganados por la fatalidad. No supo si fue la buena estrella de su compañero, o la ola que lo envolvió permitiéndole acercarse a él, pero una vez que logró rozarlo lo atrajo para sí con todas sus fuerzas. De inmediato intentó enroscarle la soga alrededor del cuerpo. Al fin, se dejó llevar con el último impulso del agua que lo acercó más al barco. Se aferró a la soga mientras el resto de la tripulación tiraba de ella desde arriba de la nave. Luego de las desesperadas maniobras de rescate, Santiago se hallaba en un rincón de la embarcación. Con los labios morados, las manos sangrantes y sin sentir el cuerpo, bebía sorbos de whisky para entrar en calor y recuperarse del aciago accidente.

La noche estaba cerrada y en la villa no se hablaba de otra cosa que no fuera lo que podía suceder con el barco comandado por Abascal. Algunos pocos se mantenían en vigilia observando lo que acontecía en la costa. Alba salió del refugio y el viento le golpeó el rostro, de inmediato se arrebujó con el abrigo que llevaba intentando entrar en calor. Caminó por el sendero que conducía a La Tijerina. Entonces escuchó los gritos de los hombres que conducían la búsqueda y estallaban en aplausos. Al fin la nave asomaba en el puerto.

Alba estaba inmóvil, observando las maniobras de anclaje. Minutos después y en medio de la algarabía, los miembros de la tripulación fueron descendiendo uno a uno y abandonaron el puerto. Se quedó tiesa hasta que vio asomar entre las tinieblas la figura de alguien que caminaba por las tablas del muelle, vencido. No necesitó que las

luces del faro lo iluminasen. El silbido del viento se perdió entre su taconeo al correr hacia Santiago.

—Mi Alba —susurró en un ahogo.

El sordo llanto de ella fue apaciguado por el significativo abrazo de él, quien entre caricias y besos le aseguraba que estaba bien.

El camino de regreso a la casa de Alba lo hicieron juntos. Poco le importaba lo que fueran a decir sus padres cuando ingresara a esa hora de la noche sin haber avisado antes que se retrasaría. Nada le importaba, solo saber que él estaba a salvo y junto a ella.

—Mi amor, déjame que entre y les explique a tus padres lo sucedido.

—No es necesario, yo me encargo. Debes ir a tu casa y descansar.

A él lo único que le preocupaba era ella, aunque se sintiese cansado y con fuertes deseos de tirarse en una cama a descansar.

—Mañana te busco.

—¿Sí?

—Por supuesto, quiero hablar con tus padres.

—Nada me haría más feliz.

Se dieron un beso profundo lleno de promesas por lo que sucedería horas más tarde.

Alba entró y fue a la cocina para beber algo caliente. Allí, junto a la mesa se encontraba Amparo revolviendo una de las tantas tazas de café que había tomado. Clavó los ojos en los de su hija antes de comenzar a indagar.

—Has estado con el sobrino de Abascal. No me lo niegues, porque te he visto.

—Sí, y estuve con Nuria en el puerto.

—Tu amiga hace rato que está en su casa, no me mientas.

—No lo he hecho, yo...

—Tú cállate. Antes no eras así, jamás nos hubieras mentido. Estoy convencida de que Abascal es una mala influencia para ti.

—¿Qué dices?

—Lo que escuchas. Y da las gracias que tu padre no está aquí para sermonearte. Él debe trabajar temprano y no tiene tiempo que perder contigo ni con tus mentiras ni travesuras. Vete ya a la cama que mañana tienes obligaciones por delante y olvídate de verte con ese muchacho.

Los dichos de su madre no habían hecho mella en Alba. El encuentro con Santiago había morigerado la angustiante espera. La felicidad por saber que se hallaba a salvo estaba por encima de cualquier recriminación que Amparo pudiera hacerle. De eso se encargaría en la mañana siguiente. De momento, se acostó y enseguida se sumergió en un sueño profundo.

Los comentarios comenzaron a correr en diferentes vertientes. Para algunos había sido una inconsciencia que se lanzara a la mar con el clima que se preveía en esos días y a lo largo de esa travesía; otros hablaban del coraje de navegar en esas aguas y conducir a la tripulación sana y salva a destino. Sin embargo, había varios que susurraban por debajo el motivo que lo había retrasado en el puerto de Vigo, ya que la otra embarcación con la que había zarpado desde la villa había llegado a horario y la causa poco tenía que ver con la pesca, sino con cierto contrabando, y ponían a Abascal a la cabeza de la operatoria. En medio del cotilleo, Santiago no había asomado por la villa ni el bar, centro de reunión de los hombres del lugar, ni en ningún otro sitio en donde nacían aquellos comentarios maledicentes. Alba creyó que sería mejor que él no apareciera, para

dejar pasar el mal humor familiar, a pesar de que quería que cumpliera con la promesa hecha en la puerta de su casa al despedirse. Como si sus pensamientos fuesen premonitorios, unos golpes de puño sonaron en la puerta de entrada.

—¿Quién será a esta hora?

Amparo salió de la cocina secándose las manos en el delantal para ir a abrir. Por mucho que se apuró, Alba no alcanzó la puerta. Y de golpe la imagen de Santiago estaba allí frente a la exhaustiva mirada de Amparo, quien no daba crédito a lo que veía.

—Buenas noches, señora. He venido en cuanto pude desocuparme de lo que debía hacer.

Alba estaba parada detrás de la madre frente a la atenta mirada de él, que la observaba por encima del hombro de la dueña de casa.

—Espero que le guste, el dulce de membrillo es muy rico —dijo al hacerle entrega de un paquete

—Gracias, pasa.

No había tenido otra alternativa que hacerlo pasar a la casa. Ella había quedado impactada frente a la presencia del joven y el presente que había llevado. Cuánto hacia que su marido no la agasajaba con un regalo, qué le podía pedir, si no dejaba de trabajar como un burro. Segundos después, asomó su esposo en la creencia de que ya estaba todo listo para cenar.

—Pero mira quién está aquí. En la villa no han dejado de hablar de ti.

Cada cual se sentó en derredor de la mesa de la cocina. Amparo no esperaba que Francisco fuera condescendiente y adulador con el muchacho.

—Gracias, aunque no soy de darle crédito a lo que dicen de mí, ni a lo bueno, ni a lo malo.

—Te entiendo, y haces bien.

—Nosotros vamos a comer en breve, ¿quieres quedarte?

—Yo lo agrego —dijo solícita Alba, que no salía de su estupor al tenerlo cerca, dentro de su casa, y con los suyos.

—Gracias, pero no he venido a cenar, solo a decirles que el retraso de Alba en la noche de ayer se debió a mi culpa.

—Ella es una jovencita que no está acostumbrada a estar con un muchacho hasta cualquier hora.

—Mamá.

El sonrojo y la vergüenza que sentía Alba no se podía dimensionar.

—Lo sé y he venido a decirle que me interesa su hija y quiero pasar tiempo con ella. Lo que ocurrió ayer fue algo que no volverá a suceder.

Amparo no salía del asombro, fue entonces que viró para observar a su esposo a la espera de que dijera algo, y Santiago le echó una guiñada de ojo a Alba. La veía tensa y nerviosa, él buscaba que estuviera tranquila.

—Si te comportas como debes, aquí serás bien recibido —agregó Francisco—. Mujer pon algo de comer que me muero de hambre, seguro que el muchacho también está famélico.

—Gracias, pero debo irme. La próxima, encantado.

Alba se levantó de inmediato para acompañar a Santiago hasta la puerta.

—No creía que vendrías —susurró.

Él tomó con los dedos la barbilla de ella sin dejar de contemplarla. Jamás se cansaría de hacerlo.

—Nunca faltaré a una promesa contigo —resopló sobre sus labios antes de besarla—, ya deberías saberlo.

—Me has hecho feliz viniendo hasta aquí.

—Lo sé, quiero verte, pero a solas.

—Yo también.

—Donde siempre, cuando caiga el sol.

—Ahí estaré.

Otro beso puso fin a la despedida. Tras el chasquido de la puerta al cerrarse, Alba enfiló hacia la cocina. Intentó hacer oídos sordos a los dichos de su madre, porque la felicidad que sentía estallaba en su interior.

—Has estado muy blando con ese muchacho. No me gusta, y menos para que esté cerca de nuestra hija.

—Habrá que esperar, deja de hablar y pásame el plato de comida que tengo hambre y se hace tarde.

Alba se sentó para cenar sin hacer mención a lo sucedido, aunque flotaba una atmósfera de contrariedad y molestia por esa presencia que a ella la había llenado de regocijo y felicidad.



**1** Palabra asturiana que se refiere al trabajo comunitario.

**2** Reunión festiva asturiana en la que se bebe sidra.

CAPÍTULO 5

# UN EXTRAÑO ENTRE NOSOTROS

*Buenos Aires, 1964*

En esa jornada gris, como el ánimo de la familia, los integrantes del clan Pinedo se reunirían en el despacho del letrado Lisandro Amadeo. No había sido fácil para el profesional aunar las voluntades. El único que buscaba terminar el tema y hacerse de la parte que le correspondía era el hijo del difunto. Por razones de salud, Alba había pospuesto su concurrencia. Amadeo no sabía cuánto de verdad había en aquellas excusas, porque en los últimos tiempos la había visto mejor. Había notado cierta renuencia en la viuda a culminar con el trámite sucesorio. La ausencia de Aitana, que residía en el Sur, también había retardado la convocatoria, pero ahora que se hallaba en la ciudad no existía motivo para retrasar más la reunión. Sin embargo y a pesar de que los negocios seguían funcionando como si don Pinedo viviese, era hora de poner en orden algunos documentos, en especial algunos que tomarían por sorpresa a los convocados.

Alba llegó acompañada por su hija. En cuanto ingresaron al despacho, fueron guiadas hasta una sala donde se realizaría la reunión. En el centro del lugar se destacaba una larga mesa rodeada de sillas. En una de ellas se encontraba Ramiro, que bebía un café y las saludó con una sonrisa; luego miró el reloj. Comprendía que era un trámite que no llevaría mucho tiempo. Minutos después, llegó el abogado en compañía del escribano que formaba parte del estudio.

Luego de los saludos de bienvenida, quedaron a la espera de que Amadeo leyera las disposiciones de la última voluntad para que cada cual pudiera retomar sus asuntos.

—Quiero agradecerles que hayan venido; no quería que esto se retrasara. En cuanto a los negocios que manejan, supongo que seguirán del mismo modo, ¿verdad?

El negocio hotelero había sido la fuente comercial de ingreso desde que don Camilo, padre del difunto, había fundado El Escorial.

—Así es —tomó la voz cantante Ramiro—, por eso no entiendo el interés de que nos reunamos hoy.

—Ramiro, por favor, no seas desconsiderado.

—Deja de regañarme que no soy un niño.

—No quiero ser motivo de una nueva discusión —replicó el doctor Amadeo sabiendo que las disputas familiares se daban a menudo.

—Adelante, por favor —terció Aitana, cansada de tener que lidiar a toda hora y momento con su hermano, y molesta porque esas rencillas complicaban más a su madre.

—Como les decía, los hoteles son bienes que don Lautaro ha recibido por herencia de su padre. Por eso, al morir él, el acervo hereditario debería adjudicarse en partes iguales entre los hijos y su cónyuge, digamos: los presentes.

A Alba pocas cosas se le pasaban por alto y la utilización de "debería" no le había gustado. Intuía que esa reunión traería cuestiones de cierta envergadura que ella desconocía a pesar de haber trabajado en el negocio antes de haberse casado con quien se había transformado en su esposo.

—Sin embargo, para tomar algunas decisiones, que como socios requieran, necesitarán de cierta mayoría. Hoy espero que todos ustedes estén de acuerdo para hacerlo, pero en el caso de que llegue el día en que no lo estén —dijo el letrado sabiendo que esa instancia estaba cerca— deberán reunir una mayoría de la totalidad de quienes conforman el paquete accionario. Pues bien, hay un porcentaje que tiene alguien ajeno a la familia.

El silencio que sobrevoló el recinto enlutó el rostro de Ramiro, que creía que al fin su momento de encauzar el negocio había llegado. También había dado de lleno en Alba. Sin dudas, su marido nunca dejaría de sorprenderla: pretendía manejar desde la tumba los hilos y el rumbo de la familia.

—No entiendo a qué se refiere —terció Aitana frente a la atenta mirada de su madre.

—Como les dije, hay alguien más que tiene unas acciones del hotel, aunque nunca se haya hecho presente. Dejo en claro que representa un monto pequeño en función de la tenencia de ustedes, pero significativo si surgiera alguna desavenencia entre los presentes.

—¿Cómo ha sido posible? —terció Ramiro.

Desde que se había constituido la sociedad, el ingreso de un tercero no estaba contemplado, ya que se trataba de una compañía familiar.

—Porque he sido yo el apoderado de su tenencia —intercedió Ernesto Padilla, el notario que estaba allí presente— y su padre ha tenido conocimiento absoluto de esto y no creyó necesario darlo a conocer.

Alba aferró sus dedos al borde de la mesa de caoba. Cuántos secretos se había llevado su marido a la tumba, y cuántos había sabido ella atesorar sepultándolos en el más estricto silencio. Por su parte, desconocía hasta cuándo podría sostener el mentado silencio. Creía que había llegado la instancia de develar ciertas cuestiones, pero si lo hacía alguien saldría lastimado, y eso era lo que la detenía. Desde hacía poco tiempo, un tema preocupante no la dejaba descansar tranquila. Esa preocupación había afectado su salud. Por eso creyó que esta reunión le traería algo de paz, pero por lo que veía, se había equivocado.

—¿Cómo es que ha ocultado esa información? —preguntó Ramiro.

—En tal caso —intercedió Amadeo—, ha sido tu padre quien no los ha participado de esta decisión; es una lástima que no esté presente para aclararlo.

—Hágalo usted; para eso se le paga.

—No seas impertinente —sentenció Alba—, alguien debe saber de quién se trata.

—A este socio no le importa lo que se haga con el negocio, no ha objetado decisión alguna en el pasado, ni lo hará ahora. Solo que frente a este desenlace se debe dar lectura a la conformación de la totalidad del acervo y también de esta contingencia.

Alba estaba convencida de que se debería a una de las tantas deudas que su esposo había contraído en el juego. El nombre de un

sujeto alumbró su mente. Ella creía que había encontrado la respuesta a la incógnita planteada.

—El inescrupuloso Ocampo estuvo metido en este chanchullo, ¿verdad?

Ambos profesionales se miraron y uno asintió frente al otro.

—Así es, Alba.

—¿Quién mierda era Ocampo? —clamó Ramiro, ya desquiciado frente al modo en que se desarrollaba la reunión.

Él había barajado la situación planteada. Si la familia se condujera en un mismo sentido y bajo igual criterio, no importaba que un tercero contase con un pequeño porcentaje, lo preocupante es que él estaba frente al bloque unido de su hermana y su madre.

—Era un amigo de tu padre, y esta vez no voy a corregir el modo en que lo has definido o calificado, aunque creo que has sido benevolente.

La mueca del abogado daba muestras de que Alba estaba en lo cierto.

—Él fue quien me contactó para hacer la transacción.

—¿Cuándo y con quién? —preguntó Alba, que había tomado las riendas de la conversación.

—Han pasado muchos años de eso y su apoderado es el escribano Padilla. Ernesto, tu tema, adelante.

—Mi cliente me ha pedido que no se dé a conocer el nombre, y por eso no ha salido de mi boca. Mi nuevo cliente sí me lo ha permitido.

—¿Cómo nuevo cliente?

—Sí, ha habido un traspaso de aquellas acciones bajo las precisas instrucciones de mi mandante.

—¿De quién se trata?

—A veces las deudas de juego traen a personas que son perfectos desconocidos —aclaraba Padilla—, no deben preocuparse, porque yo velaré para que todo se haga de manera correcta y que ninguno de ustedes se vea afectado por el obrar de este socio minoritario.

Amadeo no quería que la reunión se trasformara en una disputa familiar, como en otras oportunidades. El problema que tenían les había sido heredado por el difunto, que no había querido, bajo ningún concepto, tratar este tema antes. Miró a su alrededor y como creyó que poner fin a la convocatoria sería lo mejor, les dijo:

—Del resto no tengo más para decir o aclarar. Si desean comentar algo o hacer alguna consulta, este es el momento.

—Me gustaría conocer a nuestro socio oculto —declaró a viva voz Aitana.

Ella no se iría de allí sin saber de quién estaban hablando a pesar de las escaramuzas y evasivas de los profesionales allí presentes.

—Es el señor Torres.

Alba se quedó suspendida en el tiempo. Supo que cometería una gran equivocación si distraía su atención en llevar sus pensamientos hacia un pasado que había debido enterrar. Sintió un leve vahído, pero se repuso de inmediato. No protagonizaría ningún espectáculo que diera argumentos sobre la debilidad de su salud.

—Mamá —susurró Aitana al oído de su madre—, ¿sucede algo?

—Nada, querida. Es la medicación, que me tiene un poco aturullada.

Aitana la miró y supo que había más. Desde que ella había llegado a la ciudad se habían dado una serie de sucesos que complicaban la situación. En principio, creía que su hermano había seguido los

pasos de su padre, entre la juerga y las apuestas, y que ese era el origen de la amenaza hallada en el escritorio de la finca familiar. Pero lo que acababa de salir a la luz la inquietaba por demás. Aitana pensaba que después de esa reunión, y con el mejor estado de salud de su madre iba a poder regresar a su añorada posada.

—Me gustaría que esté presente en la próxima reunión que tengamos —aclaró Aitana.

—No creo que sea posible, porque viaja mucho, pero cuando esté en la ciudad le diré que ustedes lo quieren conocer, y de buen grado estará.

Los presentes se miraron sabiendo que no podrían hacer mucho más, y que la información sería solo esa, y ninguna otra que aclarara la situación.

—Gracias, y si todo queda igual, me voy a trabajar y a poner en orden el embrollo en que nos ha metido nuestro padre.

Alba se incorporó con una rara sensación, aunque no debía atraer a los fantasmas del pasado. Ya no.

—Amadeo, me gustaría que nos ponga sobre aviso de cualquier novedad que tenga.

—Así será, Alba, las acompaño.

El letrado las guío hasta la salida del despacho. Una vez a solas, pensó que la reunión había salido mejor de lo que esperaba, en medio de la tirantez que se vivía en el seno de la familia Pinedo.

—Mamá, vamos a tomar un café, hoy no pude desayunar como es debido.

—Yo tampoco.

Alba sabía que el café era una mera excusa de su adorada hija para averiguar algo más. Ya en la confitería, Aitana preguntó:

—Mamá, ¿qué me puedes decir de lo que sucedió allí dentro?

—No mucho, estoy sorprendida con los dichos del escribano. Desconocía que hubiera alguien más entre nosotros.

—Pero conociste a Ocampo.

—Ya te dije que era un amigote de tu padre.

—En alguna oportunidad los escuché discutir sobre las salidas de papá. ¿Te referías a las personas con las que se vinculaba?

—Sí, y debo decirte que no eran buenas compañías, aunque tu padre era afecto a ellas. Quizá le cedió unas acciones a este sujeto como retribución por algo, pero lo sucedido no debe distraerte. Tal vez nos permita considerar que debemos unirnos para tomar decisiones en cuanto a la empresa.

Aitana bebió el último trago de café sin dejar de contemplar a su madre.

—Mamá, ¿hay algo más que deba saber?

—Hija, ya te he dicho que he quedado tan sorprendida como tú con lo que ocurrió en la reunión.

Aitana no solo era parecida a su madre en lo físico, también lo era en el temperamento. Sabía que de nada serviría insistir si Alba no deseaba hablar. La fuerte unión que mantenía con ella le había permitido llevar adelante las ausencias paternas y el clima que se respiraba en la casa. Su decisión de alejarse de la ciudad había tenido que ver con forjarse un futuro lejos de los negocios de los Pinedo y mantenerse a distancia de aquello que la dañaba.

—Hasta hoy no imaginé cuán difícil debe haber sido vivir al lado de una persona que se dedicaba a dilapidar el dinero en el juego.

Aitana vio cómo su madre asentía. En varias oportunidades, la joven se había preguntado por qué había sostenido aquel

matrimonio frente a las discusiones y desavenencias que ella notaba. Nunca antes habían podido hablar al respecto. El viaje al Sur había dilatado el momento de hablar sobre ciertas cuestiones, y creía que ese era el momento para hacerlo.

—Mamá, necesito que me digas la verdad. ¿Has estado enamorada?

Alba bebió el contenido del pocillo y levantó la vista con una sonrisa en el rostro.

—Hija, he tenido la gracia de conocer el verdadero amor.

—¿De papá?

La mirada de Alba se nubló de lágrimas pero se recompuso de inmediato e irguió la espalda como si eso le diera la postura necesaria para responder.

—Sí, de tu padre.

Aquella confesión confundió más a Aitana. Creía que no era el momento para profundizar, porque esa mañana estaban con los ánimos alterados y pensó que tendría tiempo para sacarse las dudas. En esa instancia todo era confusión.

—Auguro y espero que tú puedas conocer ese sentimiento que te desgarra por dentro, pero lo necesitas para respirar. Esa sensación que oprime el pecho y enloquece los latidos del corazón ante la posibilidad de que no vuelvas a verlo. No creo que lo halles de la mano de Marcos Silveyra.

Aitana distrajo la mente hacia su novio y se alejó del objetivo de la conversación.

—¿Cuándo te das cuenta de que es él y no otro?

—Es algo que se da o no, y tu corazón es quien va a indicarlo, puedo asegurártelo.

Aitana se quedó con más interrogantes que certezas, ya que la conducta de sus padres poco tenía que ver con lo que describía su madre.

—Creo que será mejor que nos vayamos, ¿te parece? —instó Alba.

—Por supuesto.

Tomaron un taxi y regresaron en silencio. Cuando el auto se detuvo, Aitana, que no había dejado de pensar en las implicancias de lo sucedido durante la mañana, dijo:

—Mamá, yo sigo, recordé que debía hacer un trámite bancario para la hostería. ¿Qué te parece si me esperas para almorzar?

—Muy bien.

Alba se bajó del vehículo y se quedó aguardando a que este se perdiese en el tránsito. Luego, fue hacia una plaza que se ubicaba en sentido opuesto a su casa. Allí, como en otras oportunidades en las que necesitaba pensar o meditar los pasos a seguir, se sentó en una de los bancos contemplando el verdor que la rodeaba. Ese lugar se había transformado en un espacio de paz en momentos turbulentos. También allí mismo había vivido una de las instancias más desgarradoras de su vida.

Aitana vislumbró por el cristal de la ventana que había llegado a destino. No se encontraba en una zona céntrica de la City ni frente a la fachada de una entidad bancaria. Regresó por la Avenida de Mayo hasta el hotel El Escorial. Esperaba no cruzarse con su hermano, aunque estaba convencida de que no estaría allí dentro, sino distrayéndose en algún otro lugar, luego de haber ocupado su tiempo en una reunión de trabajo.

—Buenos días, señorita Aitana. ¿Necesita algo?

—Gracias, Suárez, iré a visitar a Estela.

—Mandaré algo para beber.

La joven asintió y subió por el elevador hasta una de las suites del hotel. El pasillo alfombrado la llevó hasta la habitación trescientos uno. Golpeó y una asistente le abrió la puerta con una amplia sonrisa. Desde la recepción le acababan de advertir que Aitana estaba subiendo. No le había dado tiempo de acicalar a Estela, como a ella le hubiera gustado, aunque sí tuvo tiempo para decirle quién estaba por llegar.

—Le acabo de decir que usted estaba subiendo.

—Gracias, ¿cómo la ves?

—Su salud empeora con el tiempo, a pesar de la decisión de que su último tiempo transcurra aquí y no en algún hospicio o sanatorio.

Aitana ingresó en la pequeña sala que antecedía al cuarto. Estela pasaba los días en ese hotel, en el que había trabajado toda su vida, pues había sido la mano derecha de su abuelo, don Camilo, cuando él decidió apostar por el negocio hotelero. A Estela le habían diagnosticado demencia senil y ya no podía seguir sola en su casa, aunque contara con ayuda; sus olvidos frecuentes eran peligrosos. Viviendo allí, atendida, estaba segura. Alba había sido la gestora de la idea.

—¡Aitana!

La joven se alegró de que la reconociese de inmediato. No siempre sucedía.

—Hola, Estela —dijo al acercarse y estrecharle las manos—, me alegra mucho verte.

Se sentado en un sillón frente a la anciana. Las arrugas que marcaban su rostro no opacaban la belleza que supo distinguirla.

—No más que yo —repuso Estela—. ¿Cómo estás?

Le empleada acercó una bandeja con el servicio de té

Aitana cruzó una mirada con la asistente, quien asintió con la cabeza, dándole vía libre para entablar una charla. Parecía que esa mañana estaba bien, y la joven pensaba sacar provecho de eso.

—Muy bien, Estela, gracias. ¿A qué no sabes con quién me he encontrado antes de llegar aquí?

—¿Con quién?

—Con Ocampo, el amigo de papá, ¿lo recuerdas?

Estela se sonrió antes de contestarle. No porque fuera gracioso, sino porque ingresaba en un pasado que no quería abandonar.

—No quiero que venga a visitarme.

—No vendrá, solo quería saber qué me puedes decir de él.

—No es un buen hombre.

—¿Por qué lo dices?

—Siempre estaba de juergas con tu padre, aunque...

—Estela, ¿qué sucede?

La anciana quedó sumida en un silencio, como si su mente se hubiera disparado vaya a saber a qué época o lugar.

—Aquí mismo.

—¿Qué ocurrió?

—Una partida de naipes.

Aitana miró en derredor y supuso que habrá sido el antiguo despacho de su padre que luego fuera restaurado y trasladado al piso de abajo. Suponía, también, que don Lautaro habría pasado

gran parte del tiempo allí dentro, aunque le sorprendía que el lugar de trabajo lo utilizase para distraerse con sus amigotes de juergas.

—Una de las tantas, ¿verdad?

—No, fue una distinta.

—¿Por qué?

—Porque enojó a tu madre y trajo consecuencias.

—¿Cuáles?

—Los cuadros.

Como acto reflejo, Aitana vislumbró las paredes que la rodeaban. Algunos objetos de buen gusto y diseño decoraban el lugar. Nada que llamara la atención.

—Estela, ¿de qué cuadros hablas? —La joven notó que la mujer se hallaba en un trance, estaba convencida de que recordaba lo vivido en aquella oportunidad—. Cuéntame lo que te viene a la cabeza, lo que sea.

La anciana levantó la cabeza para clavar la mirada en esa joven que ella había sabido proteger, que había entendido desde el mismo instante en que había llegado a la ciudad y a la que creía conocerle sus secretos, aunque esa misma joven se hubiera esmerado por ocultarlos. Asomó una sonrisa en el ajado rostro de la anciana y fue entonces cuando decidió continuar con la conversación.

—Alba, dime cómo está la niña. Esa pequeñita sí que es tu consentida, y debo confesarte que nos tiene locos a todos.

Aitana supo que se había acabado el tiempo de confesiones y que por mucho esfuerzo que hiciera ya nada sería igual. Ella se quedó allí acompañándola y escuchando lo que la mente perdida de Estela necesitaba evocar sin saber qué era cierto de aquello que decía. Poco después, y con un sentido abrazo, se despidió de ella y salió.

Esperaba que el aire fresco le aclarara las ideas. Un leve escozor le recorrió la espalda. Quizá fue una simple sensación, o lo sucedido en la mañana la había inquietado por demás. Subió a un taxi para volver a su casa.

Desde la vereda de enfrente, sobre la avenida, alguien había seguido los movimientos de Aitana. Se había refugiado en un bar ubicado a pocos metros de El Escorial. Hacía días que operaba del mismo modo, aunque algunas jornadas resultaban más provechosas que otras. Esta era una de ellas. La vigilia había tenido sus frutos. No le había quitado la vista hasta que se esfumó en el taxi. Del bolsillo de su abrigo extrajo una fotografía. Con sus dedos repasó la imagen sepia tomada tiempo atrás. Qué distinto habría sido todo en aquella época. La había encontrado dentro de una caja de madera de habanos marca Cohíba, y había confirmado lo que creía. El parecido de la joven con su madre era absoluto. Él había comprendido que en algún momento debería abordarla para aclarar su presente. Hacía tiempo que deseaba hacerlo y había hecho lo imposible para llegar hasta allí. Por supuesto, no había sido fácil el largo camino recorrido hasta llegar a ella. Creía que muy pronto lo haría. Levantó la mano y llamó al mesero para pedir una bebida y algo de comer. Luego recorrería la Avenida de Mayo, por la que había deambulado desde que había arribado a la ciudad, la misma que lo llevaría de regreso hasta el hotel en donde se hospedaba.

Cuando Aitana arribó a la casa, Alba ya la esperaba para almorzar.

—¿Un poco de vino?

—Te acepto, pero ¿crees que te hará bien tomarlo?

—Una copa no me hará daño. Dime si has podido hacer los trámites que tenías pendientes.

—Así es, aunque las colas en los bancos son odiosas. Eso es algo que extraño del Sur. Allá todos nos conocemos, es más fácil...

—Me imagino, no me has contado cómo ha quedado Cristi.

—No va a alcanzar el almuerzo para que escuches las novedades que tengo para contarte.

—Te escucho.

Alba se centró en aquello que su hija deseaba contarle. Había respetado el silencio sobre sus trámites. Poco después de que Aitana hubiera ingresado en el hotel, un empleado de su absoluta confianza la había llamado para avisarle que Aitana estaba allí. Imaginó el motivo de aquella repentina visita. Estela habría sido la destinataria. Sin duda, su hija no se quedaría con los brazos cruzados y trataría de echar luz al velado pasado.

Después de la conversada sobremesa, Aitana fue al escritorio para ver si encontraba algo más que pudiera relacionar con aquella maldita nota; de pronto, el sonido del teléfono la abstrajo de sus pensamientos.

—Hola, amor, al fin te encuentro.

—Marcos, creía que estabas ocupado con tu trabajo.

—Lo estoy, pero nada me impide hablar con mi novia para invitarla a cenar.

—¿Esta noche?

—¿Tienes algo que hacer?

—No, y me gustaría verte.

—A mí también, amor. A eso de las ocho de la noche estaré por ahí.

Colgó y pensó que hasta la fecha no le había dado ninguna posibilidad a la relación para que avanzara. Quizás era hora de que se abriera a consolidar el vínculo, aunque la distancia era un factor que complicaba todo. Iba a ver qué pasaba esa noche.

Aitana se cambió, se perfumó y cuando escuchó el timbre salió, sin darle la oportunidad de que entrara a saludar a su madre. Ya habría tiempo para eso. Marcos la besó demostrando cuánto la había extrañado. Ella buscaba afanosamente sentir aquello que Alba le había mencionado en la confitería. A poco de andar, vislumbró la plaza San Martín, y sobre la acera de enfrente se abría la explanada para que el vehículo fuera estacionado.

—Pensé que cenaríamos en un lugar más informal.

Ella era una conocedora de los hoteles que había en la ciudad. Su familia mantenía relaciones de amistad con algunos de los dueños. No imaginaba que la llevaría hasta el restaurante Grill del Hotel Plaza. Claro que allí se comía de mil maravillas, pero desconocía que su novio quisiera ir a un sitio de estas características.

—Es un modo de agasajarte después del tiempo que hemos estado separados —susurró al oído.

Ella le sonrió intentando alegrarse frente a su actitud. El salón destilaba fineza y buen gusto. El espíritu de la Belle Époque seguía intacto a pesar de las modificaciones que había sufrido desde que se había levantado en 1909. Desde aquel momento, comer allí era un lujo para pocos. Ella se ubicó frente a él, al tiempo que el camarero les explicaba las distintas sugerencias para disfrutar de una excelente cena. Marcos se adelantó y pidió un vino de calidad para regar la comida que solicitarían en breve.

—Veo que el estudio va viento en popa.

Ella había sido testigo de la amistad de larga data entre su novio y su hermano. Eso había permitido que ambos se moviesen en el mismo círculo social, aunque notaba que a su prometido las cosas no le iban tan bien. Lo entendía, y poco le importaba. Aitana había buscado su futuro en el Sur y sabía que la distancia no era el único motivo que los separaba, sino el modo en que ambos encaraban la vida. Él jamás dejaría las luces de la ciudad, justamente lo que ella detestaba.

—Así es. Tengo algo entre manos y, si se da, podré recomponer mi situación, mejor dicho, mejorarla y brindarte todo lo que necesites.

Marcos pensaba que debía ser cauto para plantearle las cosas a su debido tiempo. Lo único que buscaba era tantear el asunto e ir viendo la reacción de Aitana; estaba convencido de que lo lograría.

—Marcos, es importante que lo hagas por ti, no por mí. Sabes que yo estoy forjando mi futuro en la posada.

—Y creo que deberías reverlo.

—Ya lo hemos hablado, y también discutido.

Ella detuvo la conversación al tiempo que el camarero le servía las mollejas Demidoff, y a Marcos, la langosta Thermidor.

—Amor, no busco tener una discusión, solo que amplíes tu horizonte.

—¿A qué te refieres?

—Con la posada El Alba te has hecho un nombre, ¿verdad? Quizás haya llegado el momento de venderla y con lo obtenido hacer lo propio en otras tierras de la misma zona e ir por más.

Aitana se quedó en silencio y dejó a un lado el plato de mollejas, que estaba exquisito. Se le había ido el apetito. Su mente evaluaba posibilidades sin acertar con las intenciones de Marcos.

—Suponía que esta cena se debía a un reencuentro luego del tiempo que habíamos pasado separados.

—Amor, claro que lo es. Pero creo que mi visión sobre tu negocio puede aportar para mejorar tu posición. En el estudio he ampliado el campo, y las inversiones inmobiliarias son una opción que me interesa ahondar.

—¿Y crees que debería vender un negocio que ha ganado un buen nombre en medio de otras propuestas más importantes y de mayor envergadura, que ha encontrado un nicho que lo hace único en la región para salir a buscar otras tierras, como si eso fuera fácil de conseguir?

—Sí, y deberías confiar en mi criterio e instinto.

Él comió el último bocado bajo la atenta mirada de Aitana. Una mirada especial, particular, que era muy difícil de leer e interpretar bajo el cambiante resplandor ámbar de sus ojos.

—¿Tienes algo para ofrecerme?

Esa pregunta era justo lo que esperaba para avanzar con sus proyectos.

—Siempre hay personas con dinero y deseos de invertir en nuestro magnifico país. Y la casualidad hizo que encontrara la persona ideal para que ambos salgamos beneficiados.

—¿Casualidad?

Ella no creía en eso. Desde pequeña su madre le había manifestado que el destino estaba escrito y, sin importar cuánto intentáramos desafiarlo, regresaba una y otra vez, sin aviso, para marcarnos los hechos más importantes de nuestra vida.

—Sí, no sé por qué te llama la atención lo que te digo.

—Y Zach ha sido un hecho casual en tu vida, ¿verdad?

—Sí, amor. Creía que no recordarías su nombre. Vino a buscarme y hacerme la propuesta, nos hemos reunido esta semana en el Savoy, hotel en el que se aloja.

—Me imagino.

—¿Qué me dices?

—Déjamelo pensar, tengo muchas cosas en la cabeza.

—Por supuesto, amor —dijo antes de envolver sus manos sobre las de ella, acariciándolas.

Aitana no quiso pedir postre.

—Amor, me gustaría ir a mi departamento y que habláramos más tranquilos, ¿qué me dices?

Marcos estaba feliz por la forma en que se había desarrollado la cena y buscaba finalizar la jornada aún mejor.

—Ha sido un día con muchos vaivenes y estoy cansada. Prefiero que me dejes en casa.

—Quiero aprovechar tu estadía antes de que te vayas.

Marcos le pasó el brazo por la cintura y la besó para sellar el amor que decía tener por ella.

—Quizá, según el desarrollo de algunas cuestiones, mi estadía se extienda más de lo pensado.

—Te faltó mencionar que sea yo, también, la causa por la que te quedes aquí.

Otra vez la joven le sostuvo esa mirada que le impedía saber qué pensaba ni cuánto valía para ella.

La despedida no fue la que Marcos hubiera deseado.

CAPÍTULO 6

# DIVIDE Y REINARÁS

*Buenos Aires, 1964*

La nube de vapor trepaba por los húmedos azulejos del baño. El agua caliente sobre la espalda lo relajaba y lo disponía del mejor modo para la jornada. Aún no había desayunado y esperaba que le llevaran el carro de servicio. Creyó escuchar que llamaban a la puerta. Enrolló la toalla en la cintura y salió. En cuanto abrió la puerta comprendió que estaba equivocado.

Aitana intentó disimular el impacto que le provocó la imagen de Zach a medio vestir con el cabello negro goteando sobre su cuerpo y contemplándola de modo descarado.

—En verdad no te esperaba, pero pasa, que ya me cambio.

—Si quieres, te espero en el salón comedor.

—De ningún modo, aguardo el desayuno, podemos compartirlo y hablar, si es lo que deseas.

Las ínfulas de Aitana crecían con el paso de los minutos. No podía quitarse de la mente la conversación mantenida con Marcos la noche

anterior, y menos la implicancia de Zach en todo esto. Estaba convencida de que él era responsable de todo lo que su novio le había dicho. Sabía de la ambición de Silveyra, pero suponía que a Zach no lo cubría una piel de cordero, como buscaba mostrar, sino la de un lobizón. El dato de donde se alojaba se lo había dado Marcos en la cena que, para Aitana, había sido para el olvido, y había ido hasta allí para mantener una charla sin previo aviso y tomarlo por sorpresa. Ni bien lo vio perderse por la puerta de la *suite*, Aitana deambuló por la sala observando cada detalle para encontrar algo personal. No había mucho para ver, salvo un cartapacio de cuero repujado, de estilo y diseño antiguo. No dudó en abrirlo y de una de las tapas interiores se deslizaron unas fotos. Algunas de objetos de valor, otras dos referían a pinturas de estilo similar, no conocía al autor. Estaba tan abstraída en obtener alguna información que le sirviese para saber quién era Joaquín Zach que no advirtió que él se encontraba al otro lado de la sala, contemplándola.

—Esas pinturas que ves en las fotografías pertenecen a Marc Chagall. No es fácil clasificar su estilo, y eso lo hace único. Su obra fluctúa entre la realidad y la ficción junto a la explosión del color y la superposición de imágenes. Su trabajo es tan atrapante como su vida.

Aitana se volteó lanzando como pudo los documentos sobre la mesa de arrimo, aunque fuera tarde para disimular. Nunca había sido fisgona, pero necesitaba saber qué sucedía entre las intrigas, los secretos y los malentendidos que se sucedían desde que había arribado a Buenos Aires.

—Veo que te gusta el arte —agregó Zach.

—Sí, me gusta y lo disfruto, pero no vine a hablar de arte.

Él no le contestó, ya que en ese momento el camarero ingresaba con el carro del desayuno: una jarra de café, medialunas y frutas de estación. Ambos se ubicaron en dos butacones, junto a una pequeña mesa. Con parsimonia, él sirvió sendas tazas.

—Aitana, ¿qué buscas?

—Eso es lo que me pregunto de ti.

—Ya sabes que he venido de visita. Quería ir al Sur porque me lo habían recomendado. Fue un hallazgo estar en tu posada. Me atrajo el lugar; debo reconocer que es magnífico.

Aitana revolvía el café con la cucharita sin dejar de observarlo. Siempre había sido buena para descifrar a la gente, y más desde que regenteaba la hostería. Hasta allí concurrían personas de todo tipo y lugar. No era fácil complacer a cada una de ellas, pero no había tenido quejas al respecto. Sin embargo, todo era diferente frente a Zach. Por ese motivo estaba allí, y no se amedrentaría.

—Si piensas que voy a creerme lo que me dices, no me conoces. Si vienes con otras intenciones deberías ser más directo y hablar conmigo.

Una amplia sonrisa surcó el rostro de Joaquín. No podía negar la osadía de la joven al presentarse en la habitación. Al escucharla no dejaba de preguntarse qué hacía ella con alguien como Silveyra.

—Veo que hablaste con tu prometido.

Ella asintió, sin darle más información; Aitana no se fiaba de ese hombre que no cejaba en el esfuerzo por distraerla.

—No hay mucho por decir, salvo que me interesaban esas tierras y hablé con la persona que creía que era la indicada.

—¿Sabes algo? —dijo al inclinarse hacia adelante para ser contundente con lo que fuera a decirle—, no te creo.

Un silencio sobrevoló la sala al tiempo que ambos se batían con sus miradas. Alguno de ellos debía dar el primer paso para distender el clima y contar algo que, en verdad, fuera cierto.

—Suelo viajar por el mundo. No es extraño que haya llegado a este lugar que no conocía. Mi actividad me lo permite. Me dedico a inversiones, no solo inmobiliarias, y cuando veo algo que me gusta intento negociar para adquirirlo.

—No siempre se consigue lo que uno desea.

—Tienes razón, pero yo nunca descanso hasta conseguirlo.

—Si lo que buscas son mis tierras, olvídate, porque no voy a ceder a tus pretensiones.

—Aún no las has escuchado.

—El Alba es mi lugar y luché por tener aquel terreno. Trabajé duro en un ambiente hostil para levantar cada metro construido. Si crees que lo hice bajo la anuencia de mi hermano o mi novio, te equivocas. Ha sido al revés, ellos se han opuesto a que me fuera de aquí y me instale en un lugar, según decían, inhóspito. La única persona que me apoyó fue mi madre. Por eso deberías saber que si buscabas hablar sobre mis tierras no lo has hecho con la persona indicada. No obstante, no creo que tengamos mucho para hablar o discutir.

Más allá de que él no se lo confesara, podía comprender como nadie el significado de luchar por algo y defender lo que creía propio, a pesar de las consecuencias que eso pudiera acarrear.

—No estaría tan de acuerdo.

—¿A qué te refieres?

—Me gustaría conocerte.

Aitana no salía de su asombro ante el descaro de ese sujeto.

—No te bastó con ir a ver a Marcos y plantearle, a mis espaldas, la compra de algo que me pertenece, sino que me invitas sabiendo que...

—Lo hago porque me resultas interesante y creía que el compromiso que mantienes con Marcos no imposibilitaba que nos reuniéramos a comer algo. No te propongo más que eso. En este momento estás en la habitación del hotel donde me alojo y no creo que tengas algo que decir de mi comportamiento.

Aitana se había acostumbrado a lidiar con los hombres que buscaban imponerse solo porque creían que ella no podía hacerles frente. Sin embargo, con Zach sentía algo que la intrigaba. Había sido escueto en su relato y existía algo que no le cerraba. Estaba convencida de que no era casual que hubiera arribado a la ciudad poco después de que ella lo hiciera. Quizá, frente a los últimos hechos, estaba un tanto paranoica. Se dio cuenta de que solo existía un modo de saberlo.

—Si has estado atento a lo que me pertenece y a mis movimientos, supongo que sabrás dónde vivo. Si deseas concertar una salida, llámame. Veré si podemos combinar.

Dio por finalizada la conversación y se levantó. Creía que no había mucho más por decir, aunque le surgían miles de preguntas sobre ese individuo que la miraba sonriendo mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Aitana, pronto nos veremos.

Ella no le contestó y salió del cuarto sin saber si podría averiguar algo más de él. Zach contempló cómo se alejaba, con ese garbo que la hacía especial. Cuando llegó al elevador, él cerró la puerta.

La noche se había apoderado de la ciudad. Joaquín había desistido de salir y acababa de servirse un vaso de whisky para distenderse. Desde el sillón de la habitación contemplaba las luces de las farolas. Esperaba no haberse equivocado al viajar hasta allí. Deseaba poner fin a su historia y dar una vuelta de página en su vida. No lo lograría hasta desenmascarar lo sucedido tiempo atrás. El sonido del teléfono lo sacó de su ensimismamiento.

—Señor Zach, está el señor Davis en la línea. Se ha cortado la comunicación, pero recuperaremos la llamada.

—Gracias, espero en línea.

Mientras aguardaba, evocó cómo se había vinculado con ese hombre que lo llamaba y que lo había ayudado a componer su pasado. Un pasado que se había iniciado antes de que se desatara la Segunda Guerra Mundial. Su relación con Thomas se remontaba a los tiempos de París y desde que quedó huérfano, Davis lo ayudó a salir adelante y a recuperar lo perdido. Si bien su origen era austríaco, su padre se había instalado en la ciudad alemana de Múnich. Después, por lo ocurrido bajo el gobierno de Hitler, decidió emigrar, y fueron a Francia. Su padre era orfebre, y para quienes tenían esa profesión, llegar a París era alcanzar la meca soñada. Desde el fin de la Gran Guerra, París se había transformado en "la reina de las artes". Los museos, las galerías de arte y las exposiciones que allí se realizaban atraían a los amantes del arte.

La familia se alojó en un pequeño local debajo de una librería sobre la *rue* de la Boétie donde abundaban las galerías de arte y los eventos artísticos eran cuestión de todos los días. Había gran demanda de obras de orfebrería. Era un sitio de privilegio, pero la

situación política se había tornado incierta y grave. Nadie había imaginado, ni siquiera los mismos franceses, que las tropas de los Aliados serían derrotadas en Dunkerque y que el poder alemán gobernase tierra gala. El gobierno francés se había visto obligado a firmar un armisticio y había creído que con eso mantendría la paz en su territorio, pero no ocurrió así. En aquel acuerdo se había convenido que el Ejército alemán ocuparía la mitad norte de Francia y toda la costa atlántica hasta España. Se eligió a Vichy, ciudad del centro del país, como sede del nuevo Gobierno francés, bajo la autoridad de Pétain. Esa zona, que se extendía hacia el Sur, no estaba ocupada y se denominada falsamente "Francia libre", ya que estaba bajo el control y la autoridad teutona. Al poco tiempo, la influencia alemana fue absoluta: las persecuciones, los asesinatos y los arrestos alcanzaban a los judíos y a todos aquellos que se opusieran al régimen. Los campos instalados a lo largo del territorio galo, en especial los de la frontera sur y lindante con España, habitados por quienes habían huido de la Guerra Civil Española junto a los Brigadistas Internacionales, se colmaron y sirvieron como puerta de acceso a los de exterminio, situados en Polonia. La gente huía solo con lo puesto, dejando las propiedades deshabitadas. Bajo el poder alemán fueron incautadas obras de arte de casas desiertas, de galerías y museos, con el fin de complacer los deseos del Führer, amante del arte, aunque en su juventud no había logrado ser admitido en la Academia de Bellas Artes de la ciudad de Viena. Hitler había insistido en crear un museo en la ciudad de Linz con la colección de obras confiscadas en los territorios conquistados. Todo estaba bien organizado por la ERR (Einsatzsta Reichsleiter Rosenberg), que funcionaba en las oficinas del Hotel Comodore,

cercano al edificio de la Ópera de París, bajo la dirección de Alfred Rosenberg. Las confiscaciones eran un modo de atacar al judaísmo, la masonería, ciertas colectividades y minorías que habitaban los países ocupados. En medio de esa locura era muy difícil sobrevivir.

Joaquín estaba inmerso en los tristes recuerdos de la guerra y las peripecias vividas por su familia en ese tiempo cuando un sonido en la línea lo volvió al presente.

—Muchacho, ¿cómo estás?

La voz de Thomas lo sosegó.

—Bien, ya he logrado contactarme, pero creo que me llevará más tiempo del que creía.

—¿Has dado con ella?

—Sí, pero no sé hasta dónde sabe.

Zach comprendía que, para llegar a Alba, la única manera era hacerlo a través de su hija. Haría lo impensado por lograrlo.

—¿Qué me dices de ella?

—Ahora está en la ciudad, parece que hay problemas familiares que la obligan a quedarse aquí. He visto algunas de las obras que tiene su madre.

—¿Te refieres a Aitana?

—Sí, es con ella con quien he hablado y manifestado mi interés por unas tierras de su propiedad que deseo adquirir.

—Bien, debes andar con cautela.

—Tú no has tenido novedades, ¿verdad?

—No, aunque supongo que en algún momento algo se sabrá. Nadie desaparece por años como si nada. Y creo que con la información que hemos obtenido estamos detrás de la persona indicada, y en algún momento saldrá de la guarida.

La época de la guerra y la etapa posterior estuvieron plagadas de soplones que por unos francos daban información de obras perdidas. Pero no siempre se contaba con la suerte de develar el misterio. Quedaba claro que tanto Zach como su interlocutor no estaban detrás de las telas sino de algo más importante que le trajese paz a Joaquín.

—Si en verdad sigue escondido —reflexionó el joven.

—Querido Joaquín, no debemos perder la esperanza. El trabajo de estos años no ha sido en vano.

—Eso espero. ¿Tú cómo andas?

—Muy bien, mi muchacho.

—¿La oficina sigue sin problemas?

—Por supuesto, aquí cada cual sabe qué hacer, aunque me hagan sentir que soy yo quien está a cargo en tu ausencia.

Joaquín sonrió porque Thomas estaba en lo cierto; sin embargo, el respeto y el profundo cariño que sentía por él se extendía a su gente.

—No quiero distraerte más. Espero que todo siga bien, y quédate el tiempo que necesites, que acá está todo bajo control.

—Gracias, hablaremos pronto, saludos.

Aitana creía que su estadía en la ciudad sería breve y que pronto podría regresar al Sur. Amaba su actividad y extrañaba la paz que le brindaba estar en la posada sin importar el trabajo que hubiera. Repasó las complicaciones que se habían presentado desde su llegada a la ciudad. No podía dejar las cosas como estaban ni darle a su madre la responsabilidad de resolverlas. En medio de las

cavilaciones decidió que debería tener una seria conversación con su hermano. Aunque sabía que no serviría de mucho, esperaba poder aclarar alguna cuestión, por ejemplo, la nota hallada en el escritorio. Con estas ideas en su mente, salió para cumplir con unas diligencias. En el trayecto, vislumbró el puerto de Buenos Aires. Aitana atesoraba momentos vividos allí junto a su madre. Había aprendido a apreciar las distintas embarcaciones fondeadas en los espigones y a observar cómo su madre se quedaba en silencio contemplando con cierta añoranza y profunda melancolía. Con el tiempo, creyó entender que ese comportamiento se debía a la nostalgia por su tierra.

Enmarañada en los recuerdos, caminó por la explanada a la vera del río. Al otro lado había una seguidilla de *docks* de estilo inglés. Fijó la mirada en las aguas del río y se dejó arrastrar por las reflexiones. Tan inmersa estaba que no notó la presencia de alguien a su lado.

—Disculpe, no quiero molestarla.

Un joven estaba a su lado, la cabeza cubierta con una boina marrón. Como si sus pensamientos lo hubieran traído a ese lugar, con su acento español y su estampa parecía haber descendido de un barco recientemente, aunque el mar no era ya la única vía para arribar desde Europa. Aitana lo contempló con sorpresa. No solía entablar conversaciones con desconocidos. Sin embargo, notó cierta tensión en él, que no dejaba de estrujar con las manos la boina que se había quitado al saludarla.

—Hola, ¿eres recién llegado? ¿Qué te trae por acá?

—Buscar un nuevo horizonte.

—Como tantos que han llegado hasta aquí con esos sueños.

Él pensó que no todos arribaban bajo el mismo precepto, pero no era momento de aclararlo.

—Reconozco que no es tan fácil lograrlo.

—¿Cuentas con algún familiar que te dé una mano en los primeros tiempos?

Una sonrisa ladeada asomó en el rostro del joven.

—Estoy buscando trabajo donde sea. He venido al puerto, pero no me han contestado, y no tengo tiempo para esperar a que me lo den.

—Lo imagino, ¿de dónde eres?

—He venido del norte de España.

—¿Es verdad que buscas trabajo en cualquier puesto?

—Por supuesto, es lo que más deseo. Fíjate —dijo al mostrar las palmas— son manos de trabajo.

—Mira, mañana ve hasta el hotel El Escorial. Yo debo ir temprano. Estoy segura de que allí conseguirás un trabajo, ¿qué te parece?

Ella aprovecharía el encuentro que tendría con Ramiro para tenderle una mano a ese hombre recién llegado desde la península.

—Me encantaría.

—No te he dicho dónde queda, es sobre la Avenida de Mayo. No sé si la conoces es una arteria importante de la ciudad.

—Claro que la conozco. Me alojo en una pensión cerca de allí.

—¡Pero qué bien! Ahora debo irme.

—Yo también, y no sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí.

—Eso lo podrás decir mañana. No me has dicho tu nombre.

—Manuel.

—Yo me llamo Aitana, y cuando llegues al hotel búscame, veremos qué podemos hacer.

Él le estrechó la mano. Segundos después, abandonó el sector del puerto con una extraña sensación. Desconocía si era buena o mala, pero no podía negar que existía. Quizá era por los recuerdos y las vicisitudes de su futuro.

Por la ribera, alguien se fue caminando con una sonrisa. Paso a paso se estaban dando las cosas como él quería, y según su plan establecido.

El desayuno en la casa de la familia Pinedo era sustancioso. Carmela se ocupaba de que siempre hubiera budines, tostadas y medialunas. El aroma que llegaba de la cocina abría el apetito.

—Hija, te has levantado temprano.

—Tengo a quien salir, podrías quedarte en la cama, descansando más. Carmela, ¿no es lo que le ha prescripto el médico?

—Eso ya se lo he dicho, pero no quiero empezar mal la mañana.

—Carmela, ¿qué dices? Ahora no debes lidiar con mi mal humor de cuando estaba en la cama.

—Cuando tiene razón, no hay que discutir.

A Aitana le alegraba que su madre fuera recomponiendo su estado de ánimo. Carmela era de gran ayuda para que eso sucediera. Estaba detrás de Alba en todo momento.

—Aitana, ¿adónde tienes planeado ir? Si fuera un paseo, me invitarías —se interesó la dueña de casa.

—Tienes razón. Debo confesarte que ayer di una vuelta por el puerto. Debí haberte avisado, pero los recuerdos me llevaron allí.

La mirada de Alba con su empleada fue elocuente. Desde hacía mucho tiempo se había impuesto dejar el pasado allá lejos, donde

debía estar; sin embargo, una y otra vez regresaba en ráfagas de recuerdos. Un pasado que no la dejaría en paz hasta que lo pusiera en orden.

—Justo en el mismo banco en que estaba sentada apareció un muchacho, creo que unos pocos años mayor que yo, un compatriota tuyo. Un español. Quizás un asturiano.

La taza de café que asía Alba se resbaló y cayó en el plato.

—Me dijo que venía del norte de España, pero también puede ser gallego, o de otra zona. Anda buscando trabajo.

—Debe haber llegado hace poco —agregó Carmela, mientras secaba unas tazas.

—Eso me dijo. No tuvo suerte en el puerto y le ofrecí que fuera hoy al hotel. Seguro que hace falta un lavacopas para la cocina. Siempre me has dicho que esa función es la más tediosa y la que menos quieren quienes buscan trabajo.

—Aitana, no estás en el Sur, donde todos se conocen. Debes conducirte con mayor cautela y sin tanta confianza.

—Mamá, hablas como si nunca hubiera tenido a mi cargo entrevistas de trabajo.

—Lo sé, mi niña, solo que debes moverte con precaución.

Si no fuera porque Aitana estaba convencida de que la amenaza venía de su hermano, habría pensado que su madre, la mujer que todo lo podía y que se había enfrentado inclusive a su padre, estaba atemorizada.

Aitana bebió el último trago de café y se incorporó para buscar el abrigo y salir hacia El Escorial, el hotel en el que se había rehusado a trabajar para evitar los problemas familiares, aunque en apariencia no lo había logrado.

Como cada vez que ingresaba en el hotel, Suárez, encargado del lugar, estaba atento a todo lo que sucedía.

—Me alegra verla otra vez aquí.

—Vengo a ver a mi hermano.

—Él se encuentra en su despacho; si quiere ya le aviso.

—Gracias —dijo, dio unos pasos y se detuvo de golpe—. Debo pedirle un favor.

—Estoy a sus órdenes, dígame qué necesita.

—Vendrá un joven que busca trabajo. Le dije que podría encontrarle un puesto aquí dentro. Supongo que podremos hacer algo por él.

—En la cocina siempre hay lugares. ¿Cómo se llama?

—Manuel, no recuerdo el apellido, le pido que se haga cargo. No creo que haya problemas, es alguien que vino de España para buscarse un futuro aquí.

—A buen puerto ha venido —sentenció risueño frente a la situación política que se vivía—. Déjelo en mis manos que no habrá problemas.

Aitana caminó hasta el elevador para ir al encuentro de su hermano. Tenía cierto escozor, ya que nunca podía relajarse frente a él. Siempre se las ingeniaba para sacar un conejo de la galera y sorprenderla con algo que la alteraba. Con el tiempo había aprendido a tratarlo, pero era un incordio. Pasó al despacho, amueblado con estilo y buen gusto. En uno de los sillones que rodeaban el escritorio se encontraba Ramiro, con algunas carpetas sobre la mesa.

—Hermanita, qué gusto vernos. Siéntate. Me ganaste de mano.

—¿Sí?

—Anduve con algunas cuestiones que me distrajeron de lo importante, pero uno de estos días pensaba buscarte para hablar.

—¿Qué te tiene tan preocupado?

—Los años.

—¿Cómo dices?

—A veces creo que el tiempo pasa más rápido de lo que uno desea y debemos detenernos en mitad del camino para saber cómo seguir. Eso me pasa contigo. Nos hemos enemistado en más de una oportunidad, y sin sentido. No digo que tenemos que estar de acuerdo en todo, pero sí en ciertas cuestiones que nos afectan a ambos. Una de ellas es mamá.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Aitana.

—Creo que ha llegado el momento de que de una vez y para siempre se aparte de este negocio. Es importante que se ocupe de su salud, que no trabaje tanto y, además, también creo que toma decisiones desacertadas. Este negocio necesita bríos jóvenes como los nuestros. Ya sé que estás en el Sur, pero podrías pensar en dejar todo aquello y venir conmigo; aquí tenemos el futuro.

Aitana escuchaba con atención cada frase y propuesta que Ramiro le hacía. Estaba convencida de que no había sufrido una lobotomía, por lo tanto, estaba frente a un hombre desesperado, porque de otro modo no actuaría de la manera que lo hacía frente a una hermana que había celado, menospreciado y atacado cada vez que había podido. ¿La gente lograba cambiar? Por supuesto, y solo el tiempo diría si ella estaba en lo cierto.

—No creo que mamá insista en continuar con el timón de la empresa y pienso que es mejor que así sea, pero no por los mismos motivos que esgrimes. Creo que llegó el momento de que disfrute y

viaje adonde desee sin necesidad de tantas obligaciones. La muerte de nuestro padre también ha sido un golpe.

—Creo que en parte tienes razón, pero debería aclararte que la muerte de papá a la única persona que en verdad ha afectado es a mí. No lo digo para generar mayores conflictos o roces entre nosotros, sino porque es lo que siento.

Aitana calló porque creía que esta vez tenía razón. Si bien ella había crecido siendo la niña de la casa, no había tenido el fuerte y estrecho vínculo de su hermano con su padre.

—Pero eso no es lo más importante, debemos estar unidos frente al resto, ¿qué me dices?

—¿Te refieres a la reunión mantenida con Amadeo y el escribano?

—Exacto, y no me gustó nada lo que nos informó.

Ella evitó decirle que tenía razón, que desconfiaba de todo lo manifestado aquella mañana, pero no podía confesarle que tenía dudas y sospechas de él. Intuía que había algo más que aún no le había dicho, lo sentía en el aire.

—Cuando llegaste te dije que sería momento de ponerle energía nueva a este lugar. Tu experiencia en la posada puede sumar para darle algo nuevo al hotel. Y nada, pero nada, me haría más feliz que tenerte conmigo y que dejes la posada en otras manos. Podrías venderla y obtener más de lo que crees, puedo asegurártelo. Sé que está Marcos, que puede asesorarte, pero la familia es la familia, y aquí estoy yo para colaborar y ayudarte a mejorar tu posición.

En ese instante escuchó la propuesta mágica, la que le provocaba a Ramiro un inconmensurable cariño por su hermana. Él y su novio estaban detrás de lo mismo. La única diferencia era que ambos, por separado, tenían igual ansia de dinero a costa de que ella se

desprendiera de una de las cosas que más amaba. Pensó que debería actuar con inteligencia si buscaba no salir dañada, y dijo:

—Tienes razón, pero el tema es que se complica explicarle a tu amigo algo que puede ser duro. Él cree que puede sacar un excelente precio de mis tierras. No sé si me corresponde decirlo...

—Vamos, hermanita, cuéntame.

—Marcos, además de ser mi novio, es tu amigo, y no deseo decir algo inconveniente.

—Dilo, a él lo conozco demasiado, y nada me extrañaría.

—Me pidió que no te contase la propuesta que me hizo, parece que pretende manejarse solo.

Un silencio significativo flotó en el ambiente y ambos se miraron analizando, individualmente, la implicancia de los dichos.

—Déjalo en mis manos, que le plantearé la situación. Eres mi hermana, algo que no debe olvidar, y debo velar por tus intereses, ¿verdad?

Aitana sonrió apenas. En ese momento le vino a la memoria una escena de un cuento que le leía su madre cuando era niña. Amaba las historias de aventuras con príncipes y princesas. En ese cuento, la reina había aconsejado a su hijo que existía un modo de ganar si tenía que enfrentarse con varios oponentes en una batalla que de antemano tenía perdida. No importaba cuán importantes fueran los otros ejércitos; la clave para debilitarlos era, simplemente, dividirlos buscando algo que pusiera a unos en contra de los otros. De ese modo, su amado príncipe iba a poder conquistar los territorios que le habían quitado, aunque la batalla, en principio, le fuera adversa. La frase de la reina definía aquel cuento: “Divide y reinarás”. A ella le

había fascinado cómo el príncipe había salido victorioso haciendo algo que le había parecido simple.

Había llegado el momento de ponerlo en práctica, en este caso sin príncipes ni princesas. Solo estaba ella en una batalla que le pertenecía y en la que buscaba, bajo todo concepto, saber la verdad. Creía que ese era un buen modo de empezar.



CAPÍTULO 7

# AGUAS DEL OLVIDO

*Asturias, tiempo atrás*

Alba no imaginó que en poco tiempo su vida estaría en el lugar que deseaba. El trabajo en la conservera no era lo que hubiera anhelado, pero sí lo que se esperaba de ella. Si bien resultaba pesado, y bastante rutinario y aburrido, el clima que se vivía era agradable. Allí se había instalado una caldera de vapor y un cocedero de procedencia vizcaína, en donde se salaba y preparaba la pesca. En el primer piso se hallaban la oficina, el almacén y las salas para armar y soldar las latas. Sin dudas, era un orgullo para la comuna ser parte de la empresa, con productos reconocidos no solo en la villa sino en el resto de la península. Con el paso de los días, iba mejorando y adaptándose a la tarea diaria. Esa jornada en particular, debía regresar a su casa temprano, ya que su madre le había dicho que la esperaba con el pastel de manzana que tanto le gustaba. Estaría Paulina, y quizá Nuria. Hacía tiempo que no

disfrutaba de una tarde con amigas y era una linda oportunidad de pasar un momento hermoso.

Alba entró en la casa y buscó a Amparo. Al pasar por la austera sala notó que la mesa no estaba lista para recibir a las visitas. Fue directo a la cocina y encontró a sus padres sentados cada uno de un lado de la mesa. Le llamó la atención que Francisco hubiera regresado tan temprano.

—Te estábamos esperando.

—¿Y las visitas?

—Ellas son de confianza y no se ofendieron cuando les avisé que dejábamos el encuentro para otro día. Siéntate.

—¿Qué sucede? No me asusten.

Alba se puso en alerta y observó a sus padres. Había cierta inquietud en el semblante de Francisco. Desvió la mirada hacia Amparo, quien hizo un leve movimiento con el delantal. La joven creyó que volvería a limpiarse las manos, un gesto que solía hacer cuando cocinaba, pero su madre retiró del bolsillo unos papeles.

—Hija querida, tenemos algo que contarte. Antes queremos decirte que hemos pensado y madurado la decisión, y no habrá marcha atrás. Estamos convencidos de que estarás de acuerdo cuando te digamos de qué se trata.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó angustiada.

—No me apures ni me interrumpas, que es importante.

—Vamos, mujer, que no tengo todo el día, y cuanto antes lo sepa Alba más rápido podré continuar con lo mío.

Lo único que buscaba Francisco era terminar aquella conversación, porque estaba convencido de que iba a acarrear un gran conflicto, y él estaba cansado de lidiar con el carácter de su esposa y las ínfulas

de su hija. Amparo dobló la carta que tenía en su mano y volvió a guardarla. La había leído en varias oportunidades y recordaba cada párrafo. Esa misiva había sido el comienzo de la idea que se fue gestando en su mente hasta tomar la resolución. Esa misma decisión hizo que, en ese último tiempo, Amparo cambiara la manera de relacionarse con Alba. Para qué oponerse a su hija si muy pronto estarían en otro lugar, con otra gente, y al fin las preocupaciones que la acuciaban se diluirían.

—Hija, hemos tomado la decisión de abandonar la villa y partir hacia Buenos Aires. Es una invitación que nos han hecho tus tíos —dijo mirando a su esposo—, desde hace tiempo nos invitan, aunque nosotros no creíamos que fuera conveniente ir allá. Ahora es distinto, con todo lo que ha ocurrido aquí.

—¿Qué ha cambiado? —balbuceó Alba en un ahogo.

—La situación política acá es complicada y creemos que irnos es lo mejor que nos puede pasar.

Alba controló el fuerte temblor que se apoderó de su cuerpo. Quería entender cuándo les había surgido esa disparatada idea que habían pergeñado en la más absoluta clandestinidad.

—Tienes que pensar que será nuestro primer viaje en barco.

—¿Por cuánto tiempo nos iremos de aquí?

El matrimonio cruzó una mirada y fue una de las pocas veces que estuvieron de acuerdo sin siquiera dudar.

—Aún no lo hemos determinado, y por eso cerraremos esta casa hasta la vuelta.

En ese momento una brisa de esperanza envolvió a Alba. La posibilidad de un regreso, sin siquiera haber partido, le daba cierta ilusión en medio de la conmoción de la noticia.

—Vamos, Alba, cambia esa cara. No todas las muchachas como tú tienen la posibilidad de viajar y conocer otros lugares, si no, pregúntale a Nuria.

—Poco me importa lo que pueda pensar Nuria ahora —exclamó ofuscada, ya que a medida que los minutos pasaban, ella tomaba conciencia de las implicancias que tendría ese nefasto viaje—. Me puedo quedar con Paulina. —Alba se incorporó porque creía que cuanto antes se lo comunicara a Paulina más pronto sus padres abandonarían la idea de llevarla.

—¡Siéntate!

Alba no le hizo caso y miró desafiante a su madre.

—Quítate de la cabeza esa idea, porque no nos iremos sin ti.

Entonces supo que de nada serviría insistir porque la decisión estaba tomada. Sin embargo, no perdía las esperanzas de torcer la postura familiar.

—No nos has preguntado cuándo nos iremos.

—¿Hay una fecha de partida?

—Así es, y hemos sacado pasajes para dentro de diez días. Aunque debemos abandonar la villa antes para llegar al puerto de Vigo, donde embarcaremos.

Las palabras de Amparo fueron una bofetada para Alba, que no daba crédito a lo que escuchaba. Sin dudas, los preparativos para abandonar Llanes se habían planeado en el más absoluto sigilo. No era fácil conseguir los pasajes para la travesía que harían.

—No puedo creerlo.

—Pues deberías, porque en breve dejaremos esto atrás para comenzar una nueva etapa en Argentina, la tierra que acoge a tus tíos.

Alba sintió que le faltaba el aire, que necesitaba huir de la casa. Debía alejarse de sus padres para poder poner en orden las ideas que inundaban su mente. Desplazó la silla derribándola y salió dando un portazo. Amparo corrió para buscarla.

—Déjala, mujer —dijo Francisco.

—No puede irse y dejarnos así.

—Puede, y sabíamos que actuaría de esta manera. Pronto se le pasará. Solo piensa en cuando estemos lejos, muy lejos.

Amparo se sosegó pues su esposo tenía razón. Esperaba que en algún momento su hija se diera cuenta de que cada paso que daban era en función de ella. Que ambos estaban pendientes de su futuro, y estaban convencidos de que no era propicio que estuviera con el joven Abascal. Él no era trigo limpio, según los rumores que corrían, y Amparo no estaba dispuesta a que su hija echara a perder su vida con ese joven.

Ella no se había amilanado y había logrado convencer a Francisco para que aceptara la invitación de los parientes instalados en Buenos Aires. Nunca imaginó que lo lograría tan pronto. Quizás el hastío de Francisco por escucharla cada noche hablando sobre las bonanzas de una nueva tierra había calado profundo en su esposo. Para Francisco no era fácil dejar atrás a su gente, las partidas de naipes en la taberna ni los encuentros, algunos sábados, en la cancha de bochas. Esa era una manera de pasar el tiempo en la villa. Él creyó que una bocanada de aire fresco le vendría bien, porque estaba cansado de trabajar de sol a sol sin obtener gran beneficio. En las cartas enviadas, su hermano le decía que con trabajo existían posibilidades de crecer. Y Francisco se destacaba por el esfuerzo que

ponía en la tarea que emprendiera. Por otro lado, reencontrarse con su hermano era algo que lo colmaba de felicidad.

—¿Te das cuenta de que es lo mejor que podemos hacer?

—¿A qué te refieres?

—Creo que hemos tomado la decisión a tiempo. Si esperábamos, ella se habría puesto peor, y vaya a saber qué sería capaz de hacer junto a Abascal.

—Basta, Amparo. Déjala. Es normal que tenga la reacción que ha tenido. Es joven e impetuosa.

—Yo no era así.

Francisco se levantó y dio por finalizada la retahíla de su esposa. Él también abandonó la casa sin decirle que se encontraría con sus amigos en la taberna para despedirse por anticipado.

El clima político en la península estaba convulsionado. La estabilidad del gobierno se caía a pedazos y la renuncia de Miguel Primo de Rivera apresuraba la hecatombe que se vivía. En el transcurso de su dictadura, el general se había enfrentado a los estudiantes, a la clase obrera, a la prensa, que estaba sujeta a censura, y a los intelectuales. Atrás quedada el cenit de su popularidad frente al triunfo en Alhucemas, Marruecos, en donde se había pacificado al Protectorado. El éxito militar logrado en la significativa empresa lo había impulsado a continuar detentando el poder. El partido Unión Patriótica, fundado por el dictador para tener mayor dominio y control, no había quedado indemne de denuncias por corrupción. Año tras año crecían el descontento general y los fuertes deseos de un cambio. El gobierno había debido sortear y sofocar algunas rebeliones, como la Sanjuanada, cometida cuatro años antes, llevada a cabo por distintos sectores de la sociedad y

militares de alto rango, y el reciente golpe perpetrado por oficiales del cuerpo de Artillería. Nadie estaba ajeno a lo que ocurría y la incertidumbre por lo que podía suceder era grande. En la villa y en las grandes ciudades todo era desasosiego y descontrol. Primo de Rivera había realizado un escrito dando a conocer las razones que lo habían llevado a dimitir. La pronta aceptación de esa renuncia por parte del monarca marcaba el retiro del apoyo que le había dado y que, tiempo atrás, le había permitido a Primo de Rivera llegar al gobierno.

Ajena a lo que sucedía en derredor, Alba había salido como alma que lleva el diablo. Nada de lo dicho en su casa tenía sentido para ella. Lo único que podía aliviarla era encontrarse con Abascal. Estaba convencida de que él sabría qué hacer para escapar de la decisión familiar. No estaba dispuesta a cumplir con el mandato de sus padres. Encontrar a Santiago no había sido tan fácil como en otras oportunidades. Él había retomado la rutina de trabajo y no lo había podido hallar en tierra. La única posibilidad que vislumbró fue averiguar en La Tijerina, la construcción instalada sobre la playa San Antón. Allí siempre había personal para atender las necesidades y urgencias navieras, y le darían el mensaje en cuanto lo vieran amarrar la nave. Ella le había escrito una nota en la que le decía que le urgía verlo y le pedía que no fuera a su casa; no quería que Santiago se enterara por su madre de los planes. Desconocía cómo tomaría la decisión de sus padres.

La inquietud de Alba no le permitió descansar esa noche ni la siguiente. El amanecer la encontró con el cansancio de haber estado en vela toda la noche y sin dejar de pensar las implicancias del viaje. En esos días sus padres se mantuvieron expectantes ante la reacción

que pudiera tener, pero sosegados porque creían que nada ni nadie se interpondría en sus planes. En la tercera noche escuchó con claridad un sonido en la ventana de su habitación. De inmediato se incorporó y vio a través del cristal la figura de alguien que se perdía en la penumbra de la noche. Encontró una nota de Santiago en la cual la citaba en el lugar de siempre por la tarde. Al fin podría contarle, y compartir la angustia que la abrumaba. Estaba convencida de que él la ayudaría a buscar alguna solución, entretanto andaba como un autómata.

Ese día, unos golpes a la puerta de la habitación la sobresaltaron. Era Amparo, que se quedó observando desde la puerta el comportamiento taciturno de la joven.

—Hija, por favor, cambia esa cara. Ya verás lo maravillosa que será la travesía que tenemos por delante.

—Seguro, mamá.

—¿Y qué te ha dicho Nuria?

—Hasta ahora no hemos podido coincidir, pero esta tarde la veré.

Amparo se quedó observando a su hija, a quien conocía más que a nadie en el mundo. Intuía que podía estar mintiéndole. Hasta la fecha no le había hecho mención de Abascal.

—Mujer, ¿qué haces aquí?

Francisco había asomado por detrás de su esposa.

—Déjala, ya. Debe tener que hablar bastante con su amiga.

Amparo se quedó callada y supo que no podía hacer mucho. Centró sus pensamientos en el viaje. Muy pronto la presencia de Santiago Abascal sería tan solo una sombra fantasmal en la vida de su hija.

Los últimos rayos de sol pincelaban el horizonte. Alba caminó por el sendero que bordeaba el peñasco hasta llegar a la gruta del primer encuentro. Y cuando estaba llegando lo vio. El humo del cigarro envolvía su rostro mientras avanzaba. Ella se lanzó a correr para achicar la distancia que los separaba. Ambos se fundieron en un abrazo intentando calmar la inquietud que los rondaba. Luego se besaron sin piedad en un beso profundo y angustioso. Él no había sido cuidadoso al besarla, sino desenfrenado y lascivo. Luego, Santiago la envolvió entre sus brazos e ingresaron en la gruta. Había llevado un candil que iluminaba el interior del lugar. Alba no sabía qué decir ni por dónde empezar.

—Me preocupé con el mensaje que dejaste en puerto. Juro que no pude adelantar este encuentro —resopló en sus labios a tiempo que deslizaba el pulgar por la mejilla—, dime qué sucede.

—Mis padres organizaron un viaje a Buenos Aires para ver a la familia que se instaló allí y quieren que yo sea parte de esa travesía. Te aseguro que hice todo lo posible por negarme. No quiero irme, no deseo dejarte —sentenció con lágrimas en los ojos.

—Mi amor, no quiero que llores.

—Debemos buscar una solución para evitar este viaje.

En ese instante, ella no pudo descifrar la mirada grisácea que él tenía al contemplarla. Creía que estallaría en cólera contra sus padres, pero se mantenía con una calma peligrosa. La misma que precede una tormenta.

—Siempre me has dicho que tu sueño era viajar y esta es la posibilidad que tienes de hacerlo y abandonar la villa de la que nunca has salido.

—Pero ese deseo lo tuve hasta que te conocí, y si viajo, deseo hacerlo contigo.

—Mi Alba —susurró al tomarle la barbilla—, si te quedaras, mañana me echarías en cara que no has cumplido tu sueño. Y te aseguro que no me lo perdonaría.

—Entonces, ¿te da lo mismo que me vaya?

—Te equivocas. No quiero que te vayas, pero sé que no tienes otra salida. Si te pidiera que te quedaras conmigo, sé que lo harías, pero poco después te arrepentirías.

—Claro que no.

—Te conozco más de lo que crees, y por más que quieras rebelarte con tus padres, siempre has estado con ellos y bajo su potestad. En algún momento te arrepentirás, y no quiero ser yo el motivo por el cual lo hagas.

Santiago supo desde el comienzo que estar junto a Alba no sería fácil. Comprendía que no era el candidato que buscaban los Rivera para su hija. No era un hombre maleable que pudieran controlar, ni contaba con suficiente dinero para brindarle lo que los padres esperaban de un pretendiente. A pesar de ser una familia de trabajo, Amparo quería que su hija tuviera una vida mejor que la de ella, y él supo darse cuenta de inmediato.

—¿Y cuál es la solución?

—A pesar de que odie que te vayas, ve con ellos. Cumple tu sueño y regresa a mí.

—Y si yo no puedo...

—Shh —dijo Santiago al sellar su boca con sus dedos para evitar que dijera algo que pudiera lastimarlos a ambos, ya que ninguno

podía saber qué sucedería en un futuro—, si no puedes, yo me encargaré de buscarte.

—¿Me lo prometes? —preguntó Alba con angustia e incertidumbre.

—Nunca hablé tan en serio como hoy.

Alba necesitaba aferrase con desesperación a sus palabras y saber que de esa manera habría un futuro para ambos. Ella se perdió en la mirada de él. Nunca nadie la había hecho sentir única, exclusiva y deseada con solo mirarla. No importaba si estaban en medio de una multitud o si se encontraban, como en ese momento, en la soledad de aquella guarida. Él la acariciaba a la vez que la devoraba en cada oportunidad que posaba sus ojos en ella.

—Bésame.

—No necesitas pedírmelo —agregó él.

Él enroscó sus dedos en la larga melena de la joven. Alba se inclinó hacia atrás, dejando el cuello a merced de él, quien lo recorrió con un reguero de besos hasta alcanzar su boca. Entonces el desenfreno le ganó a la cordura y la pasión los envolvió. La respiración de uno era el oxígeno del otro. La tarde caía en un baile de caricias, besos y gemidos. Las manos de él fueron desprendiendo la camisa que ella llevaba por debajo del saco de lana. Los pechos enhiestos rogaban que esa boca los saboreara, mordiera y succionara y diera más y más placer con cada caricia. Su boca fue descendiendo ante la mirada de ella, y entonces la liberó de la ropa interior. Nunca antes habían llegado a semejante intimidad, y ella deseaba con fervor que él continuase. Fue ese cruce de miradas lo que Santiago necesitó para acariciar y besar su centro bajo una

melodía de gemidos. Cuando él se incorporó, lujuria y deseo destellaban en sus ojos.

—Alba, te necesito —susurró con voz ronca.

—Por favor, continúa.

Desde que se vieron, ambos supieron que este encuentro sería distinto, especial. Un encuentro que ninguno de los dos dejaría atrás. Al menos, él pondría empeño en que ella nunca se olvidara de las caricias recibidas y esperaba que ningún otro pudiera hacerla gemir ni gozar como él en ese instante. Santiago necesitaba ser el primero en recorrer ese cuerpo al que conocía como nadie. Él estaba adorando cada pulgada de piel que recorría. Supo en ese instante que ella estaba lista para recibirlo.

—Mi amor, deseo sentirte.

—Por favor.

La unión de ambos fue perfecta y en cada embate los gemidos crecían. Ambos alcanzaron el punto culminante sin dejar de contemplarse, él aferrado a ella en cada acometida, y ella con sus brazos envueltos en él, evitando dejar un mínimo espacio que los separase.

—Te amo —susurró él sin dejar de acariciarla—. ¿Cómo te sentiste?

—Amada.

—Me gusta, porque volveré a amarte hasta que amanezca.

—Es lo que deseo, mi amor.

Alba evitó pensar en lo que vendría, solo se centró en vivir a pleno cada segundo compartido con él. Llenarse de momentos que evocaría a medida que se alejase de la villa era su deseo. No quería pensar en la partida. Necesitaba disfrutar y amarlo para que supiera

que era él y ningún otro el hombre de su vida. En ese instante, y antes de volver a besarlo, se incorporó, ante la sorpresa de él.

—¿Qué sucede?

Ella buscó el saco de lana para cubrirse, no por el frío, sino por cierto pudor de estar desnuda frente a él.

—De eso nada —dijo él—. ¿Qué buscas?

Ella señaló la bolsa que había llevado y dejado a un lado para arrojarse en sus brazos. Con curiosidad, él se la entrego.

—Durante los días que no pude verte creí que iba a enloquecer. Tenía que encontrar la manera de sentirte cerca, y este fue el modo que encontré para llegar a ti.

Con manos trémulas sacó el rollo de lienzo pintado por ella y se lo entregó. No había tenido la valentía de desenroscarlo, porque temía que a él no le gustase. Observó cómo Santiago desplazaba la pintura para poder apreciarla en su totalidad. Era la imagen de un hombre maniobrando su barco en medio de la tempestad. Los tensos rasgos de él estaban marcados a la perfección. La tonalidad de las aguas turbulentas era del color de sus ojos.

—Lo bauticé Aguas del olvido.

—¿Por qué?

—Porque espero que haya sido la última vez que te suceda algo así. No deseo regresar a aquel momento en que no se sabía de ti, y esperaba novedades aferrada a mi talismán —dijo al rozar con sus dedos la medalla que él le había regalado—. En verdad, no soportaría perderte.

Santiago alternaba su mirada entre la pintura y ella.

—Por favor, di algo —pidió inquieta.

Desde que lo había finalizado, no había dejado de pensar en el momento en que le entregaría ese regalo nacido y pintado desde su alma.

—No soy bueno con las palabras, y lo sabes. Pero voy a demostrarte lo que me ha parecido y lo que significas para mí.

Él dejó la pintura dentro de la bolsa para evitar que se dañara. Y la amó y cuidó como solo él podía hacerlo. Lo demostró en cada caricia. Y luego, cuando ambos estaban abrazados y extenuados por haberse amado, él volvió a mirarla. La melena larga, oscura y salvaje estaba arremolinada alrededor de su pecho. Sería una imagen difícil de olvidar. Se empapó de esa visión para soportar la separación que ambos debían enfrentar con la esperanza de volver a verse, aunque el temor de que algo sucediera palpitaba en ellos sin que ninguno lo mencionara.

Alba debía despedirse de Nuria. Deseaba contarle la angustia que sentía y confesarle el temor que le provocaba ausentarse de la villa sin saber cuánto tiempo demandaría aquel nefasto viaje. Fue al hospital donde trabajaba y le dijeron que estaba ocupada. Se sentó afuera, y mientras esperaba no dejaba de pensar en cómo su mundo se había trastocado.

—¡Alba!

Nuria intuía que algo le sucedía a su amiga por su semblante y las ojeras que sombreaban sus ojos.

—Salí lo antes que pude, pero hoy la atención está fatal y debía cooperar con los doctores.

Nuria intentó apaciguar el llanto contenido de Alba, que explotaría en cualquier instante.

—Alba, ¿qué sucede? Dímelo, por favor.

—En pocos días parto con mi familia hacia Buenos Aires. No quiero irme de aquí —confesaba entre hipos y temblores—, pero no encuentro la manera de contrariar a mis padres.

—¿Has hablado con Santiago?

—Sí, fue lo primero que hice no bien supe la noticia.

—No sé qué puedo hacer por ti. Si te refugiaras en mi casa, sería el primer lugar en que ellos buscarían.

—Lo sé. He pensado mil maneras de escabullirme del control de mis padres, pero no doy con ninguna que valga la pena.

—Alba, querida, debes sacar provecho de este viaje.

—¿Y qué hago con Santiago?

—Esa es una de las tantas complicaciones que ustedes deberán atravesar. Puedo asegurarte que, si ambos resisten este alejamiento, nada volverá a separarlos.

La convicción de Nuria había sido tan rotunda que Alba pensó que su amiga tenía razón.

—Estoy convencida de que Santiago te ha alentado a que viajes con tu familia.

—Así es.

—Él también lo hace, entiendo que sus viajes son cortos y siempre regresa a la villa, pero será una manera de extrañarse más y afianzar la relación.

—¿De verdad lo dices?

—Claro que sí.

No supo cómo lo logró, pero Nuria había calmado su angustia. A veces creía que ambas llevaban vidas cruzadas. Nuria habría dado lo que fuera por salir de esa villa y contar con otra perspectiva. Creía que de la mano de Manuel lo conseguiría, pero ese convencimiento se diluía al ver el comportamiento errático que tenía el joven. Poco parecido a su primo, al que su amiga iba a abandonar en pos de un viaje familiar.

—Dime qué piensas —se interesó Alba.

—Que si pudiera me escondería en tu maleta y abandonaría este lugar para no volver más.

—¿Y qué me dices de Manuel?

—Él —dijo y se detuvo, porque creía que Alba no la comprendería si le explicaba lo que sentía en ese momento—, él vendrá a verme esta noche, pero si lo deseas me excuso y me quedo contigo.

—Gracias, Nuria. Ve con él y aprovecha los momentos que puedan compartir. Una nunca sabe lo que puede suceder en el futuro.

—En eso tienes razón —replicó convencida.

—Alba, debo entrar. No hace tanto que estoy y debo cuidar mi trabajo. Ahora es lo único importante que tengo.

Nuria no le confesó que a partir de ese momento se abría una luz de esperanza en su horizonte. Esperaba que el tiempo le diese la razón, solo era cuestión de aguardar y ver cómo se daban los acontecimientos.

—Disculpa, no he querido complicarte. Gracias, amiga querida, por escucharme. No sabes lo que significa tu apoyo para mí, y sé que me mantendrás al tanto de cualquier novedad de aquí.

—Lo prometo —sentenció Nuria al incorporarse, saludarla e irse hacia el hospital.

Alba caminó sin rumbo. Necesitaba recorrer los lugares que conocía desde niña y que llevaría por siempre en su memoria. Atrás quedaría el barrio Bustillo, que albergaba la fábrica en la que trabajaba. El empedrado de las calles que recorría a diario, las típicas viviendas de piedra, y el puerto custodiado por los acantilados y bañado por el impetuoso mar. Lo único que no necesitaba grabar en su mente era lo referente a él, ya que estaba tallado dentro de ella, y nada ni nadie podría sacarlo de su corazón.



CAPÍTULO 8

# COMO LA MAREA EN BAJAMAR

*Asturias / Buenos Aires, tiempo atrás*

Con el tiempo, el puerto de Vigo se había transformado en uno de los más importantes del noroeste de España. No solo por la actividad pesquera, sino por la instalación de astilleros. Poco antes de que la familia Rivera partiera, se había desatado un fuerte huracán que había azotado con furia el puerto gallego. Amparo se preguntó si lo sucedido era una señal para que dejara atrás la idea de abandonar la villa, pero supo que esa no sería la solución si lo que buscaba era un futuro mejor para la familia y, en especial, para su hija. Decidió no mencionar lo sucedido.

Por fin, estaban próximos a partir. Grandes esperanzas se cargaban en los baúles que acarreaban los viajeros. Alba se sentía abrumada frente a la multitud. Nunca antes había salido de la villa, donde todos se conocían. Tenía la mirada enrojecida por el llanto incesante de los últimos días. El único aliciente que conservaba y mantendría en su memoria era la despedida con Santiago. Todavía

podía sentir el roce de sus dedos sobre su cuerpo. Su piel se erizaba al recordar las caricias, y su corazón se disparaba cuando recordaba el modo en que se habían amado. Esos recuerdos y la ilusión de que cuando regresara a la villa volvería a sentirlo, le daban fuerzas y la hacían avanzar por ese puerto, aunque se sintiese que flotaba, etérea como la estela de un cometa. La multitud se movía en busca de la embarcación que zarparía en breve. Fondeado y a la espera se encontraba el recién bautizado barco *Uruguay*, conocido hasta la fecha como el *Infanta Isabel de Borbón*, perteneciente a la Compañía Trasatlántica Española, con sede en Barcelona, y construido en un astillero de Escocia.

Una larga fila se agolpaba en la escalerilla para entregar la documentación. Ya en la proa, las personas se asían a la baranda de metal para saludar y despedirse de los familiares que habían concurrido hasta allí sin saber cuándo volverían a verse. Salvo que la travesía fuera por placer, ningún pasajero prometía regresar, ya que abandonaba lo poco que tenía para hacerse un futuro en otra tierra. Alba se quedó contemplando la costa con una desazón que le carcomía el alma. Quería aferrarse a la idea de un pronto regreso y repetía, una y otra vez, las palabras de Santiago en aquella sentida despedida. Le había dicho que debía disfrutar del viaje, un deseo que ella le había confesado y que ese día se hacía realidad. Alba nunca había imaginado que iba a emprender la travesía alejándose de él. Oyó la sirena que indicaba que en breve el barco soltaría amarras. No podía ver con nitidez lo que sucedía a su alrededor porque las lágrimas nublaban sus ojos y caían por sus mejillas. Sus padres la dejaron a solas.

Si en ese preciso instante hubiese mirado con atención y fijado la vista en quienes estaban allí, hubiera visto a alguien envuelto en el humo del cigarro que no dejaba de contemplar cada movimiento y gesto de la joven. Aquella mirada grisácea que ella amaba no se había perdido detalle de Alba. También la había visto sollozar sin poder, en esta oportunidad, consolarla. No había cumplido la promesa de ambos de que la despedida sería en la villa; no era un hombre afecto a cumplir con lo que se debía hacer, esa era su naturaleza. Había seguido su impulso y había llegado hasta ese puerto en su embarcación. Más allá de la esperanza que le había dado a Alba sobre un futuro encuentro, Santiago sintió que algo se quebraba en su interior. Esa sensación no se debía a la falta de amor, muy por el contrario. Él sabía que nunca amaría a alguien como la amaba a ella. Que ninguna otra mujer ocuparía así su corazón, y que sin Alba le costaría encontrarle sentido a cada regreso luego de las largas jornadas en el mar. Comprendía también que ese tiempo le permitiría forjarse un futuro para poder cambiar el concepto que los Rivera tenían de él. Si no lo lograba, Alba ya estaría en condiciones de decidir qué hacer.

Alba volvió a mirar el único paisaje que le era familiar. Las aguas de mar la habían llevado hasta Abascal, y ahora ella se retiraba como la marea en bajamar, y se alejaba de él. Con todo su ser deseaba volver a verlo.

El buen tiempo acompañó la travesía, a pesar de los mareos que la familia soportó durante el primer tramo del viaje. Sin embargo, para Alba ese era el mal menor. Ella deambulaba en soledad, sin acercarse a ninguna otra joven que, como ella, viajaba con la familia hacia Argentina. Una de esas noches, antes de dirigirse hacia el

camarote que compartía con sus padres, oyó un sonido familiar. El rasgueo de una guitarra era acompañado por el golpeteo seco de palmas de las personas que deambulaban por allí. A medida que se sumaban más palmas, la melodía, tímida al inicio, se intensificó, y más pasajeros se congregaron. Una joven comenzó a menearse y dar giros con elegantes movimientos de brazos. El taconeo se incrementaba y el rasgueo cobraba pasión. Un fuerte sentimiento de pertenencia los unía sin importar de qué zona de España habían emigrado. Todos estaban allí a bordo soportando las peripecias de semejante travesía. Muchas millas marinas los separaban de su terruño, y quedaban otras tantas para tocar tierra ajena. Cada uno comenzaba a sentir el sabor amargo del desarraigo.

Llegaron al puerto de Buenos Aires luego de una veintena de días. Las largas jornadas a bordo le habían servido a Alba para evocar cada instante vivido en la villa de Llanes de la mano de Abascal. No sentía ninguna expectativa por desembarcar. El muelle estaba atiborrado de operarios, changadores y trabajadores. Desde la explanada, los gritos se confundían con los aspavientos y gestos de alegría de los tíos de Alba. La emoción del encuentro se concretó en el fuerte abrazo de su padre con su hermano, que desde hacía años no se veían. Alba no dejaba de llorar, pero no por las mismas razones que el resto de la familia. Su pena le invadía el alma.

—Alba, ven, por favor —llamó Amparo—, saluda a la familia.

Entre abrazos, apretujones y besos, la familia Rivera se encontró luego de un tiempo de ausencias y algunas discrepancias olvidadas con el paso de los años.

—Qué grande estás, mi niña —Carmen la envolvió en un fuerte y sentido abrazo. —Vamos, que hoy se debe festejar —exclamó

envuelta en lágrimas.

Juntos abandonaron el puerto. Las calles y avenidas estaban atiborradas de autos y transporte público que nunca antes había visto. Según le relataba su tía, esos largos colectivos habían comenzado sus recorridos por la ciudad poco tiempo antes, y competían con los tranvías, que desde larga data unían distintos lugares de Buenos Aires.

—Cuéntame algo de aquí —le dijo don Francisco a su hermano.

—Hablo por nosotros, y puedo asegurarte que estamos muy bien, tratando de tener un mejor futuro. Tu sobrino —dijo sin mencionar el nombre de su hijo, Juan, porque aún estaba dolido por su partida — ha buscado su futuro en el campo de una familia adinerada.

—Pues debes dejarlo, ya es grande.

Él se volteó y observó a su sobrina. Ella también era grande y debería hacer su camino, sin embargo, estaba allí junto a sus padres, que buscaban alejarla de quien creían que no era el hombre indicado para su niña. Poco podía opinar sobre los dichos de su hermano.

—¿Todos los días hay tanto movimiento aquí?

—Vas a acostumbrarte a semejante jaleo.

Antonio evitó comentar los últimos vaivenes políticos que había vivido. No buscaba abrumar a su hermano con noticias que no comprendería. Sin embargo, había habido una gran conmoción política con quien había regido el destino de la Nación. El presidente constitucional radical, Hipólito Yrigoyen, quien había ganado las elecciones para una segunda presidencia con el mayor apoyo eleccionario que se conociera, debió lidiar por un lado con una cuestión económica devenida en la caída del Mercado de Valores de

Nueva York, y por otro lado luchar con una fuerte interna de su gobierno. El diario *La Prensa* había manifestado que el gobierno de Yrigoyen estaba muerto y que solo faltaba su entierro; otros habían hablado de que estaba senil y que debía dejar su cargo de inmediato. El ambiente social se había enrarecido con la fuerte sensación de que sus días en política estaban contados y que, muy pronto, algo de relevancia ocurriría. Los medios no se habían equivocado. Se preparaba un golpe cívico-militar para derrocarlo. El teniente José Félix Uriburu ocuparía el cargo de presidente provisional de la Nación. En medio de esa complicación política, la única preocupación que Antonio había tenido con respecto a su hermano había sido conseguirle un trabajo digno para cuando llegase a la ciudad, y lo había obtenido.

—Ni quieras imaginarte lo que sucede allá. Yo no estaba seguro de venir aquí, pero creo que estar en Buenos Aires nos dará un respiro. Creo que nuestro rey tiene los días contados.

En suelo español, la monarquía, de la mano del rey Alfonso XIII, estaba llegando a su fin. El monarca había nombrado a Dámaso Berenguer, jefe de la Casa Militar del monarca, luego de que Miguel Primo de Rivera dimitiese tras siete años de dictadura. La situación política era compleja.

Desconocía cómo seguiría la cuestión política en la península, que había abandonado para beneficio de ellos, en especial, de su hija.

—En algún momento iba a ocurrir.

—Hombre, de ese modo no se podía seguir. Debe haber un cambio de rumbo. Es mejor que ustedes estén aquí porque no sabes lo que puede suceder si cae la monarquía.

—Como ves, no hay un lugar seguro donde estar, de momento lo importante es que ahora estemos juntos.

—Claro que sí.

Al fin llegaron a la propiedad en que vivían: una casa austera y pequeña, pero servía para alojarlos por un tiempo. El cansancio ganó a los viajeros, y fueron a descansar. La mañana siguiente estaría plagada de expectativas.

El bar en que trabajaba Antonio Rivera se encontraba en la zona de Pacífico, un lugar colmado de bares y restaurantes, aunque algunos en el último año habían quebrado debido a las medidas económicas tomadas.

Si se tenía constancia, se podía prosperar. Y eso es lo que buscaba Francisco. Su actividad en el comercio hizo que Rivera no se cuestionara más haber dejado su tierra. Su preocupación por cumplir con la demanda laboral hizo que su vida cobrara sentido, y esperaba el momento de poder independizarse de su hermano y encontrar un lugar donde vivir. El resto de la familia estaba feliz por la novedad que significaba estar juntos otra vez. Les faltaba tiempo para ponerse al día con todo lo sucedido en los años de ausencia.

—Alba, cambia esa cara, que mañana iremos de visita a un lugar precioso, que recomendó Carmen.

La joven no podía negar el temor que le provocaba deambular por las calles porteñas llenas de gente que iba en todas direcciones. Más allá de esa sensación, debería acostumbrarse a vivir en ese lugar por el tiempo que fuera.

Salieron a pasear a pesar del cielo encapotado. El aguacero no impidió que las mujeres de la familia se detuvieran sobre la calle Florida para contemplar el edificio de siete pisos de la londinense

casa Harrods, de estilo eduardiano. Inaugurada hacía más de quince años, resumía todo el lujo y la distinción con que pudiera contar una tienda. La gente iba no solo a comprar, sino a recorrer los fastuosos salones en los que exponían las prendas. Impactaban las escaleras de mármol, los pisos de cedro y roble, las molduras, *boiseries*, y las arañas con caireles de cristal distribuidas en toda la tienda, que daban brillo a los espejos biselados y los cuadros que decoraban los muros. Todo allí era refinado, también el salón de té.

Carmen suponía lo que estaba sufriendo su sobrina, ella también lo había pasado. A pesar de los años, le costaba acostumbrarse a vivir en un suelo lejano al propio. Además, notaba cierto distanciamiento entre Alba y su madre, y pensaba que la determinación de viajar de Amparo no solo se debía a la situación política.

A cierta distancia de allí, y bajo el estricto control del dueño, la obra edilicia finalizaría en breve. Don Camilo había echado el ojo a esa propiedad a pesar del mal estado en que se encontraba. Estaba convencido de que su sueño se haría realidad; había sido un hallazgo y una vez lista luciría en todo su esplendor, como el resto de las construcciones de la Avenida de Mayo. Volvió a mirar con detenimiento recordando el esfuerzo que había significado cada modificación. Esperaba que su hijo continuase con la tradición que él había iniciado, aunque de momento estuviese lejos de la ciudad, pues se había hecho cargo de la estancia que aún conservaba. Don Camilo no creía que fuera el duro trabajo campero lo que lo mantenía a distancia. Estar lejos del control paterno le permitía

hacer lo que quisiera y llevar una vida díscola, a pesar de estar en edad de formar una familia. Deseaba que su hijo ya se asentara y fuera su sucesor.

—Don Camilo, aquí tiene —dijo su secretaria con una sonrisa, al tiempo que le entregaba un papel que sabía que daría una buena nueva al patrón—. Confirmado, su hijo vendrá para la inauguración.

—Gracias, Estela. Espero que llegue para quedarse. Si no lo hace, no me dejará opción, y venderé el campo.

—Permítame decirle...

—Sabes que si lo comento es porque te habilito a que me des una opinión.

—Creo que es aventurado hacerlo. Aún no sabe cómo funcionará este lugar.

—Debes tener fe en mí, puedo asegurarte que este hotel será un éxito, lo único que me preocupa es que mi hijo sepa manejarlo.

Tampoco le sobraba el dinero como para poder mantener dos emprendimientos de ese calibre. Debería apostar por alguno de los dos, y sabía muy bien por cuál se inclinaría.

—¿Cómo vienes con la organización de la noche de la inauguración?

—Estoy luchando con el personal, que escasea, pero me arreglaré.

—Tienes mis contactos, úsalos y consigue de quien sea más gente y personal. Pagaremos bien. No quiero que nada opaque la gran noche.

—Así será —respondió, fijando la mirada en ese hombre al que jamás le negaría nada.

Don Camilo vio partir a Estela. Esa mujer se había transformado con el paso de los años en su mano derecha. Bajo cierta

clandestinidad habían mantenido algo más que el mero vínculo laboral, pero ambos comprendían que nada entre ellos podía llegar a buen puerto.

Al fin, el deseado día había llegado. Esa noche, la Avenida de Mayo se vestía de fiesta. Las farolas alumbraban la calle por donde deambulaban los invitados que habían concurrido a la inauguración del hotel, la nueva propiedad de don Camilo. Como se esperaba, su hijo se había presentado. El lugar estaba colmado de invitados y entre ellos circulaban los camareros con sus bandejas ofreciendo canapés de salmón y camarones, y variadas delicias.

—Según parece terminaremos tarde —murmuró Antonio a su hermano.

—Y eso hace que la paga sea mayor.

—Claro que sí —asintió antes de salir de la amplia y abarrotada cocina del hotel. Los hermanos Rivera habían sido contactados para ser parte del servicio en la velada ante la falta de personal. No solo ellos, también habían contratado a Alba.

En la reunión, las damas se regodeaban con las prendas que lucían mientras los hombres hablaban de cuestiones económicas y provocaban acaloradas discusiones de tinte político. Un excelente champán y finísimos vinos animaban la velada. Los invitados se veían contentos con el festejo.

Don Camilo se entretuvo entre las felicitaciones y los abrazos que recibía en el trayecto hasta su despacho. En cuanto ingresó se sorprendió al ver a una joven que sostenía una bandeja vacía y que

no dejaba de contemplar un cuadro colgado al lado de la amplia biblioteca. Vio un vaso de whisky sobre su escritorio.

—Disculpe, me ha enviado la señora Estela para servirle este trago.

Él sonrió al comprender que su secretaria sabía cómo se sentía y qué necesitaba en ese momento.

—¿Le gusta? —le preguntó.

La joven se sobresaltó y por poco lanza la bandeja al piso.

—Muchacha, no lo dije para que se asuste. Me ha llamado la atención que esté observando ese cuadro.

Ella hizo un gesto de disculpa con la cabeza. Tanto le habían dicho en su casa sobre el cuidado y respeto en ese trabajo que no quería que su accionar entorpeciera la recomendación a los Rivera. Sin embargo, fue don Camilo quien sufrió el impacto al observar a la joven. Esos cabellos oscuros con ondas tomados por un moño, la tez morena y esos ojos que hablaban más que cualquier palabra que se pudiera pronunciar lo llevaron al recuerdo de su difunta esposa.

—¿Le sucede algo?

—Nada, y disculpa si te he asustado.

—Discúlpeme a mí.

—¿Eres nueva aquí?

—Sí, hemos llegado hace poco con mi familia.

—¿Y trabajas aquí? —preguntó antes de esbozar una sonrisa—, soy el dueño del lugar, pero con tanto trabajo no he podido estar detrás del personal que va a acompañarme.

—No, será solo por esta noche. He venido en compañía de mi padre y mi tío, que están como camareros. ¿Necesita algo más?

El candor y la educación de la joven le agradó.

—¿Te gusta? —preguntó don Camilo.

—¿A qué se refiere?

—A la ciudad, no es fácil venir de lejos e instalarse aquí.

—No lo es, pero tengo la esperanza de regresar a mi tierra pronto.

—¿De dónde eres?

—De Asturias.

—Espero que tengas una buena estadía aquí.

—Muchas gracias.

Ella aferró los dedos a la bandeja, porque no quería volver a repetir alguna otra torpeza, luego de haber mantenido un amable intercambio con la persona más importante de esa noche.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Alba Rivera.

—Muchas gracias, Alba.

El ruido de la puerta al abrirse quebró el plácido diálogo mantenido con don Camilo.

—Hijo, quería verte.

Lautaro entró, sin dejar de contemplar a la joven que a la vez pasaba a su lado para abandonar la sala con garbo y salero.

—Veo que aún no has perdido el buen gusto —el anfitrión lanzó ese comentario en el momento que se sentaba con un vaso de whisky frente a él.

—Padre, no he venido a discutir, y si sugieres que he tomado algunas copas, solo ha sido eso, unas pocas.

—No lo he dicho por eso, además veo que estás sobrio y que no has hecho nada inconveniente.

—Entonces...

—Entonces lo digo por la joven que acaba de irse. Noté cómo la miraste.

—Si quieres dejamos esto para otro momento y voy tras ella —replicó sarcástico y cansado de escuchar los reproches de su padre.

—Ella no es como las otras mujeres que te han acompañado.

—Tienes razón, hasta ahora no he estado con una mesera.

—No seas desagradable. Esa joven está por encima de las mujeres con las que has estado antes.

—No tienes idea de nada.

Don Camilo no pretendía hacer el historial amoroso de su hijo. Hasta al momento no le había conocido una mujer que valiera la pena. La mayoría había estado detrás del dinero que ostentaba. A veces se preguntaba qué errores había cometido para que se comportara así. Pensaba que el haber nacido en cuna de oro había marcado la diferencia. Don Camilo sabía lo que era el trabajo duro y el sacrificio, y eso hacía que valorara cada paso que daba.

—Claro que la tengo. A pesar de que resides en la estancia sé cómo te mueves y qué haces.

—Deberías saber que las cuentas que rindo sobre la administración de las tierras están en regla.

—Lo sé y de eso quería hablarte.

—¿A qué te refieres?

—No me has dicho nada de este hotel

—Como todo lo que haces, se lo ve muy bien —dijo mirando alrededor.

—He hecho una gran inversión, y eso deberías saberlo.

—Lo imagino y salta a la vista.

—Como debes saber, la gran inversión hecha dará sus frutos más adelante. Eso dependerá del buen manejo del negocio. Te aseguro que he puesto un gran empeño en que esto dé sus réditos.

—Lo supongo, y me alegro por ti.

—Espero que también te alegres por la decisión que pienso tomar: voy a vender la estancia y centrar la atención en los negocios que tenemos aquí.

—Estás loco, de eso nada —gritó al levantarse dando un golpe de puño sobre la mesa.

—Hazme el favor y compórtate como un hombre.

Don Camilo estaba cansado de soportar los arrebatos de su hijo. Ya no era un niño para dejar pasar esas actitudes. Sin dudas, haberlo permitido de pequeño había traído consecuencias.

—Quédate a conversar y no hagas una escena. Estamos hablando de negocios y deberías poder hacerlo tranquilo. Son solo números. Pronto estarás sin mí para manejar lo que te dejaré.

Pinedo sabía que había pronunciado las palabras mágicas para retener a su hijo en la sala y mantener una conversación civilizaba.

—Piensas morirte pronto —retrucó con una sonrisa socarrona.

—No es lo que deseo, pero lo presiento. Puedo asegurarte que antes dejaré todo listo para que pueda perdurar en el tiempo lo que tanto sacrificio me costó construir, y que sea un nieto varón quien me continúe.

Lautaro escuchó con atención, aunque tuviera fuertes deseos de salir del despacho paterno para refugiarse en el alcohol. Estaba harto de las consignas de su padre. A medida que fue creciendo y luego de instalarse en la estancia, creía que el vínculo con su padre cambiaría, pero se había equivocado.

—Me gustaría que confiaras en que soy capaz de manejar todo esto. Quizás haberme alejado de la ciudad hizo que nos distanciáramos más de la cuenta. Si piensas que llevo una vida licenciosa, te equivocas. Me gusta divertirme, pero sé cuándo detenerme. Quizás ha llegado el momento de hacerlo.

—Muy bien, tenemos bastante por conversar entonces.

La velada había sido un éxito y acababa de finalizar. En el salón quedaban vestigios de la suntuosa cena.

—Francisco, ¿qué me dices?

—Que tanto jaleo ha valido la pena.

—Te aseguro que has tenido un gran comienzo.

Francisco buscó en el salón a su hija, que acababa de dejar unas bandejas en la mesada. Le dio felicidad que ella fuera parte de esa noche.

—Hija, ¿estás lista?

—Sí, vamos.

La familia Rivera salió del hotel a la fría brisa de la madrugada. Se perdieron por las calles de la ciudad bajo el convencimiento de que todo había salido a las mil maravillas y una nueva etapa estaba por comenzar.

CAPÍTULO 9

# CHISPAZO FUGAZ

*Buenos Aires, 1965*

Por la mañana, El Escorial era un ir y venir de pasajeros y transeúntes que ingresaban en el salón para disfrutar de un excelente desayuno. Ramiro recién llegaba y pasó por allí para beber un café; la noche había sido dura y buscaba despejar su mal humor con un poco de cafeína. De pronto, un estruendo en la cocina llamó su atención. Se levantó y enfiló hacia la zona del mostrador para saber qué sucedía. Atravesó la puerta que había a un costado para ingresar en el corazón de la cocina. Los cristales de las copas crujían en el piso. El personal que se hallaba dentro se detuvo al verlo ingresar.

—¿Quién hizo este desastre?

Ninguno quiso poner en evidencia al responsable. "El nuevo", así lo apodaban, había sido el autor de ese entuerto. Les había llamado la atención que le sucediera ese percance porque, a pesar de no tener experiencia, se había manejado con cautela y cuidado durante

los pocos días que llevaba allí. Como principiante, lo habían puesto a limpiar el pescado, y él había dicho que estaba acostumbrado a esos trabajos ya que venía de una villa pesquera y marinera.

—He sido yo —aclaró mirando a Ramiro y sin dejar el cuchillo que le serviría para filetear el pescado.

—Eres un inservible —exclamó al caminar unos pasos aplastando los cristales que relucían en el piso—. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Pues debería saberlo si es el dueño.

—¿Quién diablos eres?

Suárez oyó el barullo y se apersonó para evitar mayores conflictos. El empleado sujetaba la empuñadura del arma blanca que tenía restos de sangre y pescado.

—Es un empleado nuevo —agregó Suárez—, lo tenemos a prueba.

—¿Te has encargado de la entrevista?

—Si, se llama Manuel —le dijo en voz baja para evitar que el resto del personal lo oyera— y ha sido recomendado por la señorita Aitana.

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Nada, solo ha sido una simple recomendación de un pobre joven que busca trabajo para hacerse un futuro aquí.

—Descuéntale de su paga el desastre que ha hecho.

Suárez asintió, aunque no lo haría.

La mirada del empleado destellaba odio. Esta vez la dejaría pasar.

En medio del fragor de la jornada, Aitana, instalada en el despacho de Alba, buscaba resolver a la distancia y por teléfono los problemas

surgidos en la posada. Creyendo que sería Cristi, atendió el llamado y dijo:

—Dime que ya solucionaste el problema.

—En verdad todavía no, Aitana. —Los dedos de ella se aferraron al tubo negro al darse cuenta de que Zach estaba al otro lado de la línea. Era inconfundible el modo en que pronunciaba su nombre—. Me gustaría verte y tratar de solucionar otras cosas.

No se había olvidado del modo en que él se había despedido, pero estaba convencida de que las palabras quedarían suspendidas en una simple despedida.

—Quisiera saber cómo conseguiste mi número de teléfono.

—Me desafiaste a hacerlo. ¿Qué te parece comer esta noche?

—Tengo que ver si no estoy complicada más tarde, porque ahora...

—Aitana, no busques más excusas. Me interesa verte y creo que también lo deseas, no sé si es por el mismo motivo, pero tenemos la noche para descubrirlo.

Aitana sonrió. Cuánto se equivocaba si pretendía seducirla para obtener algo a cambio.

—Estás en deuda conmigo.

—¿Cómo? —preguntó azorada.

—Cuando abandoné la posada lo hice sin haber podido cenar, aunque había hecho la reserva con anticipación.

No podía creer que tuviera semejante desfachatez, pero le había robado una sonrisa en medio de la pila de problemas que iban surgiendo desde que había llegado a la ciudad.

—Estoy segura de que si averiguo, descubriré que no fue como dices, pero al menos has sido creativo para invitarme.

—¿Te parece bien a las veinte?

—Perfecto, te estaré esperando.

—Hasta pronto, Aitana.

Ella colgó el aparato e inmediatamente tuvo que atender de nuevo, y sin reflexionar dijo:

—Ya te has arrepentido.

—Quien no lo ha hecho es el proveedor, pero supongo que te dirigías a otra persona.

—Cristi, discúlpame, es que...

—¿Con quién hablabas? Y no me digas que era con Marcos, porque no te creo. A ver si algún día me haces caso y te arrepientes de estar a su lado. Te conozco, amiga, y el tono que utilizaste no es el que usas normalmente.

—No lo vas a poder creer.

—Ya me parecía que algo te traías; adelante, dime.

—¿Recuerdas al huésped llamado Zach?

—No podría olvidarme de esos ojos verdes que resaltaban con el tono oliva de piel y el cabello negro peinado hacia atrás. No, Aitana, imposible de olvidar.

—Bueno, no es para tanto. Sucede que me lo he cruzado en la ciudad poco después de haber llegado. Parece que conoce a Marcos y lo encontré en un festejo que Ramiro realizó en El Escorial sin la anuencia familiar, por supuesto. Yo fui para saber qué sucedía y él estaba en la mesa frente a mí. Después...

—¿Después qué?

Aitana no podía relatarle la intención de Zach de comprar el terreno, porque eso implicaba dejar a un lado la posada y no

deseaba angustiar a Cristi. No era momento de develar los espurios manejos de los hombres que la rodeaban.

—Lo volví a ver por casualidad —esa era una manera elegante de mencionar que ella se había presentado en su habitación del hotel— y me sugirió salir a cenar.

—Y sales esta noche —aseveró con complicidad.

—Según parece.

—Es lo mejor que puedes decirme. Al fin dejas a un lado a ese novio que tienes que nunca se ha preocupado por ti ni por lo que necesitas.

—No exageres, Cristi. Esta salida me va a permitir no solo conocerlo sino saber cuáles son sus intereses, qué se trae bajo el poncho.

—Amiga querida, sal a divertirte, y si quieres mayor información de él, tengo la ficha que completó cuando ingresó.

—Ah… ¿y qué dice?

Aitana aguardó en la línea para saber si los datos arrojarían alguna información nueva.

—El domicilio que da es de Nueva York, él es austríaco y ha venido para conocer estos hermosos paisajes. Reservó el alojamiento por dos semanas, pero se fue a poco de llegar.

Aitana miró hacia el techo porque no había algún dato que pudiera servirle para saber algo más de él. Le inquietaba conocer el motivo por el que había abandonado el Sur antes de lo previsto.

—Cristi, no es nada nuevo lo que dices.

—Debo suponer que es muy reservado, o que no has tenido oportunidad de intimar con nuestro adorado huésped.

—Basta ya, hoy saldré solo para saber qué se trae.

—Si necesitas ayuda o prefieres que te supla en alguna otra salida, no tienes más que llamarme y, vuelo aéreo mediante, estaré allá para asistirte, amiga querida. Siempre para ayudarte.

Una sonora carcajada retumbó en la línea. ¡Cuánto hacía que Aitana no se reía!

—Mándale un saludo a Alba y dile que espero que pronto nos visite. Quédate el tiempo que necesites, que acá está todo en orden, y sácale el jugo al austríaco.

—Hasta pronto, amiga.

Aitana se recostó en el sillón sin dejar de pensar en la salida que tendría en unas pocas horas. No quería darle importancia, pero solo pensaba en qué ponerse. Descansó un rato y fue a vestirse.

Alba acababa de regresar con Carmela, que la había acompañado a un nuevo control médico. Parecía que el resultado era satisfactorio y eso la ponía muy feliz. Con buen humor y nuevos bríos ingresaron en la casa. Carmela fue a la cocina mientras Alba dejaba el abrigo en el perchero. Caminó unos pasos y vislumbró una silueta contemplando el interior de su despacho.

—¿Quién es usted?

Zach se volteó para conocer a Alba Pinedo. Sin dudas era la versión madura de Aitana, con el garbo y la elegancia que su hija también poseía. El gesto adusto de la dueña de casa no iba en desmedro de su belleza.

—Soy Joaquín Zach —se presentó al extenderle la mano— y he venido a buscar a Aitana. Me acaba de abrir y fue a su cuarto a buscar algo que había olvidado.

—Entonces, ella no se halla en el escritorio —replicó—, si desea aguardar por mi hija lo invito a pasar a la sala. ¿Desea beber algo?

—No, gracias, la espero a su hija.

Desconocía quién era ese sujeto, quizás un nuevo motivo para que Aitana estuviera tensa en estos últimos días.

—¿Ha visto algo interesante en la espera?

Una sonrisa de costado asomó en el impactante rostro de Joaquín. Sin lugar a dudas, Alba no iba a pasar por alto que él andaba fisgoneando por la casa, en especial, en su escritorio.

—Debo reconocer su buen gusto en materia de arte.

—Me dijo Zach, ¿verdad? —replicó sabiendo muy bien a quién se dirigía—. ¿Cuál fue el cuadro que le gustó?

—Aunque no lo crea, no tuve tiempo de ver con detenimiento las pinturas que tiene colgadas, aunque me impactó la de Franz Marc.

Hacía tiempo que no mantenía una conversación de arte, la situación había cambiado, ella también, sin embargo, desconocía si quien pensaba salir con su hija era un tiro al aire.

—Qué fue lo que le gustó de la pintura.

—Van Gogh es un artista indiscutible y ha tenido gran influencia en la obra de este pintor. Me gustan los retratos y los colores vivos que utiliza, también la convicción que mantuvo de continuar pintando animales y no seres humanos. Creo que se llama *Caballo azul* el que cuelga de la pared del escritorio.

—Por supuesto, es un gran referente del expresionismo alemán. Una corriente que me gusta y aprecio.

Alba se quedó impávida, aunque no lo demostraría. Observó el modo en que ambos se miraban. Lo habían hecho bajo la misma

intensidad, pero sin coincidir adrede con el otro. Como si ambos buscasen no delatar y disimular el interés que se tenían.

—Veo que ya se han conocido —intervino Aitana.

—Ha sido un placer, señora Pinedo.

Alba los saludó y los vio salir. Enseguida, asomó Carmela, que se había mantenido a metros de ella observando lo que sucedía, para avisarle que le había preparado un té antes de que se acostase.

—¿Qué sucede?

—¿No lo has visto?

—Pude verlo de refilón y me pareció muy guapo. Lo bien que hace Aitana en salir y disfrutar de la vida. Se merece distenderse.

—No me gusta.

—Va a empeorar la situación si se opone a los deseos de Aitana, porque a usted tampoco le gusta Marcos.

—Silveyra me parece inofensivo y no creo que pueda hacerla feliz, que es lo único que me importa. Este joven es diferente.

—Lo ha visto unos pocos minutos como para sacar esa conclusión.

—A veces basta solo con unos pocos minutos para saber si esa persona puede alterar tu vida para siempre.

Carmela la observó e imaginó que la dueña de casa no estaba hablando por su hija, sino que se adentraba en su propia historia. Sabía que nada bueno podía traerle a Alba regresar al pasado.

Dentro del vehículo que había alquilado, Zach la miró de soslayo. Le impactaba su belleza sin ostentación, sin conciencia de lo hermosa que era. La dominaba su espíritu indómito que había sacado a relucir en cada encuentro que habían tenido. Le gustaba que lo desafiara y

que no se contentase con lo que él le decía, aunque eso lo complicara.

—¿Adónde piensas llevarme?

Le había causado gracia que él, un extraño en la ciudad, la invitase sin conocer Buenos Aires. Le intrigaba saber adónde la llevaría; recordaba que tampoco había querido que le diera indicaciones sobre los alrededores de la posada en su corta estadía en el Sur.

—No te creas que me ha sido fácil saber adónde ir, pero opté por averiguar en el hotel y me dijeron que este lugar era el indicado.

Se dirigieron a la calle Sarmiento, al Club del Progreso. Joaquín bajó del automóvil, dio la vuelta para abrirle la puerta y le extendió la mano.

—Quiero tomar tu mano —dijo dirigiéndole una amplia sonrisa. Aitana supo que se refería a la canción de The Beatles que habían mencionado en el viaje.

Ingresaron en el tradicional edificio, tercera y definitiva sede de la institución, que había sido creada por Diego de Alvear, tras la batalla de Caseros para, mediante discusiones y debates de índole política, aunar las voluntades de hombres formados y respetados, nacionales y extranjeros.

Aitana y Joaquín fueron al primer piso, donde funcionaba el restaurante. El espíritu de la *Belle Époque* latía en cada rincón del cálido recinto.

—¿Qué te trajo a la ciudad? Se te veía muy bien instalada y cómoda en la posada.

Algo sabía, pero no era lo mismo escucharlo de boca de ella. Ese era un modo de iniciar un acercamiento.

—La salud de mi madre la tiene a mal traer. Los problemas cardíacos van y vienen y no es una buena paciente. No hace caso a lo que se le dice salvo cuando se ve mal. No es fácil controlarla desde la distancia, pero por suerte tenemos a Carmela, que es parte de nuestra familia.

—Por lo que vi, con tu hermano no cuentas.

—No, y aunque hayamos hecho una tregua, no creo que logremos conciliar en algo. Esa es la historia con él desde que nací.

No sabía por qué había sido sincera en cuanto a la relación con Ramiro, ya que Joaquín, quizá, se había visto o se vería en un futuro con él.

—No te preocupes porque no voy a contarle nada de esto a él, en el caso de que volviese a verlo. No me ha gustado el modo en que te ha tratado.

Le gustó escucharlo. Quería saber algo más de él. Levantó la mirada y se distrajo al ver que Zach le servía la copa de vino sin dejar de contemplarla. Tenía que quebrar ese instante íntimo en el que ninguno de los dos estaba pensando en otra cosa que no fuese en el otro sin dobleces ni ocultas intenciones, pero ese chispazo fugaz de esperanza se evaporó cuando volvió a la realidad. Se hallaba allí por otro motivo.

—¿Siempre has vivido en los Estados Unidos?

—Se podría decir que gran parte de mis años los pasé en Nueva York, aunque tuve una etapa, de pequeño, que estuve en Francia.

—Qué bonito destino.

—Lo es, pero no conservo buenos recuerdos.

—¿Por alguna causa en especial?

—Estuve con mi familia un tiempo en París en el momento en que la guerra se desató, ha sido muy duro y doloroso ser parte de aquello, una etapa muy triste, más a la edad en que la viví, porque no comprendía demasiado.

—Debe haber sido una experiencia traumática y difícil de olvidar.

—Así es, después he regresado a Francia, no solo a París —replicó envuelto en sus recuerdos.

—Yo también estuve allí, aunque quedó pendiente recorrer la zona sur. Mi deseo era llegar hasta Marsella, pero me fue imposible.

Una imagen de tristeza y dolor punzante surcaba el corazón de Joaquín al rememorar lo vivido en la costa francesa. Con el tiempo había aprendido a poner distancia, pero no había cerrado esa etapa. Era una asignatura pendiente que debería resolver, y estaba convencido de que Alba o la gente con la que se había vinculado eran parte de todo aquello. El paso del tiempo no había ayudado a desentrañar lo sucedido. Solo esa información aparecida en el momento menos pensado le permitiría cumplir con el deseo de su padre en el lecho de muerte, que traía en ese instante a su memoria.

*Los blancos muros de la habitación del hospital en donde se hallaba Jonas, su padre, parecían cernirse sobre él. Había escuchado que estaba en estado grave. Era notorio el ir y venir de los médicos a causa de la gravedad del paciente. Su madre no se había movido de su lado. Fueron largos días de incertidumbre.*

*—Hijo, debes ser fuerte, y el sostén de tu madre.*

*—Pero, papá...*

*Él desconocía que ese estado de mejoría tan notaria precedía a una muerte anunciada.*

*—Déjame hablar; debes saber que he guardado ciertos objetos de valor, y con el tiempo podrás hacerte de ellos, no los malvendas, y comienza una nueva vida. No debes olvidarte que estoy aquí y en este estado como consecuencia de lo sucedido tiempo atrás en Les Baux-de-Provence… —la tos hizo que interrumpiera el relato.*

*—Papá, cálmate. Debes estar tranquilo. Nada va a suceder.*

*—Solo lo estaré cuando te diga lo que deseo. No creo que pueda ir a buscar al autor que hizo que me encuentre aquí y en este estado. Sabes las veces que he tenido que internarme como consecuencia de aquel ataque sufrido, ¿lo recuerdas? —hablaba con palabras entrecortadas llenas de resentimiento e ira.*

*Joaquín, de corta edad, había sido testigo silencioso de aquel hecho que había marcado un antes y un después en la vida de la familia Zach.*

*—Nunca lo olvidaré.*

*—Debes buscar a ese sujeto que nos dañó y que va a provocar mi muerte.*

*—Papá...*

*—Thomas Davis es un hombre de confianza. Él podrá guiarte, lo mismo a tu madre. Hijo, cuídala mucho.*

*Los aparatos a los que su padre estaba conectado emitieron sonidos diferentes. Él apretó el botón para llamar a la enfermera de inmediato. Fueron inútiles las maniobras de reanimación porque su padre había dado el último respiro luego de hacerle semejante pedido que Joaquín intentaría cumplir. Una llamada y un dato le abrió la ventana para que se trasladara hasta la ciudad de Buenos*

*Aires, adonde llegó con la férrea colaboración y convicción de Thomas.*

Los recuerdos se disiparon y continuó la conversación con Aitana.

—Un amigo de mi familia tenía una casa cerca del puerto de Marsella en la localidad de Les Baux-de-Provence.

Era una zona que se alzaba entre verdes colinas próxima al Mediterráneo. Un lugar soñado con fincas y castillos de otra época. Había atesorado algunas temporadas vividas allí. Thomas era dueño de una propiedad a la que iban cuando el horror de la guerra aún no se había desatado. Sin embargo, en aquel paraje tan bello había acontecido el momento más doloroso de su vida.

—No quiero imaginar lo que debe haber sido crecer allí.

—No creo que puedas imaginarlo, porque allí murió mi padre y todo se desbarató en mi familia.

Si bien la muerte de su padre había sido posterior, aquel suceso había marcado el comienzo del fin en la familia Zach.

—Oh, disculpa.

—No tenías por qué saberlo.

—¿Y tu madre?

—Tuve la suerte de tenerla unos años más.

—¿Has regresado a aquel lugar donde sucedió todo?

—Si, pero no lo hice para pasear o disfrutar de la villa, fui para saber si podía encontrar alguna respuesta a lo sucedido. Regresé con las manos vacías.

Más allá de las dudas que le generaba Zach, ella comprendía que en esta oportunidad él le estaba hablando con absoluta honestidad.

Y lo hacía porque su gran conflicto estaba en ese pasado que no lo dejaba avanzar y, por aquel pasado, había llegado a la ciudad y a Aitana.

—Yo perdí a mi padre hace poco. No es lo mismo que cuando eres pequeño, sin embargo...

—¿Qué?

—Pienso que el apoyo de mi madre me ha ayudado a transitar ese dolor.

—Has estado muy unida a ella.

—Sí, y lo sigo estando. Cuando supe que volvía a recaer con la afección cardíaca, me angustié mucho. Pienso que no estoy preparada para perderla.

—Uno nunca lo está, puedo asegurártelo, más si...

Por suerte para Zach el camarero interrumpió la conversación para levantar los platos y saber qué postre pedirían.

—¿Sabes que fue lo que le provocó esta nueva recaída?

—No estoy segura —contestó, y era cierto. Pensaba que acaso tuviera relación con aquella amenaza que había encontrado al llegar; si estaba dirigida a su hermano, no comprendía por qué estaba en el escritorio de su madre, ¿ella la habría visto? Si era para Alba, resultaba más angustiante. Y muy grave, porque Alba no le había mencionado nada al respecto.

—¿Cuándo me dirás la verdadera ocupación que tienes?

Por largos segundos, fijó la mirada en la joven hasta que quebró el silencio.

—Tengo una empresa dedicada a inversiones, y el arte es una de ellas. Eso lo sabes, y conoces el valor que puede tener una reliquia, un cuadro o un objeto suntuoso que forma parte de una colección.

También asisto a mis clientes en cuanto al seguro de las piezas de valor.

Ella estaba al tanto del procedimiento para asegurar una obra de arte. Lo fundamental era contar con el certificado de autenticidad de la tela o pintura. Según había escuchado de boca de Alba, no siempre eso había sido posible debido a que la genealogía del cuadro podría resultar dudosa por el mercado. También sabía que no todo lo que brillaba era oro y que, en muchas oportunidades, se había hecho caso omiso al origen de ciertas obras de arte. Modificar y alterar algunos datos era un oficio de unos pocos, y había colaborado e incentivado el mercado ilegal.

—Sí, pero hay algo más que te ha hecho recalar aquí, ¿verdad?

—Estoy detrás de una investigación que mi empresa ha abierto respecto de una familia que contaba con una colección de obras de arte y aún no ha podido recuperar parte de ese botín.

—¿Y es una familia de aquí?

—No, pero el recorrido de algunos cuadros me ha traído hasta aquí. No siempre un cuadro queda bajo la potestad del primer comprador. Hay un mercado que hace rotar a los dueños y coleccionistas de un modo que no puedes imaginar. A veces forman parte de colecciones privadas, de museos o galerías.

—Y por qué has elegido el Sur para comenzar con tu trabajo.

—No sabía que esta cena se iba a transformar en un interrogatorio. Aitana, estoy convencido de que si estuvieras en mi lugar actuarías del mismo modo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque creo que por tu madre harías cualquier cosa, pues bien, yo por mi padre estoy dispuesto a todo.

Aitana se quedó callada por la contundencia de los dichos de Joaquín. Más allá de las diferencias que tenían, era claro que él había dado en la tecla, aunque no fuera casual que estuviera detrás de ella y que, justamente, Alba hubiera estado inmersa en el mundo del arte. Si era así, no podía comprender qué relación había con ella y su madre.

—Creo que en eso estamos de acuerdo.

Él asintió convencido de que tenía una rival frente a él en caso de que buscara presionarla para sacar alguna información.

—¿Quieres un café?

—No, gracias.

Aitana miró el reloj y no pudo creer la hora que era ni la rapidez con que había transcurrido el tiempo. Las mesas a su alrededor estaban vacías.

—Creo que debemos irnos, o muy pronto nos echarán de aquí y sería un verdadero bochorno.

—¿Y eso te importaría?

—En lo más mínimo.

—Lo imaginaba —replicó con una sonrisa.

Atravesaron el salón sin que él quitase la mano de su espalda. Luego abordaron el vehículo en el más absoluto silencio. Ella miraba por la ventanilla, sin embargo, la presencia de él no la dejaba pensar en otra cosa que no fuera Joaquín Zach. Le inquietaba saber si le sucedía algo parecido.

Al llegar frente a la casa, Joaquín bajó del auto, abrió la puerta del acompañante y la tomó de la mano.

—Quiero volver a verte, conocerte. Volveré a llamarte —dijo antes de besarle la mano sin quitarle los ojos de encima.

Aitana lo miró y asintió sin agregar más. Deseaba desde lo más profundo de su corazón que fuera así, y que el interés del que hablaba fuera verdadero, aunque estaba convencida de que sería otro chispazo fugaz de esperanza que se disiparía en un tris cuando la verdad saliera a la luz.



CAPÍTULO 10

# FANTASMAS DEL PASADO

*Buenos Aires, 1965*

La pensión La Hispanidad descollaba no por su lujo ni su comodidad, sino por la cantidad de huéspedes que la habitaban. Hasta allí habían llegado personas como Manuel, que habían arribado a la ciudad hacía poco y debían contentarse con un lugar módico. El movimiento en la pensión a la noche era constante. Esa noche, regresó de trabajar en el hotel cansado y de mal humor. Había sido una jornada especial porque se había enzarzado con Ramiro Pinedo, aunque, en un punto, fue un placer enfrentarlo. Después de comer algo fue a su pequeño cuarto, que solo tenía una cama, una silla y una mesita en la que depositó la boina marrón. El único desahogo del austero recinto era una ventana que daba al exterior. Corrió la cortina para ver la calle. De a poco, el golpeteo de las gotas de lluvia se intensificó y cayó un chubasco. El resplandor de los relámpagos iluminaba la habitación y el rugir de los truenos quebraba el silencio. A él no lo asustaban las tormentas, había

pasado algunas a bordo de una embarcación en el mar y había aprendido a no temerles, sin embargo, no podía calmar el huracán personal en su interior. La muerte de su madre no solo había significado una gran pérdida en su vida, también lo hizo sentir sin rumbo. Pensar en ello y evocar los últimos momentos de su vida le había dado sentido a lo sucedido en el pasado.

*La primavera llegaba con ímpetu al pueblo y los días soleados auguraban una linda fiesta de cumpleaños. No hacía mucho que nos habíamos mudado a esa villa y anhelaba tener amigos en ese lugar. Durante la semana, mi madre no había dejado de decirme que mi padre tenía una sorpresa para mí. Con el paso de los días, la ilusión crecía a pasos agigantados, no podía pensar en otra cosa. Él estaba de viaje y, según mi madre, había dejado de lado un trabajo para estar conmigo. No era mucho el tiempo que pasábamos juntos y atesoraba tenerlo cerca. Al fin el día esperado había llegado. Algunos globos de colores pendían de la reja de la ventana que daba a un pequeño parque. El tiempo pasaba y él no aparecía. Mis amigos debían regresar a sus hogares porque ya se había hecho de noche. Antes de que partieran, mi madre trajo la torta con las siete velas prendidas. Mis deseos antes de soplar las velas fue que mi padre asomara por la puerta y pudiera presumir de él ante mis nuevos invitados. Me sentí triste y desilusionado. Esa noche me costó dormirme, y me desperté por los gritos que llegaban desde la sala.*

*—¿Qué has hecho? ¿Cómo has sido capaz? Te has olvidado, como siempre, del cumpleaños de Manuel.*

*—Coño, deja de decir gilipolleces. Te había dicho que no llegaría a tiempo y que el festejo lo haríamos mañana o durante el descanso del fin de semana.*

*—Nunca estás para él, y ambos sabemos el motivo.*

*En esa instancia de la discusión me levanté de la cama, salí de la habitación y me asomé por la vetusta escalera de madera para ver lo que sucedía.*

*—No vuelvas a repetir eso —sentenció mi padre al acercársele—, no he hecho más que brindarles todo lo que tengo. Me he esforzado por darles una vida incluso...*

*—¿Incluso qué? ¡Vamos, dilo! —clamó mi madre, mientras yo me tapaba los oídos con las manos.*

*—Incluso a costa de mi propia vida, y lo sabes. ¡Joder!*

*—Nunca, escucha bien, nunca, dejaré que te vayas con ella, porque lo único que te queda es la palabra, no tienes idea de lo que soy capaz de hacer si la incumples.*

*Mi madre se hallaba descontrolada. Bramaba moviendo las manos en todos los sentidos frente a mi padre, que la fulminaba con su mirada.*

*—Deja de vociferar porque vas a despertar al niño. Ahora escúchame a mí, no voy a soportar amenazas, y menos de ti.*

*—Nunca lo has hecho, ¿verdad? A ti nadie te amedrenta, pues yo seré la primera.*

*La mueca en el rostro de mi padre fue contundente. Yo había aprendido que él no necesitaba desgañitarse para hacerse escuchar y respetar. No, él era distinto. Emanaba un temor reverencial que era notorio frente a la gente que se cruzaba, inclusive ante mi madre.*

*—Sé lo que debo hacer porque soy un hombre de palabra. Ahora deja de llorar como una desquiciada, que le daré mi regalo a Manuel.*

*En ese instante corrí hasta mi habitación y me cubrí con la sábana, simulando estar dormido. Minutos después, la puerta se abrió y escuché un sonido sobre la mesa de luz. Yo sabía que sería el regalo de él y me moría por saber qué era. Me giré para averiguarlo, y no me equivoqué: encontré una trainera de madera hecha en escala. No sé cuánto tiempo le habría llevado hacerla ya que estaba llena de pequeños detalles. Tomé la embarcación y me sentí feliz de que hubiera pensado en mí. Cuando la estaba examinando, mi madre irrumpió con los ojos colmados de lágrimas.*

*—¿Qué haces con eso? —rugió.*

*Me asusté al verla en ese estado. Caminó hasta mí, me arrebató mi regalo y lo estampó contra el piso una y otra vez. Mi regalo quedó destrozado y mi desconsuelo fue enorme. La presencia de mi padre no se hizo esperar. Desde la puerta miraba las piezas de su regalo en el suelo. Yo no podía llorar; mi madre lo hacía por los dos.*

*—Si esto es lo que quieres, lo tendrás —dijo en un tono que apabullaba, hubiera preferido que gritara o tirara algo por los aires, como solía hacer mi madre, pero él no lo hizo. La contundencia de sus dichos concordaba con su mirada—, ya te dije que soy hombre de palabra.*

*Salió de mi habitación frente a la atenta mirada de mi madre, que lo vio desaparecer por el umbral del pasillo. Ambos nos sobrecogimos al escuchar el fuerte portazo.*

*—¿Ves cómo nos deja? Estoy segura de que se irá a la taberna a beber y no vendrá hasta entrada la madrugada.*

*Ella me decía que cuando mi padre no llegaba era porque estaba de copas. Que prefería estar allí que con su familia. Yo dudaba de que fuera así, pero quien estaba conmigo y a toda hora era ella.*

*—Hijo querido, debes saber que la única persona que estará a tu lado seré yo. Di que lo entiendes.*

*—Sí, mamá.*

*—Seremos solo tú y yo, júralo.*

*—Lo juro, mamá —dije al poner mi mano en el pecho y sellar aquel pacto.*

*—Con él no se puede contar para nada. No me merezco este sufrimiento, tú tampoco. Todo es por culpa de ella.*

*En medio de la conmoción que padecía mi madre, no la corregí, ya que debía referirse a "él", a mi padre, que era el motivo de su infelicidad, según me decía.*

*Yo buscaba que se calmase y dejara de repetir una y otra vez lo mismo. Ya había entendido qué hacer y cómo comportarme en un futuro.*

*—Mi niño, debemos estar juntos, yo jamás te dejaré, puedo asegurártelo. Y tú tampoco, ¿verdad?*

*—Así es, mamá, te lo prometí.*

*En ese momento algo se quebró en mi interior. Las ausencias de mi padre eran más largas, a pesar de que siempre regresaba para saber de mí. Su presencia ya no me reconfortaba, porque sentía que me hallaba frente a un fantasma. Todo había cambiado y su presencia dejó de importarme. Solo me ocupaba del estado de mi madre, que con los años desmejoraba. La enfermedad de ella me había sumido en una gran tristeza, y suponía que había un solo culpable de sus dolores. La infelicidad, la tristeza y el pesar que le*

*trajo mi padre la hizo sucumbir; la enfermedad era él. No estaba equivocado, porque antes de morir me hizo entrega de una carta, para decirme todo lo que necesitaba saber para que comprendiera su dolor. Ahora me tocaba a mí poner en orden lo que ella no había podido hacer. Por ese motivo, y para hacer justicia, estaba en la ciudad.*

Como en un trance, había quitado del cajón de la pequeña mesa la reveladora carta de su madre. Conocía de memoria cada frase y el sentido de cada párrafo volcado allí. Podía recitarla sin más. Durante el viaje hasta la ciudad había planeado cómo actuar en un lugar desconocido. Sin embargo, las cosas se habían presentado mejor de lo esperado. Miró hacia el exterior, vio que la tormenta había amainado. Manuel también se había calmado, porque aquel recuerdo reforzaba una y mil veces el motivo por el que se hallaba en Buenos Aires.

Ni siquiera la tormenta hizo desistir a Ramiro de salir a tomar unas copas. Había invitado a Marcos con la excusa de que se reunirían con amigos, aunque la idea era estar con Silveyra a solas. Se ubicó en un reservado del local, para poder hablar sin interrupciones. Enseguida vio acercarse a Marcos, con su impermeable empapado.

—Qué noche horrible —dijo, antes de saludarlo y sentarse—. Parece que los demás no vienen.

—Me llamaron para decirme que por la lluvia preferían dejarlo para otra noche.

—Debo confesarte que hay algo que me preocupa.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas al extranjero que te presenté en la cena de El Escorial? No sé si cuenta con tiempo suficiente para esperar hasta que tu hermana se decida a vender las tierras. Por eso quería saber si cuento contigo para que hagas el trabajo sucio con ella. Por supuesto que habrá una buena comisión por ello.

La carcajada que lanzó Ramiro acalló el trueno que atravesó el recinto. Le había nacido desde las entrañas e impactó a Marcos.

—Gracias, amigo, por tenerme en cuenta. Sabes que pesas más como amigo que Aitana como hermana. Veré qué puedo hacer para ganar una buena comisión que, en verdad, no me vendría nada mal.

—Lo sabía.

—¿A qué te refieres?

—A lo rumores sobre algunos negocios que no te habrían salido del modo esperado.

—Amigo, no voy a mentirte. Es cierto, aunque no creo que estés mejor que yo.

—Así es, por eso debemos unirnos para lograr la venta de esas tierras; será un beneficio para ambos.

—Deja en mis manos a Aitana, yo me ocupo.

—Yo me encargaré de Zach.

A Ramiro poco le importaba el extranjero que buscaba apoderarse de todo, inclusive de El Alba, que era de su hermana.

—¡Brindemos por nuestros negocios!

—¡A tu salud! —dijo Ramiro al alzar la copa, casi vacía— y por lo que se viene.

—A tu salud —brindó Marcos convencido de que esta vez había encontrado la solución a sus problemas a costa de los hermanos Pinedo.

A pesar de haberse acostado tarde, Aitana mantenía la costumbre de levantarse temprano. Acababa de prepararse un café cuando giró y vio a su madre que ingresaba en la cocina.

—Parece que te has caído de la cama.

—Pero mira quién lo dice —replicó Alba al sentarse a un lado de la amplia mesa—. Quiero un café, y no me digas que no es lo mejor para mí, porque sí lo es para iniciar la mañana.

Aitana no le cuestionó la elección porque sabía que sería inútil. Le entregó la taza y se sentó al otro lado de la mesa.

—Parece que anoche lo has pasado muy bonito. Ni te oí entrar.

—Mamá, si deseas saber quién es él, pregúntamelo. Vi luz que se filtraba por debajo de la puerta de tu cuarto cuando me dirigía al mío.

—Ayer me costó dormirme y el velador quedó prendido. ¿Cuánto hace que conoces a Zach? Ese es su apellido, ¿verdad?

—Mamá, estoy convencida de que has grabado su apellido en tu memoria y también su nombre, Joaquín.

—Tienes razón, y me sorprendió que salieras con un extraño.

—Ha sido huésped en El Alba.

Eso sí que no se lo esperaba Alba. La cosa parecía peor de lo que creía.

—¿Ha estado de paseo allá unos días y luego vino hasta aquí?

—Sí, pero no solo lo trajo el turismo, sino su trabajo.

Alba miraba a su hija para desentrañar qué significaba ese joven en la vida de Aitana.

—¿Y Marcos?

—Las cosas con él no están bien. Tenemos maneras diferentes de llevar adelante la relación. Son más las cosas e intereses que nos separan que los que nos unen.

—¿Y crees que Zach puede ocupar ese lugar?

Aitana se resistía a pensar que Joaquín fuera el hombre indicado para ella. Hacía muy poco que sabía de él; a Marcos lo conocía desde hacía años por la amistad con su hermano Ramiro.

—Ojalá que fuera así, pero no será posible.

—¿Por qué?

—Porque él está aquí para cumplir con su trabajo y cuando lo logre no volveré a verlo.

Aitana miraba a su madre sin decirle que ella, justamente, era el motivo por el que no podría volver a verlo.

—¿A qué se dedica?

—Tiene una empresa en Nueva York que se dedica a inversiones, y las obras de arte son parte del negocio.

—¿Qué más sabes de él? No me gustó que estuviese fisgoneando en mi escritorio.

—No sé de qué me hablas, pero estoy averiguando qué se trae.

—¿Y por eso sales a cenar y te emperifollas de arriba abajo?

—Y si así fuera, mamá, ¿por qué te importa?

—Me importa porque no quisiera que sufrieras a causa de él. Se ve que Zach no es inofensivo, y cuando consiga lo que quiera...

—Cuando consiga lo que quiera ¿crees que me dejará? Y si así fuera, es mi vida.

En ese preciso instante ingresó Carmela, con unas bolsas del mercado.

—No me gusta Joaquín Zach —dijo Alba.

—Y a mí no debería importarme que te guste o no, ya que es mi vida. No creo que la relación que recién iniciamos prospere, porque sé que él está detrás de algo —dijo Aitana, que a esa altura de la conversación no le negaría a su madre lo que era evidente—, y te aseguro que lamento que así sea. Agradezco tu opinión, pero no me interesa. No me gustaría que actuaras como la abuela, que insistió hasta el cansancio para que te casaras con papá. Pretendo seguir adelante según lo que sienta; por ese motivo es que no avancé con Marcos y me he ido a vivir al Sur. Mamá, sabes que te quiero y te adoro, pero no te entrometas en mis decisiones.

Aitana se levantó y se fue a la habitación para cambiarse y salir. Necesitaba espacio y aire. Esperaba que dar una caminata le aclarase las ideas y le quitase el mal humor.

—Creo que llegó el momento de hablar con ella. La vida le dio una nueva oportunidad en su salud. No se olvide de que debí llamar a Aitana para que dejara todo y viniera porque no sabía si usted iba a mejorar —dijo Carmela.

—Como siempre, tienes razón. Pensaba aclarar las cosas antes de que mi salud empeorara, y gracias a Dios todo cambió.

—Lo único que cambió fue su estado de salud, el resto sigue igual.

—Temo perderla.

—Lo hará si no se sincera con ella y con todo lo que sucede a su alrededor.

—¿A qué te refieres?

—Aitana llegó a la casa asustada por su salud. Esa noche le costó dormir y al otro día, muy temprano, la encontré aquí y me hizo varias preguntas sobre quién había estado en el escritorio aquella jornada. Yo recordé que había estado Ramiro dándome indicaciones y hablando por teléfono. Alba, nos conocemos hace mucho, y sé que nada se le escapa. Ni las cuestiones del hotel, ni las familiares, ni lo que ocurre en esta casa. Por eso ahora, que está mejor y en tratamiento, la pongo en conocimiento de lo sucedido. Es más, me atrevería a decir que sabe a qué se refería Aitana ese día, o al menos puede tener idea. A ambas las siento mi familia. Entré en esta casa casi con usted. Vi crecer a sus hijos y conozco el poderoso vínculo que la une a Aitana. No lo eche a perder por nada ni por nadie.

Alba se incorporó con la vista húmeda y, sin decir nada, fue hasta el escritorio. Miró a su alrededor y puso su atención en los cuadros. En la mesa de caoba se encontraba la agenda con las anotaciones del hotel. Desde ese despacho había dado las indicaciones, equivocadas o no, que creía necesarias. Tomó el teléfono para hacer algunas averiguaciones.

Zach acababa de despertarse. Se había quedado hasta la madrugada analizando algunos informes que tenía. Decidió bajar a desayunar en el salón comedor. Mientras lo hacía, notó la presencia de alguien a su lado.

—Señor Zach, espero que no le moleste que le interrumpa su desayuno.

Joaquín se levantó para correr la silla a Alba Pinedo. Levantó la mano para llamar al camarero.

—No le pregunto cómo supo dónde encontrarme, supongo que no se lo preguntó a Aitana.

—No, aún tengo mis contactos en el rubro hotelero para averiguar algo sobre un huésped.

—Si no venía a verme, hubiera sido yo quien habría ido a hablar con usted.

—Supongo que su interés no es solo por mi hija.

—Mi interés es aparte de ella.

En verdad, Alba Pinedo se condecía con lo que él había averiguado de ella. Supo hacerse un espacio en el negocio familiar por sí sola, tomando decisiones, incluso más acertadas que las de su esposo. Ella había sido parte importante del entramado comercial. Por más que Joaquín no se hubiera mostrado sorprendido, lo estaba.

—Debo suponer que está aquí sin conocimiento de Aitana.

—Supone bien.

A pesar de que ella intentase demostrar cierta tranquilidad, sabía que la atravesaban emociones que buscaba ocultar.

—Usted dirá —la invitó a hablar.

—Zach, usted no me gusta y se lo he hecho saber a mi hija. Por eso no estoy aquí para hacer buenas migas con usted ni para jugar a las visitas.

Una sonrisa asomó en el rostro de Joaquín. No solo tenía frente a sí a la viva imagen de Aitana entrada en años, sino que tenía el carácter y la impronta de su hija.

—Me gusta su sinceridad y que dejemos todo claro.

—Por eso he venido. Quizá no lo sepa, pero mi hija me importa más de lo que usted pueda imaginar. Ella lo ha sido y lo es todo. Por eso quiero saber qué busca. Le pido que no me hable de las bondades de ella, porque la conozco mejor que nadie. Aitana también sabe que usted está detrás de algo o de alguien y todos los caminos lo llevan hacia mi persona. Pues bien, aquí estoy, y quiero saber qué busca. Me importa que sepa que iré hasta las últimas consecuencias si descubro que usted quiere…

—Estoy detrás de unas telas que, por lo que he investigado, y según el recorrido que he averiguado, han llegado hasta aquí.

—¿Qué tipo de pinturas?

—Para ser específico, son tres obras que pertenecen al mal llamado "arte degenerado".

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alba, sin embargo, se mantuvo incólume sin mostrar emoción alguna.

—Si no me equivoco, pertenecen a la época en que Hitler gobernaba Alemania —acotó discretamente ella.

—Así es, ambos sabemos que era la expresión nazi para denominar el arte moderno de artistas de vanguardia que, según el Führer, no se condecía con los cánones de la estética aria que buscaba implementar mediante los horripilantes experimentos que los nazis llevaron adelante con judíos y disidentes al régimen. Se consideraba que estos cuadros eran pintados por degenerados, ya que no concebían la belleza como ellos. Esa expresión artística no cumplía con el paradigma del arte heroico que los alemanes buscaban para expresar la épica nazi, tampoco reflejaban mujeres y familias arias ni la sociedad que el nazismo buscaba crear. Era

complejo para los amantes de la cultura ver cómo se censuraba, también, el arte en París —desarrolló Joaquín.

—Y fue lo que sucedió en la exposición realizada en el año 1937 en la ciudad de Múnich, cuando colocaron insultos en sus obras y colgaron los cuadros torcidos para ridiculizar, aún más, a los artistas que formaban parte de la muestra.

—¿Ha estado allí?

—No, pero he sido una mujer informada y sé de lo que habla.

—Por eso no escapa a usted saber que esas obras de arte no tuvieron un buen destino.

—¿A qué se refiere?

—Que muchas han sido confiscadas y robadas no solo en Alemania.

—¿A dónde quiere llegar?

—En Francia también han ocurrido confiscaciones de este arte, y el camino que han recorrido las pinturas ha sido largo y muy difícil de seguir o rastrear. En París, luego del armisticio que debió firmar Francia con los alemanes se siguieron haciendo subastas en la sala del hotel Drouot, bajo el control teutón.

—Si ha vivido allí, usted sería pequeño para saberlo.

—Así es.

—En efecto, muestra un gran conocimiento del arte. No pongo en duda que debe ser un experto en lo que hace. ¿Cómo surgió su pasión por el arte?

—Mi padre fue orfebre, y la orfebrería era muy valorada en París. Los clientes ricos se interesaban por objetos de decoración, y más si eran fabricados en los Talleres Reales de los Gobelinos o en los de Beauvais, que contaban con un linaje aristocrático. La casa Jansen

representaba lujo y estilo, y mi padre, que tenía talento y conocimientos, soñaba con ingresar allí. No pudo hacerlo, pero siempre estuvo relacionado con el arte.

—Y usted se ha encargado de seguir el recorrido de estas tres obras que lo trajeron hasta aquí.

—Así es, mi cliente es bastante testarudo. No resulta fácil de complacer ni de convencer. Han pasado muchos años y la probabilidad de hallarlos se disipa, aunque sus herederos tienen la fuerza para continuar.

—Usted se ha instalado en Estados Unidos, ¿verdad?

—En Nueva York, más precisamente.

—Debo suponer que ha buscado en los distintos organismos para hallar el arte expoliado.

—Por supuesto. Varias obras han sido encontradas gracias al trabajo del programa de Monumentos, Bellas Artes y Archivos, MFAA, de los ejércitos aliados, que se encargaba de la protección del patrimonio artístico en el avance aliado en Europa y de la recuperación de piezas robadas por los nazis. Pero mi tarea es diferente.

—¿A qué se refiere?

—Estoy tras unas obras que han seguido un recorrido distinto a través de sus dueños. Eso me ha hecho recalar en la ciudad de Buenos Aires.

—¿Y por qué se interesa por mí?

—Porque usted ha formado parte de aquella época en que el movimiento artístico en la ciudad era importante. Tengo entendido que a pedido suyo se han celebrado muestras en uno de los salones de El Escorial.

—Zach, si sugiere que yo puedo estar involucrada con el arte robado, me falta el respeto. Tuve la iniciativa de que las obras de arte se expusieran allí para impulsar la carrera de algunos artistas. Por otro lado, debería saber que no sería tan tonta de exponer pinturas de dudosa procedencia. Las ha habido en algunas muestras o exposiciones a las que he asistido. Podría decirle que era un secreto a voces, pero no le seré de utilidad si busca algo más.

—Señora Pinedo, podría definirla con varios calificativos, pero jamás me atrevería a calificarla como "tonta". Creo que es una mujer muy inteligente y que sabe más de lo que dice.

—No sé si tomar como un halago lo que dice. Ahora, debo aclararle que usted es dueño de hacer la investigación que quiera. Me adelanto a decirle que yo no tengo que ver con nada de lo que pueda pensar respecto del destino de esos cuadros. Ha inspeccionado mi despacho…

—Alba, no me subestime. Si quisiera esconder algo, no lo haría en un lugar público de su casa.

—Mire, Zach, no soy la persona que cree, pero es importante que sepa que bajo ninguna circunstancia voy a recibir amenazas veladas, ni de las otras.

—¿A qué se refiere? No soy un matón ni un asesino —exclamó con un sentimiento que fue difícil de ocultar.

En esa conversación, Alba había sacado unas cuantas conclusiones. La reacción de Zach la sorprendió. Si hubiera reaccionado como esperaba, al menos se sentiría más tranquila, porque el frente que debía combatir estaba al otro lado de la mesa. Si no era el autor de la amenaza recibida antes de que se descompusiera, la cuestión resultaba peor y más peligrosa de lo que

esperaba, porque desconocía qué otro frente había abierto para que alguien la amedrentara bajo una amenaza escrita. Ya no había mucho por decir.

—Zach, espero no haberle importunado su desayuno.

—Claro que no.

Ella se incorporó y antes de retirarse se detuvo.

—Zach, no quiero que complique a mi hija.

—La conversación que hemos mantenido es al margen de Aitana. Lo que sienta por ella lo sabrá solo Aitana. Ese es un terreno que no pienso compartir con usted, aunque sea su madre. Y sepa que no soy un hombre que me conformo con un simple "no".

Alba se dio vuelta y alcanzó la puerta giratoria que daba al exterior. Las últimas palabras resonaban en su mente, y supo que Aitana no quedaría fuera de los encantos de un hombre que sabía lo que quería e iba detrás de lo que buscaba.

CAPÍTULO 11

# CON TU AUSENCIA

*Asturias, tiempo atrás*

La ausencia de Alba había provocado un profundo vacío y una serie de sucesos que habían complicado los fuertes deseos de Abascal para ir a su encuentro. El trabajo y las pocas ganas de regresar a la villa habían hecho que se quedara en Vigo. Por las noches, en la taberna, había ahogado las penas con alcohol. Eso no le había impedido gestionar algunas tratativas para su negocio. Debía informarle a su tío lo que pensaba hacer, aunque ya fuese una decisión tomada. Habría que actualizar la flota que tenían, ya que en el mercado pesquero la competencia era grande y se estaban gestando cambios en cuanto a las embarcaciones; él no quería quedar fuera de eso.

Desde la finalización de la Gran Guerra, la pesca se había incrementado en el Cantábrico por el acceso de los nuevos caladeros del Norte. Eso había permitido el desplazamiento de algunos armadores y marineros a las localidades norteñas de Gijón, Asturias

y de Pasaia, en el país vasco, que formaron colonias de pescadores. La producción artesanal fue cambiando en las villas para dar lugar a una más avanzada, que comprendía desde los aparejos con los que se realizaba la pesca de arrastre y la de altura hasta las embarcaciones tradicionales, como vapores y motoras. Ante este nuevo panorama, Santiago buscaba renovar su negocio.

Esa mañana, se dirigió a Llanes por la gran preocupación que manifestaba su primo. Desde hacía más de dos días, don Diego estaba internado. Una fuerte neumonía lo mantenía allí. No era extraño que presentara ese cuadro, pues años atrás había padecido una gripe que se había extendido como pandemia por todo el país y más allá.

Desde aquel momento, don Diego no se había recuperado del todo ya que las secuelas en su aparato respiratorio eran evidentes. Santiago no imaginó que lo encontraría en tal estado acuciante. El cuadro era realmente desalentador.

—Manuel, será mejor que te vayas a descansar un poco.

—¿Y qué me dices de ti, que acabas de llegar luego de faenar en el mar?

—Vete, en serio. Yo me ocupo de él.

—Gracias, busco a Nuria y me marcho.

Santiago se quedó allí sin dejar de observar el semblante ceniciento de su tío. Por un momento creyó estar equivocado cuando lo vio abrir los ojos y hacer un esfuerzo por hablar. Quizás el paso de los días operaría un milagro.

—Querido, te estuve esperando.

—No te esfuerces ni te agites, que todo estará bien.

—Que me mientas agrava más mi estado. Necesito pedirte algo.

—Lo que quieras.

En esa instancia, él haría lo que le pidiera; ya que su tío lo había acogido cuando él no tenía rumbo ni destino.

—Hazte cargo del negocio, mi hijo todavía no está preparado para manejarlo. Tampoco sé si lo estará algún día.

—Ya lo harás tú cuando salgas de aquí. De momento, me haré cargo.

Santiago y su tío cruzaron las miradas. Ambos sabían que el tiempo no daría tregua y que muy pronto todo se acabaría.

—Guíalo, él no se parece a ti. Ha tenido todo lo que te ha faltado, y míralo. Va por la vida a los tumbos.

Esperaba poder cumplir con la promesa que le hacía, pero no dependería solo de él.

—Estará en condiciones de hacerlo, quédate tranquilo —dijo finalmente Santiago para brindarle al enfermo el momento de paz que merecía y se quedó con él hasta que entró en un sueño profundo.

Al salir del hospital una brisa fría lo envolvió, reconfortándolo. Se sentó en un tronco, con un cigarro en la mano, intentó dar un sentido a las implicancias de la conversación con su tío. Hacerse cargo de todo implicaba quedarse más de la cuenta en la villa, sin poder ir en busca de Alba. Más allá de sus fuertes deseos, tenía una responsabilidad que no eludiría, pensaba.

Tan abstraído estaba en sus reflexiones, que no se dio cuenta de que una figura se acercaba en la penumbra de la noche.

—¿Cómo estás?

—Nuria —dijo, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—¿Te has olvidado de que trabajo en el hospital?

La joven se sentó a su lado. Lo contempló de soslayo, iluminado por el cigarro, y supo que ya no era el mismo desde la partida de Alba. Le pareció todo injusto. Ella nunca lo hubiera dejado, porque él valía el sacrificio de quedarse, acompañarlo y estar a su lado.

—Claro que no, pero creía que estarías con Manuel.

—No pude acompañarlo.

Santiago asintió antes de clavar la mirada en la joven. Notaba que era dedicada y que cumplía sin pausa su trabajo.

—¿Cómo lo has visto en estos días? —le preguntó.

—Un poco cabizbajo, lo conoces y sabes cómo es. Parece que nada lo mueve —respondió Nuria.

—Sabes que no es un momento fácil para Manuel.

—Lo sé y no debo decirte cómo se comporta porque lo conoces mejor que yo.

—Quizá no sea apropiado lo que voy a decirte…

Nuria se quedó de una pieza al escucharlo. Sintió una luz de esperanza frente a la confesión que le haría Santiago.

—Tienes confianza conmigo, di lo que tengas que decir —dijo Nuria y su mano sobre la de él para brindarle la valentía de decirle lo que ella tanto deseaba oír. Santiago contaba con todo aquello que le faltaba a Manuel. Era notoria la diferencia, y eso lo transformaba en el hombre más atractivo que ella había conocido.

—Manuel no está pasando un buen momento y va a necesitarte más que antes. No quisiera cargarte con más cosas, pero quiero que lo tengas en cuenta.

Nuria evitó mostrar la incomodidad y el desconcierto que le había provocado lo que acababa de escuchar.

—¿Y qué me dices de ti?

—Yo puedo arreglarme solo; él no.

—Pero yo creía que...

Él tomó su mano y la besó. No necesitaba que ella fuera más clara. Santiago conjugaba la dureza del hombre de mar con la hidalguía de un caballero. Para Nuria el gesto que acababa de tener lo hacía irresistible.

—No siempre se puede tener lo que uno anhela —susurró antes de incorporarse—. Debo entrar para ver cómo sigue mi tío.

Lo que acababa de decir Santiago no se debía a lo que ella pudiera sentir hacia él, sino por el fuerte dolor de no tener a Alba a su lado. Nuria se quedó allí sentada sin poder articular palabra.

La muerte alcanzó a la familia Abascal antes de lo esperado. A la tristeza por la pérdida de don Diego se sumaban la desazón y el desconcierto de Manuel. Santiago se hizo cargo de todo cuanto sucedía en la casa y en el trabajo, lo que significaba mayor ausencia en la villa.

—Manuel, los días en que no esté deberás encargarte de dirigir la faena con el resto de los muchachos —dijo, tras abrir la puerta de la habitación y verlo tirado en la cama.

—Así será.

—No eres un crío para que te diga que debes levantarte al alba para cumplir el trabajo.

—Ni yo soy un crío ni tú eres mi padre para regañarme.

—Tienes razón, pero soy la única persona que te queda. Deja de lamentarte y ponte a trabajar.

Santiago echó una última mirada a Manuel y salió de allí con la cabeza puesta en todo lo que debía hacer antes de emprender el viaje pendiente, que sería, además, un viaje a su pasado.

Una vez en la embarcación, vislumbró el frente costero que se abría entre los escarpados acantilados. La desembocadura del río Sella formaba la ensenada por la que atracaría. Ribadesella no era solo una villa pesquera lindera con Llanes, era el lugar en que había crecido en los años que había pasado con su padre. Aquellos malditos años que, sin dudas, lo habían marcado. La muerte de su madre cuando él era solo un crío había hecho que quedase a cargo de su padre. Lo único bueno que había sacado de José Abascal era conocer el misterio del mar y los secretos de la actividad pesquera. Eso ocurría cuando estaba lúcido y no metido en apuestas de naipes, juergas con mujeres y alcohol.

Luego de atracar la trainera se lanzó a caminar por la zona que conocía al dedillo. En una ola de recuerdos sus pasos lo llevaron a un lugar que evitaba transitar cuando viajaba hasta allí. Había tomado por la vía de la Marina hasta desembocar en la calle Oscura, un sector cercano al puerto. Se detuvo en mitad del camino y los fantasmas regresaron para situarlo en aquellos días en que su padre había encontrado la muerte.

*Hacía varios días que don José no regresaba a la chabola cercana al puerto en la que vivían. Aquella noche, luego de esperar en vano, Santiago se lanzó a deambular por las calles para ver si daba con él en el bar de la villa. De pronto, unos gritos lo alertaron. En la lobreguez de la noche alcanzó a vislumbrar tres siluetas, entre las*

*que reconoció la de su padre. Dos hombres lo tenían por el cuello, lo golpeaban y le reclamaban el dinero que les debía. Atinó a esconderse tras unos bultos al otro lado de la calle. En medio de la trifulca, don José gritó que tenía el dinero guardado en la casa. Lo ultimaron de dos navajazos y emprendieron el camino hacia la chabola que, horas después, quedaría reducida a cenizas.*

*Santiago logró acercarse a su padre, que yacía en un mar de sangre. En aquel manchón escarlata, de su saco se deslizó el reloj de bolsillo que su padre había ganado en una partida nocturna, según alardeaba. Se lo guardó, sabía que era lo único que le quedaría. Vio cómo el último hálito de respiración se fundía en la bruma nocturna. No hubo palabras entrecortadas ni despedida. Atinó a cerrarle los ojos para darle la paz que nunca había alcanzado. Ni siquiera en los últimos momentos de vida había protegido a su hijo. De no haber salido esa noche en busca de su padre, las llamas lo hubieran alcanzado en su propia casa. El miedo que sentía no le impidió correr como el mismo demonio calle abajo hasta alcanzar la capilla. Golpeó fuertemente a la puerta hasta que el párroco salió. No fueron necesarios los detalles de lo que acababa de suceder, porque conocía la calaña de Abascal y suponía que ese era un final anunciado. De todos modos, escuchó el escueto relato del crío y resolvió alojarlo en la capilla durante unos días para protegerlo. Sabía que había quedado a la buena de Dios, al menos hasta que su tío se hiciera cargo.*

En ese instante, Santiago prendió un cigarro y exhaló una calada como si con ella pudiera expulsar los malos recuerdos. Volvió a

contemplar la calle Oscura de la que había huido tanto tiempo atrás y a la que regresaba bajo otra realidad. Con el tiempo, se encargó de que los dos malandras que acabaron con su casa y la vida de su padre terminaran del mismo modo, bajo el fulgor de las llamaradas, una noche de invierno, cuando estaban definiendo una partida de naipes. De aquel hecho no se hablaba, aunque se suponía que él podía estar involucrado.

Santiago no solo se había ganado el apodo de "el asturiano", sino el respeto del resto. Nadie buscaba tener entreveros con él, poco le importaba que fuese por recelo o por temor. Esa fama que le permitía andar suelto de cuerpo había sido la misma que lo había alejado de su querida Alba. La reputación que lo precedía había llegado a oídos de la familia Rivera. Por ese motivo, Santiago ponía empeño en ser alguien y hacer negocios que le permitieran mayores beneficios económicos. De ese modo lograría una situación holgada que pudiera ofrecer a los Rivera. Y no se detendría hasta lograrlo.

Hacía pocas horas que había regresado a Llanes, se cambió y enfiló hacia la taberna; estaba seguro de que allí hallaría a Manuel. En medio del recinto brumoso a causa del humo de los cigarros, Santiago logró divisar a su primo.

—Al fin has llegado a la villa, esto da motivo a unas copas.

—Siéntate.

—Pero antes deja que...

—Que te sientes.

Manuel estaba cansado de que Santiago siempre le dijera qué hacer y hacia dónde ir.

—No me gusta que me sermonees.

—Entonces, deja de comportarte como un chaval y hazte cargo de lo que debes hacer.

—No te das cuenta de que es lo que intento hacer —siseó al inclinarse sobre la mesa.

—Ya te he dicho que no te conviene estar cerca del hijo de Fermín.

—Mira, Santiago, que tú tengas problemas con él no significa que los tenga conmigo. Es un buen amigo. Cuéntame cómo te ha ido.

—Me ha ido mejor de lo que creía. Ya mandé a colocar motor a nuestras embarcaciones, ahora las traineras tendrán motor de explosión. Eso nos van a agilizar el trabajo. Además, podremos competir con algunos vapores.

Santiago sabía que era momento de lanzarse a la conquista no solo en la costa asturiana, sino también en la gallega, allí donde se unía el Cantábrico con el Atlántico. Creía que de a poco podría armar una buena flota de embarcaciones de pesca. La posibilidad de asociarse con alguien más estaba latente, y evaluaba con quién hacerlo.

—Suena bien.

—Manuel, esto lo hago por nosotros.

—Te equivocas —dijo al beber otra copa—, esto lo haces por ti. Lo único que te importa eres tú mismo y transformarte en el dueño de todo —exclamó.

—Cálmate —ordenó al inclinarse hacia adelante—, me estás cansando y esa no es una buena señal. No me provoques; si sigues con esta actitud me quedaré con aquello que me corresponda.

—Como has hecho con cierta mercadería de la que has sacado provecho tú solo.

—Te equivocas —replicó, sin levantar el tono de voz, porque no deseaba que el resto de los presentes se enterasen de algo que se rumoreaba hacía tiempo—, y si hubiera hecho algo de eso, no hay pruebas que lo demuestren. Aquí tienes —lanzó antes de dejar unas pesetas para saldar la cuenta—, para unas rondas más con tu amigo.

En ese pequeño mundillo donde todo se sabía, se murmuraba que Abascal había estado involucrado con la pesca ilegal, y que con el tiempo se le fue complicando continuar pues debía pagar a algunos para acallar voluntades.

Salió de la taberna y fue a la costa. En un recodo del peñasco estaba la gruta que había sido testigo del primer encuentro con Alba. Evitaba pensar cómo sería su vida al otro lado del océano. Debía ocupar su mente para no enloquecer ante la incertidumbre que le provocaba no tener noticias de ella. Alba se había comprometido a decirle dónde estaba. Él consideraba que había pasado tiempo suficiente como para recibir una carta. Alguien se acercó y le dijo:

—La extrañas, ¿verdad?

Él no se volteó, porque sabía que era Nuria. No la había vuelto a ver desde la muerte de don Diego.

—¿Qué haces aquí?

—Manuel no estaba en condiciones para ir conmigo a casa.

—Tienes razón.

—Estos días en que has estado ausente he intentado acompañarlo, pero te aseguro que me ha sido un engorro.

—Lo sé, olvídate del pedido que te he hecho. No quisiera complicarte más de lo que estás.

—No lo haces, y puedes pedirme lo que quieras.

Un significativo silencio los sobrevoló. Él no buscaba involucrarse con alguien que no quería, y ella no se detendría hasta que Santiago la viera como había considerado a Alba.

—Nunca es buena la soledad, te lo puedo asegurar. Haré lo que sea para que Manuel esté mejor, pero eso no lo haré por él ni por mí, sino por ti —dijo Nuria.

—Déjalo ya. No puedes seguir con alguien que no desees.

—La noche pasada dijiste que no siempre se puede tener lo que uno desea, ¿verdad? Pues no estoy de acuerdo. Estoy convencida de que el tiempo te llevará a que te des cuenta de que estás equivocado.

No supo leer la mirada que Santiago le lanzó. No era fácil interpretarlo ni acceder a sus pensamientos. Era imposible negar que Alba sí había calado profundo dentro de él.

—No quiero molestarte, me voy.

Abascal no hizo intento alguno de acompañarla. Prendió un cigarro y se quedó allí mientras su mente divagaba sobre cómo seguiría su vida. En tanto, Nuria comenzó a alejarse con una tenue sonrisa y bajo el convencimiento del deber cumplido. Introdujo su mano en el bolsillo del abrigo y rozó un sobre que había abierto una semana atrás. Aún lo llevaba consigo porque era una manera de creer que tenía un futuro con Santiago. Sin necesidad de leer aquella carta, evocó las líneas más relevantes.

*No imaginas cuánto te extraño. No pasa un día sin tenerte en mi recuerdo. Aún mis padres se niegan a decirme lo que es evidente, y me refiero a que ellos intentan quedarse una larga*

*temporada. No hay un sitio en donde pueda estar feliz si no es a tu lado. Sé que la distancia que nos separa es muy grande y que deberé tener paciencia hasta que volvamos a vernos. Esa única ilusión es lo que me mantiene viva. Aguardo ansiosa novedades tuyas, y espero que me eches de menos tanto como yo a ti.*

*Nunca dejaré de amarte.*
*Tuya, por siempre.*

Estaba convencida de que el tiempo y la distancia borrarían cualquier vestigio de ese amor que Alba decía sentir. No obstante, ella no se quedaría con las manos cruzadas, claro que no, iba por más, y estaba decidida a todo. Eran tiempos de cambios.

Las aguas del Cantábrico se agitaban al compás de los reclamos y las manifestaciones surgidas a raíz de un plebiscito realizado para confirmar la continuidad de la Corona o forjar el nacimiento de una segunda república. En Llanes, como en el resto de la costa asturiana, se hacían procesiones espontáneas. Desde el balcón del ayuntamiento, donde flameaba la bandera tricolor, el concejal republicano Félix Fernández Vega había tomado la palabra para dirigirse a los llaniscos, ante la euforia de la concurrencia. El paso de las horas no había menguado la algarabía ni la fiesta. La noche caía en la villa y la felicidad se manifestaba en la verbena en la que participaba todo el poblado. Las empedradas calles estaban colmadas de manifestantes que expresaban su alegría por el triunfo obtenido. En medio de bailes, cantos y alcohol, la gente festejaba

confiada en que este cambio traería el período de bonanza que el país necesitaba y se congregaba en torno a las fogatas prendidas a la vera de la orilla.

Santiago se encontraba bebiendo junto a los compañeros que trabajaban con él en el puerto, cuando vio a pocos metros a Paulina. Se acercó, por impulso. La falta de comunicación de Alba lo estaba carcomiendo y, como conocía la amistad de esa mujer con Amparo Rivera, pensó que ella algo debería saber.

—¿Quieres una copa?

—Hombre, claro que sí. Creo que esta noche me he puesto al día con todo lo que llevo bebido. Pero dime, tú no quieres brindar conmigo esta noche, ¿verdad?

—Quiero saber qué noticias tienes de la familia Rivera.

—He tenido noticias semanas atrás.

Santiago no demostró el fuerte golpe recibido al escuchar los dichos de Paulina. Debería existir alguna explicación para que él no tuviera noticias de la Alba.

—¿Y qué cuentan?

—Mira, Santiago, por lo que me ha contado, piensan quedarse por un largo tiempo allá. Creo que será mejor para todos y de esa manera cada uno podrá hacer su vida. ¿Qué me dices?

Abascal no replicó, solo asintió con la cabeza, tomó de un solo trago el resto de su copa. Su mirada grisácea destellaba fuego y furia. Regresó con su gente para beber y beber hasta que llegara la madrugada.

Desde el otro lado de la playa, Nuria seguía con atención el comportamiento de Santiago. Comprendía que no era un momento oportuno para acercarse. Ya lo había hecho una mujer que, según

pudo saber, venía de la villa vecina y no era la primera vez que estaba con él, aunque esperaba que fuera la última.

A la mañana siguiente, Abascal supo que otra etapa se abría frente a él. No tenía que ver con los cambios políticos ni con sus negocios, sino con su vida. Las horas en vela no fueron en vano. Había tomado una decisión y esperaba que el tiempo le dijera si era la acertada.

El fin de los festejos trajo como contrapartida el momento tan temido por el rey Alfonso XIII. La férrea colaboración del monarca con el dictador había provocado el descontento no solo de los ciudadanos sino de la clase política. La voluntad popular hizo que el monarca declinara sus poderes a un Gobierno provisional republicano a cargo de Alcalá-Zamora, que contentaba a los republicanos de derecha y de izquierda, a los socialistas y a los nacionalistas. Sin renunciar a sus derechos monárquicos, preparó su salida del poder y del país. Su huida lo llevó primero a Cartagena, y desde allí tomaría un barco con destino a Marsella, para luego instalarse en París. Más allá del triunfo de las elecciones municipales, el soberano proclamaba que dejaba su trono para evitar una guerra civil.

CAPÍTULO 12

# UNA LEVE BRISA DE PRIMAVERA

*Buenos Aires, tiempo atrás*

El tiempo transcurría con una lentitud difícil de soportar para Alba. Tal vez, creía, mantenerse ocupada sería una solución al tedio de las interminables jornadas. Un día, recibió la visita de una mujer que fue a buscarla. Aún recordaba el alboroto que había significado. Su nombre era Estela, y estaba relacionada con el dueño del hotel en donde la familia había trabajado la noche de la inauguración. Lo primero que pensaron fue que hubo algún inconveniente con el servicio. Sin embargo, la propuesta hecha los desconcertó. La mujer les explicó que se encontraban faltos de personal y la actividad en el hotel era intensa. Que ella tenía demasiado trabajo y estaba en la búsqueda de una asistenta que la ayudara. En medio de la melancolía y la tristeza que Alba arrastraba desde que habían llegado a la ciudad, la familia creyó que iniciar una nueva actividad la sacaría del estado en que se hallaba.

Esa mañana acababa de vestirse y se preparaba para ir al trabajo.

—Alba querida, ya es hora. Debes cuidar el puesto y no llegar tarde. —Amparo no había abandonado su costumbre de sermonearla. La única diferencia era que Alba había dejado de prestarle atención.

La joven salió de la casa mientras se oía de fondo la disputa entre su madre y su tía, que protegía a su sobrina.

Dentro del hotel, el ritmo se había encauzado luego de los cambios administrativos que tuvieron lugar.

—Alba, termina el café, así me acompañas a realizar algunas diligencias —dijo Estela.

—Ya estoy lista, no hay motivo para demorarse.

En el tiempo que llevaba trabajando en El Escorial, Alba había gestado una bella relación con Estela que, de temperamento mesurado y comedido, era una gran compañera para la joven en su compleja estadía en la ciudad. La mujer no tenía hijos y tampoco familia; su dedicación al trabajo era absoluta. Tenía mucha paciencia con ella y nunca se había alterado ante alguna equivocación.

—Estela, no lo he dicho antes, pero quiero agradecerle la oportunidad que me ha dado de trabajar aquí —dijo Alba, ya en el tranvía camino a la casa de Camilo Pinedo.

—De eso, nada. Y en tal caso puedes decírselo al señor Pinedo. No me mires así, no le temas, al contrario, puedo asegurarte que se alegrará al saber que estás feliz de trabajar para él.

—Debo confesarle que me sorprendió aquella propuesta. A veces me pregunto cuál fue la razón por la que me ofreció el trabajo.

Una tenue sonrisa asomó en el rostro de Estela. La juventud de Alba y su inocencia podían subyugar a cualquiera, más de lo que ella creería.

—Tu presencia cautivó al señor Pinedo. Él vio lo que yo también he visto en ti. Una joven respetuosa, educada y afecta a trabajar. No se puede pedir más en los tiempos que corren.

—Muchas gracias, Estela.

Al llegar, fueron recibidas por la empleada y conducidas al despacho.

—Bienvenidas —dijo el dueño de casa, poniéndose de pie—. Seguro que desean tomar algo.

—No, gracias —dijo Alba, al tiempo que Estela asentía e iba a buscar a la empleada para pedirle infusiones.

—Gracias, señor Pinedo, por la oportunidad de trabajar con ustedes —susurró la joven tímidamente.

—Has sido un hallazgo, y también me alegro de tenerte entre nuestras filas.

—Supongo que Alba está intrigada sobre el motivo por el que hemos venido hasta aquí —dijo Estela al volver.

—Yo...

—Sé que es así, y creo que por unas semanas tu ritmo de trabajo cambiará, ¿verdad, señor? —siempre mantenía las formas frente al personal, más allá del vínculo que la unía con Pinedo y la confianza que flotaba entre ambos.

—Alba, deseo llevar parte de mi biblioteca al despacho de El Escorial. No es fácil hacer la selección de lo que deseo trasladar. Como puedes ver, son muchos ejemplares. Es un trabajo que llevará un tiempo, y no quiero quitarlo de las ocupaciones de Estela. Por

otro lado, quien esté en mi casa debe merecer mi confianza, y tú la tienes.

—Me encantaría, señor Pinedo.

Alba miró en derredor. Una amplia biblioteca de nogal contenía un sinfín de ejemplares, algunos tenían inscripciones doradas en sus lomos. En el resto de las paredes se lucían tres obras de arte de estilos diferentes que brindaban calidez al recinto.

—Entonces, no hay más que hablar.

—Me encargaré de guiarla sobre cómo comenzar, y después me iré al hotel —dijo Estela.

—Puedes quedarte, y almorzaremos algo con Alba. ¿Qué me dices?

Camilo Pinedo había averiguado en profundidad la vida de la joven. Sabía que pertenecía a una familia decente y de trabajo, y había podido confirmar, con el dueño del bar en el que trabajaban los hermanos Rivera, que se quedarían en la ciudad. Eso era importante para los planes que tenía, pues creía que la joven cumplía con los requisitos para que pudiera encauzar a su hijo.

—Por supuesto —respondió Estela, que aprovechaba cada momento que podía compartir con Pinedo.

Después de un almuerzo muy agradable, Alba recibió las instrucciones para comenzar con la tarea. De inmediato, se encontró inmersa entre las fichas que catalogaban los libros, y estudiando cuáles tendrían otro destino. El ruido de la puerta la sacó de su abstracción. El ceño fruncido del hombre que acababa de ingresar se fue distendiendo a medida que reconocía en la joven a la mesera de la noche de la inauguración. Desconocía el motivo por el cual estaba

entre los libros de su padre, pero le hizo gracia que alguien ajeno a la casa pudiera alterar el orden dispuesto por el dueño.

—Estoy cumpliendo con lo ordenado por el señor Pinedo.

—Como cada uno de nosotros —agregó—. Veo que al fin alguien se apiada de esta biblioteca.

Ella miró la hora en el reloj ubicado en el escritorio y creyó que era conveniente marcharse.

—Creo que será mejor que me vaya.

—¿Te vas por mí? Ni se te ocurra, sería algo más que mi padre no me perdonaría.

—Ya he cumplido con la tarea que debo hacer.

—Si es así, deja que te lleve a tu casa.

—Gracias, pero no es necesario.

—Claro que sí. Haz de cuenta que te lleva mi padre —acotó en son de sorna.

Ella lo siguió, desconfiada, hasta la puerta de salida. Caminaron hasta el automóvil y subieron. Él comenzó a hablarle sobre los proyectos de quedarse allí, luego de que lograran vender la estancia. Desde hacía largas semanas, Pinedo había lanzado bonitos comentarios sobre Alba Rivera en los encuentros que ambos habían tenido. Comprendió de inmediato cuáles eran los planes de su padre.

—Es por aquí, ¿verdad?

—Sí, gracias.

Alba bajó enseguida y entró en su casa.

—Pero, niña, dime quién te ha traído. ¿Cómo te has subido al vehículo de cualquiera? No sabes lo que puede suceder —exclamó su madre.

—Me trajo el hijo de don Camilo. Sucede que ahora estoy trabajando en su casa, catalogando su biblioteca.

Amparo se calló de inmediato. Le dio orgullo saber lo que hacía su hija. Allá lejos quedaba el trabajo en la conservera. Al fin, Alba rompía con la tradición familiar y sería alguien.

—Disculpa, hija.

—Mamá, iré a bañarme, estoy muy cansada y debo levantarme temprano.

Una vez a solas en su habitación, una sensación extraña que no podía identificar no le permitía conciliar el sueño. No sabía si era la culpa que la rondaba, luego de haber compartido unos momentos con el hijo de don Camilo. Movió la cabeza para quitarse esos pensamientos y cuando se disponía a dormir unos golpes a la puerta la sobresaltaron.

—Mamá, ¿qué sucede?

—Quería venir a darte un beso de las buenas noches y decirte que en medio de tanto jaleo se me olvidó entregarte algo.

Alba se incorporó de inmediato en la cama al ver a su madre con un sobre.

—¡Mira quién te ha escrito! —exclamó al tiempo que revoleaba y agitaba entre sus dedos el sobre blanco.

—¡Dámelo ya!

—Aquí tienes, después me cuentas ya que mañana debes madrugar.

En cuanto su madre salió de la habitación, Alba rasgó el sobre y sacó la carta. Se apoyó en el respaldo de la cama para leer las noticias de su amiga.

*Alba querida:*

*Te quiero pedir disculpas por no contestar antes tu carta enviada hace unas semanas. Continúo con el trabajo en el hospital y ahora estoy con más responsabilidades. Mi relación con Manuel sigue viento en popa, aunque lo haya afectado la muerte de su padre. Ha sido un golpe fuerte, pero yo he estado a su lado, no podría alejarme de él en una instancia tan dolorosa como esa. Debo confesarte que dudé en contestarte. No porque no desee saber de ti, sino porque es complicado lo que debo decirte. La amistad que hemos tenido ha pesado más que cualquier otra cuestión entre nosotras. Incluso aceptaré si no quieres volver a hablar conmigo por lo que te diré a continuación. Sabes también que nunca te mentiría y que la verdad entre nosotras ha estado por encima de todo y todos. Abascal no pasa tanto tiempo en la villa porque está de amoríos con una mujer que vive en Ribadesella. Parece que la cuestión va en serio, al menos, es lo que le ha confesado a Manuel. Supongo que ese es el motivo por el que no te ha contestado la carta y tú no tienes novedades de él. Quizá guarde en su interior un poco de honra y respeto hacia ti y no quiera lastimarte. Tienes la oportunidad de hacer un cambio en tu vida lejos de la villa. Doy por hecho que cuando volvamos a vernos me agradecerás el consejo que te estoy dando.*

*Te extraño.*

*Por siempre, amigas.*

El eco de las palabras de Nuria retumbaba en su mente sin que pudiera dar crédito a lo que su mirada borrosa intentaba leer una y

otra vez. Soltó un sollozo ahogado, con un lastimoso sonido: el de un animal herido a traición. ¿Cómo podía ser que la hubiera olvidado? ¿Desde cuándo él estaba con aquella mujer de la villa vecina? ¿Sería ese el motivo por el que Santiago la había incitado a realizar el viaje hasta aquí sin insistir en que se quedase? ¿Dónde había quedado el amor que él juraba sentir por ella? Los interrogantes continuaban, como su incontrolable llanto. Cada imagen y cada recuerdo a los que había recurrido para continuar adelante se resquebrajaba en mil pedazos. El dolor la atravesaba por completo. No fue consciente del tiempo transcurrido, porque estaba en la misma posición cuando las primeras luces del amanecer la alcanzaron. Se encontraba vacía y sin lágrimas por derramar. No sabía cuándo podría cerrar los ojos y descansar sin que la figura de él acudiera a su mente y destrozara su corazón.

Volvió a mirar el reloj para cerciorarse de que muy pronto debería levantarse. No sabía cómo haría, pero esa mañana no toleraría los llamados de su madre ni las preguntas por las noticias, menos aún las suposiciones sobre qué le sucedía. Escribió una escueta nota para decirle a su madre que debía ir más temprano al trabajo y salió de la casa en puntas de pie para evitar encontrarse con algún familiar. En ese estado no podría ir a la casa de Pinedo. Sus pasos la llevaron hasta El Escorial. Poco le importaba si se quedaba sin trabajo, pero no quería fallarle a Estela, que tan bien se había comportado con ella. No sabía cómo se excusaría, la pena y la angustia eran tan grandes que le costaba pensar.

—Alba, querida, no te esperaba por aquí —le dijo Estela.

—Lo sé, sucede que...

—Escucha —dijo al tomarle las manos que no dejaban de temblar —, nada debe ser tan terrible para que estés así.

—Yo debería estar en la casa del señor Pinedo.

—Has hecho bien en venir aquí.

Alba se dejó conducir hasta el despacho de Estela, que con sendas tazas de té se sentó a su lado para escucharla.

—¿Cómo se llama?

Alba se sorprendió con la pregunta. El gesto de la joven confirmó, sin lugar a dudas, que Estela estaba en lo cierto.

—No te extrañes por la pregunta que te he hecho. Solo un hombre podría causarte semejante dolor. Ahora me dirás de qué se trata y cómo han sucedido las cosas, pero debes tener algo muy en claro. Nadie merece que estés de este modo, a pesar del fuerte sentimiento que te una a él.

Fue en ese ambiente de intimidad que Alba se lanzó a hablar como nunca antes lo había hecho. No comprendía cómo podía confesarle sus vivencias a una mujer que era ajena a su vida en la villa. Sin embargo, una vez que comenzó con el relato, las palabras brotaban sin que pudiera detenerlas.

—Alba querida, quizás ahora no puedas verlo, pero te aseguro que todo pasará. Y si te lo digo es porque yo también he sufrido como tú, y aquí me tienes.

—No podré confiar en nadie más.

—No es necesario que lo hagas, tampoco debes volver a enamorarte para seguir adelante. Quizás eso sea lo mejor. Ya aprenderás a confiar en tu corazón y saber las consecuencias de la elección que realices en un futuro.

—No entiendo —susurró entre la confusión y el desconsuelo.

—No estar ciega frente a otro hombre te facilitará estar por delante, y saber que tu vida es tuya y que nadie más debe tomarla ni arrebatártela.

—En este momento no puedo pensar en otra cosa que en él.

—Lo sé, y es normal que suceda, pero cuentas con algo más. Has conseguido un trabajo y sé que te ilusiona tenerlo.

Alba asintió poco convencida, porque su mente estaba lejos de allí, en la bruma del amanecer que se elevaba por los escarpados acantilados, bañando al paisaje de oscuridad y magia a la vez. El Cantábrico rugía fuerte y las embarcaciones se bamboleaban en las encrespadas aguas. Desde la gruta que había sido el refugio de ambos, ella lo aguardaba, como siempre. En esa oportunidad, Abascal avanzaba por el sendero sin dejar de contemplarla. Y cuando salió a su encuentro, la imagen de él comenzó a esfumarse como la misma niebla.

El leve roce de la mano de Estela la trajo a la realidad. Con los ojos nublados por las lágrimas asintió cuando le pidió que la ayudase con algunos trámites pendientes. Así inició la triste y apesadumbrada jornada. Una de las tantas que cubrirían aquella etapa de desencanto y aflicción.

Alba había escuchado que el tiempo calmaba y apaciguaba el dolor. Le costaba creer que fuese así, sin embargo, poco a poco, la indiferencia fue ganándole a la pasión y la razón conquistó su corazón. De ese modo, parecía ir por la vida más liviana.

El trabajo en la casa de Pinedo se extendió más de lo pensado, pero valió la pena. En ocasiones, Lautaro la llevaba a la casa. En esos

cortos viajes le había contado que ya se había instalado en la ciudad y que estaban terminando la negociación de la venta de la estancia. Eso hacía que en un futuro se dedicase de lleno al negocio hotelero, ampliando lo que hasta la fecha había hecho don Camilo.

Un día, Alba recibió de regalo uno de los valiosos libros de la biblioteca. La portada estaba ilustrada con la obra maestra de Vincent van Gogh, *Los girasoles*. En principio, se negó a aceptarlo, pero Pinedo la convenció para que recibiera el obsequio. Le contó que para el artista los girasoles significaban gratitud, y era eso lo que él sentía por ella. Más aún, estaba convencido de que con la joven su hijo encontraría el rumbo perdido.

A partir de entonces, en las noches en las que le costaba conciliar el sueño, Alba leía sobre arte, se dejaba llevar por las pinturas y estudiaba la historia de los artistas. Pintores de la talla de Renoir, Degas, Matisse junto a viejos maestros como Rubens, Tiepolo, Rembrandt y Goya formaban parte del catálogo de lujo que ilustraba las páginas del libro. A veces, volvían vestigios de ese pasado en el que ella misma había dibujado la imagen de alguien al que nunca podría expulsar de su corazón. Ya había dejado de luchar con el olvido, era una batalla perdida.

Desde que recibió la carta de Nuria, había sufrido un cambio notorio. Dejó de ser la joven chispeante, alegre e inocente para transformarse en una muchacha mesurada, apagada, indiferente y preocupada por el trabajo. Pocas cosas la alegraban y, en consonancia, pocas la entristecían. En medio de esa transformación, había aparecido Lautaro Pinedo. De a poco, fueron surgiendo cenas en la casa de don Camilo en las que Alba era la invitada de honor junto a Lautaro. También participaba de los eventos que se

celebraban en El Escorial, siempre en compañía de la familia Pinedo. Su presencia trajo consigo cierta calma y tranquilidad, Lautaro se había alejado por fin de la alocada vida que llevaba cuando residía en la estancia.

No tardó en llegar la propuesta de matrimonio. Por cierto, a Lautaro le molestó que no aceptase de inmediato, sabía que cualquier otra mujer lo hubiera hecho. Sin embargo, quiso que Alba se tomara el tiempo necesario para tomar la decisión. No estaba dispuesta a echarse atrás, menos cuando su padre, por primera vez, estaba de su lado. De todos modos, suponía que la joven ocultaba algo, pues poco le había contado sobre el tiempo vivido en la villa, a pesar de sus preguntas. Él tenía un pasado que esconder, por lo tanto, podía reconocer cuando alguien también lo hacía. Quizás en algún momento lo descubriera, pero el tema no le quitaba el sueño. Por encima de todo estaba su futuro.

En aquella fría mañana de invierno, Alba se arropó para salir rumbo al hotel. En el camino no dejó de pensar sobre lo sucedido la noche anterior. La propuesta de casamiento había llegado a oídos de sus padres por el propio Lautaro. Además, cuando se despidieron en su casa, ella debió sortear una indirecta que la descolocó por un momento: al hacerle entrega del anillo, él le dijo que esperaba que usara esa joya del mismo modo que usaba la medalla que pendía de su cuello.

En medio de esas elucubraciones alcanzó El Escorial y fue recibida por Estela, que la aguardaba ansiosa.

—Vamos a mi despacho, que tenemos que conversar.

Alba intuía que la conversación sería sobre la visita de Lautaro a su casa. En cuanto ingresaron en el despacho, Estela se quedó observando el anillo que lucía en el dedo.

—Querida, es justo para tu mano.

—Gracias, has tenido que ver con la elección, ¿verdad?

—Sabes que entre nosotras no hay mentiras, y sí, he tenido que ver con su elección. —Alba sonrió—. Creo que es lo mejor que pudo sucederte.

—¿En verdad lo crees?

—Así es, a no ser que quieras verte reflejada en mí, y vivas, por decisión, a la sombra de un hombre.

Estela sabía que la cuestión de Abascal era una herida abierta sin cauterizar. Alba aún se sentía en carne viva, aunque buscase no demostrarlo. Y la rabia por el abandono de él corría por su sangre a la par del despecho.

—Eso no va a sucederme.

—Si así lo crees, es porque tienes en cuenta un futuro con Lautaro.

Estela no dejaba de observar a la joven. Había aprendido a conocerla y a apreciar los largos silencios provocados por lo que pensaba y no se atrevía a confesar.

—Sabes tanto como yo que es tiempo de que des vuelta la página. Y qué mejor que hacerlo de la mano de un Pinedo. Camilo pondrá todo a tu disposición para que te sientas feliz y cómoda en la nueva familia.

Alba cerró los ojos e imaginó esa nueva vida que le describía Estela.

—Lo sé, y no hay cómo agradecer la forma en que don Camilo ha tratado a los míos. En mi caso, lo ha hecho como si perteneciera a su familia.

—Así es. Si te casas con Lautaro todos estarán felices, yo también al verte en una relación que te permitirá formar una familia.

Alba había borrado de su vocabulario la palabra "felicidad". Había aprendido a vivir sin ilusiones. Estar anestesiada le permitía ir por la vida más liviana, ya nada iba a lastimarla, herirla ni perturbarla. Ya no.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar, no quiero que mis problemas te retrasen.

—Vamos, entonces —aprobó Estela.

Las semanas siguientes significaron un torbellino de decisiones, arreglos y preparativos que los demás se encargaron de llevar a cabo, mientras Alba continuaba con su cenicienta vida hasta que la fecha señalada llegó.

La ceremonia sería en la Basílica de San Francisco, en la esquina de Defensa y Alsina. En el atrio se habían congregado los invitados al casamiento. Por pedido de la novia, la ceremonia y los festejos serían austeros y sin estridencias.

—Hijo, ha llegado el momento deseado —dijo conmovido don Camilo.

—Por supuesto, padre.

En ese último tiempo, el cambio que había sufrido Lautaro era evidente. Su padre creía que podía morir en paz habiendo visto cómo se encauzaba la vida de su hijo.

Entretanto, la novia y su padre estaban a pocas cuadras de la iglesia. La felicidad de uno no se condecía con el estado de ánimo de la otra. Don Francisco no lograba entender qué le sucedía; si estaba a punto de comenzar una nueva vida, una vida soñada, por qué entonces ese silencio cargado de tensión, angustia y desesperación que la envolvía.

Mientras se acercaban a la iglesia, Alba cerró los ojos, aferrada a la medalla que aún pendía de su cuello, para centrarse en la imagen que la acompañaría hasta el final de sus días: un hombre de mirada grisácea, envuelto en el humo de un cigarro, a bordo de una embarcación. El hombre que la había conquistado por siempre. Recordar aquellos momentos a su lado le daba fuerza para lo que se avecinaba. Dejó de asir la imagen de la virgen de la Guía y se cubrió el rostro con el velo. Necesitaba cambiar la triste expresión que tenía; su familia lo merecía. Por más que se negase a reconocerlo, sus padres no se habían equivocado con respecto al asturiano. Entre lágrimas, vislumbró la iglesia.

—Es hora, mi niña.

Francisco ayudó a su hija a descender del vehículo con gran emoción. Para él, la joven era su ángel con aquel vestido blanco. Comenzaron a caminar por la nave central; Alba mantenía la mirada fija en el altar para no desfallecer. En el trayecto, su vida pasada discurrió como una película en cámara lenta. Se dijo a sí misma que podía seguir adelante sin mirar hacia atrás y contempló a Lautaro y al sacerdote. Una vez finalizada la ceremonia, volvió a recorrer la misma nave central, pero esta vez del brazo de su flamante esposo.

Luego de la boda, las ocupaciones de Alba se incrementaron. No solo debía hacerse cargo de su hogar, sino cumplir con su nuevo trabajo. La ausencia de don Camilo debido a su enfermedad era notoria en el manejo hotelero. Si bien Estela había sido un puntal para Alba cuando había arribado a la ciudad, en ese momento Estela se preocupaba por la salud del hombre al que amaba en silencio. Alba tampoco podía contar con su flamante marido. Por las noches, Lautaro se dedicaba a la juerga y al alcohol, y por las mañanas retozaba en la casa para aliviar la resaca. Por ese motivo, en varias ocasiones Alba debía suplirlo tanto en las reuniones realizadas en El Escorial como en la toma de decisiones. Las semanas pasaban y la actividad laboral junto a la preocupación por lo que fuese a acontecer en la familia Pinedo crecía. No se había equivocado respecto de lo que venía de la mano de Lautaro. Nunca se había imaginado que existiera magia, porque no la había. En su memoria sepultaría lo sucedido la noche de bodas. Alba se había acostumbrado a mantener en secreto sus verdaderos sentimientos. Así nadie volvería a lastimarla. Ni siquiera lo había hecho su esposo en la primera noche.

A medida que flaqueaba la salud de don Camilo, no solo el hotel comenzaba a florecer dando los frutos que tanto había esperado su dueño, dentro de Alba comenzaba a crecer otra vida. La llegada de un niño a la familia era lo que había aguardado para completar el designio familiar que Lautaro debía cumplir. La felicidad que traería un descendiente no alcanzó para alargar la vida de don Camilo, que se había transformado en un referente en la vida de la joven. Antes

de partir, le agradeció por haber encarrilado la vida de su hijo dándole un heredero.

La muerte de Pinedo no solo causó tristeza y dolor a la familia, sino un gran alboroto cuando se conocieron las disposiciones del testamento. Su hijo era su heredero natural y las normas eran claras. Sin embargo, le había legado a Alba la biblioteca y los cuadros que tenía en la casa y el hotel, y algo más había provocado cierto escozor en Lautaro. El nombre de Alba sería necesario para la firma de todo documento de importancia. Tiempo antes, a pedido de don Camilo, la joven había firmado unos documentos sin cuestionar ni analizar de qué se trataban. Ahora, la última voluntad del difunto ataba a Alba y a Lautaro para la toma de ciertas decisiones en la administración del negocio. Una fuerte discusión tuvo lugar en el matrimonio, Lautaro cuestionaba la veracidad de la decisión paterna; sobre todo, odiaba que desde la tumba su padre continuase manejando su vida.

Ajena a estas cuestiones y en medio de la vorágine de emociones que era su cuerpo, Alba halló lo que tanto había buscado desde que había abandonado la villa. Al fin su vida tenía un sentido, saber que gestaba una vida en su interior la conmovía. Además, la llegada del niño hizo que su esposo ya no la reclamara por las noches; que él regresara a la madrugada y con algunas copas de más se volvió cada vez más frecuente.

La primavera estaba en su esplendor. Las cálidas temperaturas incitaban a los porteños a pasear. Esa tarde, Alba fue al amplio parque que lindaba con la avenida Alvear, en la zona de Retiro. Desde el banco que solía ocupar contemplaba el verdor que la circundaba. Las flores en los canteros y las plantas alrededor le

brindaban el sosiego que necesitaba. Cruzó por su mente la idea de que, con seguridad, ese día Lautaro también se mantendría ocupado hasta tarde. Una noche más de tantas en las que era habitual que llegara pasada la medianoche. Ella ya había dejado de preguntarle lo que hacía o dejaba de hacer, porque lo único que le preocupaba era el niño que llevaba dentro. De pronto, se levantó una leve brisa que, arremolinándole el cabello, y la calma que hasta ese momento sentía fue interrumpida, un escalofrío inexplicablemente recorrió todo su cuerpo. Con los dedos apartó los mechones de su larga cabellera que le impedían ver el panorama que la rodeaba. Entonces no supo si estaba en una ensoñación, de las que había tenido en varias oportunidades y que guardaba en su memoria como un tesoro bajo siete llaves, o si la presencia que tenía frente a ella era real. Si en verdad lo era, su mundo acababa de derrumbarse.

CAPÍTULO 13

# SECRETOS SILENCIADOS

*Buenos Aires, 1965*

El estudio jurídico a cargo del doctor Lisandro Amadeo se encontraba en plena actividad y él, detrás del escritorio, concentrado en su labor, cuando la secretaria lo interrumpió.

—Doctor, ha venido Ramiro Pinedo —anunció.

—No estaba citado, ¿o me equivoco? —quiso saber, contrariado.

—Así es. Le sugerí que pasara más tarde y me ha dicho que le es imposible. Como sé que usted trata con deferencia a la familia, le pedí que aguardara.

—No te preocupes, hazlo pasar.

Se veía forzado a atender justamente al único integrante de la familia Pinedo capaz de provocarle un dolor de cabeza.

—Buen día, Ramiro, toma asiento. Dime, ¿a qué has venido?

—La última vez que nos reunimos quedó algo pendiente. Mencionaste el ingreso de un extraño a nuestra sociedad, bien, quiero verlo y saber quién está detrás de nuestro negocio familiar.

—Ya te dije que cuando esté por aquí convocaré una nueva reunión para que tu familia pueda hablar con él.

—No estoy dispuesto a esperar a que este buen señor se digne a venir hasta aquí y podamos tratarlo. Quiero que lo busques para que resolvamos el misterio.

—¿Tienes pensado tomar alguna decisión definitiva en el negocio?

—Quiero el control absoluto y no podré tenerlo si hay alguien dando vueltas y yo no sé quién es ni qué se trae entre manos.

—Deberías saber que tu padre así lo dispuso.

—Él está muerto, y soy yo quien debe llevar adelante la empresa familiar. Si crees que no puedes localizarlo, buscaré otro estudio de abogados que investigue su paradero y proceda contra ti por no colaborar con el pedido que te estoy haciendo.

—No será necesario que llegues a esa instancia.

—Sabía que te darías cuenta de que es mejor así.

—Déjalo en mis manos, cuando sepa que Torres está en la ciudad, serás el primero en saberlo.

—Gracias, Amadeo, es un gusto hacer negocios contigo.

Lisandro se quedó mirando cómo Ramiro atravesaba el despacho para salir de allí con las mismas ínfulas con las que había ingresado. Tomó el intercomunicador para hablar con el escribano Padilla, que se encontraba en otro despacho.

—Hay que ponerse en comunicación con Torres para que venga, si le es posible. Ramiro Pineda quiere saber quién es y si se trae algo bajo el poncho. Lo único que lo mueve es su ambición.

—Está bien, cuando tenga alguna novedad de él te aviso.

Los débiles rayos del atardecer coloreaban el cielo en un tornasol que iba del naranja al rojo furioso. Aitana, luego de cumplir con algunos temas de El Alba, salió a caminar. En el paseo no dejó de pensar en cómo seguirían las cosas, y esas preocupaciones la llevaron hasta el cementerio de la Recoleta. Atravesó el pórtico con columnas griegas, miró la placa que decía *Requiescat in pace*, un augurio para las almas que moraban allí. Esperaba que su padre hubiera alcanzado la paz, ya que desconocía si en la vida la había hallado. Caminó por una larga avenida a la vera de criptas y bóvedas. No sabía muy bien el motivo por el que estaba allí, quizás la culpa por no haber ido en cuanto arribó a la ciudad. Aun así, le gustaba creer que Lautaro había estado orgulloso de lo que ella había logrado.

Siguió caminando, esperaba no equivocarse, y enfiló hacia una esquina formada por una de las diagonales de la necrópolis. A un lado se hallaba la bóveda familiar de mármol negro. Se mantuvo allí, parada, tratando de desentrañar el embrollo que les había dejado su padre. Desconocía si era por su edad o por el vínculo que los había unido, pero no había llegado a conocerlo bien. Aitana intentaba hacer oídos sordos a lo que se decía de él. Permaneció unos minutos concentrada en sus pensamientos hasta que notó la presencia de alguien. Se dio vuelta de inmediato y vio a un hombre con uniforme de fajina.

—Señorita, no quiero molestarla. Soy Horacio Sosa. No me conoce, pero su madre sí. Trabajo en el mantenimiento del camposanto.

—Buenas tardes —dijo Aitana sorprendida por haber sido interrumpida en su estado de recogimiento—. Dígame, ¿qué

necesita?

—La vez pasada vi a alguien merodeando por aquí, más precisamente frente a esta bóveda. Me sorprendió porque nunca antes lo había visto.

—¿Era un hombre? —inquirió con cierta duda.

—Sí, pero no logré verlo bien porque llovía.

—Pudo haber sido mi hermano.

—Sí, señorita, pero resulta que el día anterior vino a verme don Ramiro, me dijo que lo enviaba su señora madre para abonar una deuda que había, por eso no creo que regresara al día siguiente.

—¿Cómo era la persona que vio?

—Un hombre común. Yo pensé que podía ser alguno de esos que buscan violentar o profanar la bóveda, ha habido casos de locos que vienen para divertirse o robarse algo que puedan vender. Ni bien me acerqué y le pregunté qué hacía, salió disparando hacia la salida.

La inquietud de Aitana crecía en un lugar al que había ido a sosegarse.

—Gracias, Sosa —dijo antes de sacar unos billetes de la billetera —, le agradecería que esté pendiente, y si hay una próxima vez me avise de inmediato.

—Gracias, señorita, así será.

Aitana se retiró de la necrópolis con la misma sensación extraña que la había acompañado desde su llegada a Buenos Aires.

La avenida Alvear resplandecía con el lujo y la elegancia que la caracterizaban. La fisonomía de la Ciudad Luz estaba presente en cada esquina. Sin embargo, Zach no estaba allí para hacer turismo

sino porque tenía una cita con una mujer desconocida. Miró su reloj de pulsera; había llegado puntual a la residencia que supo ser un palacio y se había transformado en un edificio de estilo. En uno de sus pisos vivía la señora Pombo.

—Señor Zach, un gusto conocerlo.

—Lo mismo digo, señora Corina.

No se había equivocado al imaginar cómo sería la mujer. La gracia y la sofisticación que la distinguían envolvían también la sala. Varias pinturas decoraban sus muros. Una de ellas era un Degas, con la luz y el movimiento propios de la corriente impresionista. Los años habían endurecido las facciones de Corina, pero mostraba una apariencia dócil, respetuosa y benévola que Joaquín ponía en duda.

—Debo decirle que viene bien recomendado. Me han hablado muy bien del señor Davis.

Este, siempre en la búsqueda, había hablado con un coleccionista que en su paso por Buenos Aires años atrás había conocido a Corina. Al cotejar las fechas, entendió que podía aportar algo.

—Thomas es un amigo de mi familia a quien aprecio como un padre. Tengo una oficina en Nueva York y me dedico a inversiones, y como usted sabe, el arte es un campo de valores importantes.

—Claro que sí, y ¿qué lo trae por aquí? Si busca visitar muestras organizadas para el mes próximo, tengo aquí todo lo que debe saber sobre el tema —dijo, mientras le alcanzaba un cuadernillo.

Zach deslizó una sonrisa de costado, no porque le causase gracia lo que le había dado Corina, sino por considerarlo un aprendiz.

—Gracias por la información, la tendré en cuenta si me quedo los próximos meses en la ciudad.

—Le aseguro que me gustaría acompañarlo, pero parto a Europa en dos días, y estoy con el tiempo acotado.

—No pretendo sacarle más tiempo. En realidad, ando en busca del itinerario de unas obras que recalaron aquí hace mucho tiempo. Me tomé el atrevimiento de hablar con usted porque me han dicho que formaba parte de aquel grupo de elite que difundía el arte aquí junto a artistas, marchantes y galeristas.

—Joven, aquellos buenos tiempos ya pasaron. Por otro lado, no creo que pueda serle útil porque he pasado más temporadas en Europa que en esta ciudad. Siempre me ha gustado vivir bien. Lamento mucho no poder ayudarlo.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta. Algo más, ¿conoce a Amparo Montalvo?

La mujer recibió el impacto de la pregunta, pero se recompuso de inmediato. No era una improvisada; sabía muy bien de quién hablaba Zach.

—Ha pasado mucho tiempo y me puede fallar la memoria —replicó dubitativa—, pero creo haberla cruzado en varias oportunidades en ese entonces.

—¿Y qué sabe de ella?

—Como le he dicho, no he estado aquí el tiempo suficiente como para seguir el rastro de las personas a las que he visto. Imagínese que he conocido a muchísima gente en esos eventos, pero ahora que lo dice no puedo negarle que la recuerdo.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Eso es más complicado.

—¿Por qué lo dice?

—Debo suponer que quien le dio la información es alguien que hace tiempo que no está en la ciudad, porque hasta donde yo sé, ella ha muerto.

Esta vez fue Zach quien intentó ocultar el impacto recibido.

—¿Recuerda cuándo fue la muerte de esta mujer?

—No, solo puedo decirle que sucedió hace muchos años, quizá veinte. Yo me enteré al tiempo.

—¿Veinte años?

—Joven, ¿busca precisión en una mujer grande? No le diré mi edad porque soy coqueta, pero tengo mis años.

Él hacía cálculos con los datos recibidos, y no le cerraban.

—De ningún modo se lo pediría.

Zach se incorporó luego de que la dueña de casa lo hiciera. Estaba claro que ella había puesto fin a la conversación.

—Le agradezco que me haya atendido y le deseo buen viaje.

—Muchas gracias, Zach. Felisa lo acompañará a la salida.

De inmediato, la señora Pombo fue a su habitación y buscó un nombre en su agenda. Marcó el número y, segundos después, escuchó una voz al otro lado de la línea.

—Acabo de recibir la visita de un tal Joaquín Zach, anda en busca de Amparo Montalvo, le he dicho que está muerta. Como sabes, no busco problemas. Nunca los he tenido, y menos los deseo ahora, que todo ha pasado.

—Yo tampoco los tendré, porque la mujer que busca está muerta.

—Muerta y enterrada.

—Así es.

—Viajo en dos días a Europa y me quedaré allí mucho tiempo, tal vez no regrese.

—Disfruta del viaje y de la estadía. Hasta siempre, Corina.

Zach, por su parte, caminó unas cuadras por la calle Alvear y luego entró a una confitería. Pidió una bebida mientras miraba el cuadernillo. Su contenido no era importante para él. Sabía que había dado en el clavo porque la señora Pombo le había dicho que la muerte de Montalvo había sido veinte años atrás, eso situaba el hecho en 1945. En los informes que tenía y que había leído una y otra vez, ese apellido constaba en el ingreso al país de unas obras de arte con fecha posterior. Eso lo llevaba a pensar que habían falseado la firma para continuar con el contrabando de obras de arte, o la muerte no había sido tal. En cualquier caso, parecía que iba bien encaminado y que su viaje a Buenos Aires no había sido en balde.

El movimiento del personal en El Escorial era permanente. Suárez, que estaba atento a cuanto pasara allí, se acercó a la recién llegada.

—Señorita Aitana, qué gusto volver a verla.

—Gracias, Suárez. He hablado con mi hermano y vengo a verlo.

—Cualquier cosa que necesite, solo avíseme.

Cuando Aitana iba a seguir su camino, Suárez le dijo:

—Con su permiso, no quisiera ser indiscreto, pero ha habido un pequeño altercado en la cocina con el empleado recomendado por usted.

—¿Qué ha sucedido?

—No ha sido grave, pero su hermano lo ha tomado fatal. Se lo comunico porque no sé qué decisión tomará.

—Gracias por avisarme, Suárez, así sabré a qué atenerme.

Se dirigió al despacho y tras unos golpes a la puerta de la oficina, ingresó y vio a Ramiro con una copa en la mano y unos papales diseminados en la mesa.

—Hola, hermanita, me gusta verte seguido por aquí.

Ella lo saludó y se sentó en una confortable silla al otro lado del escritorio.

—¿Cómo anda la estadía en la casa con mamá?

—Muy bien, gran parte del año estoy lejos de aquí y cuando vengo trato de disfrutar.

—Estuve con Marcos e intenté que entrara en razón, pero es cabezón. Cree que aquellas tierras lo van a salvar, sin importarle que estés en ellas.

—Es una situación complicada porque siento que es tu amigo y no quiero…

—Dime qué te ha dicho.

—Insiste en que quieres entrometerte conmigo y arrebatarme las tierras con la excusa de la llegada de Zach. Me dice que quiere velar por mis intereses y por ese motivo me insiste para que lo deje en sus manos.

El rostro de Ramiro pasó a un colorado furioso y no era por la ingesta de alcohol.

—Yo me haré cargo de todo.

—Quiero que entiendas que no necesito que alguien se haga cargo de mis cosas.

Conocía mejor que nadie a su hermano y sabía que no la estaba escuchando, porque había calado hondo en él la supuesta traición de Marcos. Él no le había dicho eso a Aitana, pero ella sabía cómo jugar

las cartas entre ambos para que se enzarzaran en una contienda y dejasen de molestarla.

—Y a ese Zach lo tengo en la mira, también me haré cargo de él.

—¿Qué ha pasado?

—Ha venido a verme hace unos días. Me ha dicho que mire cómo manejo las cosas contigo. Me sugirió que tuviera cuidado con el modo en que te trato, porque puede retirar la oferta que hizo. Casi nos vamos a las manos. ¿Quién mierda cree que es? —Ramiro evitó confesarle que el extranjero le había puesto los puntos de un modo tan amenazante que lo sorprendió. El talante afable y amistoso que había tenido con él había desaparecido.

Aitana estaba azorada por lo que escuchaba. La conversación no duró mucho, porque Ramiro hablaba sobre lo que haría al tomar posesión de todo. Ella lo dejó en su mundo y subió un piso hacia la habitación trescientos uno. No había avisado que visitaría Estela, porque en esta oportunidad solo buscaba verla y saber sobre su salud. La asistenta le abrió la puerta.

—No quiero molestar, solo saber cómo sigue.

—Adelante, está tomando algo.

Aitana entró, y en cuanto Estela la vio dejó a un lado la taza para saludarla.

—Qué alegría verte.

—Lo mismo digo.

—Deberías tomar una taza de chocolate, como te gustaba beberlo de pequeña. Entre nosotras —dijo al hablarle más despacio—, el sabor es único y en ningún otro lugar lo sirven como aquí.

—Ya lo creo —replicó con una sonrisa.

—¿Vienes todos los días?

—No, solo a veces. Hace un tiempo que vivo en el Sur.

—Ah —replicó haciendo un esfuerzo por recordar—, sí, fue tu madre quien me lo comentó. No estaba feliz de tenerte lejos, pero nunca se opondría a tus deseos.

—Así es.

—Hace unos días que no viene a verme, debe estar ocupada con sus cosas.

—Cuando la vea le diré que la esperas.

—No lo hagas, no quiero preocuparla más de lo que está. Sé que no está bien y sé a quién se debe.

Aitana observó que, una vez más, Estela estaba concentrada intentando atravesar el túnel del tiempo y alcanzar una época en que había sido feliz de la mano de don Camilo y junto a la juvenil compañía de Alba. Aitana no preguntó ni hizo nada que pudiera perturbarla, dejó que la mujer desempolvara aquellas cosas que recordaba de manera alterada y desordenada y que aún seguían vivas dentro de ella.

—Crees que es Ocampo, no, no lo es.

Aitana se acercó más porque sentía que podía dar con la información que buscaba.

—¿A quién te refieres?

—Ocampo ha traído problemas, en especial a tu padre, pero el hombre por el que ha penado mi querida Alba ha sido otro.

—Estela, ¿de qué hombre hablas?

—Del hombre de la villa de donde ella es y que la tenía a mal traer. Pobre mi querida Alba, cuánto la he entendido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo he vivido algo similar a lo que ella padeció, por eso la he comprendido siempre.

Y de pronto, Estela cayó en un estado difícil de remontar, se perdió en lo profundo de su mente extraviada y ausente.

—Será mejor que me vaya —dijo Aitana.

Le dio un beso en la frente y salió más confundida que antes. Estaba tan inmersa en los pensamientos que no vio que un empleado desde la cocina no le quitaba los ojos de encima.

Zach estaba dispuesto a aprovechar el día al máximo con una serie de diligencias que debía hacer. La última lo había llevado hasta la avenida Belgrano. Se detuvo frente a una vidriera de la casa Dumas Hermanos, una firma dedicada a muebles y decoración. Había sido fundada hacía tiempo, y en la última época había ganado prestigio. Apenas ingresó, una empleada se acercó para atenderlo.

—He llegado hace poco y estoy con intención de instalarme aquí. Debo comprar muebles para mi nueva casa y me recomendaron este lugar —dijo con fingido interés.

—Por supuesto, ¿desea algún estilo en particular o quiere que lo asesore?

—Sé lo que quiero —afirmó con contundencia—. Quiero ver algunos muebles, y cuento con uno, heredado de mi familia, que he traído a la ciudad y me gustaría restaurar.

—Nosotros nos podemos encargar de hacerlo. Contamos con un especialista, un ebanista, que es el mejor que hay en Buenos Aires.

Supo que no se había equivocado en ir ahí. De hecho, estaba buscando a ese hombre que aún no había aparecido en el salón.

—Si es así, me gustaría poder hablar con él y saber si puede hacer el trabajo

—Aguarde aquí.

—Esperaré —dijo con una amplia y seductora sonrisa.

Al cabo de unos minutos vio acercarse a un hombre mayor, con lentes y el cabello cano. Tenía un delantal algo manchado, y en el camino se sacó los guantes.

—¿Este es el señor?

—Zach es mi apellido.

—Lo dejo en compañía del señor Domínguez.

—Me dijo que busca mejorar un mueble de estilo.

—Así es, y tengo algunas fotos —dijo Zach, mientras las mostraba.

Se encontraba allí por el mismo motivo por el que había visitado a Corina Pombo. Tenía el convencimiento de que el pasado los había unido.

—Debería examinarlo para saber qué se puede hacer, aunque parece estar en buen estado —respondió Domínguez.

—Se trata de ponerlo en valor. Quiero resaltar el estilo Luis XV sin alterarlo ni modificarlo.

—Ha dado con la persona indicada.

—Claro que sí, me han hablado muy bien de usted.

—Me alegro, hace tiempo que trabajo para esta firma.

—Y antes, ¿dónde lo hacía?

—Trabajaba por mi cuenta, pero hace mucho tiempo.

—Si va a trabajar para mí puedo llamarlo Chelo, ¿verdad?

La sonrisa que el carpintero tenía en el rostro se le borró de inmediato. Hacía mucho que él no usaba ese apelativo. Ya casi ni lo recordaba. Había sido otra etapa de su vida que no deseaba

recordar. Había dado vuelta la página y estaba allí trabajando en lo que le gustaba sin problemas ni reclamos.

—No sé quién le habló de mí, pero se ha confundido.

—No lo creo, me han hablado muy bien de usted. No debería tomarlo a mal.

—Debería ver mi agenda para saber si podré cumplir con su encargo. Si no me da el tiempo, puedo recomendarle a un colega que trabaja tan bien o mejor que yo.

—Se equivoca —dijo Zach al acercársele—, lo quiero a usted. Sé que es muy bueno para quitar rastros inconvenientes de un objeto de valor o colocar lo que sea necesario para incrementar su precio.

—Usted no sabe nada de mí. No le voy a permitir que me trate como a un estafador. Si hubiera hecho algo mal estaría tras las rejas y no en un negocio familiar.

El hombre se volteó para salir, enojado, cuando Zach lo tomó del brazo.

—¡Suélteme ya!

—Hoy estuve con la señora Corina Pombo —dijo al quitarle la mano del brazo.

Domínguez lo miró con atención. Se quedó sin palabras y con la mente en blanco. No creía que ese hombre viniese a indagar aquel pasado que había dejado atrás.

—Ya casi ni recuerdo a esa señora. No busque en la tierra porque se puede ensuciar. Míreme si no.

El carpintero extendió los brazos y mostró las manos que, a pesar de los guantes que usaba para trabajar, tenían polvo, suciedad y tinta.

—Ya me he ensuciado demasiado, y es lo único que escuchará de esta boca.

—Gracias por su honestidad —Zach sabía que iba por el camino correcto y agregó—: Una última pregunta.

—¿Qué más quiere?

—Qué sabe de Amparo Montalvo, ¿volvió a verla?

—No sé nada de ella. Solo puedo decirle es que era una mujer difícil de olvidar.

—¿Sucede algo aquí? —inquirió la vendedora.

—No, Domínguez me decía cuánto sería el costo de la restauración y no nos poníamos de acuerdo. Si le parece, acá le dejo mi tarjeta —dijo frente al disgusto de la empleada porque se la daba al ebanista y no a ella—. Si recuerda algo de aquella silla de estilo que busco, llámeme.

Salió convencido de que faltaba encontrar las piezas más importantes del rompecabezas que se había ido armando a lo largo del tiempo, pero estaba seguro de que pronto alcanzaría lo que tanto había buscado. Hasta el momento, se había entrevistado con las personas indicadas, aunque había alguien que él añoraba ver. En efecto, Aitana Pinedo había calado más profundo de lo que ella pudiera imaginar.

CAPÍTULO 14

# EL DESEO

*Buenos Aires, 1965*

La conversación con Estela en la *suite* de El Escorial seguía dando vueltas en la cabeza de Aitana. No importaba si la mente de la mujer estaba alterada o si sus recuerdos se desvanecían confundiendo la realidad con la ficción. La joven sabía que había algo, oculto y oscuro, que debía salir a la luz. La única forma de quitarse la inquietud era hablar con su madre, y fue a verla a su escritorio.

—Hija querida, ¿cómo estás?

—No quisiera interrumpirte, mamá, pero veo que estás trabajando, y te han indicado que debes alejarte de las preocupaciones.

—Lo sé, y ahora estoy bien. Deja de preocuparte por mí y dime cómo llevas estar en Buenos Aires.

—Extrañando la posada, pero aún no tengo decidido cuándo abandonaré la ciudad. A no ser que quieras que me vaya de aquí pronto.

—Te quiero entrañablemente, hija, y sé que debes hacer tu propio camino; si el tuyo es lejos de aquí, lo acepto.

—Lo dices por propia experiencia, ¿no? No debe haber sido fácil dejar la villa en la que naciste y te criaste para llegar a un lugar desconocido como este.

—Claro que no lo fue.

—Si bien aquí te has hecho de un grupo de amistades, nunca mencionaste las amigas que dejaste en la villa.

—He tenido una amiga con la que nos acompañamos durante muchos años.

—¿Quién era?

—No la conoces —replicó con convicción—, se llamaba Nuria. La distancia hizo que una no buscara a la otra, y puedo asegurarte que es mejor así.

—¿Por algún motivo en especial?

—Porque ambas seguimos por caminos distintos.

—No solo habrá habido amigas, debo suponer que habrás conocido a algún muchacho.

Alba supo que tras la cálida y apacible conversación que mantenían, su hija buscaba respuestas.

—Claro que conocí a alguien especial de quien me enamoré.

Alba estaba atenta a las reacciones de Aitana, que intentaba no demostrar incomodidad ante lo que ella contaba.

—¿Quién era?

—Su nombre era Santiago Abascal. Se dedicaba a la pesca junto a su familia. Sabes que Llanes era una villa marinera y que tus abuelos trabajaban en una conservera importante. En verdad casi todos nos dedicábamos a lo mismo. Has estado allí. ¿Lo recuerdas?

—No, era pequeña.

Alba asintió; aunque le dolía que su niña no recordase su tierra, creía que era mejor para Aitana no evocar todo aquello.

—¿Qué pasó con él?

—El viaje hacia aquí truncó lo que pudo haber habido entre nosotros. La verdad es que mis padres no estaban conformes con él.

—¿Por qué?

—Mi asturiano —dijo al pasar— no era un muchacho querible para unos padres que deseaban lo mejor para su niña. La gente hablaba de más. Los rumores que existían sobre Abascal no eran muy buenos, pero a mí nunca me importó porque lo conocía. Él siempre fue fiel a lo que quiso, e hizo de su vida un culto de eso.

—¿No lo has vuelto a ver?

—Yo arribé aquí con tus abuelos y conocí a la familia Pinedo. Don Camilo fue un apoyo para mí en esta tierra extraña, me hubiera gustado que lo conocieras —dijo con melancolía—, y Estela también lo fue.

—Sí, aprendí a quererla contigo.

—Poco después, me casé y llegó tu hermano, que dio sentido a la familia que yo buscaba. Más tarde —confesó con los ojos húmedos —, llegaste a mi vida cuando creía que la felicidad me era esquiva.

—Entonces, el hombre del que hablas, ¿qué importancia tuvo en tu vida?

—Él ha sido mi gran amor, mi único amor, pero armé la familia aquí, y de la mano de los Pinedo.

El ruido de la puerta detuvo la conversación, esa que Alba le debía, aunque Aitana no parecía estar preparada para escuchar mucho más.

—Disculpen si las he interrumpido. Acá les traje algo calentito para que sigan hablando.

—Gracias, Carmela, pero debo ir a cumplir con unas diligencias.

Mientras su hija salía rauda del escritorio, Alba se sintió envuelta en emociones del pasado.

—Ven, Carmela, siéntate. Acompáñame tú con ese té, y el budín que tanto me gusta. Aitana dijo que debía hacer trámites, pero estoy convencida de que necesita aire para poner en orden sus ideas. Ojalá no vaya a ver a ese tal Zach.

—Deje de comportarse como su madre.

Alba no quiso contarle a Carmela el encuentro que había tenido con Zach.

—Quiero aclararte que Santiago no era como este hombre.

Carmela tomó un trago del té. Era lo mejor que podía hacer para no contradecir a Alba.

Marcos podía sentir la distancia impuesta por Aitana. No iba a darse por vencido e insistiría con ella para hacerla entrar en razón sobre lo que era conveniente para ambos. Esa noche, el tránsito lo había retrasado en su camino a la casa de la joven. Cuando estacionó el auto en la esquina, la vio salir. Miró la hora y se sorprendió de que saliera en ese horario. Incluso había pensado que lo invitarían a cenar. Ella vestía de modo casual, con una pollera corta, botas negras y blazer oscuro. Llevaba el cabello atado con un moño y, a pocos metros de donde él estaba, subió a un taxi. Marcos arrancó y siguió al automóvil, evitando que se perdiese en el congestionado tránsito. Daba por descontado que habría surgido un problema en El

Escorial, y resolvió ir hacia allá rápidamente. Ya en el hotel, se sentó en el salón comedor para esperarla, ese sitio contaba con una excelente visión de la entrada. Marcos intentaría convencerla de que él estaba para acompañarla y asesorarla mejor que Ramiro. Pidió un whisky y aguardó a que ella llegara.

Entretanto, Aitana bajó del taxi frente al hotel donde se hospedaba Zach. Tenía las manos frías y no era por el clima ambiental. No solía actuar según sus emociones, era alguien pensante al momento de decidir qué hacer; sin embargo, se dejó llevar por un impulso que venía encubriendo desde tiempo atrás. Atravesó la puerta giratoria del hotel y enfiló hacia el mostrador para darse a conocer.

—Señorita, ¿necesita algo?

Aitana negó con la cabeza, de inmediato sintió que era una equivocación estar allí. Se apoyó en el mostrador mientras el empleado la observaba.

—La señorita está conmigo —dijo una voz desde atrás—. ¿Me creerías si te dijera que en lo único que pensaba era en verte? —susurró Zach, mientras ella quedaba paralizada frente a la mirada del empleado.

Zach puso su mano sobre la espalda de Aitana y la guio hasta el restaurante del lugar.

—Si lo deseas, podemos esperar aquí hasta que se desocupe una mesa, salir y cenar algo en otro lugar o aguardar en mi *suite* a que nos traigan algo.

Él no se había perdido ninguno de los gestos ni las reacciones de ella. La notaba nerviosa y un poco tensa.

—No sé si debería estar aquí.

—Aitana —dijo al tomarle la barbilla—, quería verte, solo dime qué deseas hacer.

—Yo preferiría...

—Dime qué te gustaría comer y lo pido, así nos traen la cena a mi habitación.

—Supongo que conoces mejor que yo la carta; elige por mí.

Joaquín se hizo cargo del pedido y le tomó la mano para ir hasta el elevador. Caminaron por el pasillo alfombrado hasta traspasar la puerta de ingreso al cuarto en un tenso silencio.

—¿Bebes algo?

—Un poco de whisky estaría bien.

Él le sirvió una medida pequeña, ya que había notado que en otras oportunidades no había bebido demasiado. Sirvió un vaso para él y se sentó frente a ella.

—¿No vas a preguntarme qué me trae por aquí?

—Supongo que querías cenar en buena compañía y por eso me has buscado; te confirmo que no te equivocaste.

Los golpes en la puerta anunciaron la llegada de la cena.

—Está bien, la servimos nosotros —dijo Zach.

Ella pensaba cómo habían cambiado las cosas. La primera vez que se había presentado allí, había ido envalentonada, para pedir explicaciones. Esa noche tenía otro interés, aunque le costase reconocerlo. Quería saber más de él, de su vida personal. A qué se dedicaba y qué estaba buscando en la ciudad; aunque, lamentablemente, ya lo sabía.

—¿Has estado saliendo en las noches? La ciudad tiene sus encantos —preguntó antes de comer un bocado de ensalada.

—He salido las primeras noches, pero nada me atrajo como para continuar.

—Ah.

Él se recostó sobre el respaldo de la silla y la observó.

—A ver, dime, ¿qué buscas saber?

—¿Hay alguien que te espera? —inquirió al levantar la vista y clavarla en él.

—Sí —dijo con una amplia sonrisa—, pero no se trata de una mujer. Tengo a mi perro al cuidado de Thomas, y a él, que es como mi padre.

Ella no supo por qué eso la tranquilizaba. Sabía que no podía proyectar nada con él, sus vidas iban por caminos distintos. Zach hizo a un lado el plato sin dejar de mirarla.

—Poco importa si estoy o no comprometido con alguien, porque hay algo que me sucede contigo que no me ha ocurrido con nadie. Y creo que lo sabes.

Aitana bebió otro sorbo de whisky para apaciguar la tensión que se había apoderado de ella. Zach le tomó la mano y la besó en el dorso.

—Sé que te sucede lo mismo. No puedes negármelo.

—Aún estoy con Marcos.

—Eso es solo una cuestión de tiempo. Recuerdo la indiferencia tuya en la cena en El Escorial. Yo estaba frente a ti y supe que él tarde o temprano desaparecería de tu vida.

—¿Tan seguro estás de mí?

—No, y eso es lo que también me atrae de ti. Nunca sé qué va a suceder o cómo vas a reaccionar. Lo único que sé es que no te soy

indiferente. Mira con qué poco me conformo. Al menos, he sido más claro que tú respecto de lo que nos sucede.

Aitana estaba en una maraña de sentimientos. Lo más fácil sería huir de allí antes de que pudiera arrepentirse de dar un paso en falso.

—Creo que ha sido un error esta cena.

Ella se levantó y antes de que él pudiera detenerla, Aitana abandonó la habitación. Zach abrió la puerta y vio que seguía parada allí, de espaldas, inmóvil. Él se acercó suavemente y le rodeó la cintura por detrás.

—Sé que soy una complicación para ti, que no te convengo y que temes salir lastimada. Yo también lo temo —le susurró al oído—, por eso te propongo algo.

Aitana se giró y no pudo quitar la vista de esos ojos verdes que la devoraban.

—Dejemos a un lado el motivo que me trajo a la ciudad y las dudas que tienes conmigo. En este momento solo puedo pensar en ti. Nada más me importa. ¿Me crees? —susurró al tiempo que deslizaba el pulgar por el contorno de sus labios.

Aitana había pretendido por todos los medios dejar a un lado la atracción y el sentimiento que de modo inesperado tenía hacia Joaquín Zach. Sin dudas, lo había intentado, pero ya no podía más.

—Quiero que sepas que estoy siendo sincero con lo que digo y siento. Esta noche no me importa tu familia ni tu madre ni la investigación que llevo adelante, nada de eso me importa, solo tú.

Ella acarició el rostro de él, que la miraba embelesado. Joaquín la tomó por la cintura para ingresar en la habitación, la apoyó contra la pared y la aprisionó con sus manos sin dejar de contemplarla.

Cuánto tiempo había esperado tenerla así. Deslizó una de sus manos para quitarle el moño que ataba el cabello.

—Me gustas de cualquier modo, pero así más —susurró.

Enredó uno de sus dedos en la larga melena y la acercó más para devorarle la boca. No entendía qué le pasaba, pero desde el mismo instante en que había ingresado en el despacho de la posada El Alba había sentido una atracción que lo cegaba y carcomía por dentro.

—Te deseo —susurró al besarle el cuello—, no te imaginas cuánto.

Aitana lo tomó por la nuca para que la mirara. Necesitaba ser clara para evitar arrepentimientos.

—Te deseo y por esta noche no quiero pensar en nada más que no sea en nosotros dos.

Él había buscado que ella le dijese algo y esa declaración era lo mejor que hubiera podido escuchar. Entonces, la pasión que ambos habían evitado liberar cobró vuelo. Ella se abrió la camisa para dejar que él cubriera con su boca sus pechos enhiestos. Apenas podía respirar, luego él comenzó a recorrer su parte más húmeda con el dedo, con su boca lamió el interior de sus muslos y saboreó su intimidad. Ella lo miraba tomándolo de los cabellos, extasiada por la profunda cercanía que estaban logrando; no podía controlar su cuerpo. Joaquín se incorporó y colocó sus manos en las caderas de Aitana y la levantó para que ella enroscara las piernas en derredor de su cintura.

—Necesito estar dentro de ti —gimió Zach al tiempo que liberaba su pantalón. Antes de hacerlo tomó la protección de su bolsillo y se la colocó.

Había imaginado a Aitana en una situación así, pero verla con la boca enrojecida por los besos, los ojos entrecerrados por el placer,

las mejillas arrebatadas y estrechando las piernas para tenerlo dentro, lo desató por completo.

—Más —gimió Aitana.

Dentro de una vorágine de sensaciones que la elevaban a un placer que le era desconocido, clavó los ojos en él, que tenía la mirada en ella. En esos minutos la conexión entre ambos era absoluta. Se fundieron en un beso que los consumió a los dos. Los embates se aceleraron y un fuerte estremecimiento se apoderó del cuerpo de ambos y, segundos después, explotaron uno dentro del otro.

—Juro que quise controlarme e ir más despacio, pero no sé qué me haces.

—Ahora tenemos tiempo de ir más lento.

Él volvió a besarla, porque siempre lo atraía de un modo como nunca nadie lo había hecho.

—Espero tener la calma suficiente para volver a empezar.

Ambos se trenzaron en una amalgama de caricias y besos que los encendió de inmediato. La pasión le ganó a la mesura; el descontrol se desencadenó y los consumió de un modo inigualable. Los gemidos crecieron y cada cual se dejó llevar por su vehemencia.

Luego, comenzó a flotar entre ellos un silencio que, lejos de ser incómodo, les permitía un grado de intimidad especial. Zach no dejaba de acariciarle lentamente la espalda. Ella intentó levantarse, pero él la contuvo.

—No quiero que te vayas.

—Yo debería...

—Shhh —murmuró con un dedo sobre los labios de Aitana—, lo único que no debemos es pensar en algo más que no seamos

nosotros. Y nada de arrepentimientos —mencionó como si pudiera leer la mente de ella—, ha sido una de las mejores noches que he tenido y no pienso echarla a perder, espero que tampoco lo hagas.

Para que no hubiera dudas de lo que decía selló sus dichos con un beso codicioso y profundo que se acrecentó con el paso de los minutos. Las suaves caricias se caldearon y el fuerte deseo de ambos fue la excusa perfecta para volver a amarse sin pausa, como si supieran que el tiempo los corría.

Se durmieron abrazados, Aitana descansando sobre el pecho de Joaquín, sin dejar de contemplarlo. Haber pasado la noche con él había aumentado el fuerte anhelo por seguir a su lado. Lo contempló por última vez e intentó salirse de entre sus brazos sin despertarlo.

—De eso, nada.

Esos ojos verdosos parecían dos faroles que no dejaban de contemplarla. Con un brazo la sostenía por la cintura.

—Si deseas irte, lo haremos juntos —le susurró antes de besarle el cuello.

Poco después, estaban acicalados para salir a la madrugada rumbo a su casa.

Marcos había cenado sin ganas, ya que la espera se había alargado más de la cuenta. De los deseos por ver a Aitana pasó a la preocupación por saber de ella, ya se había comunicado con la casa para enterarse si había alguna novedad. No dejaba de pensar que el comportamiento de Aitana era extraño. Lo había sido desde que había llegado a la ciudad. De todos modos, él reconocía que estuvo centrado en los negocios y en la necesidad de recaudar dinero para

salir del ahogo económico que tenía y, si bien había estado detrás de ella, solo había pensado sus propias necesidades.

Abonó la cuenta y salió con una rara sensación. Subió a su coche y tomó un camino diferente: no fue a su casa sino a la de Aitana. Estacionó en la esquina, y esperó que arribara. Estaba dormitando cuando el sonido de un automóvil lo espabiló. Se incorporó y limpió con su mano el vapor del vidrio para ver con nitidez lo que sucedía. Dudó que fuera Aitana, pero la vio descender de un vehículo desconocido. Le llamó la atención que no fuera un taxi sino un coche particular. Asió la manija del coche para salir a exigirle explicaciones. Sin embargo, se detuvo al ver una silueta masculina que se fundió con ella en un apasionado beso. La figura le resultó conocida, pero el impacto fue enorme cuando se dio cuenta de que era Joaquín Zach el que volvía al auto para perderse en las calles. Una ira desconocida e incontrolable lo envolvió. No podía creer lo que había visto. Sentía que debería resolver el tema con el extranjero cuanto antes, pero no podía creer que Aitana lo hubiera defraudado de ese modo. Enloquecido por la decepción, decidió seguir el vehículo de Zach. Cuando vio que entraba en el estacionamiento para dejar el vehículo, él hizo lo propio, y enseguida ingresó en el hotel.

—¿En qué habitación está Joaquín Zach?

El empleado le informó el número de la habitación y lo vio ingresar como un bólido en el ascensor.

Zach oyó insistentes golpes a la puerta. Enfiló con ínfulas para saber quién llamaba así.

—¿Quién mierda te crees que eres para estar con mi novia?

Zach no imaginó ver tan pronto a Marcos Silveyra. Había evitado reunirse con él porque ya no tenía mucho que decirle.

—Deja de gritar —le ordenó al tomarlo por el cuello e ingresarlo en el pasillo interno que daba a la sala de la *suite.*

Marcos lanzó una trompada, enceguecido por la inquina que tenía. No solo era por Aitana, sino por su negocio, que fracasaría si las cosas no se daban según deseaba. Zach lo esquivó y lo empujó contra el muro.

—Si no te calmas, llamaré a la Policía, y no creo que quieras que lo haga.

—Eres un hijo de puta. No permitiré que te aproveches de mi novia. Ella no sabe lo que hace. Las has engañado, pero a mí no.

—Te equivocas en todo —rugió al lanzarlo contra la pared y separarse de él.

—No voy a tolerar que le pongas una mano encima a mi Aitana porque soy capaz de cualquier cosa.

—Ella nunca te importó, deja ya de decirlo. Lo único que buscas es el dinero que puedas obtener de la venta de las tierras que le pertenecen.

—Las mismas que buscas comprar, ¿o te olvidas que me has venido a ver para que negocie la compra?

—Claro que recuerdo haber ido a verte, y si hubieras estado más atento a mí, en vez de pavonearte con tus logros, te habrías dado cuenta de que tenía un solo objetivo: conectarme con los Pinedo. Tú fuiste la llave para hacerlo. Buscas el dinero a costa de Aitana.

—Serás hijo de puta. Como si no buscaras lo mismo.

—Te equivocas. No voy por las tierras de Aitana, mis motivos son otros, y a esta altura debería haberte llamado la atención que evitara verte para hablar de aquel supuesto negocio.

—Has usado a Aitana.

—A la única persona que no he usado es a ella. No puedo decir lo mismo de ti ni de Ramiro. Ambos buscan sacar rédito de lo único que ella desea, que son esas tierras en las que levantó El Alba. Yo busco otra cosa, y Aitana lo sabe. Con ella he sido lo más sincero y honesto que he podido. A la persona que he usado la tengo frente a mí.

Marcos se lanzó contra él y se fueron a las manos. Ambos terminaron en el piso rodando sobre la alfombra sin darse cuenta de que debido a los ruidos había llegado el camarero, e hizo que se calmaran.

Marcos se incorporó, se arregló la ropa arrugaba y se pasó la manga del saco por la nariz, de la que salía un hilo de sangre. Tenía los ojos inyectados de odio y rencor.

—Vete ya si no quieres meterte en problemas —ordenó Joaquín sin dejar de mirar a Silveyra.

—Esto no va a quedar así. Nadie se mete en mis finanzas, y menos con mi novia. Voy a destruirte, aunque sea lo último que haga.

—Una expresa recomendación: ni se te ocurra ir por ella. Aitana no tiene nada que ver, aunque creas que sí. Esto es entre nosotros.

—Deja de darme sermones sobre lo que debo hacer con ella. A Aitana la conozco hace mucho y sé lo que quiere y lo que siente por mí.

Zach no le contestó, solo lo siguió con la mirada hasta la puerta de habitación.

Ya en su cuarto, Aitana no dejaba de evocar las caricias de Joaquín. Antes de intimar con él había creído que, una vez que estuvieran juntos, saciaría el fuerte deseo que sentía, pero se había equivocado. Había sido peor caer bajo su influjo, porque ahora quería más; lo necesitaba, y eso era lo que más le molestaba. Nunca antes había necesitado a un hombre. La relación con Marcos era un vínculo que podía manejar, inclusive a la distancia. No deseaba depender de nadie, por ese motivo contaba con la independencia que le brindaba la posada. Esa había sido una regla que le había repetido una y otra vez su madre. Aitana podría engañar a cualquiera, pero no a ella misma. Comprendía que sería muy difícil escapar del revuelo no solo físico, sino emocional que le ocasionaba Joaquín Zach.

La mañana había amanecido apacible en la casa de los Pinedo, a pesar de la noche movida. Aitana saludó a su madre y salió hacia el banco. Alba se refugió en el despacho, con una taza de tisana para calmar la tensión que se había apoderado de ella. Carmela golpeó la puerta

—Disculpe, pero Marcos no ha querido esperar.

Si alguien no deseaba ver en ese momento, era ese hombre, pero no tuvo más remedio que recibirlo. Evitó mostrar sorpresa cuando notó la hinchazón cerca del ojo que traía Silveyra.

—Preferí pasar por acá antes de ir a mi estudio.

—Dirás entonces qué te trae por aquí tan temprano. Si buscas a Aitana no está. Ha salido a hacer unos trámites.

—No buscaba ver a su hija; quiero advertirle a usted que Aitana no sabe con quién se mete.

—¿No crees que es un tema que deberías hablar con ella?

—No, porque Aitana desconoce lo que quiere y se deja obnubilar por cualquiera.

—Marcos, ¿en verdad estás hablando de mi hija? —preguntó Alba con una irónica sonrisa.

—Por supuesto.

—¿Hace cuánto tiempo que estás a su lado?

—Varios años, aunque este último tiempo no cuenta, ya que ella ha estado en Sur y yo aquí.

—Si la conocieras de verdad sabrías que mi hija tiene muy en claro lo que desea y qué busca en la vida. Y no creo que la separación haya complicado el vínculo de ustedes.

—Usted está engañada con ella como lo he estado yo. Ayer estuvo con un extranjero llamado Zach que va tras su dinero y la está confundiendo. He venido a verla para que la haga entrar en razón: yo soy el hombre indicado para ella. Veré si puedo dejar pasar su comportamiento con este sujeto —sentenció con desdén.

—Marcos, hubiese preferido desconocer qué ha hecho mi hija, o en tal caso saberlo de su boca. Pero ahora que lo dices, te hablaré con absoluta sinceridad. No eres el hombre que mi hija necesita. Y no me equivoco al decírtelo, porque con solo verlos juntos uno se da cuenta de que algo falla entre ustedes. No debería llamarte la atención que alguien vaya tras el dinero familiar, porque es lo que haces tú. No se me ha escapado que tus negocios no marchan según dices. Eso poco le importa a mi hija, porque ella trabaja para hacerse un futuro lejos de ti y del apellido Pinedo. Y mal que te pese a ti o a mí, ella elegirá a quien quiera, y es así cómo debe ser.

—No imaginé que se mostrase tan insensible conmigo.

—Te equivocas otra vez. Estoy siendo condescendiente contigo para evitar que te humilles con alguien que te quiere, pero que nunca te amará.

Marcos acababa de recibir otro golpe tan duro como el de la noche anterior en el hotel Savoy. Se levantó para abandonar el despacho con un humor peor que el que tenía al llegar. Cuando iba a abrir la puerta, se detuvo para escuchar lo que le decía Alba.

—Marcos, si necesitas algo de dinero puedes hablar con mi contador, que te hará un buen plan de pagos para que puedas salir del ahogo en que te encuentras.

Salió de allí cuanto antes. Necesitaba saber cuáles serían los pasos a seguir, pero de algo estaba convencido: no abandonaría con facilidad el vínculo que lo unía a Aitana ni dejaría ningún cabo suelto con el cabronazo de Joaquín Zach.

Alba lo vio partir, luego se terminó la tisana con el convencimiento de que todo se complicaría más de lo que hubiera podido imaginar.

CAPÍTULO 15

# JUGADA FINAL

*Buenos Aires, tiempo atrás*

El reflejo de los rayos de sol le daba marco al impertérrito rostro; su grisácea mirada no había cambiado y parecía desear devorarla a cada instante. Aunque estaba parado a cierta distancia de ella, a Alba le parecía volver a sentir las caricias que supo darle. Él había adorado y amado su cuerpo, había logrado que su recuerdo estuviera por encima de las caricias de otro hombre. A pesar de la inquina que le guardaba, Alba sabía a quién pertenecía su cuerpo y por quién latía su corazón. Debía salir del hechizo en que había caído a causa del hombre que le había jurado un amor que no había sabido defender. Se incorporó, pero se sentía flotar en una nebulosa difícil de explicar.

—¿Qué haces aquí? —dijo al fin Alba, haciendo un esfuerzo por articular palabra, a la vez que ocultaba el temblor de sus manos entrelazándolas, no quería que él se diera cuenta de la alteración que su presencia le provocaba.

—Hola, Alba. Vine hasta aquí porque cumplo lo que prometo. Parece que tú no has sido capaz de hacerlo.

Él se había comprometido con las últimas palabras dichas al despedirse, que volvería a verla cuando contase con algo para ofrecerle. La sociedad formada con otro asturiano había llegado en el momento justo para que pudiera adquirir otras embarcaciones, además de las que él tenía con Manuel. Ese había sido su objetivo y podía darse por satisfecho con la decisión tomada frente a los cambios que habían surgido en su tierra. Haber constituido esa unión era lo que le había permitido viajar. Cada negocio que él hacía en pos de un futuro era un recordatorio de la indiferencia de Alba. Necesitaba ver por sí mismo en qué se había convertido ella, y no descansaría hasta lograrlo.

—No entiendo qué dices.

—¿Lo dices en serio? ¿Necesitas que te recuerde tu promesa? Te bastó una travesía hasta acá para que ni siquiera te dignaras a enviar alguna noticia tuya.

—No te atrevas a decir que no he sido yo quien no te he tenido al tanto de mi vida. Te envié la carta confesándote —respiró profundo antes de continuar, porque creía que le faltaba el aire— dónde estaba y cuánto te he...

Abascal no podía dar crédito a lo que escuchaba. La conocía mejor que nadie y sabía que no mentía. Si así eran las cosas, no comprendía qué era lo que había sucedido.

—Nuria fue la que se comunicó conmigo para contarme de ti y de tus viajes a Ribadesella.

Santiago recordó el comportamiento de la joven y no podía desconocer el interés que había demostrado desde el momento en

que Alba se había ido y la cercanía que con él tenía a través de su primo. No la creía capaz de hacer desaparecer una carta que fuera para él. Si solo era eso, Abascal creía que el viaje hasta la ciudad bien había valido la pena.

—No sé a qué te refieres con Ribadesella.

—¿Quieres que te lo recuerde o que te hable de la mujer con la que andas de amoríos en ese lugar?

Alba le había puesto rostro a la mujer de la que le había hablado Nuria. Pensar en ellos y creer que el olvido le había servido a Santiago para hacer lo que quisiera, le permitió seguir adelante con su vida.

—Lo único que dejé allí es un pasado al que no deseo regresar. En ese sitio me gané la fama de la que tu familia se sirvió para separarte de mí. En aquel maldito lugar sepulté la peor parte de mi vida. Hice cosas impensadas de las que no me arrepiento y que no te he confesado porque no quería darte un motivo para que te alejaras de mí. No sé de qué mujer hablas, aunque deberías saber que ha habido varias de allí y de otro puerto, pero ninguna, escucha bien, ninguna ha logrado lo que tú has hecho con mi vida. Me embarqué desde la villa hasta aquí para saber qué ha sido de ti. Ni la ausencia de noticias me ha detenido hasta arribar a esta ciudad, he dejado todo de lado para demostrarte que a pesar de ser el mismo, ya no lo soy para tu familia. Tengo para darte lo que ellos quieren del hombre que esté a tu lado. Aquí me tienes.

Cuando él comenzó a sincerarse, Alba no pudo más que llorar. Sabía que le hablaba desde lo más profundo de su corazón y no ponía en duda lo que le decía. La desazón que sentía la abrumaba. Nada a su alrededor existía, la presencia de Abascal la abarcaba por

completo. E hizo lo que tanto deseaba desde que había partido: se lanzó a sus brazos. Y sintió que su aletargado cuerpo cobraba vida. Con su calidez, él la envolvió y se sintió transportada a la villa, el único lugar del que nunca debió salir. En medio de la espesura que los rodeaba ambos formaban la figura de una sombra recortada en la penumbra del parque. Santiago la contuvo en el abrazo, seguro de su amor y de la decisión que había tomado al dejar todo para venir a buscarla.

—No llores más, mi amor —susurró—, ya verás que muy pronto estaremos juntos.

Con el pulgar recorrió la mejilla hasta bordear su boca. Se acercó sintiendo el tibio aliento que durante tanto tiempo le había hecho falta para respirar. Sus labios rozaron los de ella, y la sensación de haber llegado a casa se intensificó a medida que se abría camino en aquella boca que había sido suya. Percibió el estremecimiento que aún provocaba en Alba. Saber que vibraba por él no hizo más que confirmar que tenía posibilidades, y no dejaría ni un centímetro de ventaja a nadie. Haría lo que fuera por conseguir que volviese a él. El torbellino de emociones y sentimientos arrasaban la cordura de Alba. Revivió el pasado desde el preciso instante en que lo tuvo frente a ella, sentía que el tiempo transcurrido se había transformado en un manchón borroso frente a la felicidad de estar a su lado. Sin embargo, no todo era igual: ella ya no lo era.

—Vamos, mi amor —le dijo Santiago, que necesitaba estar junto a ella y demostrarle cuánto la amaba, y que la distancia que habían soportado no tenía ya importancia.

—Yo... —alcanzó a decir hasta que logró salir del estado de obnubilación y se detuvo en seco.

—¿Qué sucede?

Un fuerte temblor arrasó el cuerpo de Alba. No buscaba complicaciones ni nuevas mentiras. No podía pasar por alto la situación que vivía, aunque se sentía sin fuerzas para decirle cuál era su realidad ni relatarle el paso que había dado tiempo atrás. Deslizó su mano izquierda por delante y centró la vista en la alianza que llevaba en dedo anular. Cuando Santiago vio el anillo, un estallido de furia fue minando su cuerpo. Su apacible y firme estampa acababa de romperse en mil pedazos. Volvió a mirarla a los ojos y vio temor. Desconocía si ese temor era por él o por el otro hombre que había ocupado su lugar.

—Veo que no has perdido tiempo.

—No es lo que crees.

—Explícamelo, ¡coño!

Abascal se encontraba fuera de sí. No creía en los obstáculos y había aprendido a sortearlos. Solo había un impedimento que haría que él se diera la vuelta y regresara al lugar del que había salido para no volver nunca más.

—¿Lo amas?

—No. Solo amé y amo una persona, a ti.

Él supo apreciar que fuera una respuesta inmediata, salida del corazón.

—¿Por qué lo has hecho?

—Me sentí perdida y devastada cuando supe que me habías abandonado y estabas con otra mujer. No tienes idea de lo que significa estar en un lugar que no te es propio. Nunca me sentí más sola que cuando arribé aquí, a pesar de estar con el resto de la familia. Al saber que mis padres tenían la idea de instalarse aquí y

no regresar, creí desfallecer. La única opción que tenía era irme y buscarte. No tenía dinero y debía trabajar para lograrlo. Fue entonces que conocí a la familia Pinedo. Don Camilo, que murió hace poco, me dio la oportunidad de trabajar en El Escorial, el hotel que acababa de levantar, y Estela, su secretaria, ha sido de gran apoyo para mí. Fue la única persona que supo qué decía la carta de Nuria y lo que significó para mí. Yo creía que no podría continuar adelante. Debí comenzar de nuevo, y lo hice.

—Y conociste al hijo del dueño.

Para él no era complicado armar las fichas del tablero. Santiago imaginaba la felicidad de la familia de la joven frente a un candidato que superaba las expectativas que ellos pudieron tener alguna vez.

—Sí, y la propuesta surgió.

—Y aceptaste unirte a alguien sin más.

—No es como lo imaginas.

—Dime, entonces, cómo ha sido.

—Para don Camilo era importante que su único hijo se encauzara y se hiciera cargo de los negocios. Me había tomado cariño y creía que yo podía ser la mujer ideal para Lautaro. No acepté de inmediato, me tomé mi tiempo para pensarlo y dudé, pero luego creí que una manera de dar sentido a mi vida era formar una familia. Lo que en verdad deseaba y ansiaba se había esfumado contigo.

—¿Eres feliz?

Él era un hombre que prefería que le dieran la estocada final para saber cómo continuar, aunque saliera herido.

—Nunca lo he sido ni lo seré con él, porque siempre has estado tú.

Santiago intentó dejar a un lado la inquina y la impotencia que sentía. Aunque no pudiera cambiar el pasado, creía que se le podía dar una oportunidad al presente que tenían juntos. Se hizo un contundente silencio; luego de reflexionar, supo cuál podía ser la salida.

—Dime hasta dónde estás dispuesta a llegar para que estemos juntos.

—¿A qué te refieres?

—A darnos otra posibilidad. No importa él ni lo que te ha dado ni lo que te haya prometido. Me conoces y sabes lo que estoy dispuesto a darte.

La angustia que sentía Alba la abrumaba. Cada palabra, cada reacción de Santiago la descolocaba, como siempre. Comprendía el esfuerzo que hacía para que volviesen a estar juntos; lo estaba dando todo.

—¿Qué me dices?

La mirada grisácea de él estaba atenta y centrada en ella. Entonces Alba hizo un leve movimiento que no le pasó inadvertido. Sus manos descendieron hacia su vientre. Volvió a mirarla y a repasar su figura. Creyó que el tiempo había producido algunos cambios, resaltando su belleza, pero cayó en la cuenta de que había algo más, contra lo que no podría luchar. Levantó la vista y la clavó en la de ella, que lo miraba espantada.

—Sabes lo que te diría. Nunca amaré a otro hombre que no seas tú. Nada ni nadie va a impedirlo, pero estoy gestando un niño y debo pensar por él, ya no solo por mí.

El fuerte impacto que produjo esa confesión en Abascal fue arrasador. Frente a esa declaración, poco había por decir.

—Yo... —susurró ella, que deseaba continuar.

—Basta, ¡déjalo ya, Alba! —exclamó retrocediendo, pero sin dejar de contemplarla—. Es demasiado, creo que ha sido una equivocación haber venido hasta aquí. Es mejor que me vaya.

Alba no pudo descifrar el significado de su mirada. En pocos minutos se había transformado en un hombre desconocido. Hubiera preferido que le gritase o reaccionase como lo hubiera hecho cualquier hombre, pero él no lo era, por eso se había enamorado de Abascal, y nunca podría dejarlo atrás.

—Por favor, no te vayas —gimió.

Él no hizo caso. Enfiló por el sendero que lo llevaba hasta la avenida Alvear, para perderse por las calles de la ciudad. Alba no supo cuánto estuvo sentada en el banco, había perdido la noción del tiempo. Se incorporó como pudo y caminó hasta su casa. Se sentó en un sillón de la sala con la mirada perdida y ausente. Nada la distraía, parecía que se hallaba en un trance del que no podía salir. Tampoco reaccionó cuando Lautaro llegó a la medianoche.

—¿Qué haces aquí, en la sala? —preguntó, molesto— sabes que no me gusta que me controlen, ya te he dicho adónde iba, y que no debías esperarme.

Alba le devolvió una mirada vacía, sin recriminaciones ni cuestionamientos.

—¿Sucede algo con el niño?

—No, solo necesito estar sola.

Esa fue la mejor respuesta para él luego de una noche para el olvido, y continuó su camino hacia la habitación. A medida que subía las escaleras, observó la sombría imagen de un fantasma acurrucado en el sillón de la sala.

En el hotel, los empleados iban y venían asistiendo a los pasajeros. Estela había retomado las actividades, luego de un período de ausencia por la muerte de don Camilo. En medio del trajín recibió la visita de la madre de Alba.

—Amparo, qué gusto verla.

—Lo mismo digo; no quiero sacarle tiempo.

—Adelante, tome asiento. ¿A qué se debe esta visita?

—Sabe que no me gusta ser entrometida.

—No pienso eso de usted.

Qué distinta a Alba era su madre. El hecho de que su hija tuviera una posición social por encima de la de ellos la había transformado en una mujer presumida y pagada de sí misma.

—Ando preocupada por mi niña. La noto rara estos últimos días.

—Estoy convencida de que los cambios de humor se deben a su estado. A usted le debe haber pasado cuando estaba embarazada.

—Ella no tiene motivos de queja con lo que la rodea. Así se lo he dicho en más de una oportunidad. Por eso y porque sé que usted es cercana, vengo a hablarle.

—Le agradezco, y lo tendré en cuenta. Por su estado, Alba viene aquí menos días de los que solía venir.

—Es lo que le digo, con todo lo que tiene, no debería quejarse de nada.

—Quédese tranquila, que si noto algo extraño en Alba lo hablaré con ella y la mantendré informada.

—Le agradezco mucho.

A un piso de distancia, en su oficina, se hallaba Lautaro, tratando ciertos temas urticantes que no podía dejar de lado. Intentaba resolverlos con un vaso de whisky.

—Mierda —clamó al estampar el vaso sobre la mesa al tiempo que la puerta de ingreso al despacho se abría.

—Señor Pinedo, el señor Ocampo acaba de llegar.

—Que pase ya.

Apenas lo vio ingresar, le solicitó a la secretaria que los dejara solos y que nadie los molestase.

—Por lo que veo andas más complicado de lo que imaginaba.

—Me falta dinero.

—Con todo el que tienes.

Ocampo miró en derredor. Una fastuosa y grandiosa biblioteca junto a cuadros valiosos en una oficina que formaba parte de un edificio inaugurado hacía un tiempo y que estaba dando las ganancias esperadas. En principio no habría mucho para quejarse.

—Sé a qué te refieres, pero no cuento con el efectivo que necesito para cubrir ciertas deudas.

Algunos acreedores lo habían esperado, otros eran más duros al momento de intentar ejecutar lo que se debía.

—Pero deberías encontrar la forma.

—He sacado de donde pude el dinero que necesitaba, pero he llegado a un punto sin retorno. Debería haber sabido que mi padre me la jugaría desde la tumba.

—Hazle firmar a tu mujer lo que sea necesario. Tú eres el dueño, por más que a ella la haya designado para ser parte de la administración del negocio.

—Lo sé, pero no tengo tiempo que perder, y nada se puede hacer de inmediato. No quiero dar explicaciones sobre lo que es mío, porque nunca las di y no lo haré ahora, que soy el dueño de todo.

—Yo puedo prestarte algo, pero no alcanza para cubrir todo lo que necesitas.

Ocampo comprendía que había una sola manera de reunirlo.

—Si quieres puedo organizar una partida especial.

—Me gusta.

—No con los de siempre, para evitar que se corra la voz de que andas en aprietos. Sabes que son como la carroña y que huelen a la distancia.

—Lo sé, organízala cuanto antes. Es mejor hacerla aquí.

—El hotel es un buen lugar.

—Aquí mismo. Esta sala es grande y no quiero que se enteren los empleados, y que sus comentarios se filtren a personas inconvenientes. No estoy para abrir tantos frentes.

—Yo me encargo, y verás que encontraremos la solución, siempre lo hemos hecho, y esta oportunidad no será la excepción.

Lautaro se quedó tranquilo y confió en que así sería.

La noche se había adueñado de la ciudad. Las luces de El Escorial resplandecían. El ingreso de algunos hombres no pasó inadvertido a un empleado que trabajaba para el nuevo dueño del lugar. Los sujetos no eran pasajeros que fueran a hospedarse en el hotel, sino invitados especiales del patrón. En el elevador conversaban, salvo uno, que se había mantenido en silencio desde que había llegado. Ocampo aguardaba en el piso superior para indicarles el lugar donde

estaban la mesa y bebidas suficientes para pasar una noche de póker inolvidable. También había una caja de habanos Cohíba a disposición. Los invitados, incluido Ocampo, fueron recibidos por el dueño de casa.

—Parece que no tendremos problemas —susurró Lautaro a su amigo al servir las bebidas antes de comenzar el juego—. ¿De dónde los conoces?

—A dos de ellos los conozco por referencia, y se sumaron sin problema; les gusta jugar. Al tercero lo vi en el bar al que solemos ir. Estaba solo y observaba todo cuanto sucedía a su alrededor. Parecía que buscaba a alguien. Lo escuché decir algo sobre hacer alguna inversión inmobiliaria. Me acerqué y me ofrecí a asesorarlo, parece que le habían hablado muy bien de El Escorial. Él escuchó e hizo unas pocas preguntas. Nada mejor que amenizar futuros negocios con una partida de naipes, más si ese alguien cuenta con dinero fresco.

—Por supuesto.

Luego de las escuetas presentaciones, cada cual se ubicó en los asientos que rodeaban la mesa y la partida comenzó. En las primeras rondas el anfitrión comenzó a ganar dejando a algún jugador atrás. Suerte y astucia estaban a su favor. Con su vista repasó uno a uno a sus contrincantes. Las gotas de sudor de la frente los delataban. Sin embargo, había uno que lo inquietaba, porque no podía descifrarlo. Notó que ese sujeto había pasado algunas rondas cuyas apuestas eran bajas y ganado otras que contaban con un alto monto, eso lo transformaba en un rival a vencer. Levantó la vista de sus cartas para mirarlo y comprobó, a pesar del humo envolvente del habano que fumaba, que lo

observaba de un modo intimidante, y eso comenzó a inquietarlo. Las cartas pasaban y las apuestas aumentaban, tanto como las pérdidas de algunos, que debieron retirarse. Ocampo supo que había llegado el momento de hacer lo mismo. La expectativa estaba centrada en los dos jugadores que definirían no solo el juego sino la partida final. Lautaro había recibido un ocho de diamante y otro de pica. A esa altura de la noche y de la jugada, creía que era momento de apostar todo. Lo único que quería era acabar a su contrincante, y creía que con ese par de ochos y con las cartas que vendrían podía hacerlo. Llevó al centro todas sus fichas. Sabía que era a todo o nada. Su contrincante se tomó el tiempo para dar una larga calada y lanzar una mirada inescrutable.

—Esto también.

Sin inmutarse, con un as de corazón y una reina de diamante había igualado la apuesta, y además había agregado un reloj de oro de bolsillo de larga data. Un leve murmullo se levantó entre los asistentes. El dueño de casa notó que su oponente observaba en derredor; no era la primera vez que lo había visto hacerlo.

—Puedo apostar lo que quieres, ¿deseas algo?

—Los cuadros.

Eran tres los que colgaban en el recinto. Para Lautaro no tenían valor, y creyó que la suerte lo seguía acompañando.

—Claro que sí, son de mi mujer —lanzó con una carcajada que fue festejada por el resto, salvo por uno de los asistentes, que se mantuvo imperturbable.

Nunca les había dado importancia; solo uno era de valor, ya que su firma lo avalaba. Los otros dos habían sido pintados por su esposa.

—Los quiero a todos.

—Para tenerlos, tendrás que ganarme.

—Los tendré —sentenció.

El silencio cubrió la sala. En esa instancia del juego ambos estaban obligados a mostrar sus cartas. Un as y un rey de trébol junto a un ocho de corazones quedaron sobre la mesa. Lautaro contaba con una pierna de ochos y con la partida casi ganada, ya que sería muy difícil vencer esas cartas. Al dar vuelta las otras cartas, asomó primero una jota de trébol, y la tensión era extrema. Debió apelar a todo su control para ocultar su nerviosismo y el acelerado ritmo de sus latidos; con un leve movimiento de su mano en la frente retiró algunas gotas frías de sudor. Lautaro notó que su contrincante tenía una actitud inusual. Nadie, en la situación en la que estaba, podía sentirse ganador, y era así como se percibía. En ese instante, se dio vuelta la carta que definiría la partida y asomó, como un destello sobre el paño verde de la mesa, un diez.

—Escalera.

Esa simple palabra resonó con un eco en la mente apabullada y desconcertada de Lautaro.

—¡No! —exclamó en un grito desesperado.

Pinedo lanzó la copa sobre el piso, arrasó con todo lo que había en la mesa e hizo que sus compañeros tuvieran que correrse.

—Cálmate —dijo Ocampo—, es así el juego.

El resto de los jugadores, viendo la situación, prefirieron salir antes de que todo se desmadrara.

—¿Quién mierda eres para quitarme lo que es mío? —gritaba sin control.

—Soy el asturiano —rugió Abascal al levantarse e ir por el dueño de casa— y no eres dueño de una mierda.

En ese preciso instante lo tomó por el cuello y descargó con golpes de puño en el rostro de Lautaro el odio y la furia contenidas. Desde que se había despedido de Alba, no había tenido un minuto de paz y no había hecho otra cosa que salir a buscar a ese sujeto. Los contactos que había logrado en la ciudad le sirvieron para saber cómo localizar a Pinedo. Había merodeado por el hotel y averiguado dónde encontrarlo. Esa noche había ido hasta el bar al que solía ir con Ocampo. Él era paciente, y esperó hasta que apareció en el local su amigo de juergas; ya le habían explicado cómo se manejaba Lautaro. El resto había sido mostrar interés por el negocio, y la partida de póker fue la excusa perfecta para conocer quién era el hombre de baja calaña y con dinero con el que se había enredado Alba. La ira lo había cegado y no había dejado de repartir golpes, a pesar de los intentos de defensa de Lautaro y los insuficientes esfuerzos de Ocampo por separarlos. Sin embargo, Santiago sabía cuándo debía detenerse, y eso hizo minutos después.

—Descuélgalos, que me los llevo —dijo Santiago.

—Esto no va a quedar así —gritó Lautaro con el rostro magullado.

La humillación que sentía era absoluta, no solo por haber perdido el dinero y no saber cómo afrontaría el siguiente día, sino por tener que cumplir con el pedido de ese asturiano, que le había complicado la noche y su futuro.

—Eso lo veremos. De momento, me voy.

Abascal se fue con las obras en un coche. Creía que desaparecería la impotencia que sentía, pero no fue así, porque no podía tener a quien tanto anhelaba. Había ido hasta allí para comprobar que había

otro hombre que podía merecerla más que él, pero ese sujeto era lo peor que podía haberle pasado a su amada.

El silencio en la residencia Pinedo era abismal. Los días para Alba eran como un lienzo en blanco. Cuando creía que su vida se encarrilaba, todo se desmoronó. Las noches en vela no le habían traído alivio, solo dolor, pena y más dolor. Estaba inmersa en su tristeza cuando entró la nueva empleada y la sacó de su ensimismamiento.

—Le hará bien tomar este té con una porción de budín de limón, señora.

—Gracias, Carmela.

Alba la miró cuando se retiraba y pensó que tendría la misma edad que ella. A los pocos minutos regresó.

—Señora, alguien me ha entregado este sobre para usted.

Alba se incorporó para saber de qué se trataba. Quizá le llevaban cuestiones de trabajo para que ocupara su mente. Cuando tomó el sobre y vio su nombre estampado en la parte de adelante, sus manos comenzaron a temblar. Pudo reconocer de inmediato la caligrafía.

—¿Quién te dio este sobre?

—Un hombre muy apuesto, y me recalcó que se lo diera solo a usted.

—¿Está afuera?

—No, lo vi irse luego de darme el sobre.

—Déjame sola, por favor, Carmela, y te pido que esto quede entre nosotras.

—Así será, señora. Me pone contenta que haya algo que la alegre.

Con ansiedad leyó la escueta nota. La citaba en el Hotel Gran España antes de su inminente partida. Angustia y desesperación invadieron su cuerpo.

La llegada de Lautaro a la casa tampoco la había sacado del confuso estado de euforia, incertidumbre y desolación que la embargaba. Su esposo tenía varias contusiones en el rostro, le preguntó qué había sucedido y la excusa esgrimida fue que había sido un intento de atraco al salir del hotel con una suma de dinero importante.

Al fin la hora de la cita llegó y Alba no podía calmar los nervios. Volvió a repasar su aspecto frente al espejo y se cepilló la larga cabellera ondeada. Salió de la habitación en busca de un coche que la llevara hasta el hotel en que se alojaba Abascal.

—Está muy bonita —dijo Carmela desde la puerta de la cocina.

—Muchas gracias —replicó.

Se dirigió al Gran Hotel España, sobre la Avenida de Mayo. Entró y fue directamente a la mesa de recepción.

—El señor Abascal está en la habitación 306.

La expectación y los nervios se incrementaban a medida que el elevador subía. Ya en el piso, caminó por el pasillo hasta la puerta, donde él estaba aguardándola. Durante unos minutos se quedaron contemplándose. El silencio que flotaba entre ellos era tan significativo como cualquier palabra que pudieran decirse. El hechizo se quebró cuando la invitó a entrar. La tensión era extrema.

—¿Deseas beber algo?

—No, gracias.

Santiago fue hasta la pequeña antesala y le sirvió una taza de café sin hacerle caso, y él volcó una medida de whisky en su vaso.

—Bebe, estás un poco pálida.

A ella se le escapó una sonrisa al comprobar que él nunca se ajustaba a las reglas. Santiago siempre hacía lo que le parecía.

—Gracias —dijo al levantar la vista cuando sus dedos se rozaron al recibir el pocillo.

Alba hizo un repaso de la habitación. Había una valija casi lista. Sin embargo, no fue eso lo que le llamó la atención, sino el embalaje que había al lado de la maleta.

—¿Son cuadros?

Una sonrisa de costado asomó en el varonil rostro. La satisfacción que sentía no era por haberle partido la cara al sujeto que se había casado con Alba, se debía a que llevaría consigo algo de ella, aunque la joven no lo supiera.

—Contigo aprendí el gusto por el arte.

—Te vas pronto.

—Alba, no hablemos como si no nos sucediera algo importante.

—Sabes todo de mí.

—Puedo asegurarte que sé más de lo que crees.

Ella no comprendió, pero se abstuvo de averiguar a qué se refería, porque tenía las palabras atoradas en la garganta.

—He venido hasta aquí no solo para saber de ti, sino para ver si podemos tener otra oportunidad.

—Daría mi vida porque fuera así, pero mi situación es otra y no lo digo porque esté casada.

Él asintió, porque coincidía en que el sujeto con el que se había trenzado a golpes no podía ser un impedimento entre ellos dos.

—Él no te merece.

—Ni él ni nadie, porque para mí solo estás tú.

—Vente conmigo.

Alba abrió sus ojos de par en par. Esa posibilidad la había barajado y sabía cuál era la respuesta. Él se inclinó, le tomó las manos y clavó su mirada grisácea en ella.

—Puedo jurarte que lo querré cómo si fuera mío, aunque su padre sea otro.

Nunca imaginó que Abascal pudiera tener tamaño gesto, eso hablaba de la intensidad del amor que se profesaban. No dudaba de eso, aunque no estaba segura de si eso bastaba. Comenzó a llorar.

—Yo me encargaré de todo —dijo al deslizar con su dedo las lágrimas que continuaban cayendo—. De él, de tus padres, y de darte todo lo que necesites, porque sé que deseamos estar juntos. En dos días parto de aquí —dijo al sacar del bolsillo un papel—, este es un pasaje para ti, y deseo que nos vayamos juntos.

Esta jugada final sería a cara o cruz, y era la primera vez que no contaba con alguna certeza sobre el resultado.

—Yo...

—Solo tú puedes decidir qué hacer con tu futuro. Yo te amo, quiero que sepas que te estoy brindando todo lo que está a mi alcance para que decidas venir conmigo.

Entonces se acercó y la cobijó en sus brazos. La besó sin apremio, con devoción. Sentir cómo reaccionaba a sus besos lo enloquecía. Luego descendió por el cuello, dejando un reguero de besos. Con sus caricias Alba se sentía viva. Su cuerpo había estado anestesiado en su ausencia. Su mano se desplazó por los senos y bajó hacia el

vientre, acariciándolo. Allí dejó su mano al tiempo que se separó apenas de ella.

—Entiendes lo que te he dicho, ¿verdad?

Claro que sabía que él lo amaría como si fuera propio. Se aferró a él, necesitaba sentirlo porque se hallaba presa de sus besos y sus caricias.

—Te amo —le susurró él al oído.

Esas dos palabras resumían todo lo que esperaba escuchar, aunque no sabía si había tiempo para lo que deseaban vivir. Se quedó tendida sobre el cuerpo de él sin que dejase de acariciarla, aunque se contuviese para no amarla como deseaba. Necesitaba que ella, antes de hacerlo, se decidiera por él. Aún restaban dos largos días para que eso sucediera.

—Debo irme.

Abascal asintió y la acompañó hasta la puerta para despedirla.

—Sabes cuánto te amo.

—Si es así, demuéstramelo. Y si decides quedarte, entonces, olvídate de mí y de nosotros.

Con la vista enturbiada y borrosa, ella se fue. Al llegar a la planta baja no salió por la entrada principal, lo hizo por la calle Hipólito Yrigoyen. Allí aguardó un taxi, a cuyo conductor le dio la instrucción de dar una larga vuelta por la ciudad, porque necesitaba pensar.

Al otro lado de la calle, alguien había visto cada uno de los movimientos de ella hasta abordar el vehículo que la alejaba del Gran Hotel España, e intentaba descubrir qué hacía allí cuando había dicho que guardaría reposo en su hogar.

CAPÍTULO 16

# UNA IMAGEN ENTRE LOS MUERTOS

*Buenos Aires, tiempo atrás*

El puerto de Buenos Aires se despertaba en aquella mañana soleada. En uno de los tantos espigones se veía la embarcación *El Alcántara* a la espera de soltar amarras para cruzar las aguas del Atlántico hacia Vigo. La tripulación se alistaba para recibir a los pasajeros y por el megáfono se hizo un último llamado. La mayor parte de los viajeros se hallaban ya en la proa. En un rincón de la terminal portuaria, donde se tenía una perfecta visión de quienes subían a la nave, se encontraba Abascal. No se había perdido detalle sobre las personas que llegaban hasta allí, y la vio. Confirmó entonces cuál había sido la decisión de Alba. No le sorprendió, porque la conocía más que nadie, e imaginaba cómo actuaría.

Abascal fue uno de los últimos en subir, aunque había llegado al puerto entre los primeros. A medida que ascendía por la escalerilla se volteó hacia el lugar en el que ella estaba, inmersa en un mar de lágrimas. Esa sería la última imagen que guardaría de Alba, porque

la joven acababa de tronchar la única posibilidad de estar juntos. Lanzó el cigarro al agua y enfiló hacia el salón comedor para beber una copa que anestesiara la inquina que lo envolvía. Tanto la conocía que se aseguró de que ella no corriera riesgos en caso de quedarse. Entre trago y trago evocó las últimas horas del día anterior:

*La noche se había adueñado de la ciudad. En el momento en que varios porteños se reunían en sus hogares en derredor de una mesa familiar, otros amenizaban la velada entre alcohol, juego y mujeres. Mientras, él aguardaba en una calle que acababa de quedar en penumbras; se había encargado de romper la luz del único farol que iluminaba la salida del lugar. No pensaba esperar más; si no salía, iría adentro a buscarlo. Como si lo hubiera oído, salió Pinedo en pleno jolgorio con otros dos amigos de los que se despidió. Ese era el momento que esperaba, y lo sorprendió en medio de la oscuridad arrinconándolo contra un paredón.*

*—¿Qué mierdas haces?*

*—Recordarte que aún tienes una deuda, pero esta vez es conmigo.*

*—Has venido hasta aquí para que esta vez sea yo quien te rompa la cara.*

*Abascal lo empujó contra el paredón para ver si con ese golpe se le aclaraban las ideas.*

*—No lo vas a hacer, porque no te conviene —dijo Santiago.*

*—Deja de amenazarme y suéltame.*

*—Lo haré, pero he venido a advertirte que ahora la deuda la tienes conmigo.*

*Pinedo era un hombre que ostentaba lo que tenía y alardeaba de lo que hacía. No había sido difícil para Abascal dar con los sujetos a los que él les debía. La gente hablaba, más si existía un billete de por medio.*

*—¿Qué dices?*

*—Que fui yo quien te quitó del atolladero en que te encontrabas. Pagué tu deuda y ahora yo soy tu acreedor.*

*Pinedo no comprendía qué decía. Había creído que su suerte no lo había abandonado del todo cuando alguien se acercó a Ocampo para decirle que la deuda estaba saldada y tenía instrucciones precisas de no revelar el nombre de quien lo había hecho. Estaba convencido de que alguno de sus buenos amigos había pagado sin decirle la verdad para no humillarlo más.*

*—¿Qué buscas?*

*—Quiero que sepas que te estaré vigilando.*

*—¿Crees que te tengo miedo?*

*—No lo sé, pero deberías empezar a tenerlo. Haz de tu vida lo que te plazca, pero con ella no.*

*Pensar que ese sujeto estaba enredado con su esposa fue un cachetazo a su ego y su hombría.*

*—Hijo de puta, has estado con ella —gritó antes de lanzarle un golpe—. Eres tú. La noche en que quise hacerla mía me di cuenta de que no era el primero y se lo hice pagar.*

*El golpe recibido fue más rápido que cualquier otra aclaración que Lautaro pudiera hacer.*

*—Escucha bien, la vine a buscar, pero al saber de su condición ni me acerqué. Quería saber con quién estaba y por eso te busqué hasta encontrarte. Que no me entere de que tomas represalias con ella o le haces algo, porque te juro que acabaré contigo. No es una amenaza, porque ya lo he hecho con otros dos cuando se lo merecieron, aunque estén muertos para certificarlo.*

*Pinedo había sido testigo y protagonista de varias bravuconadas y sabía que esta no era una más, sino una de verdad. Abascal lo soltó y se volteó para caminar por el sombrío callejón convencido de que esta vez ese sujeto había comprendido lo que debía hacer.*

La explanada del puerto había quedado vacía luego de la partida del buque. Los familiares habían abandonado la zona tras la despedida. Alba se hallaba en el mismo lugar desde que había arribado hasta allí. Se sentía desgarrada por dentro. Comprendía que *El Alcántara* se había llevado una parte de ella. Hubiese dado lo que fuera por haberse escapado con Abascal. Sin embargo, el niño que se gestaba en su vientre era el motivo por el que había decidido quedarse. ¿Qué clase de madre sería si le anulaba a su bebé la posibilidad de conocer a su verdadero padre? Desde que supo que estaba embarazada su prioridad había sido el niño, a pesar de que la decisión tomada fuera la más dura e injusta. Alba no tenía consuelo, aunque no perdía las esperanzas de que esta despedida no fuese definitiva, porque de ser así se transformaría en alguien infeliz y sin esperanzas.

De regreso a su casa, se encerró en la habitación, pero poco después salió rumbo al hotel. Creía que estar con Estela le brindaría

cierta calma en medio del vendaval emocional en que se encontraba.

—Me alegra que hayas venido.

Le impactó su aspecto, pero evitó preguntarle qué le sucedía; estaba segura de que era algo complicado, y esperaba descubrir de qué se trataba.

—A mí también me hace bien estar aquí.

Conversaron sobre temas laborales; justo cuando habían acabado y estaban bajando, recordó que había un documento que debía firmar en el despacho de Lautaro.

—¿Quieres encargarte tú? —preguntó Estela.

—Vamos las dos.

Llegaron hasta el despacho del actual dueño, y después de golpear la puerta y no recibir respuesta, ingresaron. Estela fue hacia el escritorio para buscar el sobre sin notar que Alba se detuvo en mitad del recinto. Al voltearse, observó que la joven estaba más pálida de lo habitual y contemplaba los muros desnudos de la habitación.

—Supe por un empleado que Lautaro ha estado de juerga aquí, ¿puedes creerlo? Me lo confesó Benito. La fidelidad de ese hombre está por encima del cariño que pueda tenerle a Lautaro.

Alba debió agarrarse del borde la biblioteca para no caer. Comprendía que Abascal no se había quedado con las manos atadas, esa no era su naturaleza y se habría apersonado para saber de Lautaro. Sin dudas se había llevado el botín, los cuadros que le pertenecían a ella y que estaban ubicados y embalados a un lado de su maleta cuando fue a verlo al hotel.

—No puedo creer que haya sido capaz de jugarse los cuadros de su padre.

—Estoy convencida de que han tenido un destino mejor que estar aquí en su compañía —respondió Alba.

Estela la miró y evitó indagar más, aunque ese cambio de actitud frente a su esposo se debía a algo, y estaba convencida de que la visita de la joven al Gran Hotel España, en días anteriores, tenía que ver. Ella la había visto salir por la calle Hipólito Yrigoyen apesadumbrada y sollozando. Solo un hombre podía provocarle ese estado: aquel asturiano del que le había hablado tiempo atrás.

A bordo de *El Alcántara* quedó para siempre el hombre que dio una oportunidad a alguien para volver a empezar. El regreso al suelo español lo condujo a su otra pasión: el mar. Atrás quedaba todo lo vivido, ni siquiera se permitía que ciertos recuerdos invadieran su mente. Con el paso de los meses se transformó en un sujeto que no se preocupaba por nada, salvo por lo concerniente a su persona. El trabajo con su socio iba viento en popa, aunque debía mitigar problemas laborales, porque algo se estaba gestando.

La constitución de la Segunda República había bañado de esperanza el territorio español. Sin embargo, con el tiempo se fueron minando aquellos bríos debido a la toma de ciertas decisiones políticas, algunas de ellas en concordancia con las llevadas a cabo bajo el reinado de Alfonso XIII. Los obreros del campo se mantenían a la espera de mejoras, mientras que se sostenía inalterable el dominio terrateniente junto al sistema capitalista. El gobierno radical a cargo de Lerroux se impuso bajo las directivas de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), dejando a un lado el primer gobierno de Conjunción Republicano-Socialista. El

agrupamiento derechista aglutinaba a gran parte del poder económico español representado por banqueros, abogados y funcionarios de importantes compañías, aunque su verdadera fuerza estaba marcada por la religión. Se hallaba liderado por Gil Robles, a la cabeza de Acción Popular, la formación más importante de la coalición de derecha, y hallaba su sintonía con el triunfo de Hitler en Alemania. Los periódicos como *El Debate*, portavoz oficioso de la CEDA, se manifestaban abiertamente a favor de Hitler, en especial a lo referido a la prohibición de organizaciones obreras y leyes laborales. Todo confluía para que los levantamientos sociales se hicieran eco en distintos puntos de España. Se habían desautorizado las huelgas de cocineros y transporte en Madrid, y esto se replicaría hacia el norte de la península.

Abascal era un hombre que se había forjado desde abajo y de a poco, por eso su sociedad comercial iba creciendo sin dejar a un lado la lucha por mejorar las condiciones de trabajo. Él primero y luego su socio habían sido parte de uno de los tantos sindicatos del litoral pesquero. En esta etapa de la República, las confrontaciones referidas a la pesca abrirían una infinidad de conflictos. Al regreso de un viaje, había quedado en reunirse con Rafael Torres, su socio. No se verían en la taberna donde solían reunirse, sino en la nueva embarcación que habían adquirido.

—Hombre, qué gusto verte.

—No hace tanto que nos hemos visto.

—Toma —dijo Rafael—, un poco de vino te vendrá bien.

—Parece que la cosa es más complicada de lo que creía.

—No tanto, y depende de cómo lo veamos, aunque no escapa a ninguno de nosotros la situación que vivimos.

—La situación aquí en Asturias se complica cada vez más, y no solo nos afecta a nosotros.

—Así es. A los conflictos de los camareros en Oviedo y Gijón se suma la amenaza de cierre de la Fábrica de Nitrógeno de La Felguera.

—Lo sé y estoy convencido de que lo que se viene es peor.

Torres asintió y bebió un trago antes de continuar.

—Cuando te busqué para asociarnos lo hice porque sabía que en el mar eres uno de los mejores, y no le temes a nada.

—Rafael, adelante con lo que tengas que decir.

—Has sido muy bueno con la pesca y en otras cuestiones. Fuiste tú quien decidió dejar atrás ciertas operaciones más rentables a la vez de riesgosas.

—Si te refieres al contrabando, estoy fuera de eso.

—Sí, me refiero al de armas, y por una causa justa.

Abascal prendió un cigarro y se estiró hacia atrás en la butaca para escuchar a su socio.

—Habla.

—Como te he dicho, nuestro gremio es uno de los tantos que tiene problemas. Los mineros también. Hay una huelga que se viene gestando en el resto del país, pero aquí se está pergeñando de otro modo. Se necesitan armas, y ahí entraríamos nosotros.

—Cuando lo hice, fue porque me convenía, y ha sido a mi costo y riesgo. Esto es otra cuestión.

—Nosotros ayudaríamos, en una segunda etapa, a que las armas lleguen a tierra.

—Explícate.

—El armamento se ha comprado ya. Consta de quinientos fusiles máuser y cincuenta ametralladoras con su correspondiente munición, más otras armas que se puedan cargar. La idea es que una vez que el buque fondee cerca de la costa, otras cinco embarcaciones más pequeñas se acerquen hasta allí para trasladar el alijo de armas a tierra.

—¿Cuál sería el lugar de encuentro y de qué barco se trata?

—El sitio de desembarco aún no se ha decidido. Eso se verá a último momento, para evitar filtraciones. El buque es *El Turquesa*, aunque no me suena mucho, ¿tú qué sabes?

—Es un buque antiguo, si no me equivoco era el *Mamelena II*, propiedad de León Carranza. Ha sido comprado recientemente, y rebautizado *El Turquesa*.

La operación había sido gestada por un financiero bilbaíno junto a Indalecio Prieto, político del PSOE, junto al tesorero de la mina San Vicente, de donde saldría parte del dinero para comprar el arsenal.

—¿Por qué te han contactado?

—Porque somos buenos en lo que hacemos y no estamos ajenos a lo que sucede, ni a la causa.

—Yo me haré cargo de la operación en la lancha que llevaremos hasta el lugar indicado. Del resto de la negociación te harás cargo tú.

—Lo que digas.

Abascal no se confiaba de las operaciones que él no manejaba, le gustaba estar a cargo de todo, aunque sabía que ya no podía echarse a atrás.

—Gracias por tu disposición.

—La causa la merece.

Hubo un tiempo en que Abascal se había replegado en su accionar y había dejado de ser temerario. La presencia de una mujer, Alba, lo había condicionado. En la actualidad, no tenía nada que perder.

Desde la playa La Caleta, de la ciudad de Cádiz, había partido *El Turquesa* con el alijo de armas. Abascal estaba ultimando los preparativos para instalarse, dos días antes, en San Esteban de Pravia, una localidad costera cercana a la villa marinera. El sonido de unos pasos y el ruido de la puerta lo alertaron.

—Parece que has decidido irte sin mí.

—Manuel, ya lo hemos hablado. Tu trabajo está aquí.

—Me dejas acá, sin saber qué sucede, porque intuyo que hay algo más detrás de este viaje que harás, del que no has contado mucho.

—Deja de comportarte como un crío. Hazte cargo de lo que te pedí, que yo vendré en pocos días.

—Siempre has creído que yo no sirvo para una mierda.

—Déjalo ya. Estoy con otras cuestiones. No sé de qué te quejas. Tienes un trabajo, amigos y una tía a la que quieres.

Nuria continuaba con Manuel, aunque sus ojos estuvieran puestos en el otro Abascal. Santiago no le había hecho reclamo alguno, pues eso no podría modificar su situación con Alba, pero ya sabía quién era Nuria realmente.

—No me jodas. Sigo como antes, nada en mí ha cambiado.

—Haz algo con tu vida, pero no me pidas que sea yo quien te ayude. Lo vengo haciendo desde que tu padre murió. He estado a tu lado en lo que has necesitado, ahora todo depende de ti. Y no tengo tiempo para más gilipolleces, debo irme ya.

Las aguas del río Nalón se fundían en la opacidad de la noche. Ese sería el lugar del encuentro para hacer el traspaso de las armas. A dos millas de San Esteban de Pravia se hallaba el buque *El Turquesa*. Abascal había tomado conocimiento del lugar preciso un momento antes de ir hacia allí. Otras dos motoras se acercaban para trasladar las más de trescientas veinte cajas que contenían las armas. Los focos de las lanchas que iluminaban solo el botín a trasladar quebraban la penumbra y la quietud en esa parte del río. Abascal notó que aún faltaban otras dos motoras que estarían por arribar. Una debía llegar desde Lastre, otra desde Avilés, aunque al parecer un desperfecto técnico había imposibilitado su llegada, lo cual incrementaba el trabajo de las otras lanchas.

Sobre la costa estaban alistadas las camionetas que llevarían camuflada la carga. Las motoras habían comenzado a acercar la mercadería hasta la playa de Aguilar. Todo debía hacerse en el máximo sigilo y en el mínimo tiempo para que ningún movimiento despertara sospechas.

En secreto, Manuel había llegado hasta allí siguiendo su impulso. Necesitaba saber y descubrir qué sucedía, en tanto observaba con asombro que se hallaban varios militantes de SOMA-UGT-PSOE armados hasta los dientes sincronizando lo que sucedía en el dorado arenal de Aguilar. No le llevó mucho tiempo darse cuenta de cuál era la operatoria llevada a cabo. En más de una oportunidad había discutido con Santiago no solo por la mala fama que lo precedía, sino por los negocios non sanctos a los que recurría de vez en cuando. Estaba cansado de que Santiago lo relegara a un lado en

cada negocio que emprendía. Desconocía cuánto sería el dinero que ganaría para traer ese alijo. Solo restaba aguardar a que todo se desencadenara como lo había planeado minutos antes.

A metros de la costa se hallaba su primo en la motora. Desde allí y junto a otros camaradas sacaban las cajas hasta las camionetas. Los hórreos (aquellas pequeñas edificaciones de piedra construidas a cierta altura del terreno para evitar que la humedad eche a perder la cosecha o los alimentos) de algunas propiedades de quienes participaban en la operación serían el último destino del alijo para ser utilizado contra el gobierno de turno.

De pronto, desde el puente que cruzaba el río Nalón, se oyó un grito que avisaba que las autoridades estaban llegando. El desconcierto y el descontrol que se vivieron en la playa fueron absolutos. A poco apareció la Guardia Civil de Muros del Nalón y los carabineros de San Esteban de Pravia. Las camionetas cargadas y otras a medio cargar huyeron de allí. Entre gritos, disparos y golpes, los congregados intentaban huir.

—Detente —gritó un guardia con un arma en la mano.

Manuel no había logrado escapar antes, ante la estampida de los manifestantes que habían huido en los automóviles o se habían escabullido en el paisaje rocoso para perderse en el cauce de la ría. Santiago había llegado ya hasta la orilla, sin embargo, a metros de él vio una figura familiar recortada en la penumbra nocturna que le hizo interrumpir su huida. No podía creer que fuera Manuel quien estuviera allí. Siempre lo protegió, por eso no lo había hecho partícipe de la operación, no quería que quedase involucrado si algo salía mal esa noche. Sin dudarlo, se lanzó sobre uno de los guardias mientras el otro centinela giró para trenzarse en una lucha.

—Corre al mar —gritó Santiago.

A los golpes de uno se sumó el del otro sin que pudiera defenderse. Y entonces oyó, tras la orden de detención, el silbido de un arma. No podía creer que le hubiesen dado a Manuel, que acababa de caer en la orilla. Lanzó un fuerte golpe al guardia y corrió desenfrenado hacia su primo, para asistirlo y sacarlo de allí. El sonido de otro disparo no lo detuvo.

—Vamos, tío.

Manuel se incorporó con la ayuda de Santiago y se adentraron en el mar. Desde la costa, y en medio del descontrol, el desconcierto y la oscuridad, los manifestantes hacían lo que podían a la vez que los guardias arrestaban a cuantos conseguían apresar. El oleaje no impidió que Santiago subiera a bordo a su primo. Le hizo un torniquete en la herida con lo que encontró a mano. Comprendió que no podía regresar a la villa con semejante cargamento, porque sería firmar su sentencia de muerte. Desde la motora y sin prender el foco de la lancha, se alejó con la compañía del murmullo del agua.

Ante la posibilidad de que las cosas no salieran bien, había un sitio donde completar el desembarco de las armas para que quedasen custodiadas. Debería llegar hasta Valduno, un pueblo perteneciente al consejo de Las Regueras. Poco después, cuando se encontraba a cierta distancia de la playa de Aguilar pudo ver con mayor nitidez el estado de su primo. Sin embargo, hubo algo que lo sobrecogió. Un frío gélido se había apoderado de su cuerpo; debió aferrase al timón por el fuerte mareo que sintió. Al inspeccionarse comprobó que manaba sangre del costado. Debían haberle dado en aquel segundo disparo.

Se encomendó a la suerte de Dios en esa travesía que lo llevaría, justamente, hasta él. Debía ir hasta la capilla del pueblo. Allí lo esperaría el sacristán de la ermita, que colaboraba con la causa. En cuanto llegó a la costa, dejó la motora a resguardo y escondida en un recodo del río.

—Manuel, vamos que hemos llegado.

Como pudo lo ayudó a dejar la embarcación y emprendió el camino hacia la parroquia. Tras unos golpes a la puerta, apareció un sacerdote.

—Necesito ayuda.

La quietud que flotaba dentro fue quebrada por los apresurados pasos de quienes iban rumbo a la sacristía. Pusieron a Manuel en un sillón. En ese momento apareció un muchacho en la puerta.

—Tráeme las medicinas que haya, y tú, siéntate —ordenó el sacristán a Santiago—, tu herida no es menor.

—Atiéndalo a él.

—No es momento de actos heroicos. Veo que la cosa se ha complicado.

—Sí —dijo, sin reconocer que el mareo iba en aumento. Antes debía decirle algo importante.

—Hay una carga que deben ir a buscar.

—¿Dónde?

—En el recodo del río. Allí está mi motora y dejé algunas cajas que no logré descargar porque se presentó la Guardia Civil y los carabineros de San Esteban de Pravia.

—Yo me encargo.

—Mira que dependo de ti y de quienes trasborden la mercadería.

—De eso no te preocupes, pero en este momento tú y él dependen de Dios.

Sin más y frente a la urgencia de la situación, debería ver en ambos casos si la bala había salido, y que no hubiera lastimado algún órgano vital. La vista de Santiago se tornó borrosa y un fuerte vahído se apoderó de su cuerpo. Entonces cayó en una profusa oscuridad de la no quería salir, pues no le quedaba ninguna batalla por librar.

*La bruma nocturna se había apoderado de la costa. Los escarpados acantilados custodiaban el dorado arenal y la luna se colaba entre la niebla. Santiago había llegado siguiendo la figura de una mujer que lo guiaba envuelta en una túnica blanca que la volvía una imagen celestial. En cada intento de alcanzarla, ella volvía a alejarse. La desesperación por llegar a ella lo alteraba más y más. La capucha que cubría la cabeza de la joven cayó sobre los hombros. Una oscura cabellera que ondeaba al compás del viento cubrió la espalda de la muchacha. La aparición abrupta del despeñadero puso fin al recorrido. Ella se volteó. Su rostro era hermoso, con unos ojos color miel que no dejaban de derramar lágrimas. En el momento que creyó atraparla, ella se lanzó al mar. La niebla volvió a arroparlo y poco a poco todo desapareció dejando junto a aquella imagen fantasmagórica el fuerte eco del nombre "Alba" en su mente.*

La noticia sobre lo sucedido con el buque *El Turquesa* había poblado los periódicos. La crónica relataba que Indalecio Prieto estaba en

medio de ese desaguisado. Junto a él había otros miembros de la diputación del PSOE. El arresto de una veintena de militantes brindaba la importancia de aquel suceso que, sin dudas, sería el preludio de lo que en breve sucedería con la huelga a celebrarse a lo largo del país, aunque con otra magnitud en Asturias.

En la villa conocían los nombres de algunos implicados en el hecho, aunque nadie salía a confirmarlo, ya que el pueblo estaba de acuerdo con aquel accionar. Los rumores sobre lo sucedido llegaron a Nuria. Desesperada, abandonó el hospital y salió rumbo a Valduno como si se la llevara el diablo. En el trayecto no dejó de pensar qué podía haber sucedido. Solo había una noticia que la devastaba y ni siquiera quería pensar en ella para que no se hiciera realidad. Se lanzó del autobús antes de que se detuviera en la parada y se encaminó a la capilla, donde seguramente tendrían información. Ingresó por la nave central, y antes de dirigirse a la sacristía rezó para que él no hubiera muerto. Se incorporó al oír pasos. Un sacerdote caminaba por el altar colocando unas pocas flores.

—Disculpe, he venido desde de un pueblo cercano. Busco a los Abascal. Sé que están aquí.

La triste mirada del cura fue muy significativa.

—¿No se ha enterado?

—Lléveme adonde están.

Sin pérdida de tiempo, ella lo siguió. No quería hablar con el joven sacerdote ni saber por él de lo ocurrido. Necesitaba ver por sí misma. Llegaron a una reja negra y desvencijada que atravesaron para adentrarse por un camino de piedras, con hierba mal cortada. Levantó la vista y se detuvo al darse cuenta de que acababa de ingresar en el camposanto de la villa. Con el corazón en un puño dio

unos pasos en medio de las cruces de madera y las lápidas de piedra. Se detuvo de golpe al ver que Torres se hallaba inclinado sobre una de ellas depositando unas flores. Un frío helado corrió por su cuerpo y las lágrimas inundaron su rostro.

—Nuria.

Ella se volteó y creyó que sus piernas no la sostendrían luego de ver la imagen que acababa de asomar frente a ella.



CAPÍTULO 17

# PRESENCIA INESPERADA

*Buenos Aires, 1965*

Para Aitana los días en la ciudad se habían tornado una vorágine de sensaciones y sentimientos imposibles de ordenar. La aparición de Zach y la noche compartida habían minado el muro que ella había construido a su alrededor para que nadie la lastimase.

En ese momento, sostenía el sobre manila que acababa de retirar, con los estudios de su madre. Se había ofrecido a buscarlos porque quería tener certezas, y creía que ir hasta allí era la excusa perfecta para saber más. Luego de que el doctor Peralta la recibiese y le contase el óptimo estado de salud de Alba, la joven se quedó tranquila.

Aitana hubiera preferido darle la buena noticia a Alba en la casa, pero lo haría en el despacho del abogado. Hasta allí llegaría la familia Pinedo para tratar al fin la cuestión del socio oculto al que todos querían conocer para allanar el camino societario en caso de un conflicto empresarial. Con Ramiro a la cabeza del negocio

familiar, las complicaciones estaban a la orden del día. Desde el encuentro en El Escorial, Aitana no se había vuelto a cruzar con su hermano. Tampoco con Marcos, aunque tenía bastante para hablar y sincerar sus sentimientos. No le extrañó que Ramiro ya estuviera dentro de la amplia sala, la misma que los había congregado la vez pasada.

—¿No has venido con mamá?

—No, ella venía directo de casa.

Aitana se sentó a la espera de que alguien más llegara. La expectativa era grande, más para su hermano. Al fin, arribó el doctor Lisandro Amadeo.

—El escribano acaba de recibir al señor Torres, que está por venir. Aitana, ¿Alba no vendrá y estás aquí para representarla?

—De ningún modo, ella ya debe estar por llegar —replicó inquieta.

Ramiro había llevado tensión y expectación al recinto. La puerta se abrió para dar paso al escribano Padilla y a alguien más.

—Buenas tardes, al fin pueden conocer al señor Torres, socio minoritario de la sociedad.

Ramiro se levantó para estrecharle la mano, buscaba hacer buenas migas para adquirir su porción accionaria y lograr la mayoría. Luego de un rápido saludo, Torres caminó unos pasos hasta detenerse frente a Aitana. Le sorprendió que no la saludase, solo se quedó inmóvil ante ella, que finalmente le sonrió y le alargó la mano. Luego, tomaron asiento alrededor de la mesa.

—Le he pedido a mi secretaria que llame a tu madre para saber cuánto debemos aguardar.

—Gracias, Lisandro.

—Debo disculparme por no haber concurrido antes a la ciudad, pero mi trabajo me lo ha imposibilitado.

La tonada española guardaba para Aitana una familiaridad especial. Sin embargo, Torres mantenía una dicción cerrada como si nunca hubiera dejado la península ibérica.

—¿A qué se dedica?

—Negocios de importación y exportación —replicó sin dejar de mirarla.

—¿Suele venir a Buenos Aires?

—No mucho. Lo he hecho en pocas oportunidades.

—No creo, entonces, que quiera continuar con un negocio que lo ate a Buenos Aires, un lugar al que no viene asiduamente —dijo Ramiro.

Aitana miró a su hermano para que se callase y evitase avergonzar a la familia. Estaba clara la buena voluntad del hombre al presentarse allí y dar las explicaciones del caso.

—Pues, ha sido una inversión que en el momento me resultó atractiva, pero al saber que el titular ha muerto y quedan sus herederos, será lo más sensato arreglar mi salida de esta sociedad.

La amplia sonrisa en el rostro de Ramiro era para estamparla en una fotografía. Aitana no daba crédito a la codicia y la ambición de su hermano.

—Si es así, debemos proceder con los trámites de rigor, pero no podremos hacerlo sin la presencia de Alba, quien completa la totalidad accionaria.

—Ya debe estar por venir —agregó Ramiro.

—Lisandro —el escribano se inclinó y le susurró—, puedo dejar un espacio en el acta para que ella firme más tarde. —El abogado negó

con la cabeza, no quedaba otra alternativa que seguir esperando.

Aitana recordaba la reunión anterior, y la inquietud que sintió por saber quién era ese hombre. Qué mejor que sacarse la duda con el mismo Torres, quien no dejaba de contemplarla. Ramiro, en cambio, solo deseaba proceder con el papeleo y finalizar la mentada reunión.

—Le agradecemos que haya venido —comenzó Aitana cortésmente—, el escribano nos dijo la vez pasada que usted haría lo posible por presentarse, pero también comentó que había habido un traspaso anterior de las acciones que posee, y que no había autorizado a dar el nombre del tenedor original. Ya que está por finalizar la operación, me gustaría saber de quién se trataba.

El cruce de miradas entre Torres y el escribano Padilla fue evidente. Uno asintió con la cabeza para que el otro diera vía libre a la información que hasta el momento se había mantenida encubierta.

—Aitana, ya nos han hablado de un tal Ocampo, amigo de papá. No quiero recordar a ese mal nacido.

—Ramiro, si prestaras mayor atención a lo que sucede alrededor y no solo a lo referente a ti, te darías cuenta de que no pregunto por esa persona. Según nos han dicho, Ocampo fue amigo de papá y lo llevó a conseguir a alguien para efectuar esta operación. Torres ha sido el segundo tenedor de las acciones, quiero saber quién fue el primero, el que se las traspasó a él.

Aitana sintió una mirada de Torres que no pudo descifrar, en cambio, sabía que la de su hermano lanzaba llamas porque creía que ella estaba complicando todo.

—Tiene usted razón. Ocampo fue el intermediario para hacer la operación. Sí, conozco a quien las adquirió de primera mano y pidió

entonces que su nombre no saliera a la palestra.

—Entonces, ¿de quién se trata?

—Ese hombre es Santiago Abascal.

Aitana debió asirse del borde de la mesa, porque creía que se desplomaría. No podía darse el lujo de que le sucediera algo así. ¿Ese hombre que su madre había amado y que le había mencionado noches pasadas era parte del negocio familiar? ¿Por qué? ¿Cómo se habían dado las circunstancias? ¿Alba lo sabía? Y de ser así, ¿por qué lo había mantenido oculto? ¿Cuál era el vínculo de su padre con Abascal? ¿Alba estaba al tanto de que ambos se conocían? Le había preguntado a su madre si lo había vuelto a ver. Recordaba una vaga respuesta, pero no una certera contestación. Los interrogantes crecían en su mente y no encontraba respuestas coherentes. Sin embargo, antes de que comenzara a hablar, el ruido de la puerta al abrirse distrajo a los presentes. No era Alba quien ingresaba, sino la secretaria con un gesto de preocupación.

—Aitana, llamó Carmela.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mientras se incorporaba.

—Su madre se ha descompensado y Carmela llamó una ambulancia. Llegó la asistencia y por eso ha cortado la llamada. Me pidió que usted vaya hasta al hospital de inmediato.

—Ramiro, ocúpate de todo esto, yo voy para allá. Te mantendré al tanto.

Aitana salió como un bólido de la sala sin saludar a los presentes, que se habían quedado absortos con la noticia. Corrió hasta conseguir un auto que la llevara al Hospital Español. Llevaba en sus manos el sobre con los estudios médicos sin comprender qué había pasado. Ingresó corriendo hasta la mesa de entradas, en donde

preguntó en qué piso se hallaba Alba Pinedo. En pocos segundos, ingresó en la sala de espera y vio a Carmela. Ambas se estrecharon en un abrazo sentido.

—Mi niña, ella se va a recuperar.

—Carmela, no puedo comprender qué sucedió. Ha sido mi culpa, por ausentarme de la casa. —La angustia y el llanto envolvían a Aitana.

—Nada de culpas, por favor. Detrás de ti, salí yo. Debía hacer unas diligencias que tu madre me pidió, mientras ella se arreglaba para ir a la reunión.

—¿Cómo la encontraste?

—Yo me olvidé un documento y debí bajarme del colectivo porque, sin él, no podía hacer el trámite. Regresé y me asusté al notar la puerta entreabierta.

—¿Qué dices?

Entonces, al cuadro de salud de su madre, había que sumarle un robo. Era la primera vez que alguien ingresaba en la casa a robar. Alba era muy cuidadosa al respecto, ya que tenía varias obras de arte.

—Alguien estuvo dentro. Llamé a Alba y nadie me contestaba. La puerta del despacho estaba cerrada y entré con el corazón en un puño. Vi algunos papeles y libros tirados por el piso, y ella —relataba con angustia— estaba sentada en la silla frente a la mesa del escritorio, como si nada pasara, pero cuando me acerqué noté que estaba desvanecida. Intenté reanimarla, pero fue imposible. Llamé desde allí a la ambulancia que llegó enseguida, justo cuando me comuniqué con el estudio para avisar lo sucedido. La ventana se

encontraba abierta. Alguien salió por allí al oír mis gritos, cuando la llamaba.

—¡Ay, mi Dios! —exclamó con angustia y desesperación.

Carmela intentaba calmarla. Sin embargo, el temor por perder a su madre estaba latente desde que Aitana había arribado a la ciudad.

—Cuando ella salga del estado en que se encuentra nos podrá contar cómo se dieron los hechos. De momento, solo resta esperar que evolucione bien y saber qué dicen los médicos. Vamos a sentarnos.

—Yo tenía buenas noticias sobre sus estudios médicos —dijo Aitana.

—Está mejor, hay que saber qué ha sido lo que le ha provocado esta descompensación.

—Estos últimos días no he podido hablar con ella como me hubiera gustado.

—Deja ya de pensar en eso; Alba mejorará. Estoy segura de que ella también deseaba hablar contigo.

—¿Por qué lo dices?

—La mañana posterior a tu salida, Marcos se presentó para hablar con tu madre.

—Pero ¿qué tiene que hablar él con mamá?

—Te lo aviso porque no sé qué actitud puede tomar con lo sucedido.

—¿A qué te refieres?

—Él te vio llegar junto a Zach en la madrugada y se lo contó a tu madre. Sí, no me mires así. Es de poco hombre ir tras la madre de su novia con chimentos. Supongo que sabrás qué hacer con él.

—Por supuesto, ¿y mamá qué le ha dicho?

—En verdad, ¿deseas saberlo? —señaló con la primera sonrisa del día.

—Me cuesta creer que él haya hecho algo así.

—En cierta manera tu madre se alegró de que no estuvieras con Marcos, aunque...

Aitana conocía los reparos que tenía con Zach, se lo había manifestado y, semanas atrás, eso había provocado una discusión entre ambas.

—No es momento para hablar de Joaquín, sé que ella no quiere que me acerque a él.

Carmela tomó la mano de Aitana, la joven que había visto crecer y que quería como si fuera una sobrina. En las pocas discusiones que había tenido con su madre, Carmela había sabido mediar entre ellas.

—Aitana, sabes lo que quiero a tu madre y que daría mi vida por ella y por esta familia, pero debes hacer tu vida, como lo hizo ella. Nadie debe decirte el camino a seguir, ni siquiera tu madre.

Aitana apretó la mano de Carmela por tan sentido consejo. Era lo que necesitaba. En ese instante, asomó el profesional que atendía a Alba. Ambas se levantaron.

—La paciente ha ingresado con un cuadro cardíaco complejo, pero la hemos sacado porque si bien cuenta con antecedentes, es fuerte y ha estado cumpliendo el tratamiento del doctor Peralta. Ya nos hemos comunicado con él y vendrá más tarde para hablar con ustedes. De momento debe estar sedada. Más tarde, si quieren, pueden verla a través de un vidrio. Es mejor así.

—Gracias, doctor —dijo Aitana.

El médico se perdió por el pasillo entre camilleros y enfermos. Aunque no pudieran verla ni ingresar en la habitación, estar allí era un modo de sentirla más cerca. Unos pasos cercanos sorprendieron a Aitana.

—Mi amor, en cuanto supe lo de tu madre, dejé todo lo que tenía por hacer para estar a tu lado.

Carmela cruzó una mirada con Aitana y salió de la sala para dejarla con Silveyra; no quería ser testigo de lo que aconteciera.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —dijo al retirar la mano que había deslizado por su cintura al intentar besarla—, déjame, por favor.

—¿Desde cuándo estás tan arisca? —preguntó al oído.

—Marcos, por favor, déjame tranquila.

—No hay manera de poder verte. Siempre estás ocupada y te niegas. A pesar de eso he corrido hasta aquí para acompañarte.

—Marcos, no era necesario que lo hicieras y lo que tenemos que hablar será fuera de este hospital. Puedes irte y seguir con tus ocupaciones.

La inquina de Silveyra crecía. Cada negativa le servía de afrodisíaco. Nadie iba a doblegarlo, menos Zach. Él se había jurado ir por todo.

—Parece que el extranjero ha hecho un buen trabajo contigo, pero te aseguro que yo voy a domarte mejor que él.

La acumulación de situaciones de Aitana en una jornada hizo que su mano saliera disparada hacia la mejilla magullada de Marcos para estamparse en ella. Marcos le tomó la mano y se la apretó, pero de inmediato la soltó al ver que una enfermera lo miraba de modo amenazante.

—No vuelvas a acercarte a mí —susurró Aitana, para evitar armar un escándalo de proporciones—, porque nos sabes de lo que soy capaz.

—Eres una salvaje, por eso te has ido al Sur, a una posada de mierda —exclamó ofuscado.

—Te dije que te vayas y no vuelvas. No me sigas ni me busques y evita cruzarte conmigo.

El clima belicoso había inundado el ambiente y la rabia contenida contra Zach y la joven crecía en Marcos.

—A pesar de tu enojo seguiré a tu lado. Debes entrar en razón. Tu madre está en la cama de un hospital y solo yo estoy acá para contenerte, apoyarte y cuidar tus intereses. Nadie más.

A pesar del momento que atravesaba, Aitana pudo ver la calaña de hombre que era Marcos.

—No necesitas hacer esto. Deja de humillarte.

—Si crees que decir lo que siento es humillarme, lo haré mil veces más.

—Solo debes preguntarme si podría seguir a tu lado, y mi respuesta es que nunca, pero nunca, podré amarte.

—Es por ese extranjero que te ha seducido con mentiras, pero no te ha dicho lo que se trae, ¿verdad?

—Zach no tiene que ver en esto, y si quieres saberlo —dijo, cansada de que no entendiese lo que era obvio, y para ser contundente se acercó a su oído—, no tiene comparación con ningún otro. Ahora que lo sabes de mi boca, puedes irte.

Marcos había recibido el impacto, y se fue, furioso. Carmela, que había seguido la discusión desde lejos, creyó que era momento de aparecer. Aitana se sintió mejor al verla.

—Disculpa por el mal momento.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo sucedido ha sido bochornoso, pensar que en algún momento creí que podía ser feliz a su lado.

—Lo importante es darse cuenta a tiempo, y en este caso lo has hecho sin consecuencias. Ven, vamos a tomar un café al bar. Lo necesitamos —Aitana asintió y bajaron hacia la confitería.

En el bar del hospital había pocas mesas ocupadas a esa hora del día. Después de un rato, Aitana casi ni había probado el sándwich, algo que Carmela le recriminó.

—Es mejor que subamos. Quizá ya esté el doctor Peralta.

—Tienes razón.

Aitana no le contestó, porque aún no había decidido qué hacer. Al llegar se sorprendió de ver a Amadeo en compañía de Torres.

—Gracias por venir —dijo extrañada al ver quién era su compañía.

—Sabes que aprecio mucho a la familia, en especial a tu madre.

—Lo sé.

—Yo he venido solo para saber si todo iba bien. No quiero ser entrometido.

—No lo es.

En ese momento, apareció el doctor que Aitana había visto a la mañana y le había entregado los estudios. Lo rodearon para enterarse del estado de la enferma.

—Como les dijo el colega que atendió a Alba cuando llegó, el cuadro está controlado. Su corazón va a resistir si nada complica su normal evolución.

—¿A qué se refiere?

—A que llegó con una contusión en la cabeza, producto de un golpe.

—¿Se habrá caído al desvanecerse?

—Yo la encontré sentada en el sillón —agregó Carmela.

—Entonces, quien ingresó en casa la golpeó; no lo puedo creer —gimió angustiada Aitana.

—No sabía que había sido un robo. Esto cambia todo, quizás habría que hacer una denuncia —dijo el letrado.

—Eso está fuera de mi ámbito —dijo el médico—. Solo quería comentárselos para que tengan el cuadro completo de la situación, que hasta ahora está controlada.

—Doctor, muchas gracias.

—Si quieren un consejo, es mejor que se vayan de aquí. No podrán hacer mucho. Mañana será otro día y las novedades serán otras. Si me disculpan, finalicé mi ronda y debo irme —dijo al despedirse.

—Aitana, ya escuchaste —dijo Carmela.

Se sentía muy cansada y sabía que no podía hacer mucho más en el hospital. Decidieron irse con la esperanza de que en la mañana hubiera buenas noticias.

Alba no entendía dónde estaba, pero sabía que ese cuarto no era su habitación. Le pesaban los párpados y apenas podía abrirlos. Sentía que se hallaba en un limbo del que no quería salir. Por momentos, deseaba escapar de esa somnolencia, pero a la vez quería seguir bajo ese efecto narcótico tan placentero. La confusión era tan grande que tampoco sabía el motivo por el que se encontraba ahí.

Unas luces de color verde y rojo centelleaban a su lado. Desconocía si eran aparatos conectados a ella, pero había sentido ese reflejo lumínico a pesar de los ojos cerrados. Había intentado mover su mano, porque sentía algo atado en su brazo. Por mucho esfuerzo que hiciera no había logrado mover ni un dedo, entonces se dejó llevar por una agradable sensación de serenidad. Apareció una serie de imágenes confusas. No podía distinguir esas figuras de colores brillantes que se superponían unas con otras, hasta que asomó una familiar, que había extrañado desde que había abandonado la villa marinera. Un mar azul y profundo empapaba las otras imágenes que se difuminaban en la mente. Aquello la colmó de una paz extrema. Un leve susurro flotó en el ambiente, y lo que retumbaba no era el arrullo del mar, aquel bello sonido provocado por las aguas del Cantábrico, que bañaban las playas hasta romper en los escarpados acantilados. El murmullo de una voz acompañaba ese viaje que ella había emprendido sin un destino fijo, salvo el de los recuerdos que atesoraba. Aquella cadencia en la voz que aún recordaba tronaba como un nítido eco en sus oídos, aunque él no estuviera a su lado. Tristeza y dolor tiñeron ese instante. Alba no había logrado silenciar esa voz, que resonaría en su interior mientras los latidos de su corazón la mantuviesen con vida.

La pensión La Hispanidad se hallaba en silencio a esa hora de la madrugada. Manuel estaba en su modesta habitación sin poder dormir. Se sirvió un vaso de whisky y corrió la cortina para mirar hacia la calle. La ciudad en la que estaba poco tenía que ver con su lugar de origen, pero no deseaba regresar a su tierra. Allá no le

quedaba nada, ni nadie. Tampoco podía apelar a los buenos recuerdos, porque se habían escapado junto con su madre. Bebió otro sorbo de alcohol y cerró los ojos. Había estado a punto de cumplir con su cometido, pero algo se lo impidió. Si su madre estuviera a su lado le recriminaría que no había tenido el valor para hacerlo. Negó con la cabeza porque ya no deseaba escucharla como lo había hecho durante toda su vida. Se estiró sobre el respaldo de la cama para pensar qué hacer. En ese instante, oyó unos pasos que se detenían delante de su habitación. Su vista se centró en la endeble puerta hasta que se abrió de golpe. Manuel no supo si el alcohol y lo sucedido horas antes le provocaban semejante alucinación. Una tenue luz vibraba desde el exterior, y Manuel no podía quitar la mirada de la figura que acababa de ingresar en el lóbrego cuarto. No supo discernir si era una visión o si en realidad quien estaba a metros de él era la persona que pensaba.

—¿Eres tú?

—¿Qué crees?

Manuel negaba con la cabeza porque no podía creer que estuviera viviendo esa pesadilla.

—¿Qué mierda haces aquí? —dijo al incorporarse en la cama.

—Intentando que no cometas el gran error de tu vida.

—¿Ahora te preocupas por mí?

—Eso lo he hecho siempre, y deberías saberlo.

—No, no es verdad.

—Deja de comportarte como un crío y hazlo como el hombre que eres.

—¿Ahora me vienes a dar consejos?

—Siempre te los he dado, pero nunca los has escuchado.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Porque me he preocupado por ti, aunque no lo sepas. Esa es una promesa que le hice a tu madre y que cumpliré hasta el resto de mis días.

El impulso hizo que se levantara de un tirón y en ese arrebato tomara el cuchillo que tenía en la mesa de luz para atacarlo. En la penumbra del lugar, el intruso pudo vislumbrar el filo metálico de la navaja. Entonces tomó a Manuel por las muñecas.

—Has hecho el camino equivocado, pero ha sido tu madre la que te ha metido todas estas cosas en la cabeza.

Manuel se hallaba arrinconado y sujetado con fuerza contra la pared sin poder moverse, con los ojos inyectados de ira.

—Si quieres buscar culpables, asumo mi culpa. Toma.

Manuel vio cómo le entregaba la navaja que antes le había arrebatado, sin dejar de observarlo.

—Vamos, acábame, si es lo que buscas. Vamos, hazlo ya si es lo que quieres.

Unas lágrimas saltaron al rostro del joven Abascal, porque no tenía fuerzas para atacarlo, menos para matarlo.

—Yo ya tengo la vida hecha y busqué que tú la tuvieras al margen de todo lo que te ha contado tu madre.

—¿Quieres que te lea la carta que me dejó antes de morir? Puedo relatarte cada palabra escrita en ella.

—No necesito que lo hagas, porque es lo que siempre me ha recriminado sin reconocer cómo han sido las cosas.

—¿A qué te refieres?

—Que no se puede luchar con el pasado, porque está ahí para recordarnos sin misericordia lo que fuimos.

—¿Y así solucionas lo que le hiciste?

—Te equivocas, aunque no creo que lo entiendas. Solo quiero decirte que ella no tiene nada que ver con lo nuestro.

—Estás hablando de ella cuando yo hablo de nuestra familia, mamá tenía razón.

—No es verdad, pero te advierto que si la dañas a ella deberás arreglártelas conmigo. Me conoces y sabes que hablo muy en serio.

Segundos después, Manuel escuchó la puerta cerrarse de repente. La figura había desaparecido y otra vez estaba solo en aquella insignificante habitación. Sintió la inquina subir por su cuerpo envolviéndolo de arriba abajo. Tomó la botella de whisky y la estampó contra la pared.



CAPÍTULO 18

# EL GUERNICA

*París, tiempo atrás*

Los oscuros nubarrones navegaban sin rumbo en el cielo plomizo. Así se despedía agosto en Buenos Aires. Desde la proa del barco se apreciaban las revueltas aguas del Río de la Plata. Las impetuosas olas impactaban contra las dársenas, y las embarcaciones fondeadas completaban el paisaje portuario. Alba mantenía las manos aferradas a la barandilla que rodeaba la proa, el lugar desde donde los pasajeros saludaban a quienes habían ido a despedirlos. Desde allí y a la distancia se vislumbraban pañuelos agitándose al viento. Era la segunda vez que se hallaba a bordo de un buque. Aún no podía creer que el viaje a la Ciudad Luz ideado por las mujeres de la Asociación Amigos del Arte estuviera a punto de comenzar. Nadie que estuviese relacionado con el arte quería perderse el acontecimiento cultural que se celebraba en París. Al principio, se había excusado, no creía que pudiera ser parte de la travesía; sin embargo, Pinedo finalmente entró en razón pues dos de sus nuevos

amigos insistieron para que Alba integrara la comitiva junto a sus esposas. Para él tenerla lejos era lo mismo, ya que hacía la vida que quería. Cada tanto visitaba a su esposa en sus aposentos, aunque para él su mujer estaba esculpida en alabastro, porque no era capaz de arrancarle una emoción con aquel frío y frígido cuerpo. La noche anterior, luego de una velada de copas, había ingresado en la habitación de ella, reclamándola. Luego, la resaca que tenía por la mañana, le imposibilitó ir al puerto.

Alba solo sentía pena y angustia por dejar a su niño. Su madre y Estela le habían insistido en que viajara tranquila, ya que ambas se encargarían de mimar al crío. Carmela colaboraría para que todo se mantuviera en orden. Ramiro tenía ya cinco años. En él había encontrado la fuerza para seguir adelante y quedarse en la casa, que se había transformado en una jaula de oro. Por aquel entonces, Pinedo continuaba con los negocios, y un modo de avanzar era participar de manera activa en la elite porteña. La llave para ingresar era Alba, a través del arte, espacio en el que ella había encontrado un rincón de luz para sanar su alma. Por eso, había sugerido que El Escorial reservara un salón para que algún artista expusiera su obra de modo de enaltecer y engalanar los muros del hotel. Él siempre supo que se necesitaba una mujer para que sirviera de anfitriona en las celebraciones. Con los eventos que su esposa sabía organizar tan bien, cubría su vida oscura, trasnochada.

El puerto había quedado atrás, pero Alba seguía de pie en la proa del barco. Una de sus compañeras se acercó.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo aquí? —preguntó Dolores Menéndez Paz—. La mañana está desapacible y en el salón comedor nos esperan exquisiteces.

—Tienes razón, entremos.

Ambas ingresaron en el lujoso recinto habilitado para la primera clase. Sonrió para sí al recordar que al salir de su adorada tierra había mirado desde lejos el salón en el que servían manjares que ella y los suyos no podían degustar. Observó a las mujeres que la acompañaban y pensó que lo único que verdaderamente las unía era el arte.

—Luego de los nervios por la preparación del viaje quiero darme el placer de disfrutar este banquete.

—Tienes razón.

—Lo haré ahora que Rodolfo está lejos, porque es una cantinela escucharlo decir que excedida en peso no me veo bien.

—No le hagas caso. Ningún hombre debe tener el poder de dañarte de ese modo o de ningún otro —dijo Alba, con una contundencia que dejó sin palabras a sus compañeras de viaje.

—Es lo que te dije —comentó Dolores a Juliana—, ella sí se hace valer, si no, fíjate el modo en que se maneja su esposo con ella.

El comentario causó gracia en las tres damas, aunque no de la misma manera. Alba y su marido eran grandes simuladores.

El camarero les trajo té, café y chocolate caliente para que se sirvieran lo que deseasen junto a otras *delicatessen* que había en unas fuentes de plata.

—Espero que este chocolate sea como el que sirven en El Escorial.

Sin desatender la degustación del chocolate, se lanzaron a conversar de otros temas. Alemania formaría parte de la Exposición Universal y eso les provocaba cierta inquietud.

—Hitler —mencionó Dolores en voz baja—, que se dice cultor del arte, se atreve a juzgar el arte moderno. Una verdadera vergüenza,

ya que estamos frente a artistas talentosos y de vanguardia.

—El mes pasado —agregó Alba—, la exposición celebrada en la ciudad de Múnich ha sido un absoluto bochorno. Obras de artistas de la talla de Paul Klee, Oskar Kokoschka y Max Beckmann, entre otros, se han colocado torcidas en los muros, y con insultos, por considerarlos contrarios al pensamiento alemán.

Hitler creía que no respetaban los valores estéticos que intentaba instalar. Consideraba que la influencia del judaísmo y el bolchevismo hacían arte degenerado. Lejos de esta concepción se hallaba Adolf Ziegler, que para Hitler era un ejemplo del arte aceptado y promovido por el nazismo.

—Es una locura lo que sucede.

—Ese llamado "arte degenerado" lo hemos apreciado en el catálogo de ciertas muestras a las que hemos concurrido, y desconocemos cómo ha llegado hasta allí.

También comentaron que las autoridades de museos o galerías en donde se exponían cuadros y otras piezas de valor solían hacer la vista gorda sobre el origen o la genealogía de las obras. No quisieron ahondar en mayores detalles por ignorancia o por conveniencia.

Así transcurrieron los veinte días de travesía: conversaban, paseaban en cubierta, a veces tomaban un anís en el salón comedor antes de retirarse a sus respectivos camarotes. No hablaban de temas personales.

La noche anterior a la finalización del viaje hubo un festejo a bordo. A la mañana siguiente, en medio de la bruma, divisaron El Havre. Se trataba de un puerto de gran importancia en el canal de la Mancha, por el que ingresaban café y especias exóticas, y era la ruta marítima que unía Francia con América.

Las damas debían seguir el viaje para arribar a París, y se encaminaron a la estación. Con los bártulos a cuestas, descendieron en Saint Lazare. Alba se sintió pequeña en medio de aquella estación de tren. Los haces de luz penetraban por el techo, que estaba sostenido por una gigantesca estructura de hierro. A un lado se encontraba el majestuoso vestíbulo, y al otro, la sala de embarque. Era imposible permanecer ajeno a la belleza de ese lugar, que había pintado el impresionista Monet en su preocupación por plasmar la vida parisina moderna, su movimiento, su luminosidad.

—Es por aquí —dijo Dolores.

A través de la ventanilla, Alba no dejaba de admirar la arquitectura que, por momentos, le recordaba a Buenos Aires.

—No importa las veces que recorras la ciudad, siempre se descubre algo nuevo.

—Es verdad, y espera a ver el hotel en que estaremos. Querida —dijo Juliana al estrechar la mano de Alba y acercarse a ella—, debes saber que París es una ciudad en donde todo se permite.

Alba sonrió para empatizar con el resto, aunque en su interior se sintió un poco sorprendida, incómoda. Nadie que las viese en Buenos Aires podría decir que no fuesen esposas devotas y dedicadas a la casa. Para Alba, su vida había quedado trunca con el amor que latía en su interior por una única persona. Ese era un secreto que la acompañaría por el resto de su vida.

—Parece que hemos llegado —dijo Dolores, frente a la fachada del Hotel Regina, de estilo *art Nouveau*, sobre la *rue* Rivoli.

—Al fin estamos donde tanto hemos deseado —agregó Juliana.

Al fin el motivo por el que habían planeado ese viaje se haría realidad al concurrir a La Exposición Universal, inaugurada por Albert

Lebrun, presidente de Francia. La importante muestra había abierto sus puertas unos meses antes y se extendería hasta finales de noviembre.

Dentro del hotel, el equipaje fue llevado por el personal a la habitación. Alba se acercó al cristal de la ventana del cuarto. Tenía una vista envidiable al jardín de las Tullerías, con la emblemática Torre Eiffel a lo lejos. París estaba a sus pies, aunque la embargaba una sensación de nostalgia y tristeza. Suponía que sería la distancia de su hijo, ya que era la primera vez que se habían separado. Por momentos, los comentarios y el modo de conducirse de sus acompañantes marcaban ciertas diferencias. Por más que compartieran el nivel de vida y su relación fuera armónica, Alba seguía añorando la villa marinera, el único lugar en donde había sido feliz.

El día siguiente amaneció espléndido. Las damas partieron rumbo al centro de la ciudad. A un lado corría el Sena y al otro, entre la colina de Chaillot y la plaza de Jena, asomaban los distintos pabellones. Antes, este evento había servido para mostrar al mundo los distintos avances de cada país. Ahora, la situación política era otra y las naciones buscaban marcar su identidad política. En Italia, con Mussolini, imperaba el fascismo, en Alemania, Hitler imponía el nazismo, y en Rusia regía el comunismo. Las muestras de estos países eran el vivo reflejo de lo que vivían, y la de España, el fiel eco de lo que sucedía en suelo español.

Por la avenida del Trocadero, encontraron el pabellón ruso frente al alemán, cada uno de ellos medía fuerzas no solo desde su estructura sino en cuanto a su postura política. No dudaron en

ingresar en uno y otro en medio de la gente que paseaba admirando algunos y criticando el mal gusto de otros.

—Nunca pensé que tuviera semejantes dimensiones.

—Por lo pronto, tenemos varios días para recorrer, podríamos ir a pasear.

—Pero no hace tanto que hemos llegado —dijo Alba.

—Es momento de parar e ir a uno de los cafés hermosos de París.

—Yo prefiero seguir aquí recorriendo.

Alba, en medio de la avenida, vio cómo se alejaban sus compañeras. Con el paso de los días, se daría cuenta de que para ellas el viaje había sido la excusa perfecta para alejarse de sus hogares y disfrutar no solo del arte. Enseguida, buscó un *stand* de información para orientarse y saber qué podía visitar. En cierto punto se alegró de quedarse sola, ya que deseaba ir al pabellón de su adorada tierra. Los últimos años se había centrado en vivir el presente, dejando a un lado aquel pasado añorado. La mujer que había deseado ser había quedado en Llanes, pensó. Hizo un leve movimiento con la cabeza como si de ese modo pudiera expulsar aquellos recuerdos. Caminó hasta ingresar en el pabellón español, que contaba con varios pisos. Sintió que deambular por allí le permitía estar más cerca de su querida Asturias, y una fuerte nostalgia la envolvió. De pronto, se encontró frente al imponente cuadro que reflejaba la Guerra Civil Española, iniciada hacía un año ya. Se detuvo, conmovida. Había seguido de cerca las noticias que comunicaban los periódicos de Buenos Aires acerca del conflicto. Por momentos pensaba qué hubiera sido de ella si se hubiera quedado en su país.

Levantó la vista y contempló el *Guernica*. En blanco y negro, reflejaba la oscuridad y la brutalidad vivida en aquella localidad. Los más de siete metros de ancho del óleo pintado por Picasso mostraban el sufrimiento causado por la contienda; era un alegato contra la guerra. Las figuras de caballos y toros marcaban la influencia que los animales tenían en su obra. Una lamparilla asomaba en su parte superior, Alba deseaba creer que se trataba de una luz de esperanza en medio de semejante lobreguez, desidia y muerte que cubría a España; incluso antes de la guerra el país vivía tiempos convulsionados. La revolución asturiana había fracasado y los miembros del comité fueron apresados y juzgados. Las peleas entre comunistas y falangistas aumentaban, comenzaron las muertes y el descontrol trepó, hasta que la lucha entre españoles de distintas facciones se extendió por todo el país.

La genialidad del artista había hecho que lo pintase en poco más de un mes y por pedido del gobierno de la Segunda República para ser expuesto allí y denunciar la masacre que se estaba cometiendo desde las fuerzas militares comandadas por Franco, pero con la ayuda de Alemania e Italia. La Legión Cóndor, fuerza aérea del Tercer Reich, había sido protagonista en la devastación de los pueblos que resistían al poder franquista, en especial la ciudad vasca de Guernica. En pocas horas, el bombardeo redujo la villa a cenizas.

A Alba se le estrujó el corazón; se llevó la mano al pecho porque sentía que le faltaba el aire. No podía dejar de pensar en Santiago. Hasta entonces, se había esmerado en tener noticias suyas, pero no lo había logrado. Ni siquiera de Paulina, amiga de su madre, quien había ignorado sus cartas. Creía que ese comportamiento se debía a las estrictas órdenes de Amparo.

Inmóvil frente a aquel cuadro, rememoró cada momento vivido en Llanes. En los últimos años había intentado olvidar. Ni siquiera se había permitido, cuando la nostalgia y el dolor la abrumaban, recordar aquellos felices tiempos. Hacerlo le abría una herida sangrante. Al ingresar a ese pabellón, sus defensas se derrumbaron. Aún lastimaba nombrarlo, no se había atrevido a hacerlo durante los años en que no lo había visto. Sumida en los recuerdos que afloraban sin control, perdió la noción del tiempo que estuvo allí y la cantidad de lágrimas que derramó.

El deambular de la gente creó una imagen confusa en su campo visual. Apresuró la caminata, aunque el dolor en la pierna persistía. Sabía que en unos días recuperaría el andar habitual. No podía quejarse de su estado, luego de lo que había sucedido tiempo atrás. Miró en derredor para saber si lo que veía era real o estaba en una ensoñación a causa de la medicación que tomaba para el dolor. Se detuvo y centró la vista en una sola imagen, que intentaba descifrar. Ni siquiera se detuvo frente al *Guernica*. Entonces supo que la figura que había perseguido en sueños no era una mera ilusión, sino que, efectivamente, era ella.

En ese momento, Alba sintió un fuerte escalofrío que atravesó todo su cuerpo. Decidió que lo mejor sería irse. Al girar se detuvo en seco. Supo entonces que los recuerdos que en vano había tratado de olvidar se habían corporizado en la persona de su amado asturiano. La mirada gris de él la devoraba y su rostro se mantenía impertérrito sin demostrar emoción alguna. En verdad, ¿él no se conmovía con ese encuentro? ¿Se habría olvidado de ella? Una maraña de

interrogantes asaltaba su mente y no le permitía avanzar ni retroceder, solo quedarse allí, frente a él, contemplándolo. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Él volvió a mirarla detenidamente y giró para irse de allí.

—¡No! —exclamó Alba.

No fue un pedido ni un ruego, sino un rugido nacido desde lo más profundo. Abascal se detuvo sin voltearse.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó Alba, con la voz entrecortada, al notar cierta cojera en su pierna.

—¿No crees que es tarde para que te preocupes por mí?

—Nunca lo será.

—¿Qué quieres?

—Yo —susurró— quiero saber de ti.

—No estoy de paseo aquí, he venido por otras cuestiones y será mejor que no retrases a tu familia, que te debe estar esperando.

Frente al ademán de él por retomar la marcha, Alba agregó:

—Estoy sola.

—¿Y eso cambia algo?

Un contundente silencio los envolvió al tiempo que ambos se desafiaban con la mirada, midiéndose, reconociéndose. Alba sabía que debía quebrar la muralla que él había construido, y habló.

—El destino hizo que nos encontremos lejos de casa, y quiero saber de ti. Esta pregunta me la he estado haciendo hace ya cinco años.

—Quizá no desees saber de mi vida, puede que no te guste lo que te cuente.

—Si vas a negarme un encuentro, dilo y ya.

Alba comprendía que él estuviera dolido con la decisión tomada tiempo atrás y no podía juzgarlo por eso, pero no tenía derecho a avergonzarla por querer saber de él. Entonces decidió que lo mejor era irse. Lo miró por última vez y se dio vuelta para salir de allí; no estaba de ánimo para continuar con la visita a la Exposición Universal. Caminó unos pasos, pero se detuvo al escuchar su voz.

—En dos horas en la confitería del hotel Le Bristol. Entenderé si no vienes.

Alba no se volteó para aseverar que había escuchado o para decirle que no iría, porque entre ellos las cartas del destino estaban echadas hacía tiempo.

Llegó a su hotel en medio de un caos de sensaciones del que no podía escapar. En cuanto ingresó observó a sus amigas, que estaban en el salón comedor. Una levantó la mano para que se acercara. A medida que lo hacía las mujeres no dejaban de observarla.

—Querida, ¿qué te pasa? No puedes tomarte a pecho este viaje y estar metida en la exposición todo el día.

—Más que haber estado en una exposición parece que se ha encontrado con un fantasma. ¿Ha sucedido algo?

—Nada de eso, ocurre que continué con otros pabellones y después me perdí hasta llegar aquí.

—Entonces ponte linda y te esperamos, que en breve saldremos. Unos amigos nos han invitado a pasear por la ciudad y luego iremos a cenar. No hemos podido negarnos.

—Les agradezco, pero prefiero ir a mi habitación, darme un baño y descansar.

Alba se quedó unos minutos más conversando sobre lo que ellas habían hecho y después todas se despidieron, unas buscaron la salida mientras Alba ingresaba en el elevador para ir a su cuarto.

Los minutos avanzaban. El humo de ese segundo cigarro lo envolvía durante la espera en el salón de Le Bristol. Él la conocía y sabía que ella no asomaría por la puerta de la confitería. Abascal había notado que su apariencia no era la de la jovencita de la cual se había enamorado; ahora lucía prendas elegantes, pero no habían disminuido su ímpetu ni la agudeza en su mirada. Su belleza permanecía; mejor dicho, se había incrementado, era más mujer. Dio una última calada a su cigarro y se incorporó para salir de allí. Al levantar la vista, contempló a una morena que ingresaba en el salón con ese garbo y ese salero inigualables. Ella no dejaba de mirarlo a medida que se acercaba a la mesa.

—¿Has terminado?

—Ni siquiera hemos comenzado, siéntate.

Él hizo un gesto al mozo para que se acercara a la mesa.

—¿Qué te trajo hasta aquí?

—He venido con unas compañeras de una sociedad de amigos del arte. Hace un tiempo que participo y la exposición es un evento que nadie deseaba perderse.

—Me imagino, y has visto lo sucedido en nuestra tierra a través de un cuadro.

—Daría lo que fuera por haber estado allí. Yo no elegí abandonar nuestro lugar.

—No tienes idea de lo que dices. No sabes el infierno que hemos vivido y seguimos viviendo.

—¿Cómo fue que te heriste en la pierna?

—Esta es una herida reciente en la avanzada de los sublevados contra el último bastión republicano del Norte.

Las disidencias que en cuestión política se venían sucediendo se sumaron al asesinato de funcionarios políticos. El golpe de Estado estalló con el conflicto militar; se inició con el ejército en Marruecos, entonces protectorado español. Franco comandó las fuerzas rebeldes que operaban no solo con el ejército del norte africano con crueles técnicas de combate, sino también con la ayuda de Italia y Alemania, y esa colaboración fue determinante. En lo que respecta a la avanzada hacia el Norte, Santander había sido tomada por las tropas sublevadas que se habían abierto paso desde Navarra con el objetivo de alcanzar la única provincia leal republicana: Asturias. Las Brigadas Navarras, unidades militares que respondían al Ejército nacional, y la Legión Cóndor, alemana, avanzaron para tomar la zona, y la resistencia fue absoluta. Fueron doce malditos días de lucha atroz.

—Imagino cómo debe haber sido.

—No, Alba, no sabes lo que ha sido. Ver morir a tus compañeros que has conocido desde siempre fue durísimo. Los rebeldes intentaron avanzar por el paso de montaña del Mazucu.

Ella conocía esa zona a la perfección. Las cumbres de las sierras se fundían en la bruma con un manto níveo que envolvía el paisaje serrano. La sierra de Cuera destellaba a orillas del río Sella. Aquella sierra con aspecto de fortaleza en esas tierras cántabras siglos atrás

había sido refugio frente a la invasión de los romanos, y ahora lo era para los milicianos frente a las tropas franquistas.

—El mal tiempo fue nuestro aliado; en medio de la espesura y la niebla que nos cubría, se les hacía difícil lanzar bombas. Nosotros estábamos agazapados en las grutas que formaba el escarpado terreno. Sabes de lo que te hablo.

En su mente, Alba regresó a la cueva que asomaba frente al Cantábrico en medio de los acantilados de Llanes. Él no se estaba refiriendo al escondrijo en la zona serrana. Le dolía el recuerdo, pero le hacía bien que lo trajera a la memoria en medio del doloroso relato.

—La capilla de San Antón fue convertida en un refugio antiaéreo y se reforzó con piedras sacadas de las almenas de la muralla de El Cercáu —relató con dolor—. La lluvia cesó y el tiempo mejoró para ellos. La Legión Cóndor salió al ataque para arrasar con nosotros lanzando bombas incendiarias; el fuego ardía en el monte por donde vieras. Sin suministros de alimentos ni armas para continuar la resistencia, todo terminó —Abascal hablaba como si se encontrase en un trance, volviendo a los días de lucha—. Varios pudimos escapar. Yo debía hacerlo para poner a salvo a mi gente.

Alba no supo por qué esa última frase le había dolido.

—¿Te refieres a Manuel?

—No. Él no resistió en la revuelta que se hizo hace tres años en *Muros del Nalón*. Yo he sido el responsable de lo sucedido. No quise que formara parte de un envío de armas que me habían encargado. Era peligroso para alguien que no estaba avezado. Quise cumplir el pedido de mi tío para que lo protegiera y le mostrara el camino a seguir. Creí que lo hacía, pero Manuel siempre buscaba el modo de

rebelarse. No sé cómo se enteró de que habría un desembarco de armas, y esa noche se encargó de avisar a las autoridades. Cuando estas se presentaron, el caos fue absoluto. Nos hirieron e intenté salvarlo. Hice lo imposible por socorrerlo; estuvimos escondidos y a resguardo, con cuidados médicos, pero el esfuerzo fue inútil, ya que no logré salvarlo.

—Pero has logrado salvarte, gracias a Dios.

—Es que no lo entiendes —dijo al apurar la copa—, yo no tenía por quién luchar, él sí.

Alba no podía creer cuánto era lo que los había separado, sin embargo, flotaba una atmósfera íntima que los abrigaba a ambos.

—Luego...

—Luego, la vida —agregó él con contundencia.

Ella sabía que dentro de esas pocas palabras había algo más, y de importancia, que diría.

—¿Qué es de tu vida?

—He venido con Torres, mi socio, por algunas cuestiones que debemos hacer aquí. En dos días debo regresar y ver cómo seguir.

—¿Por qué no puedes quedarte aquí, lejos de todo?

—Porque nunca he huido de nada ni de nadie.

—No seas cruel conmigo.

—Nunca lo he sido, puedo asegurártelo. ¿Hay algo más que deseas saber? Supongo que tendrás cosas que hacer.

Otra vez, él volvía a cerrarse.

—Cuando te pregunté por tu vida no indagaba por tu socio ni por los negocios. De hecho, me alegra todo lo que has logrado.

—Si quieres saber si estoy con una mujer, así es.

Ella evitó desplomarse frente a esa confesión. Había fantaseado miles de respuestas y en todas ellas él le decía algo similar, pero escucharlo a viva voz era distinto y más doloroso. ¿Podía culparlo? Claro que no.

—¿Es la mujer de Ribadesella?

Una irónica sonrisa asomó en el rostro de Abascal.

—Nunca existió una mujer en esa villa, y tampoco otra que hiciera que te dejara. Sabes que así no fueron las cosas. ¿Cambiaría en algo que la conozcas? Por supuesto que no.

Él tenía razón, Alba no podía exigirle nada. La diferencia era que llevaba una vida desgraciada, y pretendía saber si él tenía una vida plena sin ella. Alba no se iría hasta averiguar lo que tanto se preguntaba en las noches en vela.

—¿Eres feliz?

—¿Por qué deseas saberlo?

—Porque saber que lo eres es un modo de justificar mi desdicha.

La grisácea mirada de él fue contundente. Durante largos minutos permanecieron en silencio sin dejar de contemplarse.

—Hace años que dejé de serlo, porque con la única mujer que puedo ser feliz es contigo. Pero uno debe vivir, y hay otras maneras de estar junto a alguien, el agradecimiento es una de ellas.

—Entiendo —dijo al reflexionar que ese mismo sentimiento la había llevado a estar con el hijo de don Camilo.

—No quiero retrasarte y es hora de que me vaya.

Alba vio que levantaba la mano para llamar al camarero y saldar la cuenta. Salieron del salón hacia un amplio *hall* que tenía a un lado una puerta giratoria que comunicaba al exterior, hacia allí fue ella. Tras un leve "hasta pronto", él emprendió el camino rumbo al

elevador. Alba salió a la calle y lo vio de espaldas, ni siquiera se había volteado para mirarla por última vez. Volvió a entrar. Se detuvo a mirar el ascensor, avanzó, cuando las puertas se abrieron y Abascal ingresó, quedó frente a ella. En un segundo, antes de que sonara la chicharra, él dio un paso adelante y Alba se lanzó hacia él. Se fundieron uno en el otro hasta formar una única silueta recortada en el *hall* de Le Bristol. Tras largos minutos se separaron. Él la tomó de la cintura y subieron hasta el cuarto piso. Caminaron por el pasillo hasta la habitación. Una vez dentro, Santiago cerró la puerta con ímpetu y ciñó a Alba entre sus brazos.

—Hasta este momento me he controlado como nunca, pero no sé hasta cuándo podré hacerlo. No debemos estar aquí, ya sabemos lo que sucederá si nos quedamos en este cuarto, ¿verdad?

—Sí, y deberías saber que vine aquí para verte y poder estar contigo, porque no ha pasado una noche, escucha bien, ni una, en que no haya pensado en ti, en cómo estarías y si en algún momento me recordabas.

—Shh —susurró él al deslizar el pulgar por los labios de ella—, parece que no tienes idea de lo que significas para mí. La única manera que he encontrado para seguir adelante es dejándote a un lado. Hay algo que debemos poner en claro.

—No pensemos en nadie más —susurró Alba, mientras Abascal asentía.

—Solo nosotros dos sin reclamos por lo que hemos hecho ni pedidos que no podamos cumplir —agregó él.

Abascal esperaba una señal de Alba para detenerse, pero frente a esa declaración se liberó de cualquier atadura que pudiera tener. Deslizó su dedo por la barbilla y su mano le tomó el cuello

acercándola más. Sus labios la rozaron y el fuego contenido explotó. Él no fue delicado sino lascivo, su lengua recorrió con voracidad la boca de ella. Ambos se batieron a duelo con sus lenguas en una lucha por saborearse y sentirse. Con caricias, él fue despojándola de la ropa bajo una melodía de gemidos que lo enloquecían. A medio vestir, él la atrajo hacia el sillón de la sala. Descendió con su boca por el cuerpo de Alba mientras ella se estremecía y gemía en cada beso y caricia que él le daba. Sus dedos se adentraron mientras sentía los espasmos a los que la sometía. Alba se dejó llevar por el placer que le daba, y un temblor comenzó a recorrer todo su cuerpo. Luego, él continuó con su boca y se adentró en su centro jugando con su lengua y sintiendo su humedad hasta que segundos después ella estalló en mil pedazos.

—Ahora necesito estar dentro tuyo —dijo al incorporarse.

Él le tomó las manos por encima de la cabeza para ingresar y fijó la mirada en cada embate que hacía. Ella estaba con la vista húmeda porque se sentía renacer en los brazos de él. Sin dudas, el tiempo de espera había valido la pena.

—Te amo.

Otro embate y él creía que no podría sostener las acometidas, ninguna otra mujer lo provocaba como Alba. El fuerte sentimiento que lo unía a ella le nublaba la razón. Fue entonces cuando ambos estallaron al unísono. Alba se quedó recostada sobre él, que no dejaba de acariciarla.

—Eres lo único bueno que me ha pasado en la vida —susurró Santiago.

—Tú también para mí. Además, estamos solo tú y yo, ¿verdad?

Él se rio, después de tanto tiempo. No había habido motivos para hacerlo. La contempló con las mejillas sonrojadas, los labios hinchados por los besos y la satisfacción de saberse amada.

—Alba, yo...

—Déjame.

Alba lo recorrió, adorando ese cuerpo, como él lo había hecho antes. Se detuvo en la cicatriz ocasionada por el disparo recibido en la revuelta asturiana, la besó y siguió con el recorrido al tiempo que cada fibra de él vibraba al son de los gemidos que lanzaba mientras ella lo besaba. Y se amaron, sin pausa, una y otra vez.

La tenue luz de la madrugada se colaba a través de las cortinas de la habitación. Las sábanas estaban arrolladas a un lado de la cama. Abascal se movió y notó que ella estaba despierta. Alba vislumbró el destello que venía del exterior y era consciente de que un día había acabado y otro comenzaba. Santiago colocó su dedo sobre la boca, también sabía que muy pronto todo se acabaría, aunque ninguno de los dos podía mencionarlo. Entonces se amaron lentamente. Esta vez con sabor a despedida. Él centró la mirada grisácea en la suya. No hacía falta que se dijeran lo que sentían ni cuán desgarrador podía ser ese adiós sin saber si volverían a verse. Alba estaba convencida de que el destino de ambos estuvo marcado aquella noche de tormenta cuando la nave de Santiago se había perdido en las aguas del Cantábrico. Ella lo había ofrecido todo por su regreso. Los rezos, los ruegos y las promesas hechas por Alba aferrada a la medalla de la Virgen de la Guía, la de los mareantes que él le regaló y que pendía de su cuello, habían sido una señal del rumbo por el que navegarían sus vidas.

—Deja que arregle unas cuestiones con Torres para tener más tiempo juntos —dijo Santiago mientras le daba un beso y se levantaba, ante la atenta mirada de Alba.

Alba asintió y se quedó en la cama hasta que escuchó que cerraba la puerta. Entonces se vistió y abandonó la habitación sin siquiera una nota de despedida. No habría palabras que pudieran calmar la desazón que la embargaba. No solo lo hacía por ella, sino también por él, para respetar el pacto que ambos habían celebrado al ingresar en esa habitación. Con lágrimas en los ojos y un fuerte temblor en el cuerpo bajó las escaleras hasta la planta baja y atravesó la puerta giratoria para buscar un coche que la llevara hasta el hotel. Alba estaba convencida de que el orgullo de Abascal no le permitiría salir a buscarla. Eso era lo mejor, aunque tuviera el alma desgarrada en jirones.



CAPÍTULO 19

# TRAICIÓN OCULTA

*Buenos Aires / París / Llanes, tiempo atrás*

Nada de lo sucedido en París fue lo esperado. Días después del encuentro, Alba se despidió de la Ciudad Luz. Luego del encuentro con Abascal, sus compañeras de viaje habían querido averiguar si le sucedía algo, pero no dijo una palabra. Y como ellas deseaban continuar el recorrido europeo con destino a Italia, Alba encontró la excusa perfecta para volver a su casa.

Durante la travesía de regreso a Buenos Aires, no dejó de pensar un solo minuto en él. Su madre creía que no debería haber dejado a su esposo expuesto a la tentación de otras mujeres. Amparo seguía sin entender nada, y menos aún a su propia hija. Por su parte, Pinedo se extrañó de que volviera sin sus amigas.

De inmediato, Alba retomó sus actividades habituales. Sin embargo, se sentía distinta. No le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que estaba embarazada. Pinedo se ufanó de que en aquella noche antes de que ella partiera rumbo a Francia, en la que

había llegado con unas cuantas copas de más, había preñado a su mujer. Ella evitó sacarlo del grave error, porque confesarle que esa noche no había llegado a nada y, para felicidad de Alba, se había quedado dormido, sería poner en riesgo lo que más amaba en el mundo. La criatura que crecía en su vientre era parte suya y de Abascal. Cada día que pasaba soñaba con el rostro que tendría y era tan grande el amor que sentía por dentro que rebosaba de felicidad.

Los meses siguientes fueron plenos; el nacimiento se adelantó un mes, aunque para la familia había sido en la fecha correcta. Era una niña, y la bautizó con el nombre de Aitana. Ella lo había elegido sin posibilidad de que Pinedo interfiriera en su elección. Alba seguía con la tradición familiar de que el nombre de la mujer comenzara con "A": Amparo, Alba y Aitana era una bella tríada. La niña se había transformado en el sol de su vida. Alba necesitaba protegerla, porque sentía que, si alguien se enteraba del secreto que había llevado en su vientre, algo terrible podía suceder. Poco le importaba lo que le fuera a ocurrir a ella, pero no iba a permitir que nadie, bajo ninguna circunstancia, dañara a su hija. El parecido de Aitana con su madre era absoluto, aunque había algo en su mirada que era potestad de su padre. Tuvo la idea de huir con su niña y hacerle saber que había sido padre, pero de inmediato la desechó. El mismo motivo que le había impedido huir en busca de Santiago al nacer su primer hijo era lo que la retenía en esta tierra. Alba debía velar por el cuidado de su niña, descartaba que habría alguna oportunidad en que pudiera confesarle la buena nueva.

En medio de la felicidad que la colmaba, un hecho enlutó a la familia Rivera: la muerte de don Francisco. Su hermano no tenía consuelo; el reencuentro le había provocado una gran felicidad y

ambos habían intentado recuperar el tiempo perdido. Su partida cambió la dinámica familiar y Amparo, quien se sentía la verdadera víctima del dolor por la pérdida de su esposo, se refugió en sus nuevas amigas y en hurgar en la vida de su hija. Con el tiempo, al dolor que acarreaba la ausencia de don Francisco, se sumaron las cuestiones no resueltas en la villa marinera. Amparo quería hacerse de más dinero y buscaba vender la propiedad que los Rivera dejaran en Llanes. Alba le sugirió arreglarla y convertirla en una pensión; parecía una buena opción. Nadie podía poner en duda la visión económica que su hija había adquirido en el negocio hotelero.

Alba sentía que sería la excusa perfecta para ordenar su vida. Por su parte, si bien Amparo creía que era una buena posibilidad, sospechaba de una oculta intención de su hija para retornar a la villa a saldar cuestiones pendientes. Lo único que la tranquilizaba era saber que Pinedo sería de la partida.

Corría el año 1939 y Buenos Aires se preparaba para un evento internacional en el que todos deseaban participar; Pinedo era uno de ellos, se había dedicado a cultivar relaciones importantes en los acontecimientos sociales. Al tanto de todo esto, Alba ideó el viaje para la misma época en que suponía que su esposo buscaría quedarse en la ciudad. No solo por las jornadas de las Olimpiadas de Ajedrez, sino porque las personalidades internacionales que vendrían serían hospedadas en El Escorial. Eso había provocado grandes discusiones matrimoniales. Transcurridos unos días y luego de meditarlo con una copa de alcohol, Pinedo se convenció de que la ausencia de Alba en esa temporada sería beneficiosa, ya que podría

dejar a un lado el arte de aparentar algo que no eran. Que Alba quisiera llevar a la niña lo había tranquilizado, ya que iría bajo el plan familiar sin ningún resquicio del pasado, y con la compañía y asistencia de Carmela. Además, nadie correría peligro en ese viaje, porque en abril de ese año había finalizado la Guerra Civil Española. En el Palacio de El Pardo, Madrid, Francisco Franco había ofrecido una ceremonia frente a la victoria del bando que encabezaba, de raigambre nacionalista, contra los republicanos. Sin embargo, esa paz tan ansiada por toda España fue vulnerada por el régimen dictatorial del Generalísimo, que minó de odios, traiciones y muertes el suelo español.

Entretanto, en Buenos Aires, a pesar de que las VIII Olimpiadas de Ajedrez Internacional se celebraban en el mes de septiembre, los participantes comenzaron a llegar con anticipación para ser parte de una serie de acontecimientos sociales organizados por una comisión creada al efecto, de la que Pinedo se ufanaba de pertenecer.

Los aires de guerra comenzaban a expandirse por Europa. En medio del conflicto internacional, algunas delegaciones que estaban en Buenos Aires debieron regresar a sus países de origen para ponerse a disposición de las fuerzas militares, mientras Argentina proclamaba la neutralidad en semejante conflicto armado.

Bajo ese clima, arribó Alba a su tierra. A medida que se aproximaba a Llanes su corazón parecía estallar. Intentaba que su niña absorbiera cada cosa que le mostraba para que atesorara en su mente el lugar de sus padres.

Era el mes de septiembre, y el poblado costero volvía a vestirse de fiesta ante una celebración religiosa de importancia. La ermita de la Virgen de la Guía se erigía con sus dos torres almenadas que le

brindaban el aspecto de un castillo ancestral. Los pobladores se hicieron presentes con devoción, como cada año, para venerar a la patrona de los mareantes. Alba dejó a la niña al cuidado de Carmela, necesitaba ser parte de esa celebración. Primero fue al templo y, luego de permanecer un rato allí, acompañó la procesión nocturna que llevaba la imagen en andas. A medida que avanzaba, sus dedos se aferraron a la mantilla negra que cubría la cabellera, mientras el fuerte aroma a nardos la envolvía. Una flor blanca que reflejaba la pureza de la virgen era llevada por cada mujer. Sus ojos no solo estaban centrados en el camino que recorría y que conocía de memoria, su mirada escudriñaba a cada persona que pasaba a su lado. Avanzó con expectativa, inquietud e incertidumbre. La espesa bruma envolvía con un manto gris la costa flanqueada por prominentes acantilados que soportaban con hidalguía el combate del oleaje.

Alba se detuvo para contemplar las oscuras aguas hasta que un escalofrío corrió por su espalda y le erizó la piel. El humo del cigarro envolvía sus ojos grisáceos que la penetraban del mismo modo que tiempo atrás. La intensidad de su mirada era desafiante. No se había movido ni un ápice del muro rocoso en que estaba apoyado. Lanzó la colilla del tabaco sin dejar de mirarla. El cuerpo de ella reaccionó solo y sus pies comenzaron a avanzar hacia él, fundiéndose en la penumbra del lugar, como si estuviera poseída por una fuerza que los unía más allá de todo. Alcanzó a darse cuenta de que se había caído la flor que llevaba en la solapa. Esperaba que no fuera un mal augurio.

—¿A qué viniste?

En ese instante, supo que todo sería más complicado de lo que sospechaba.

—Creo que sabes la respuesta.

Aunque buscase intimidarla con la mirada no lo había logrado. Siempre había llevado como estandarte sus convicciones, aunque le generase inconvenientes. Nadie buscaba tener problemas con el asturiano. Así lo llamaban quienes lo querían y conocían, y quienes buscaban tenerlo lejos. Sus dedos acariciaron la mejilla de Alba quemándola por dentro. El recorrido continuó por la garganta hasta rozar la medalla que pendía del cuello.

—Sabes que siempre la llevé conmigo.

En un acto reflejo, él enredó la cadena entre sus dedos y se la arrancó.

—¿Cómo te atreves? Me pertenece —exclamó con los dedos sobre el cuello, no porque la hubiese lastimado, sino por sentirse desnuda y desprotegida sin esa imagen.

—Dejó de pertenecerte el día que te fuiste —reprochó.

El dolor y la rabia que él ocultaba fue lo que la aquietó. Lo único que no hubiese resistido era su indiferencia. Comprendía que se sintiese así, aunque suponía que había algo que lo haría cambiar de opinión. Por eso estaba allí.

—No debiste regresar.

—Te equivocas.

No pudo leer la vehemencia en su mirada, ni comprender su significado. Creía conocerlo, aunque estaba claro que no era el mismo. Quizá se había equivocado al creer que entre ellos algo podía cambiar. Poco después, Abascal se dio vuelta y se perdió en la oscuridad, con la medalla en su bolsillo. Alba miró a su alrededor, la

gente se había dispersado. Estaba sola, acompañada por el rugido del mar.

Aquella noche, se mantuvo en vela. El impacto de volver a verlo había sido devastador. La inquietud persistió durante el día, a pesar de que estaba con su hija y le mostraba lugares que habían marcado su vida. A medida que transcurrían las horas, su incertidumbre crecía. Había decidido que iría a la taberna del pueblo para saber qué novedades había. Parecía que Abascal ya no estaba en la villa. Había intentado averiguar, pero la gente que la conocía no quería meterse en problemas dando datos inoportunos.

Se estaba arreglando para salir, cuando oyó unos golpes en la puerta. La esperanza de que él llegara la hizo correr hasta la entrada. Abrió y se quedó contemplando a la persona que tenía enfrente.

—Nuria, ¡qué sorpresa que estés aquí!

—Podría decirte lo mismo.

La animosidad que Alba percibió al verla se hizo palpable en esas escuetas palabras.

—Nuria, por alguna razón te encargaste de complicar mi vida, ¿o quieres que traiga a cuento la carta que me enviaste? —mencionó con desdén—. Dime, entonces, a qué viniste. No creo que sea para recordar viejas épocas.

A Nuria le costaba comprender los dichos de Alba, ya que debía desconocer lo sucedido. El sonido de una vocecita se inmiscuyó en el áspero diálogo e hizo que ella cambiara el hilo de sus pensamientos. Aitana asomó con una muñeca en sus manos perseguida por

Carmela, que no quería interrumpir a Alba. La aparición de la niña hizo que el rostro de Nuria empalideciera más. Se quedó contemplándola sin articular palabra. Alba cruzó una mirada con su empleada advirtiéndole que sacara a la niña de inmediato. Minutos después, volvían a estar a solas, en un silencio peligroso.

—Pero mira las cosas de la vida. Mi niño tiene unos años más que tu niña.

—Siento mucho lo de Manuel, no sabía que te habías casado.

Una sórdida mueca en el rostro de Nuria provocó cierta inquietud en Alba. Lo que acababa de decir no hacía más que confirmar la sospecha que su amiga tenía desde hacía unos pocos años, los mismos que contaba la niña. ¿Cómo se había enterado Alba de algo familiar e íntimo como lo sucedido con Manuel? Existía solo una manera de que lo supiera.

—Claro que sí, y cumplí el sueño de abandonar la villa —no le aclaró que residía en un pueblo cercano—, no solo tú has tenido la bendición de abandonar este lugar.

Alba la conocía lo suficiente como para saber que Nuria estaba allí por algún motivo de peso y no podía darse cuenta de cuál era.

—Vuelvo a preguntarte: ¿para qué has venido a verme?

—Para decirte que regreses a tu tierra cuanto antes. Debes dejarnos en paz. No tienes nada que buscar o reclamar acá, menos aún de mi esposo. Me he casado con Santiago y tenemos un hermoso hogar —mencionó con la absoluta satisfacción de callar a Alba y verla palidecer en pocos segundos—, no me he casado con Manuel, nunca estuve enamorada de él. Si esta noticia no te importa y vienes por mi marido, deberías saber que soy capaz de cualquier cosa por mantener lo que tanto me ha costado conseguir. Él quedó

destrozado cuando te fuiste. Yo fui horadando el muro que construyó para acercarme y hacerle entender que, de mi mano, había un mañana. Fuiste importante para él, pero en el pasado. Ahora bien, si insistes en recordar viejos tiempos, destruiré tu presente empezando por esa bella niña de mirada muy familiar para ambas.

Nuria tenía clavado el aguijón de la duda por el errante comportamiento de Santiago al regreso de París. Siempre estaba al acecho por saber si tenía contacto con la única mujer que amaba. Eso la enfurecía, porque el paso del tiempo no había logrado apaciguar en Abascal el fuerte sentimiento hacia Alba ni alimentar el amor por ella. Haber hecho ese viaje hasta la villa y visitar a quien fuera su amiga le había servido para constatarlo. La aparición de la niña había sido determinante de una verdad innegable que los seguía uniendo y que ella intentaría destruir por todos los medios.

—No voy a tolerar que vengas a darme órdenes. ¡Vete ya! Eso sí, ni se te ocurra molestar a mi niña, porque antes deberás pasar por encima de mí —dijo al verla caminar hacia la salida—. Además, si yo no fuera importante para él, no estarías aquí —finalizó, erguida frente a semejante traición, no solo de quien se había proclamado su amiga, sino de él.

Carmela se había quedado detrás de la puerta para saber si la señora necesitaba algo, no le habían gustado la mujer ni el modo en que miraba a la niña ni el estado en que había dejado a Alba. Al cerrar la puerta con ímpetu se volteó y abrió los brazos para que Aitana fuera a su encuentro, y la niña se abrazó con ella. Era eso lo único que le importaba: el amor por su niña y velar por ella. Esa noche durmió con Aitana, necesita tenerla cerca. En la vigilia de esa

noche, tomó una decisión, una de las tantas que marcarían su vida: no volver a verlo.

Al día siguiente, logró completar los trámites que la habían llevado allí. Se había reunido con un notario para dejarle los documentos de la familia Rivera junto a un poder para disponer de la propiedad. Ya no le quedaba algo que la atara a su adorada villa marinera. La estadía llegaba a su fin. Por ese motivo, había organizado salir en la madrugada de Llanes. No abandonaría la península sin recorrer otros bellos lugares de Asturias para que su niña los viese y recordase su tierra, a pesar de su corta edad.

Una vez que dejó todo listo para partir, decidió dar un último paseo por la villa. La noche resplandecía bajo el hechizo de la luna. Recorrió el camino que tantas veces había andado, observando cada detalle; quería llevarse todo en su memoria, porque sería la última vez que caminaría por allí. La costa asomaba esplendorosa y la bruma marina envolvía la construcción de La Tijerina, en la embocadura del puerto. El mar bravío dejaba su estela de espuma en las playas de San Antón. Caminó hasta llegar a la gruta. Con nostalgia y dolor, rememoró aquel escondrijo como el inicio de todo. Desde allí contempló el mar que no volvería a ver; debería ahogar en su mente lo vivido a orillas del Cantábrico. Con lágrimas hizo un repaso del ayer y, más allá del dolor, sintió que no cambiaría un segundo de su pasado. No todos tenían la ventura de haber conocido el amor verdadero, sin importar cuánto hubiera durado. En medio de sus pensamientos, un escalofrío la recorrió, y sabía que no se debía al otoño. Una figura tomó cuerpo entre la niebla. No estaba

sola; volvía a estar con él. Una vez más, aquel brumoso ambiente definiría su futuro.

—Fui a buscarte a tu casa, desperté a tu empleada y me dijo que habías salido, suponía que te encontraría aquí.

—Tan seguro estás de mí.

—No, menos al saber que has venido con un bebé a florearte por aquí.

Él no pudo descifrar la mueca dibujada en el rostro de Alba. Desconocía el motivo. Qué distinto y conveniente era para Nuria hablar de un bebé y no de una niña de la edad de Aitana que diera el indicio de la verdad.

—Te lo ha dicho tu esposa —aseveró con amargura.

—Cuando nos vimos te dije que había distintas formas de estar junto a alguien y el agradecimiento era una de ellas. Tras la muerte de Manuel, nos sostuvimos, la culpa que sentía y siento es intolerable. También hubo un motivo para…

Alba no podía continuar escuchando las razones que lo habían llevado a tomar aquella decisión. Ella no podía perseguir la ilusión de estar a su lado en medio de traiciones, mentiras y amenazas. Existía algo puro que era su niña, y por ella lucharía, para mantenerla a salvo de las mezquindades de los adultos.

—Tú lo llamas agradecimiento, en mi vocabulario la única palabra que existe es traición. De ella la podía esperar. De ti, a pesar de los vaivenes que hemos tenido, nunca la hubiese esperado.

—Qué irónico que tú me hables de traición cuando te has casado con otro, ¿qué crees que debería haber hecho yo?

—Quizás, haber hecho una mejor elección. Ella no es una buena mujer, pero tal vez sea la que mereces.

Nunca antes la había oído hablarle con esa crueldad e intolerancia. Tal vez era lo mejor para ambos.

—Me quedo con lo que hemos tenido, jamás amaré a alguien como a ti, pero creo que llegó la instancia de no intentar revertir nuestro destino.

—Puede que sea lo mejor.

Abascal no iba a insistir ni a rogar ni pedir por algo a lo que ella se acababa de cerrar a cal y canto. No era la primera vez que escuchaba de boca de Alba la cuestión del destino. Suponía, entonces, que sus caminos estaban marcados por senderos diferentes. Nadie podía saber si ese mismo destino que los separaba podría unirlos alguna vez.

Alba necesitaba huir de allí, porque el dolor que sentía era inconmensurable y no pretendía demostrárselo. Ya no. Caminó unos pasos y se detuvo al escuchar su llamado.

—Tengo algo que te pertenece —dijo al sacar del bolsillo de su pantalón la medalla que le había arrancado la noche pasada en la procesión de la Virgen de la Guía.

—Si deseas, quédatela.

—Es tuya —replicó.

Él extendió la mano para que ella la tomara. Los dedos de Alba rozaron los suyos y una corriente eléctrica los envolvió. No importaba la decisión que tomasen, siempre habría un chispazo que se encendería cuando estuvieran cerca. Alba se aferró a aquel colgante ansiando que le diera la fuerza necesaria para caminar por el escarpado sendero de regreso que la separaría del hombre que nunca dejaría de amar mientras viviera. Abascal contempló la imagen de ella perdiéndose en la niebla. Sabía que debía dejarla ir.

No había un futuro entre ambos si ella continuaba con su esposo. Él tampoco podía abandonar a Nuria, le había prometido en aquel momento y en la situación en que ella estaba que no la dejaría, aunque supiera que nunca la amaría, porque lo que sentía por Alba no lo sentiría por ninguna otra. Prendió un cigarro y se quedó contemplando la costa, la misma que lo había unido a Alba y que desde ese momento lo alejaría de ella para siempre.

Desde el final de la Guerra Civil, España se hallaba bajo el mando del Generalísimo. Atrás quedaban las dos Españas divididas ante el conflicto fratricida, aunque las persecuciones y la muerte a los traidores y a quienes no estaban con el régimen continuaban. Tiempo después, una nueva guerra de dimensión mundial se iniciaba en territorio europeo. Esta situación traería hambre y miseria a los países que se iban sumando. España tenía la opción de colaborar con los Aliados, ayudar a la Alemania nazi y a la Italia fascista, o permanecer en la neutralidad. Esta última opción fue la que eligió, al menos, durante el inicio del conflicto armado. No obstante, la simpatía con Alemania era manifiesta y llegaría a la instancia de colaborar con el régimen teutón en agradecimiento a la ayuda recibida durante la Guerra Civil. Para los españoles que no comulgaban con la postura del gobierno, la situación era tan complicada como antes. La realidad era compleja y buscar la salida para vivir mejor también lo era. Las industrias en varias zonas de la península estaban acabadas. El dictador Franco asumió el gobierno con un país destruido. Su gente también lo estaba, y subsistir en aquella España era cada vez más difícil.

Abascal había salido indemne del episodio de las armas en la sublevación asturiana, mientras otros habían sido encarcelados. Pero la falta de colaboración con el régimen franquista se pagaba, y con creces. Él sabía que debía encontrar la salida a su vida, en especial para quienes tenía a su cargo. Con Torres estaban lidiando con el trabajo, pero frente a una economía de guerra con fronteras cerradas todo se complicaba.

Justamente, ese día debía reunirse con su socio y sería en el poblado de Ribadesella. Luego de haberse trasladado a Onís con la familia, ahora Santiago regresaba al lugar del que había huido, para definir una vez más el futuro. La noche comenzaba a bañar de oscuridad la zona portuaria. Deambuló hasta llegar a la taberna. El humo de los cigarros y el murmullo de los presentes daban vida al lugar. El ambiente parecía tranquilo. Tomó asiento junto a Torres y pidieron dos vasos de whisky.

—Veo que la cosa está más complicada de lo que creíamos.

—Así es —contestó Abascal—, no tenemos tiempo para recuperarnos que entramos en otro conflicto armado sin saber qué dimensión alcanzará.

—Por eso creo que será mejor que nos vayamos por un tiempo.

—¿Adónde?, ¿qué te traes entre manos?

Un breve silencio sobrevoló entre ellos. Santiago sabía que su socio no hablaba porque sí y que tendría una propuesta certera.

—Sabes que varios de nuestros compatriotas huyen hacia la frontera francesa y otros hacia Cuba o Argentina, cuando no lo hacen hacia el norte africano.

—Sí, y deberías saber que no abandonaría mi tierra por siempre, que Argentina no es ni será un destino posible para mí, y que

tampoco pienso huir por la frontera francesa para caer en un campo de internamiento francés. No creo que sea eso lo que deseas para nosotros.

Torres no quiso profundizar acerca de la dura negativa de instalarse en América, en especial, en Argentina. Poco le había contado Santiago sobre aquella mujer que le había trastocado la existencia.

—Escucha lo que voy a decirte —continuó—. Hay una posibilidad de que nos instalemos en Marsella. Allí tengo ciertos contactos y andan buscando una flota para trasladar mercadería. Creo que no podemos perder esta oportunidad.

Abascal prendió un cigarro y se reclinó en el asiento. Se tomó su tiempo para contestar. Sabía a qué se refería su socio al hablar de "mercadería".

—Cuando surgió la posibilidad del contrabando de armas, te dije que esa sería la última vez que lo haría. Salí indemne de aquello, no pienso continuar con lo mismo. Si es lo que deseas, búscate a otro.

—No me refiero a las armas. En esta estaremos los dos y traficar armas tampoco es una opción para mí. Te dije que tengo un contacto que necesita trasladar cierta mercadería frágil y fácil de camuflar.

—Ve al grano.

—Sería trasladar piezas de arte de cierto valor: cuadros.

—¿De quién y hacia dónde?

—No nos debe importar su origen, y el destino depende del mercado. Aquí es zona de tránsito.

—Dejamos las armas a un lado para traficar arte.

—Es solo una posibilidad, de momento, hasta que la cuestión se revierta. En Marsella tendríamos los permisos necesarios para que nadie nos cuestione. Supongo que tu mujer estaría feliz de residir en Francia. Desde allí estaremos a un tiro hacia aquí por si surge algo. Hasta que la situación económica cambie y podamos seguir con lo nuestro, creo que es una gran posibilidad. Esto lo hago contigo; si no es posible, me abro de la propuesta que me han hecho.

—Me lanzas la responsabilidad de decidir.

—Lo digo en serio, y si crees que no se puede hacer, no habrá cuestionamientos.

Torres contaba con los contactos, pero la parte operativa recaía en Abascal. Si él creía que no era posible, no se arriesgaría.

—¿Cuál es el porcentaje que nos llevaríamos?

—Todo eso es lo que deberíamos conversar. Aunque serán flexibles, puedo asegurártelo.

—¿Son fiables?

—Pues, la confianza que puedes tener en este negocio.

—Bien, estoy dentro en la medida que vea que la cosa es viable. Cuando haya algo que se salga de control, me abro; estas son mis condiciones.

—Si llega ese momento, ambos nos abriremos —replicó con una sonrisa—. Por nuestro nuevo destino —celebró al levantar la copa—. Vamos por otra ronda.

Abascal asintió. Creía que sería una buena decisión cambiar definitivamente de lugar. Sonrió para sí, convencido de que el destino le abría otra posibilidad en la vida, y la tomaría.

Las azules aguas del Mediterráneo bañaban las playas francesas que rodeaban Marsella. Su puerto se había transformado en la puerta de ingreso a Francia, en especial a la Provenza. Todo tipo de mercaderías transitaba por allí. Además, ese puerto servía de vía de escape para aquellos que buscaban huir del régimen nazi. Sin embargo, la cuestión política en territorio francés había cambiado. La derrota inesperada del Ejército galo en Dunkerque había habilitado la invasión alemana. Poco después, precipitadamente el gobierno debió refugiarse por un tiempo en Burdeos ante el avance de las tropas alemanas. En medio de aquella coyuntura política habían arribado Abascal con los suyos y Torres, para comenzar una nueva vida en Marsella.

Una vez instalados, comenzaron las reuniones en las afueras de la ciudad para negociar las condiciones del primer encargo. En esa primera instancia, fueron aceptadas las que ellos habían pedido.

Abascal intentaba moverse en las sombras del deambular portuario para pasar inadvertido. Esperaba el momento en que mermaban los controles, más allá de contar con un salvoconducto que le permitía operar más tranquilo. Los primeros envíos se habían realizado con éxito, y habían llegado a destino en perfectas condiciones. Que todo saliera bien les brindaba la confianza necesaria para continuar. La ganancia era muy buena y los había animado a instalarse allí por un largo tiempo.

Una noche, Abascal aguardaba a Torres en un depósito de la zona portuaria porque este le había pedido una reunión urgente. Era raro que se retrasara.

—Coño, me tenías preocupado —exclamó al verlo acercarse.

Abascal observó que algo sucedía por el gesto adusto que tenía su socio. Con el correr del tiempo había aprendido a leerlo.

—Se ha suscitado un problema de último momento con nuestro proveedor.

—Sé más claro.

—Debemos ir hasta un poblado a retirar la mercadería que se encuentra oculta.

—De ningún modo. Eso no es lo convenido.

—Lo sé, hombre, pero nos pagarán por esto.

—No me gusta.

—Le he dicho que será solo por esta vez, sabes que nos vienen pagando a término.

Abascal supo que no podría negarse, aunque no le gustase la propuesta.

—¿Habrá alguien allí?

—No, y deja de preocuparte, que iremos juntos.

—Está bien, dame los datos para ver cómo y cuándo iremos.

—Aquí tienes.

Torres desplegó un mapa de la zona y marcó con su dedo la localidad en donde deberían retirar los cuadros que trasladarían en barco. Alistaron lo necesario para cumplir con el nuevo encargo.

Las escuetas luces a la vera del camino iluminaban el quebrado sendero al poblado cercano. Les Baux-de-Provence se encontraba en lo alto de las colinas, vigilando a un lado las canteras abandonadas y al otro las azules aguas del Mediterráneo. El vehículo se desplazaba rumbo a la finca abandonada, según había dicho el contacto.

—Es por aquí —señaló Abascal con una linterna sobre el mapa que tenía en sus manos.

La construcción era de piedra con muros por los que trepaba una hiedra. Los postigos de las ventanas se encontraban cerrados. Dejaron el vehículo a un lado del sendero de ingreso a la propiedad, debajo de unos pinos.

—Es mejor que te quedes aquí por si surgen problemas.

—Si veo que te retrasas, entro —acotó Rafael—, aunque no debería surgir ningún problema.

Abascal se bajó del vehículo y enfiló hacia el portón de atrás, donde había un depósito. Con la linterna recorrió el recinto. Varios trastos apilados se hallaban contra una pared. Al otro lado, había una mesa destartalada con cajas de cartón y, al costado, unos tubos negros que contenían las telas que tendrían un nuevo destino. Cuando Abascal las tomó para salir de allí, de pronto una puerta se abrió y asomó una silueta; detrás, la luz de la sala iluminó el lugar. El hombre se abalanzó sobre Abascal. Uno de los tubos cayó de sus manos y rodó a un costado del depósito. Se trenzaron en una pelea, pero mediante una rápida maniobra, el sujeto sacó un cuchillo y le rasgó el pómulo derecho. Santiago reaccionó ante el impacto y, tras un fuerte puñetazo, logró arrebatarle el arma y asestarle un puntazo en el abdomen, del que comenzó a brotar sangre. Un chillido lo sobresaltó y lo hizo girar. Notó que un bulto se movió entre las luces y sombras reflejadas. El haz de luz de la linterna lo iluminó por completo y fue hacia donde el otro tubo se hallaba. Entonces vislumbró que un crío estaba arrinconado y temblando en el escondrijo y a medias palabras le pidió que no lo matara. Esa presencia hizo que Abascal no ultimase al hombre. Debía salir de allí cuanto antes, para evitar que algún vecino advirtiera lo sucedido. Huyó con los tubos, y al alcanzar el vehículo los arrojó dentro.

—Hostia, arranca ya, que me han herido.

Torres salió a toda velocidad sin las luces encendidas para evitar que alguien pudiera verlos. Creía que llevarlo a un hospital sería lo más conveniente, pero Abascal se rehusó en el convencimiento de que Nuria curaría la herida. Los años en el hospital de la villa la habían preparado para contingencias médicas. Rasgó su camisa y se colocó un trozo de paño sobre la lesión, haciendo presión para detener el flujo de sangre. Poco le preocupaba que le quedase una marca en su mejilla; sería una más de tantas.

—Ya me van a oír, nada de esto era lo esperado —exclamó Torres.

Abascal no le contestó. Centró la mirada en el camino de regreso mientras pensaba quién podría ser la persona que lo había atacado. Sin dudas, el crío hablaba en francés, pero no sabía si lo era. Le sorprendía que alguien fuera a robar con un niño. Quizás ese sujeto vivía en una casa deshabitada y había reaccionado de manera violenta al verlo. Varias eran las posibilidades, ninguna certera. Acababa de luchar con alguien desconocido, como si lo hubiera hecho con un fantasma. Sería mejor que lo sucedido allí dentro quedase en el olvido, y que no intentara descubrir nada más.

CAPÍTULO 20

# UNA BRASA INCANDESCENTE

*Buenos Aires, tiempo atrás*

Los aires de la guerra habían llegado en finas ráfagas al país. Haber permanecido en la neutralidad, bajo una simpatía manifiesta hacia Alemania, había permitido que el país siguiese con una vida alejada de la miseria y el hambre reinantes en el territorio europeo. La actividad cultural y social era intensa. El arte seguía unido a la prosapia y el abolengo de las familias patricias, pero se podía ser parte del aquel círculo en las muestras y *vernissages*. Las colecciones iban creciendo con la adquisición de arte en el extranjero. El gusto e interés hacia los artistas iban cambiando.

En aquel momento, ya terminada la guerra, un nuevo presidente regía los destinos del país. Juan Domingo Perón había sido electo y aquella cordialidad y propensión hacia Alemania había favorecido la circulación de obras de arte sin que importara demasiado su origen.

Alba Pinedo había encontrado en el mundo del arte un modo de vida. Además de su actividad en El Escorial, participaba de varios

eventos que se celebraban en galerías y museos. Había sido idea suya, y aceptada de buena gana por la gente del arte, ofrecer uno de los salones del hotel para celebrar muestras, ya fuera de artistas consagrados o de nuevos. No era fácil acceder a colecciones de importancia, pero los contactos que había sabido ganar estaban dando sus frutos.

A pesar de sus actividades, Alba nunca desatendía a su hija. Desde pequeña, Aitana se quedaba en el despacho de su madre mirando los cuadros, y escuchaba lo que le relataba sobre ellos. Era una manera de estar cerca de su niña y también de él. Abascal le había obsequiado, en un cumpleaños que no olvidaría, un lienzo y pinceles para que se lanzase a pintar. En estos años, Alba había mantenido vivo el recuerdo en su hija sobre ciertos gustos de su verdadero padre. En cambio, Pinedo no colaboraba en construir una relación con su hija, ya que pasaba gran parte del día fuera y cuando estaba en el hogar se abocaba a sus asuntos. Con la mente perdida en sus pensamientos no había oído que su hija la llamaba.

—Mami, ¿te sucede algo?

—No, mi niña, solo preocupaciones del negocio.

—Estoy aburrida.

—En breve termino y daremos un paseo, ¿qué te parece?

Alba notó que su hija no se entusiasmaba frente a esa propuesta.

—Esta vez eliges tú. Dime dónde quieres ir —propuso. Vio cómo la mirada de la niña cambiaba y esa familiaridad en sus ojos le estrujó el corazón.

—Quiero ir a ver los barcos.

—Aitana, es tarde y hace frío.

—Entonces, ¿para qué me pides que elija?

Alba se quedó unos segundos observando a su hija, que no le quitaba la mirada de encima.

—Ponte el abrigo, que saldremos.

Una amplia sonrisa asomó en el rostro de la niña. De inmediato, Aitana se colocó un tapado azul y guantes de lana. Alba hizo lo propio y buscaron el coche que las llevaría al puerto.

El atardecer destellaba pinceladas azafranadas que se ahogaban en las turbulentas aguas del Río de la Plata. Los changadores, estibadores y capataces cumplían su faena desde el amanecer y con el correr del día el movimiento decaía. A esa hora, la actividad en el puerto de Buenos Aires era inexistente. Aitana sabía que uno de esos barcos había traído a su madre para instalarse en esta tierra. Sin dudas, la vida de Alba estaba amarrada a un puerto, aunque no le hubiera confesado a su niña por qué motivo necesitaba estar cerca de ese lugar.

—Mira, mamá —dijo señalando con su dedo índice—, qué grande es aquel barco, vamos.

—Ven, ponte el gorro.

—No quiero.

—Entonces, no nos acercaremos.

Aitana debió colocarse el gorro que su madre llevaba en la cartera. Mientras tanto, Alba desvió la mirada hacia la zona de aduana donde se realizaban los trámites de embarque. Evitó los recuerdos que le traía esa zona y se centró en contemplar algunos de los barcos. Poco después, emprendieron el regreso debido al viento que se había levantado. Caminaban junto a la orilla del río cuando, a cierta distancia, Alba observó un movimiento distinto al que usualmente había allí. Sobre la calzada había estacionado un

automóvil elegante del que había descendido un sujeto cuyo aspecto le resultaba familiar. Lo rodeaban tres operarios que se movían con discreción, como si buscaran pasar inadvertidos, pero Alba vio que uno de ellos ingresaba en un dock con unos tubos y unas cajas de madera. No solo se sorprendió por ese movimiento poco habitual, sino que, gracias a la luz de una farola, logró vislumbrar a un sujeto que había visto en uno de los museos a los que concurría. Si la memoria no le fallaba, se había presentado como experto en arte. Le hubiese encantado acercarse para saber más, pero estaba con Aitana y debía regresar a su casa. Giró para salir de allí y la sorprendió la presencia de otro hombre, tambaleante y con una botella de vino en la mano. Alba apretó la mano de la niña y la atrajo, para evitar que ese sujeto pudiera rozarla.

—Ellos siempre están a esta hora —lanzó el hombre entre hipos, y con los ojos inyectados por el alcohol.

Alba apresuró el paso sin siquiera mirarlo, y salió de la zona portuaria rápidamente. Se quedaría tranquila cuando abordaran un vehículo que las llevara a casa.

Las jornadas siguientes transcurrieron sin demasiada novedad para Alba, sin embargo, la rondaba cierta inquietud por lo que había visto en el puerto. Ese día terminaría tarde en el hotel, y aprovecharía para darse una vuelta por allí y verificar si aquel borracho decía la verdad. La luna se agazapaba en las nubes y el frío se intensificaba en la zona portuaria. Alba bajó del taxi, se levantó el cuello del abrigo y comenzó a caminar por la senda empedrada. El sonido de sus tacos repiqueteaba sobre la calzada. Poco después, se detuvo en

la cercanía de un depósito identificado con el número cuatro. Se acercó, nadie andaba por la zona, salvo el borracho, que envuelto con unos cartones se hallaba en la esquina. No veía a los centinelas que había observado la noche pasada. Notó que el amplio portón estaba cerrado, pero había una puerta lateral que se no se hallaba con llave. Con solo empujarla logró abrirla. Debió sortear algunos charcos de agua que había por allí. Unas luces en el interior iluminaban el desangelado y amplio recinto. Sobre un lado observó cajones de madera envueltos con una lona impermeable alquitranada. A medida que se adentraba en aquel lugar, el olor a lavandina se intensificaba. Varios cepillos de carpintero se hallaban sobre una mesa de madera. También había frascos de anilinas, jabones y un polvo limpiador. Inmersa en los pensamientos no escuchó que alguien se acercaba por detrás.

—Doña, la estaba esperando —dijo al quitarse los guantes de trabajo en un gesto de respeto hacia ella.

Alba se irguió y se dio vuelta, ya que no tenía tiempo de escapar de allí. El hombre llevaba un delantal de cuero con anteojos de gran aumento montados sobre su nariz. Tenía el aspecto de un carpintero, aunque ese depósito no parecía ser de muebles.

—La estaba esperando y ya me iba. Soy Chelo, ¿usted es?

—Amparo Montalvo.

La contestación le salió antes de considerar si el nombre dado era el correcto para evitarle complicaciones. El hombre, ya cansado, buscaba cumplir con lo ordenado e irse hacia la casa.

—Disculpe —dijo al mirar un cuaderno con anotaciones—, no era usted quien debía venir hasta aquí.

Alba se acercó al cuaderno sostenido por el empleado, quien remarcó con un círculo el nombre de la mujer que esperaba, certificando que no se trataba de la misma persona que tenía a su lado.

—Corina me envió hasta aquí, para saber si todo estaba saliendo bien. Ella vendrá en unos días para buscar la entrega.

—Ahora sí.

—Veo que está solo.

—Sí, ya le dije que la esperaba, acompáñeme.

Ella lo siguió hasta el final del recinto donde había una puerta. Al abrirla observó varias telas en caballetes, y marcos de madera tallada apoyados a un lado de la habitación. Sillas de estilo desarmadas y otros objetos de valor completaban el mobiliario de distintas épocas. El hombre deslizó sobre el marco de madera las yemas de los dedos.

—Pase y fíjese cómo quedó el encargo.

Ella no dejaba de mirar todo lo que la rodeaba.

—Fíjese, doña, qué bien quedó con el ácido muriático, y cómo logré quitar las letras escritas.

Con eso lograba desaparecer nombres y números inscriptos en un lugar inconveniente. Ningún detalle quedaba librado al azar. Unas fotografías colgadas en la pared indicaban qué partes de las piezas debían modificarse. La amplitud en la imagen permitía observar de modo pormenorizado el objeto que se pretendía incorporar al mercado del arte. Alba no dejaba de contemplar con asombro la falsificación que hacían de los objetos. En algunos casos, las obras de arte eran exhibidas como si fuesen originales; en otros, se camuflaba su origen para evitar que se indagara su genealogía. Ya

en el mercado, las telas u objetos de valor pasarían por diferentes propietarios que, de buena y mala fe, o mirando hacia un costado, los comercializarían sin inconveniente alguno.

—Ha quedado impecable.

Alba no solo miraba lo que Chelo le mostraba, sino que recordaba las veces que había preguntado sobre algunos cuadros de dudosa procedencia. Por ignorancia o por interés de que ella se mantuviera al margen, nadie le había dicho la verdad. El rumor sobre el mercado negro de obras de arte era conocido, pero no imaginaba que a orillas del río se pudieran camuflar y distorsionar obras de semejante valor.

—Espero que se lo diga a su amiga.

—Por supuesto, así será.

—¿La acompaño?

—Gracias, conozco el camino.

Alba apuró el tranco, hasta el momento la había sacado barata. Con el corazón en un puño, salió de la zona portuaria y buscó un vehículo que la llevase de regreso a su casa. No podía quitarse de la mente lo que acababa de descubrir y desconocía hasta cuándo la suerte la acompañaría.

En breve, el Museo de Arte Decorativo exhibiría una muestra de arte moderno. Varios exponentes de esa corriente estarían presentes. La fachada del edificio estaba inspirada en el frente del Ministerio de Marina frente a la Place de la Concorde de la Ciudad Luz. El imponente jardín de estilo francés contaba con una fuente de los cisnes, evocando a la de Versalles, y daba alberge a los invitados antes de que ingresaran a los suntuosos salones del palacio, que

perteneciera a la familia Errázuriz Alvear. Tiempo después había sido adquirido por el Estado junto a las colecciones que sus dueños poseían. Ella admirando la decoración que tenía.

Alba asistió el día de la inauguración, como siempre sin la compañía de su esposo, que se inclinaba por ambientes más sórdidos. Arrobada, recorrió los salones hasta detenerse en uno art-decó; el artista catalán José María Sert, uno de los muralistas más importantes de la península, lo había decorado. Se destacaban en él cuatro paneles pintados al óleo, uno de ellos sobre espejo. Sert también había trabajado en la residencia del Barrón Rothschild en Chantilly, y en las de otras destacadas personalidades en distintos países. Había muerto dos años antes, y recordarlo, para Alba, era regresar a sus raíces. Por más que lo ocultase, nunca había cortado lazos con su lugar.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz masculina que tronó detrás.

—Qué gusto me da que esté, una vez más, presente en esta exposición.

Ignacio Pirovano, director del museo, se había acercado a saludarla.

—Imposible no concurrir a esta maravillosa muestra. ¿Cuándo has llegado?

—Hace diez días que vine a la ciudad. He querido estar detrás de los detalles de este evento. Aunque sabes que París es mi segunda casa, y cuando me desocupe me iré allá.

Alba no comprendía cómo con el cargo que ostentaba podía controlar y regir los destinos del museo a la distancia. Eran

conocidos los fuertes vínculos que mantenía con el peronismo, sobre todo en ese momento, en que su jefe presidía los destinos del país.

En esta oportunidad, Alba no solo fue para disfrutar del arte, sino para constatar si el sujeto que había visto esa noche en el puerto se presentaba ahí. El tiempo pasaba y no lo había visto. Las banales charlas mantenidas con los distintos invitados ya la estaban cansando. Alba había visto y apreciado los cuadros que deseaba ver y creía que la velada estaba llegando a su fin. Iba camino a despedirse de su gente conocida cuando fue interceptada por un hombre que no conocía.

—Alba Pinedo, ¿verdad?

—Así es.

—¿Me quiere acompañar? Hay alguien interesada en su opinión sobre una tela. Sabe de su conocimiento del arte moderno. La aguarda en la sala del primer piso.

Alba asintió sorprendida e intrigada. Le daba tranquilidad que la reunión se hiciera dentro del mismo Palacio. Subió un piso por la escalera de alabastro color marfil con baranda de madera y hierro forjado. El hombre se detuvo ante la puerta de caoba.

—La están esperando.

A Alba la sorprendió que ese sujeto no ingresara. Al entrar, vio a una mujer mayor sentada en uno de los sillones; tenía un aspecto europeo y lo confirmó cuando oyó su voz, de acento extranjero. Sentado a su lado había un hombre que no conocía.

—Siéntese, por favor.

Alba se ubicó en una silla de estilo que armonizaba con el resto del mobiliario del suntuoso recinto.

—No sé cómo debo llamarla, si Alba Pinedo o Amparo Montalvo, usted dirá.

La descripción dada por el operario había sido certera para saber la identidad de la persona que había estado en el galpón. No abundaban las españolas con garbo y salero en el mundo del arte. Alba había pensado en que alguien podría descubrir su falsa identidad, pero no imaginaba que fuese tan pronto.

—Como quiera llamarme está bien. Supongo que usted es Corina.

—Así es, ¿qué es lo que busca?

—A esta altura no voy a engañarla —dijo con convicción—, soy una apasionada del arte y no siempre puedo adquirir lo que anhelo. Es conocido el rumor sobre obras de arte que se pueden conseguir si uno hace la vista gorda. Debo confesar que fue un hallazgo lo de aquella noche en el puerto.

—¿Quiere que crea que usted es asidua visitante del puerto?

—Debería hacerlo. Yo vengo de una villa marinera y siempre he estado en contacto con el agua. Podría decirle que es mi lugar natural. He llegado de mi tierra en un barco como los que están amarrados allí e ir hasta el puerto me une al lugar que dejé.

Un significativo silencio sobrevoló en la sala. Ambas mujeres se medían, porque era claro que ninguna confiaba en la otra.

—Aprecio su honestidad, es una cualidad difícil de encontrar en este ambiente.

Alba no pudo más que sonreír ante esta declaración. Estaba sentada frente a una estafadora de arte que hablaba de integridad y honradez.

—Como debe suponer, no me hace gracia que mi actividad sea más conocida de lo necesario.

—Lo puedo imaginar.

Alba no deseaba que su familia se viera involucrada en algo semejante, aunque su esposo no hiciera mucho por enaltecer el apellido. Antes de asistir a ese *vernissage* había contemplado distintas alternativas. Su osadía había pasado un límite y debía seguir adelante, aunque fuera para adquirir una sola obra de arte. Creía que dar marcha atrás era más peligroso que avanzar. Debía ser lo suficientemente convincente para que confiaran en ella y que nada se conociera fuera de esas cuatro paredes.

—Creía que podría adquirir una obra de arte en las mejores condiciones que usted pueda brindarme. Luego la expondré en el salón del hotel familiar y quizá la venda sin dar demasiadas explicaciones sobre su origen. Es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

—Veo que aprende rápido.

—No lo crea —agregó Alba, con sorna—. Solo quiero objetar algo.

—La escucho —agregó.

A Corina le sorprendía que una mujer que había sido descubierta en el galpón que ella manejaba pretendiera imponerle condiciones sobre la operatoria. Sin duda, debería tener en cuenta a Alba Pinedo o Amparo Montalvo, a esa altura daba lo mismo.

—Lo haré solo cuando lo desee. No me puedo comprometer a realizar esta operatoria de manera permanente. Mi silencio lo pago al involucrarme en su negocio con la obra de arte que adquiriré en estos días.

A ambas las unía el silencio; nada de lo tratado debía salir de allí. Había una cuestión a dilucidar: cuán confiables eran las dos.

—Está bien. Creo que haremos buenos negocios.

—Es un placer, Corina.

—En unos días tendré otro encargo. Esté lista para efectuar la operación.

Alba asintió. Daba gracias por poder trabajar y haber tenido la sensatez de ir guardando una parte del dinero en un escondite de la casa y otra en el banco, que crecía con el paso de los años. No obstante, el valor que pagaría por el cuadro sería poco en función del dinero que había sabido ahorrar.

—Estaré esperando su nota, que deberá ser entregada solo a mí.

—Por supuesto, ninguno de nosotros —dijo al mirar de soslayo a su acompañante, que durante la entrevista no había abierto la boca — quiere alguna filtración.

Alba se incorporó y saludó a la mujer y a quien la acompañaba. Al salir vio a un lado de la puerta al hombre que la había conducido hasta allí. Parecía ser un centinela de Corina. Ya en la calle, pensó que había salido airosa de la situación, pero desconfiaba de esa mujer y sus palabras. Solo restaba esperar.

Mientras Alba se alejaba del museo, Corina tomaba una copa en compañía de los suyos.

—Hay que tener cuidado con ella.

—¿Por qué lo dices?

—Es una mujer inteligente. No ha dudado al hablar y lo ha hecho con una templanza digna de admirar.

—¿Entonces?

—Esta vez actuaremos diferente y dividiremos responsabilidades. En esto no estoy sola.

—Lo que digas.

—Si ella responde según lo esperado, veremos de tenerla en cuenta en alguna otra operación compleja.

Luego salieron del salón y se confundieron con el resto de la concurrencia.

Los días trascurrían y Alba se hallaba en un estado de tensión absoluta. En el momento menos pensado se apersonó en su casa un cadete con un sobre. Carmela no pudo recibirlo; debió aparecer Alba para que el joven se lo entregara en mano. Luego de leer la esquela, se dirigió a su habitación para cambiarse.

—Debo salir; te pido que cuides a los niños —dijo a Carmela.

—Por supuesto, quédese tranquila.

Alba se puso el abrigo, caminó unos pasos hacia la puerta y se detuvo.

—Carmela, si ves que no llego a un horario prudente, búscame en el puerto.

—Señora, no me asuste.

—No lo hago, solo tomo precauciones y sabes que mis hijos son lo único que me motiva para que nada me suceda.

—Voy a rezar, y verá que nada va a sucederle.

—Gracias, Carmela.

Salió rumbo al puerto, esta vez hizo que el taxi la dejara más cerca del depósito al que debía ir. Descendió del vehículo, se levantó el cuello del tapado para evitar que alguien la reconociera. En medio de la incertidumbre, una amplia sonrisa asomó en su rostro cuando observó al único hombre que había seguido sus pasos desde el primer día que se había involucrado con el tema. El borracho

continuaba allí con una botella, envuelto en el humo de la fogata improvisada con unos pocos cartones. Alba rebuscó en su cartera y sacó algo de dinero para dejárselo. El hombre mostró una sonrisa exhibiendo la falta de varios dientes y levantó la botella en un gesto animoso para convidarle. Ella negó con la cabeza, pero pensó qué bien le vendría un buen trago. Sentía las manos frías y húmedas a pesar de los guantes. A medida que avanzaba se arrepentía de la decisión tomada, aunque sabía que era tarde para echarse atrás. El sonido de los tacones repiqueteaba en la calzada; estaba a poca distancia del galpón número cuatro. La figura de un hombre asomó antes de que ella llegara a destino.

—La señora me dijo que esta noche hay un cambio.

—¿A qué se refiere?

—A que el depósito se halla imposibilitado y que la entrega se hará en un barco.

—¿En cuál?

La desconfianza de Alba era absoluta. Calculó el tamaño del hombre que estaba a su lado y supo que no tenía oportunidad de huir de ahí sin ser alcanzada por ese sujeto. Debía ir hasta el final: siguió al individuo en silencio. Las embarcaciones se bamboleaban en las aguas del río. Caminaron unos metros hasta detenerse en una nave de menor porte que las otras.

—Aquí debe hacer la operación. Para evitar algún inconveniente estaré aguardando en este lugar hasta que finalice.

—¿Cómo sabe que nada me sucederá a bordo?

—Porque no es la primera vez que esta gente hace negocios con nosotros.

Alba decidió creer que lo que decía era cierto, y decidió seguir adelante. Las luces del muelle no iluminaban bien la embarcación ni el camino. Quizá por costumbre, o simplemente por la inquietud de saber en qué nave subiría, desvió la mirada para buscar el nombre. Debió aferrarse de la baranda y detenerse cuando leyó en la popa *El Asturiano.* No podía dar crédito a esa jugada del destino. Los latidos del corazón se le dispararon y un fuerte temblor se apoderó de su cuerpo. Se volteó, y el hombre le hizo un gesto con la cabeza instándola a que avanzara. Así lo hizo. Fuera de la cabina había un hombre que la aguardaba.

—¿Usted es?

—Amparo.

—Sígame.

Ella lo siguió sin perder detalle de cada cosa que veía a su paso. Bajaron una escalera hasta llegar a un camarote. Dentro había unos bultos, y sobre la mesa un tubo. Él sacó la tela y la desenrolló. Era una obra del artista Paul Klee. Cómo no reconocer el color de su pintura. En aquellos libros que ella había leído para aprender de arte recordaba que el artista manifestaba que el color lo poseía, casi fundiéndose en su persona. Aclaraba, también, que un pintor no debe pintar lo que ve sino lo que verá. La pasión dominaba sus cuadros y era lo que Alba apreciaba por encima de su magnífica obra. A pesar de tener semejante obra delante de sus ojos, su mente se hallaba en otro lugar

—¿De dónde es?

—Sería mejor no preguntar su procedencia.

—No me refiero al cuadro sino a usted.

—De Asturias.

El fuerte impacto que Alba sintió la hizo trastabillar. La palidez le cubría el rostro y sintió un leve vahído, pero no podía flaquear, debía indagar lo que tanto la angustiaba.

—¿Quiere beber algo?

—Por favor, algo fuerte.

El hombre le sirvió una copa de whisky y Alba bebió un sorbo.

—¿Usted botó la embarcación?

—Se la compré a su dueño. Disculpe, pero creía que estaba interesada en una pintura y no en los detalles de un barco.

Alba había ingresado en una maraña de pensamientos de los que no podía salir. Durante muchos años había enterrado el nombre de él sin lograr expulsarlo de su corazón. Era una lucha perdida contra el olvido.

—¿Usted conoce a Santiago Abascal?

No pudo descifrar el modo en que su compatriota la miraba.

—En los papeles de esta embarcación estaba estampado su nombre.

—¿Sabe algo de él?

—La guerra tuvo efectos devastadores. Lo único que sé es que desapareció y nunca más regresó.

—¿Me dice que está muerto?

Antes de que volviese a contestarle bebió de un trago el whisky que le quedaba.

—Es una gran posibilidad.

—Discúlpeme, por favor.

Alba se sentó de inmediato en la silla que estaba allí. Las piernas se le habían doblado, un nudo le apretujaba su pecho y le faltaba el aire.

—Amparo, ¿cómo puedo ayudarla?

Ella asintió con la cabeza sin poder siquiera emitir sonido. Todo lo referente a él la conmocionaba. Nunca dejaría de amar a Santiago Abascal.

—Necesito aire.

Él la acompañó hasta el exterior portando el tubo que contenía la pintura.

—Allá la esperan —dijo al advertir que el sujeto que obedecía a Corina la aguardaba.

—Gracias, disculpe —dijo Alba al detenerse en la escalerilla—. No me dijo su nombre, ¿cómo se llama?

—Rafael.

Amparo se volvió a detener, porque en medio de la conmoción que le había provocado estar allí no había desembolsado el dinero que tenía que abonar por la pintura.

—Disculpe, no le he pagado.

—No se preocupe por el costo, y atento a cómo se encuentra, tómelo como un obsequio. Le pido que esto quede entre nosotros.

—¿Por qué lo hace?

—Tómelo como un recuerdo del asturiano.

—Gracias —dijo, y se aferró al tubo como si de eso dependiera su vida; antes de descender se detuvo para disculparse—: Rafael, perdone mi comportamiento.

Ella habló ahogada en llanto, angustia y un fuerte dolor. Un dolor que nunca creyó que llegaría. No lo veía ni estaba con él desde hacía años, pero comprendía que su vida continuaba al otro lado del océano. Alguna vez le asaltaba la esperanza de que existiera la posibilidad de reencontrarse y así saldar las cuentas pasadas. Frente

a su ausencia, solo le restaba vivir por su hija. El secreto sobre la identidad de su padre se lo llevaría a su tumba. Viviría por ella, ya que dentro estaba seca como una rosa en el desierto. Descendió por la escalerilla hasta llegar al hombre que extrañado observaba el comportamiento de la mujer.

—¿Ha sucedido algo?

—No, todo salió según lo convenido.

Se despidió de inmediato. Quería estar sola y se lanzó a deambular por la zona portuaria. Por esa única vez, se permitiría evocar cada momento vivido con él, sin rencores, bajo el profundo amor que sentía. Así, se dejó llevar en un silencioso sollozo.

La embarcación *El Asturiano* se bamboleaba en las aguas del río. En la proa se recortaba una silueta masculina que se fundía en la penumbra nocturna. Tenía los codos apoyados en la barandilla y la mirada perdida. Aspiró una última bocanada de su cigarro y con su brasa incandescente lo lanzó a la profundidad de las aguas. En la sala de máquinas se hallaba Rafael, observándolo, sin entender las vueltas del destino.

CAPÍTULO 21

# MURMULLO INDISCRETO

*Buenos Aires, 1965*

La estadía de Alba en el hospital se había extendido más de lo esperado por ciertos estudios que decidieron hacerle para mayor tranquilidad. La dinámica familiar había cambiado, Aitana permanecía mucho tiempo con su madre. Un día, le informaron que la habían trasladado a una nueva habitación. Al ingresar la vio sentada con la bandeja de la merienda.

—Menuda sorpresa me das.

Aitana fue feliz a saludar a su madre, que tenía muy buen talante. Además, observó que en la mesa de luz había una jarra de vidrio con unos nardos. Se sonrió, descontando que Carmela había sido la responsable de ese detalle. El intenso perfume inundaba el recinto, como ocurría en la propiedad familiar. No importaba la época del año que fuera, siempre había un modo de conseguirlos, porque ese era un capricho de Alba que debía cumplirse a rajatabla. En el despacho

de la dueña de casa y en su habitación flotaba el aroma narcótico, sensual y frutal de aquella flor blanca de gran significado para Alba.

—La enfermera que me ha tocado en gracia es un sol. Ella me ha alistado el cabello y mi camisón para estar más presentable.

Alba siempre se había preocupado de mantener bien su aspecto.

—Nos has preocupado de verdad.

—Lo sé, pero lo importante es que me han trasladado aquí y muy pronto podré instalarme en casa para volver a empezar.

—Eso es lo que nos ha dicho el doctor Peralta.

Aitana había esperado ver a su madre de buen ánimo para poder hablar y aclarar ciertas cosas.

—Mamá, me gustaría que hablemos de lo sucedido la tarde en que te descompusiste.

—Hija, estoy mejor, no tengo ganas de contar aquello.

—Lo sé, mamá, pero es importante saberlo.

—La sensación de mareo es muy fea y conlleva la falta de conocimiento. En verdad, es algo que no le deseo a nadie.

— Yo no me refiero a eso sino al momento previo. Quiero saber qué sucedió. Has tenido un golpe en la cabeza que te produjo el desvanecimiento, por suerte no ha sido producto de una descompensación cardiaca, aunque más tarde sí complicó el cuadro.

—Veo que has hablado con el doctor de todo lo ocurrido.

—Mamá, no des más vueltas. Un extraño ingresó en la casa. Dudo que ese ataque haya sido casual. Nunca antes entraron a robar. Desde hace tiempo han sucedido una serie de hechos que he dejado pasar, justamente, por tu salud. Pero ya es momento de que los aclaremos. La nota amenazante que encontré en tu despacho cuando llegué a la ciudad como consecuencia de tu primera

descompensación puede estar relacionada con este nuevo hecho. Intenté saber algo más, pero todo se ha enredado. Es importante que me hables sobre lo sucedido en la casa.

Alba había cambiado el gesto. No le costaba recordar todo aquello porque nunca se le había ido de la memoria, pero no sabía cómo abordarlo. Antes debería hablar de otras cuestiones, y el hospital no era lugar para hacerlo.

—Al principio creía que aquella nota referida a un secreto oculto hacía tiempo era un tema de Ramiro —continuó Aitana—. Ambas sabemos en qué ámbitos se mueve y en compañía de quiénes anda. Esa suposición la fui cambiado por una serie de hechos que se fueron sucediendo, y creo que tienes la llave para develarlos. Vuelvo a preguntarte, ¿quién ingresó en casa aquel día que debías concurrir al despacho del doctor Lisandro Amadeo?

—Hija querida, trataré de ser fiel a los hechos, pero debes saber que sigo un tanto embotada y no tengo mucha claridad de todo aquello. Me hallaba en mi despacho. Tenía unos documentos que analizar antes de ir hasta al estudio jurídico. Carmela había ido a cumplir con unas diligencias. Juro que no escuché un ruido que me alertara de que había alguien más en la casa. Entonces se abrió la puerta de mi despacho y apareció un joven que no había visto antes.

—¿Era la primera vez que lo veías?

—Sí.

Su respuesta había sido un tanto dubitativa, ya que en cuanto ingresó ese joven supo que los fantasmas del pasado habían regresado para marcarle su error de no haber sido clara en su momento y no haber relatado su verdad antes de que la realidad se impusiera rompiendo en pedazos su vida. La imagen de ese

muchacho la llevó a evocar a alguien que había sepultado en su memoria.

—Mamá, ¿quién era?

Alba necesitaba un poco más de tiempo para aclarar semejante enredo que solo traía pesar y dolor.

—Su nombre es Manuel Abascal.

El impacto de ese apellido doblegó a Aitana. No solo por la implicancia que había tenido en la vida de su madre sino porque había resonado en sus oídos de boca de Torres.

—¿Qué buscaba?

—Algo que yo no puedo darle, ni tú tampoco.

—¿A qué te refieres?

—Él ha venido a buscar respuestas que no tengo, menos aún de su madre.

—¿Quién es?

—Nuria, aquella amiga que supe tener en Llanes. Pero la vida nos separó.

—No fue la vida, sino ese hombre llamado Santiago Abascal.

El silencio de Alba resultó contundente, y permitió que Aitana tuviera un panorama más claro de la situación. No comprendía que hubiera esperado tanto tiempo para aclarar ciertas cuestiones.

—Manuel ha llegado aquí hace un tiempo, desde España.

—¿Qué aspecto tiene?

La conmoción de Alba al verlo había sido fuerte, porque en aquel rostro se veía reflejada Nuria en cada gesto, en cada mueca de rabia e inquina que Alba recordaba a la perfección. Con detenimiento, hizo la descripción al detalle sin notar que el semblante de Aitana mutaba a medida que hablaba.

—Sé a quién te refieres, me encantaría equivocarme, pero es el mismo muchacho que se acercó a mí un día que estaba en el puerto para pedirme trabajo.

—¿Me quieres decir que le diste trabajo en El Escorial?

—Deja que ya me ocupo.

—Por ahora no hagas nada, y esta vez recurriremos a tu hermano para que se encargue.

Aitana no le dijo que pensaba ir hasta el hotel para enfrentar al joven. Le hubiera encantado seguir hablando con su madre, pero había llegado la enfermera y más tarde pasaría el doctor. Tampoco buscaba presionarla demasiado porque no quería abusar de su buen estado.

—Hija querida, ve a casa con Carmela. Cuando salga de aquí podremos arreglar todo lo que tenemos pendiente. Te lo prometo.

Esas palabras eran las que Aitana necesitaba para sosegarse y poder salir de allí con nuevos bríos para lo que se avecinaba.

En El Escorial, a esa hora el salón comedor era un hervidero de gente. Aitana llegó con la esperanza de que Ramiro estuviera y le diese una mano con ese sujeto. Para variar, y como en cada oportunidad en que lo había necesitado, él no se hallaba en el hotel. Suárez se acercó a ella para saber qué necesitaba.

—Supongo que mi hermano no volverá aquí.

—Supone bien.

—Necesito un favor. ¿Recuerda al joven que le recomendé para un trabajo y le dieron un puesto en la cocina?

—Sí, lo recuerdo.

—Necesito verlo, pero he perdido su dirección.

—Es una lástima que no pueda ayudarla, ya que el muchacho ha sido despedido por su hermano, y como sabe, estaba a prueba y no contamos con los datos que usted necesita.

—Justo ahora se le ocurre a Ramiro tomar decisiones que no nos conducen a nada —murmuró con rabia—. Le agradezco, Suárez.

El encargado no había hecho otra cosa que cumplir con la orden que la señora Alba le había dado minutos antes, pues con la ayuda de una enfermera había llamado a Suárez. Estaba convencida de que su hija iría tras Manuel, por más que le hubiera pedido que no lo hiciera.

La mente de Aitana no había dejado de dar vueltas hacia diferentes direcciones. Por haberse centrado en aquel joven no había podido saber más del hecho. Siguió su impulso, buscó un vehículo que la llevase al hospital para volver a ver a su madre.

En cuanto arribó al centro médico se escabulló por la escalera porque el horario de visitas ya había terminado. Todo estaba en calma, ya no se oía el deambular de los médicos, salvo alguna enfermera que acudía en ayuda de un enfermo. Caminó por el largo pasillo hasta la habitación. La tenue luz de la lámpara se filtraba por la puerta del cuarto de su madre. Aitana se alegró de que estuviese despierta. Se detuvo a pocos pasos cuando escuchó el murmullo de una voz que quebraba el silencio. No era la voz la del doctor Peralta. Se asomó apenas y vio una figura masculina recortada en la penumbra de la habitación. El hombre se hallaba inclinado hacia Alba. El perfil era armonioso y algunas canas se entremezclaban con el cabello castaño. Suponía que sería unos años más grande que su madre, pero no mucho más. Solo podía ver la mitad de su rostro, que estaba bronceado. Le sorprendía que luciera así en esa época

del año. Sin dudas, había llegado desde otro lugar. Le tomaba las manos entre las suyas y cada tanto se las besaba. Observó que él deslizaba el pulgar por la mejilla de Alba. Desconocía si lo hacía como una caricia, o para quitar alguna lágrima. Alba estaba sentada contra el respaldo de la cama centrada en cada palabra que él pronunciaba. Nunca antes había visto a su madre con ese gesto de paz y felicidad a la vez. Era como si estuviera en el mejor lugar del mundo y no dentro de un hospital. Un escozor recorrió el cuerpo de Aitana. No conocía a ese sujeto, pero solo existía un hombre que pudiera transformar a Alba de ese modo. Si era así, no entendía qué hacia allí. Muy a su pesar, decidió quedarse al otro lado de la puerta escuchando lo que sucedía dentro.

—Por favor, no llores. No estaría acá si no hubiera hablado antes con tu médico para saber si estabas preparada para este encuentro.

Alba comprendía, ahora, el sentido de la conversación con el doctor Peralta. No fue extensa, pero sí significativa. Ella le había mencionado que desde que estaba allí no se había sentido sola. Como si alguien más, y no del círculo familiar, hubiera estado acompañándola. Desconocía si eso se debía a la medicación o a la gravedad de su estado, pero se sentía en otro plano. El profesional alivió su inquietud y le dio pie para que hablara del pasado y la angustia que acarreaba; entendía que una parte de ella había quedado desgarrada y anclada en el ayer, sin que pudiera resolverlo. Y le aconsejó que abriera su mente, pues no siempre la realidad era lo que parecía. Al finalizar la conversación, Alba se sintió más liviana y con más fuerzas para continuar.

—Has estado antes, ¿verdad?

—Así es. Me escabullí como pude para estar contigo. No te imaginas lo que fue enterarme de que estabas al borde la muerte.

Alba no podía creer que él estuviese allí. Cuando lo vio asomar por la puerta de la habitación, creyó que era una aparición. No era la primera vez que soñaba con Santiago Abascal, pero sabía que volvería a encontrarse con él una vez que exhalara su último aliento. Era tan intenso el recuerdo de él, que por momentos lo sentía vivo.

—¿Y cómo crees que me sentí cuando Rafael dijo que habías desaparecido y que creía que estabas muerto? Fue desgarrador, te aseguro que una parte de mí murió en ese momento. El dolor por tu pérdida me anestesió la rabia por la traición con Nuria.

—Mi Alba, cuando supe que te habías involucrado por mí en un negocio que solo podía complicarte, decidí que sería mejor que supieras que estaba muerto y de ese modo te alejaras por siempre, además...

—Vamos, dilo. Si has decidido aparecer, necesito saber todos los motivos y las respuestas que desde hace años busco.

—La vez que estuviste en Llanes me quedó claro que el desprecio que sentías por mí y por aquella supuesta traición era superior al sentimiento que tenías por mí. Supe que debería dejarte ir y no insistir, porque tenías una familia. Una familia que no estabas dispuesta a romper por mí. No te culpo, pero me ha dolido más de lo que crees. Cuando vine a la ciudad a buscarte y supe que te habías casado y había un niño en camino, yo seguía creyendo que era posible una vida juntos. En el puerto aguardé para huir juntos, pero sabía que no vendrías porque no dejarías a un niño sin su verdadero padre. La noticia, tiempo después, de que llegaste a Llanes con una

cría no pude soportarla. Tú seguías adelante y yo estaba anclado en el amor que siempre te tuve. Debía dejarte ir más allá de mí, y fue lo que hice.

—Has vivido equivocado todo este tiempo.

—Alba, por favor. No quiero discutir contigo aquí dentro, pero ponte en mi lugar.

—Mi viaje a la villa lo hice solo cuando pude viajar. Yo era una mujer casada y debía dar explicaciones, aunque mi marido no me las diera con la vida alocada que llevó desde el casamiento.

Abascal se tensó con la sola referencia a Pinedo. Lo había conocido lo suficiente como para saber su calaña.

—Cuando logré hacer el viaje con mi hija y Carmela tenía un fundamento para verte y hablar contigo. Contaba con un motivo especial que me daba fuerzas para seguir adelante en medio del vendaval que era mi vida. Necesitaba decirte que mi amada Aitana es nuestra hija.

El impacto de Abascal fue absoluto. Palideció, se pasó las manos por la cabeza y se incorporó de inmediato, porque no podía permanecer un segundo más sentado en la silla. En medio de esa conmoción ninguno de los dos se percató de que Aitana, que continuaba a un lado de la puerta, debió aferrarse a una camilla para no caerse. Su mundo acababa de derrumbarse de la mano de la persona menos pensada: su madre. No podía permanecer un segundo más allí. Salió corriendo por el largo pasillo y con el mismo ímpetu bajó las escaleras para salir y huir lejos de allí.

—¿Cómo dices?

—¿Recuerdas el Guernica?

Él no necesitaba mayores aclaraciones sobre la estadía en París y el encuentro con Alba.

—Aquel encuentro me dejó lo más maravilloso que tengo en la vida.

Ella sentía que la mirada de él quemaba. Abascal no se atrevía siquiera a hacer las preguntas referidas a cómo se habían dado las circunstancias, porque no quería echar a perder lo único bueno que había escuchado desde hacía años.

—No sé qué sucederá de ahora en más, pero es momento de sacarnos todas las dudas —dijo Alba.

—¿Y él? —dijo sin poder nombrarlo.

—Hace tiempo que solo compartimos el apellido, nada más. Antes de que yo partiera, él creyó que me había sometido en medio de una de las tantas borracheras que tenía cuando llegaba a altas horas de la madrugada. Y bajo ese convencimiento pensó que sería una vez más padre, ya no de un varón, como él deseaba. Mi silencio fue para proteger a mi hija. Ella era lo único que me quedaba de ti. Si alguien descubría mi secreto, Aitana estaría en riesgo. Me juré que nadie la dañaría. Y esperé que llegase el momento oportuno para decirte la verdad. Y cuando pude viajé hacia la villa para hablarte de nuestra hija. Fue grande el impacto de verte en la procesión de la Virgen de la Guía; el encuentro no se había dado como esperaba. Creía que al vernos te confesaría mi secreto. Pero Nuria se adelantó y vino a verme. Llegó envalentonada a contarme que ustedes estaban juntos, entonces nuestra pequeña asomó por la cocina y ella lo supo de inmediato. Dicen que es parecida a mí, pero tiene en la mirada algo que pertenece solo a su padre. No necesitó sacar las cuentas del viaje para aseverarlo.

Abascal tenía la vista nublada y un volcán de emociones en su interior. La rabia por no haberlo sabido antes se aplacaba al conocer que tenía una hija con la única mujer que había amado.

—Ella me amenazó, mejor dicho, no a mí sino a nuestra niña. Nuria estaba desquiciada y con la mirada perdida cuando lo hizo. Me desafió y supe en ese instante que ella haría lo impensado por retenerte, y que la pieza de cambio sería Aitana. Te dije que nunca pondría en riesgo a nuestra hija, aunque eso significase negársela a su padre —confesó con los ojos llenos de lágrimas—. Sé que tienes derecho a recriminármelo, pero hice lo que pude. No quieras imaginarte el dolor y la culpa que sentí cuando te creí muerto. Habías muerto sin saber que tenías una hija. Según me dijo Nuria, tienes un hijo con ella.

En el relato, Alba se había dejado llevar por las emociones y había logrado liberar la angustia y el dolor que acarreaba desde hacía años. No se había centrado en Abascal porque se había lanzado a hablar absorta en lo ocurrido tiempo atrás. Al fijar la mirada en él notó que Santiago movía la cabeza hacia ambos lados en una actitud negadora y entonces ella sentenció:

—Por el amor que nos tuvimos —confesó sin aclarar que el sentimiento que por él sentía seguía intacto— no pongas en duda lo que te he dicho.

Él se acercó y se inclinó sobre ella apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo. A pesar de la corta distancia entre ellos, no podía dilucidar qué pensaba ni qué le diría. Esa conocida sensación de ignorar qué se podía esperar de él la había acompañado desde que lo había cruzado por primera vez.

—Te equivocas, mi Alba. Yo te conté que nos acompañamos con Nuria frente a la muerte de Manuel. Ella había seguido con él en la creencia de que podía estar más cerca de mí. Nunca sucumbí a las insinuaciones que ella me hacía, porque no me interesaba y no te traicionaría, como has creído, ni tampoco a mi primo. Pero la muerte de él trastocó todo. La culpa por su muerte no me dejaba vivir en paz. Si yo le hubiera hablado y contado sobre el alijo de armas en el que iba a participar en pos de la causa que defendíamos con mi socio, quizá Manuel no se hubiera lanzado a seguirme para saber en qué operación estaba involucrado, y el final hubiera sido otro. No pude cumplir con la promesa que le hice a mi tío. En medio de ese dolor, Nuria me confesó que esperaba un hijo de Manuel y que sola no podría criar al niño que llevaba en su vientre. Entendí que había una sola manera de redimirme, y era permanecer al lado de una mujer que nunca amé. El legado de mi primo estaba en Manuel, un niño, que creció bajo el amparo de Nuria. Yo quise darle lo mejor, pero ella hizo lo imposible por alejarlo de mí. Ahora comprendo que el resentimiento y el odio que ella guardaba no era por comprender que su amor no era correspondido, sino por saber que tú, una vez más, me habías dado lo que ella nunca me brindaría.

Abascal la estrechó entre sus brazos y ambos sollozaron por el tiempo perdido. Él por la hija que no conocía y ella por desconocer si no perdería a Aitana cuando supiera la verdad, una verdad postergada que había temido revelar. Poco después, él se separó de ella y limpió sus lágrimas.

—Por favor, no quiero que te angusties.

—No lo estoy, porque al fin sabes lo que deberías haber sabido antes de aquella noche en el puerto en que fui a buscar el encargo

en El Asturiano.

—De eso debemos hablar, hay cuestiones que debes saber.

—Antes deberías saber que Manuel ha estado en casa. Me amenazó y...

—Dime que no te ha hecho nada.

—Quería lastimarme, pero se detuvo luego de darme un golpe en la cabeza.

—¿Qué he hecho con él?

—Nada, y Manuel tampoco. Nuria ha alimentado en su mente la inquina y el odio que ella sentía. El muchacho conoce toda la verdad.

—Yo vine cuando supe que él había abandonado la casa. Si bien nos veíamos cada tanto, porque se había cerrado a cal y canto, yo seguía sus pasos, más cuando supe del final de Nuria. Ella no estaba bien de la cabeza y estropeó lo único bueno que pude tener, y Manuel lo era. Si yo no estaba en el pueblo, Torres sí, para asistir en lo que se necesitase. No le faltó nada a Nuria, yo estaba detrás de la atención de su salud. Al saber que él se había ido, fui hasta la casa. Vi que parte de la propiedad estaba destrozada, con objetos tirados por el piso. No había sido Nuria la protagonista de ese destrozo, sino Manuel. En medio de aquel descontrol hallé los datos del pasaje que lo traería hasta acá. Creía saber que había un único motivo para que viniera hasta aquí. Y la razón eras tú, sin saber que Aitana era un motivo de peso para que él arribara a la ciudad.

—Yo le prometí que le daría todo lo que quisiera, pero Nuria le había hablado sobre Aitana. Quizás en su mente desbordaba había apelado a mentiras, porque él también desvariaba. Fue cuando me lanzó un objeto y me dio en la cabeza.

— Aún tengo conocidos en la ciudad. Ayer logré dar con la pensión en la que se aloja y le advertí que no se metiera contigo, porque se las vería conmigo.

—No debes pelear con él por mí.

—Lo hago por nosotros, mi amor, porque no me detendré ahora que sé que tengo una hija. No llores, por favor. Creo que han sido muchas emociones. Y hay unas cuestiones que debes saber.

—Yo también debo confesarte otras.

—Imagino que ninguna tan importante como nuestra hija.

—Así es.

—Quiero que descanses un poco.

—No te vayas.

—No me iré a ningún lado. Por la mañana hablaremos más tranquilos.

—Si viene...

—Ya no estás sola en esto. Descansa.

Unos minutos después, Alba cayó en un sueño profundo, la medicación había hecho efecto. En cambio, Santiago no pudo dormir, solo dormitar por momentos, debido a las revelaciones que ella le había hecho esa noche.

Por la mañana, Alba despertó con el susurro de Abascal y un beso. La bandeja tenía tostadas para ambos y dos cafés.

—Cuentas con una buena enfermera que se apiadó de mí, un hombre grande que se ha quedado en vela para cuidarte.

—Estarás más grande, pero sigues tan apuesto como siempre.

—Vamos, que lo dices aún bajo los efectos del sedante. Veremos si piensas lo mismo cuando salgas de aquí.

Abascal preparó las tostadas para ella, mientras bebía café. Se mantuvieron en silencio en compañía de la enfermera, hasta que se retiró.

—¿Cómo has dormido?

—Hace tiempo que no dormía tan bien como anoche.

—Me alegro —dijo al acariciarle la mejilla—. Debemos hablar.

—Lo sé.

—No pude creer cuando supe que te estabas involucrando con el mercado negro de arte.

—En principio fue mi curiosidad. Sabía que se cocinaba algo en algunas muestras que se realizaban. En las subastas, y con los galeristas y marchantes que conocí, descubrí que había un submundo al que no había accedido. Mi vida se remitía a mis hijos, al trabajo en el hotel y a mi afición por el arte. No solo era una pasión para mí sino un modo de tenerte más cerca, ya que tú me habías impulsado a continuar con la pintura. Una noche, como tantas, que estaba con la niña, observé un movimiento raro que me llamó la atención. No pude hacer mucho porque estaba con Aitana. Intenté borrar de mi cabeza lo que había visto, pero no pude y regresé unas noches más tarde. La intriga me llevó hasta el galpón cuatro y me di cuenta de lo que sucedía allí.

—Y apareció Amparo Montalvo.

—¿Siempre lo supiste?

—La noche de la entrega cambiaron el lugar y nos dijeron que una nueva mujer la haría. Con Torres sabíamos de Corina, porque habíamos concretado con ella varios envíos. Cuando empezó a hablar y a describir a Amparo supe que podías ser tú. No tenía certeza de que lo fueras, pero sí contaba con una gran posibilidad de

no equivocarme. No compartí mi inquietud inmediatamente con Torres, porque todo fracasaría. Luego de pensarlo supe que existía una sola salida. Y entonces le relaté lo que creía y que si tú preguntabas algo más te dijera que yo había muerto o desaparecido. Era la única manera que encontré para alejarte de este negocio de mierda. Cuando vi que subías a la embarcación y que reparabas en el nombre de mi embarcación, supe que no te detendrías hasta saber a quién pertenecía el barco y conectarte conmigo.

—¿Aquella noche estabas a bordo?

—Así es. Nunca creí que me costaría tanto dejarte ir. Hice lo que creía que sería mejor para ti. Tenías una familia y yo —dijo al tomar el último trago de café—, yo no tenía nada. Al menos serías feliz.

—Yo mantuve una extraña sensación, la misma que percibí aquí, pero creía que me estaba volviendo loca y que te veía en todos lados.

—Lo entiendo. Y el negocio en que me involucré y del que intenté alejarte me trajo problemas. Nada fue como lo imaginé. Pero cada cual buscó sobrevivir con lo poco que nos dejó la guerra. Por ese motivo, con mi socio, debimos cambiar de rumbo y nos instalamos en Marsella. Desde allí operábamos.

—Lo entiendo.

—Ha habido momentos muy turbios, por eso cuando pudimos salir del negocio lo hicimos. Varias cuestiones quedaron enterradas en suelo francés. No sé si ha sido como lo crees.

—Han estado buscando a Amparo Montalvo. Corina me llamó, días pasados, para decirme que alguien está detrás de mí. Lo sabía, y ella me lo confirmó.

—¿Quién está detrás de ti?

—Un joven que ha llegado desde Estados Unidos con muchas preguntas. Está tras unas obras que se han traficado hace tiempo. No sé cómo ha llegado hasta mí. Éramos muy pocos quienes conocíamos el tema. Yo dejé de pertenecer poco después de saber que no estabas detrás de la organización. Mi silencio permitió que viviera tranquila. No comprendo por qué ahora alguien busca saber más.

—¿Cuáles son las obras?

—No lo sé, pero intuyo que alguna que puedo poseer. Él ha estado en mi casa.

—¿Quién mierda es?

—Se llama Joaquín Zach y no solo vino por unas pinturas, sino por nuestra hija.

—¿Cómo es eso?

—No sé si es o no sincero, pero sé que Aitana se ha enamorado de él. No creo que nada bueno salga de esa relación, hay algo de él que no me cierra y no puedo saber qué es. En principio habría que saber cómo le ha llegado la información, pero no te preocupes, que yo me ocuparé. Antes debo hablar con Aitana.

—Y yo ver a mi hija.

Aitana salió del hospital y cruzó la calle con ímpetu, rabia, desilusión. Una mezcla de decepción y dolor le atoraba la garganta. No podía ni siquiera llorar frente a la conmoción. Aún no había procesado que era hija de otro hombre, en su mente repiqueteaba de modo permanente la mentira de su madre. Una mujer que decía que había dado todo por ella. No podía comprender cómo había podido

sostener ese engaño durante tanto tiempo. No creía que hubiera excusa posible que justificase el accionar de Alba. Sin pensarlo, abordó un taxi hacia el hotel Savoy. Ingresó en el *lobby* y se anunció. El conserje avisó a Zach de su llegada. Aitana salió del ascensor, y cuando él iba a su encuentro por el pasillo, corrió hacia él.

—Sh —dijo al abrazarla, y le susurró—, nada puede ser tan terrible. Entremos.

Él cerró la puerta sin soltar a Aitana. Entonces ella pudo liberar el fuerte dolor que la atravesaba. Joaquín no le preguntó qué le sucedía, aunque se desesperaba por saber si alguien la había dañado. Mientras la acariciaba intentaba fijarse si había sufrido algún accidente, si su ropa estaba en buenas condiciones. La acunaba sin saber qué hacer, y eso lo angustiaba. Él, mejor que nadie, sabía lo que significaba callar cuando el dolor era desgarrador, y el silencio, la mejor opción.

—¿Quieres tomar algo?

—Solo quiero que me abraces.

—Eso no debes pedírmelo —susurró.

Aitana no fue consciente del tiempo que estuvo en los brazos de Zach. No se había equivocado en buscar refugio en él. El llanto había pasado, aunque la angustia, la desazón y la decepción latían más fuerte en su interior.

—Disculpa, no he querido molestarte.

—Bebe —dijo Zach, y le entregó una copa de coñac. Sin duda, era lo que necesitaba en ese instante—. Va a relajarte.

Aitana bebió un trago sin dejar de mirarlo. Nunca hubiera imaginado que sería él la persona que estaría a su lado en la peor

instancia que le tocaba vivir.

—¿No vas a preguntarme qué me sucedió?

—Primero pensé que podía ser un robo. Luego vi que tus ropas no estaban rasgadas ni sangrabas, y eso me tranquilizó. Si es otro tipo de dolor, te escucharé cuando estés dispuesta a hablar.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—Es una larga historia —dijo, y le sonrió.

—No quisiera abusar, pero me gustaría darme un baño.

Ella necesitaba sacarse el embotamiento que tenía y poder ver con claridad lo sucedido. Debía reaccionar, pero aún no podía.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —le susurró cómplice.

Ella caminó hacia el baño y al acercarse al espejo se impresionó con su imagen fantasmal. Abrió el grifo de la ducha y ni siquiera el agua caliente logró entibiar su cuerpo. Un pensamiento trajo otro y en cada uno de ellos estaba Alba. No existía momento en que ella no estuviera y, sin poder controlar su pena, sollozó.

Zach creía que debía darle espacio para que se recuperase y al fin pudiera hablar, pero tardaba demasiado en salir… Entonces decidió ver si estaba bien. Una nube de vapor llenaba el espacio. Miró a través de la mampara, no estaba allí. Al correrla, la vio acurrucada a un lado de la bañera, con la cabeza entre las rodillas, sin que el agua dejara de caer. Entró y la abrazó, y se mantuvo con ella bajo la lluvia.

—Ella no es lo que creía.

—Si no estás lista, no te sientas en la obligación de contarme.

—Creo que si no lo hago voy a estallar —dijo al levantar la vista y clavarla en él.

—¿Qué sucedió?

—Me acabo de enterar de que la vida que tuve fue una mentira, que nací en la familia equivocada, porque mi padre no es quien creía sino otro hombre del que no sé nada y que ha sido un gran amor de mi madre.

—¿Ella te lo ha contado?

—Si me hubiera enterado de ese modo, no estaría en el estado en que estoy.

—¿Cómo ha sido?

—Lo escuché detrás de la puerta cuando regresé al hospital para saber cómo seguía. Ni siquiera sé cuándo ella se iba a dignar a confesármelo; su preocupación era que lo supiera él.

Zach deslizó su mano por el cuello de Aitana.

—Todo ha sido una mentira.

—Te equivocas, ella ha sido lo único verdadero que tuviste. Que el enojo que tienes no nuble el sentimiento que siempre has tenido por ella.

Aitana nunca imaginó que él podía comportarse así con ella, ya que sabía que estaba interesado en descubrir vaya a saber qué, con el convencimiento de que Alba podía estar involucrada en aquello que investigaba. En esa instancia, Aitana no sabía qué pensar de ella.

—Hazme sentir.

—¿Es eso lo que quieres?

Esos ojos verdes la contemplaban con inquietud, porque no quería dar un paso en falso en el estado en que se encontraba.

—Sí, necesito sentirme viva.

Joaquín hizo que se incorporase junto a él. La besó y la delicadeza inicial se esfumó a medida que los besos fueron cubriendo su

cuerpo. Las caricias se incrementaron y la pasión latente se desató sin tregua. Ella enroscó las piernas alrededor de su cintura. A un lado de la bañera había quedado la poca ropa que él tenía cuando Aitana ingresó en la habitación.

—Te necesito —gimió Aitana sin dejar de mirarlo.

Zach ingresó en ella y en ese instante supo que estaba perdido. Aitana lo completaba. Ninguno de los dos necesitó decirse algo, sus cuerpos hablaban más que cualquier palabra. Los embates se incrementaban y ambos se dieron cuenta de que la pasión no era lo único que los desbordaba. Había algo más profundo que ni él ni ella se atrevían a mencionar.

Poco después, ambos acabaron en una marea de gemidos y jadeos que no podían ni querían controlar.

—Es mejor ir a la sala; supongo que lo único que se ha enfriado es la comida que pedí cuando estabas acá.

Ella salió con la bata de toalla de él; Zach, con una toalla envuelta en la cintura. La misma imagen que conservaba de él cuando fue a increparlo en esa misma habitación.

—No sé qué tal estará...

Una tortilla con una ensalada y un helado de crema derretido era el menú que tenían frente a sus ojos.

Mientras la miraba comer, Zach sonreía. La imagen de ella era otra. Las mejillas tenían color rosado, la mirada era lasciva, y su cuerpo, ese cuerpo que él había adorado bajo la ducha, no se hallaba bajo tensión sino relajado. Ser parte de ese cambio lo hacía sentir poderoso, aunque sabía que el tiempo iba en su contra y que todo, muy pronto, se acabaría.

CAPÍTULO 22

# DE AMORES Y TRAICIONES

*Buenos Aires, 1965*

Alba había recibido el alta y podía regresar a su hogar. No veía la hora de hacerlo, porque desde allí podría resolver una serie de cuestiones pendientes. En la casa, todo parecía estar en orden. Entrada la tarde, llegó Aitana, más sosegada, aunque inquieta por lo que vendría. Antes de abrir la puerta de entrada oyó una voz por detrás, que la sorprendió.

—Aitana, quiero hablar contigo.

Ella dudó en darse vuelta, no necesitaba hacerlo para saber quién era, desconocía si quería saber de él. La inquietud e intriga por descubrir parte de su pasado pudo más y giró. Unos ojos grises la contemplaban con adoración, ella suponía el motivo. No le allanaría el camino a ninguno de sus padres. No tenía por qué saber quién era ese sujeto, ya que aquella reveladora conversación se había dado en una habitación con solo dos personas. Nadie había advertido que ella había oído lo suficiente para destruir la vida que

había llevado. Además, ahora mismo le parecía que su actitud para abordarla era bastante osada.

—Qué parecida eres a Alba.

—¿Quién es usted?

—Soy Santiago Abascal, alguien cercano a tu madre. No deseo molestarte, pero me gustaría hablar contigo.

Ella lo contemplaba con la misma intensidad que él, e intentaba reconocerse en algunas de las facciones que tenía. La mirada, esa misma que resaltaba en ella, era muy familiar y parecida a la suya.

—No tengo mucho tiempo —agregó ella.

—Vale.

Aitana comenzó a caminar a su lado sin saber hacia dónde iban, aunque parecía que él sí lo sabía. A una cuadra de la casa había una plaza.

—Hasta aquí me traía mi madre.

Los últimos rayos del atardecer resaltaban el verdor del paisaje. Ambos enfilaron hacia un banco ubicado en una loma. En ese rincón todo era tranquilidad y quietud. Desde allí se podían apreciar las plantas y los canteros que decoraban el predio. Por detrás, el tránsito circulaba incesante por la avenida.

—Este lugar me recuerda a ella —dijo Santiago.

Aitana se volteó y notó que él lanzaba una pitada del cigarro como si evocara cada momento vivido allí. No se podía borrar la imagen de Alba, aquella tarde, sentada en ese mismo banco. Había sido el primer encuentro después de que ella abandonase la villa. La promesa de él y la ilusión por regresar juntos había sido alimentada en la travesía hasta el puerto de Buenos Aires.

—No me has dicho quién eres.

—Puedo decirte o contarte varias cuestiones sobre mí, pero hay una sola que definió mi vida y es ella. En mi juventud me enamoré de una joven que vivía en la villa en la que me crie. Ella era una mujer inigualable. Siempre lo supe, pero pensé que al alejarme le permitiría ser feliz con la familia que había formado. Si yo hubiera sabido que…

Aitana vio cómo se enturbiada su mirada y no a causa del humo. Parecía que él elegía cada palabra para evitarle un mayor dolor. Eso lo agradecía, aunque odiase estar en ese lugar, manteniendo esa conversación.

—¿Si hubieras sabido qué?

—Aitana, he cometido muchos errores, y si volviera a vivir juro que los cambiaría. De lo único que no me arrepiento es de haber amado a tu madre. Ella ha sido lo mejor que me sucedió en la vida hasta que descubrí...

La fortaleza que siempre había ostentado flaqueaba frente a su hija. La miraba y no podía creer tenerla a su lado. Las palabras se le atoraron en la garganta y le costaba pronunciarlas.

—Que soy tu hija.

El impacto al nombrarlo fue el mismo que él sintió al escucharlo. Ambos quedaron observándose en silencio.

—Sí, lo supe hace unos días y fue la mejor noticia que recibí a esta altura de mis años. ¿Cómo lo has sabido?

—Los muros del hospital hablan —dijo al ver que él asentía comprendiendo la manera en que se había enterado.

—¿Crees que saberlo debe cambiar mi pasado? —inquirió desafiante. Aitana desconocía cuáles eran sus intenciones.

—No, Aitana. Has tenido una familia y no pienso competir con eso. Solo te pido que pienses en la posibilidad de vernos. Quizá quieras saber de mí, puedo asegurarte que me encantaría saberlo todo de ti.

—Cuéntame algo.

—Aquí mismo encontré a Alba cuando vine a buscarla tras la promesa de tener un futuro para ambos. Fue tarde cuando lo hice. Hubo gente que ayudó a separarnos, pero esa separación no ha sido por falta de amor. Alba hubiera regresado conmigo, pero la llegada de tu hermano le impidió hacerlo. Juro que la amé más cuando supe que no vendría, porque ella siempre ha dado todo por quienes ama y tu hermano era lo más importante en esa etapa de su vida. Sé que tuviste un padre, y que Alba te dio todo lo que necesitabas, sé también que por ti ella daría la vida. Yo no tengo derecho a pedirte nada, lo sé, pero hay algo que me gustaría que tuvieras en cuenta. Ella no es la responsable del dolor que debes tener. Ella no te ha traicionado, sino que ha velado por ti. Ha estado sola para resolver ciertas cuestiones e hizo lo mejor que pudo. Lo hizo contigo, y conmigo también.

Abascal observó que Aitana tenía la vista borrosa. Le hubiera gustado acercarse y consolarla, pero no quería apresurarse.

—¿Por qué me lo pides?

—Porque sé que ella no tendrá paz hasta que solucione este tema contigo, y es una cuestión que me compete, aunque sé, también, que no tengo derecho a pedirte nada.

Desde que supo lo sucedido, Aitana imaginó distintas maneras de cómo Abascal se presentaría y qué le diría, pero no creyó que fuera de esta forma. Agradecía que no hubiera alguna recriminación,

imposición, o que buscase adjudicarse un título que no le correspondía.

—No es la primera vez que se menciona tu nombre.

—Dime.

—Mi madre te nombró no hace tanto, y la manera en que lo hizo, la emoción que puso me hizo dudar de que alguna vez hubiera guardado ese sentimiento por mi padre.

Santiago no iba a hablar de Pinedo ni de lo que significaba ese sujeto en su vida ni en la de Alba. Su hija se había criado con él y ese era su límite. No buscaba dañar más a Aitana.

—En el despacho del doctor Amadeo se te nombró, supongo que sabes a lo que me refiero.

—Así es. Yo tomé una deuda que tenía tu padre. No lo hice porque yo fuera un samaritano, sino porque quería que tu padre estuviera en deuda conmigo. Por eso adquirí una pequeña parte accionaria del negocio. Creía que eso sería lo que más lo dañaría cuando se enterara. Él se había quedado con lo que yo más quería.

—Entonces, se conocieron.

—Lo busqué, porque quería conocer al hombre que estaba con tu madre. No me pidas que te cuente en qué términos ocurrieron aquellos encuentros, porque no te los diré. Ni siquiera lo sabe Alba, nunca se lo mencioné.

Aitana agradeció que no lo hiciera. No buscaba distorsionar el recuerdo de su padre, con quien no había tenido una gran cercanía.

—Hay algo más que necesito saber.

—Pregúntame lo que quieras.

—¿Manuel Abascal es mi hermano?

Era increíble cómo se habían trastocado las cosas. Abascal nunca imaginó que Manuel pudiera presentarse ante ellas y buscar venganza. En ese momento tan especial para él no quería recordar a Nuria, pero ella había sido el motor de las acciones de su hijo.

—No, yo lo crie como si lo fuera, es hijo de Nuria y mi primo Manuel. Es una larga historia: yo me comprometí a criarlo pensando que era lo mejor para todos, una manera de redimir la culpa que tenía por la muerte accidental de Manuel. Supe que él vino hasta aquí y que ha estado merodeando. Ya lo encontré, hablé con él y creo que ha entendido lo que le dije. No las volverá a molestar.

A Aitana se le erizó la piel al notar la contundencia de los dichos de Abascal. Apenas podía comprender su presente como para entender las vicisitudes de esa familia. Le resultaba increíble pensar en cómo había cambiado su vida desde que había llegado del Sur. Repasó el paisaje y observó que las luces se habían encendido iluminando el lugar. No se había dado cuenta del tiempo que había pasado junto a Santiago Abascal.

—Veo que se está haciendo tarde.

No había mucho más por decirse. Aitana aguardaba que el tiempo obrase a favor de ambos y pudieran recomponer una relación que recién se iniciaba.

—Tienes razón —dijo al levantarse junto a ella.

El camino de regreso hasta la casa lo hicieron en un cómodo silencio, cada cual inmerso en sus pensamientos sin pretender invadir al otro. Ambos se detuvieron frente a la puerta de la propiedad.

—¿Quieres pasar?

—Gracias, Aitana. Es mejor que me vaya, es momento de que ustedes estén tranquilas y puedan hablar mejor. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió sorprendida por la respuesta de él. Aunque no lo admitiese, le había gustado lo poco que sabía de su padre y el comienzo de ese vínculo.

Desde la ventana de la casa, Alba había seguido los pormenores de la despedida entre su hija y Santiago. Cuánto había soñado con esa imagen. Tenía los ojos nublados, estaba emocionada, quería recomponer la relación con Aitana. El daño por no hablar antes ya estaba hecho. Esperaba que su hija pudiera perdonarla, sabía que él lo había hecho. Ya no quedaban recriminaciones por hacerse sino seguir juntos el tiempo que les ofreciese la vida.

En su habitación del Savoy, Zach acababa de vestirse para asistir a un encuentro que esperaba con expectativa. Muy pronto tendría las certezas que aún le faltaban. En ese mismo instante, el teléfono sonó. Miró el reloj, era temprano para la mentada cita. Davis estaba en la línea. Para Joaquín no solo era importante ponerlo al tanto de sus últimos pasos, sino también que supiera del encuentro que tendría a la brevedad con alguien que se había contactado con él en el último viaje a Francia; estaba convencido de que sabía más de lo que decía.

Apenas terminada la conversación, salió del hotel. En una esquina de la avenida Corrientes centelleaba el letrero del bar en el que ingresó. El humo de los cigarros se esparcía por los rincones del lugar. En medio de esa opacidad, solo algunas mesas estaban ocupadas. Poco después, entró un sujeto mirando hacia todos lados.

Lo notó dubitativo y esperó que lo encontrase con la mirada. De inmediato, se acercó y lo saludó. Con inquietud se sentó frente a Zach, estrujando la boina.

—Zach, ¿verdad?

Joaquín asintió y levantó la mano para pedir dos vasos de whisky.

—¿Desde cuándo estás en la ciudad?

—No hace tanto que llegué.

—¿Dónde te hospedas?

—Por aquí cerca —comentó sin dar demasiadas explicaciones. No pensaba distraer la conversación en otra cuestión que no fuera la que lo había llevado hasta allí.

El sujeto se detuvo cuando el camarero llevó las bebidas. No quería que nadie escuchara lo que tenía para decir.

—Me sorprendió que te pusieras en comunicación conmigo —dijo Zach.

—Fuiste precavido al darme tu contacto y el lugar en que te alojarías, por si tenía alguna novedad para darte.

—Dime, entonces, qué noticias tienes.

—Imagino que la información que te he dado antes sobre Alba Pinedo te ha sido útil, ¿verdad?

—Así es.

Él no pensaba hablar más de lo conveniente. No con ese hombre, porque la palabra *traición* la tenía dibujada en el rostro.

—Cuando te hablé de esa mujer te comenté que podía haber una organización que la avalase.

—Yo estaba en eso, dime algo nuevo.

La información que había recabado durante largo tiempo entre coleccionistas, y en especial la brindada por el dueño de un

anticuario francés, le había permitido contar con un panorama más completo respecto de lo que él buscaba. Sin embargo, la información dada por el sujeto que tenía enfrente había sido clave para asestar el golpe final.

—Él está aquí.

—¿Quién?

—Santiago Abascal, creo que es la persona que buscas.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando lo veas sabrás el motivo.

—Quiero saber qué información tienes de él.

—Él ha estado viviendo en Francia, y ha hecho algunos trabajos en Les Baux-de-Provence.

Un frío helado corrió por el cuerpo de Joaquín. Intuía que llegaría el momento de encontrar al hombre que había arruinado su vida. El mismo que había perseguido en sueños con la misión de acabarlo. Sabía que estaba cerca del final y no se había equivocado.

—¿Qué certezas tienes de lo que me dices?

—He estado en el sur de Francia viviendo con mi familia. Él era parte de ella.

Los últimos días de vida de Nuria habían sido muy reveladores para comprender el pesar que la carcomía. Él podía darse cuenta de los momentos en que divagaba. Sin embargo, la estadía en Marsella la evocaba con veracidad y certidumbre. Nuria le había recalcado que Abascal se había involucrado en negocios *non sanctos.* Por eso una noche había debido asistirlo, llegó malherido. Ella no dejaba de recriminarse que tendría que haberlo dejado desangrar para que su vida hubiera sido distinta. En aquellos oscuros días, él pudo recomponer las piezas que le faltaban de la vida de su madre para

intentar comprenderla. Luego no le había sido difícil saber que alguien estaba detrás de los pasos de Abascal, en particular, en tierra francesa. Si quería ultimarlo o delatarlo esa era una forma de hacerlo. Por eso vendió la información que tenía. El tiempo y Zach harían el resto.

Joaquín se sorprendió de la confesión. Estaba claro que no se había equivocado en la apreciación de ese muchacho.

—Y a pesar de eso me das esta información.

—Así es, y espero que puedas acabar lo que yo no he podido.

Los bríos que había tenido al llegar a la ciudad se habían disipado, primero frente a Alba: no había logrado acabarla y se lamentaba y culpaba por eso. Tampoco había podido contra su padre. Por mucho que lo desease, no podía matarlo. Por eso necesitaba que alguien más lo hiciese por él. Y había dado con la persona indicada.

—Dalo por hecho.

Zach se tomó de golpe el resto de alcohol que quedaba en el vaso. Poco después levantó la mano para abonar la cuenta y despedirse de Manuel Abascal. Ya no quedaba mucho por decir.

En la casa de Alba los ánimos habían cambiado. Carmela estaba azorada con lo sucedido. Se había alegrado de que la dueña de casa estuviera mejor, aunque no podía decir lo mismo respecto de Aitana. Le llevaría tiempo apaciguar las aguas con su madre, pero estaba convencida de que todo llegaría a buen puerto. En cambio, la aparición de Abascal no le entusiasmaba. Se dirigió al escritorio a llevarle el té a Alba y allí estaba él. Era innegable el buen talante de la dueña de casa, que en ese momento le servía una copa de coñac

con una amplia sonrisa. Nada apropiado, según Carmela, a esa hora de la mañana.

—Sé que hay algo que no me dices y te pedí que no hubiera más secretos entre nosotros —dijo Alba cuando quedaron solos.

—Si queremos estar tranquilos, debemos acabar lo que empezamos.

—¿A qué te refieres?

—He visto que no tienes todos los cuadros aquí.

—Así es. No sabía qué hacer y creí que lo mejor era tenerlos a salvo en otro lugar. No quería quedar involucrada cuando dejé de operar para ellos.

—Está bien, y quiero ocuparme de eso.

—No es necesario que lo hagas.

—Alba, sé que te has arreglado sola todo este tiempo, ahora quiero ser yo quien te ayude. Debes cuidarte y dejar que yo lo haga.

—Ni siquiera cuando era joven podía negarte algo.

—Te equivocas, mi Alba. Siempre has sido tú quien marcaba los pasos de lo que fuimos.

—¿Entonces?

—Dime dónde están que me haré cargo de todo. Deja de darle vueltas al asunto —dijo al apurar el trago.

—Tienes razón, es mejor que te encargues. Solo te pido una cosa.

—Lo que quieras.

—Que me digas cuándo irás.

—Esta noche lo haré.

Ella se incorporó y buscó detrás de uno de los cuadros de la estancia. Había una caja fuerte. Dentro había unos cuantos documentos. En el fondo y envuelta en un papel madera se hallaba

la llave del depósito donde estaban las obras que faltaban. Le dio a Abascal la llave y la dirección del lugar. Ambos se fundieron en un abrazo y se besaron despidiéndose hasta un nuevo encuentro.

El puerto de Buenos Aires había cambiado su fisonomía con el paso de los años. El comercio había crecido convirtiéndolo en uno de los más importantes de América. Varias dársenas y espigones se extendían a lo largo de la zona portuaria. Hasta ahí había llegado Abascal. Hacía tiempo que no recorría el lugar. Prendió un cigarro y contempló los docks. La penumbra nocturna se resquebrajaba con la luz de las farolas que alumbraban cada tanto el embarcadero. Él recordaba con precisión cada rincón de esa zona. Lanzó el cigarro y rozó con sus dedos la llave que le había dado Alba. En la caminata pasó por el galpón número cuatro, el que había servido como lugar para alterar lo que llegaba del mercado negro e incorporarlo al circuito legal sin demasiados requisitos. Ya todo había quedado atrás. Anduvo hasta un depósito más pequeño. Ingresó sin problemas y caminó por el lúgubre lugar. Alcanzó la perilla de luz y una lamparita que pendía en mitad del techo alumbró el galpón. En el fondo había una habitación, miró en derredor y localizó un mueble de madera destartalado. Apoyado sobre la pared del fondo había unos tubos que protegían unos lienzos. En medio de la preocupación por sacarlos, no oyó los pasos que se aproximaban. Sin embargo, instintivamente se volteó, y allí, debajo del dintel de la puerta, se hallaba un sujeto con un arma en la mano.

—Al fin te encontré.

Abascal evitó demostrar asombro al ser sorprendido *in fraganti* cuando sacaba las pocas pinturas que quedaban. Él no lo hacía por dinero, tampoco Alba. Era por la aparición de un sujeto que había llegado demasiado lejos en la investigación sobre unos cuadros. Supo de inmediato a quién tenía enfrente.

—Me imagino que tú eres Zach.

No había sido difícil dar con él. Solo debió controlar sus movimientos y esperar el momento oportuno para actuar. En algún momento Joaquín había puesto en duda el relato de Manuel sobre la verdadera identidad de Abascal. Sin embargo, su aspecto era inconfundible. Al estar frente a él, podía ver la marca en su pómulo derecho. Esa misma cicatriz hecha la noche en que todo sucedió. Contemplarlo era un recordatorio de aquel suceso que había marcado a su familia y, en especial, la vida de su padre.

—Te han informado que andaba detrás de ti.

Abascal no respondió, solo miraba a su alrededor para ver si podía escapar. Nunca se había desprendido de la navaja que llevaba en el bolsillo del abrigo, pero no creía que pudiera hacer frente a un hombre armado.

—No creo que logres reconocerme. Quizá te sirva recordar aquella noche en Les Baux-de-Provence.

Rememorar aquel lugar era evocar los inicios del plan pergeñado junto a su socio en una taberna del puerto asturiano para huir de una España arrasada por la Guerra Civil y buscar un futuro en suelo francés. A Abascal le había dado mala espina un nuevo encargo que había llevado Rafael. Sabía que no podía elegir si hacer o no ese trabajo, ya que del buen resultado de esa operación dependían los trabajos futuros. Esa vez nada había salido según lo esperado. Como

consecuencia, ese encargo quedó escondido hasta nuevo aviso para poder ser comercializado. Tiempo después, Abascal se ocupó de realizar el transporte con destino a Buenos Aires. Estaba convencido de que cuando algo comenzaba mal, terminaba peor. Una cuestión era el mercado ilegal y otra muy distinta era que el contrabando estuviera manchado con sangre. Por ese motivo había pedido que ese encargo se mantuviera a salvo, sin exponerlo en el mercado hasta que pasara una larga temporada. Así se había hecho, pues nadie quería poner en riesgo la operatoria que venían llevando. Solo buscaban atraer a nuevos compradores y no levantar sospechas. Luego, cuando el mercado argentino mermó, cada integrante que formaba el circuito comercial de obras de arte se evaporó con el dinero obtenido. Algunos miembros fueron abandonando la ciudad en busca de nuevas plazas, hallando su destino como marchantes o galeristas en otros países, o disfrutando de una buena vida lejos de todo. Alba también había dejado atrás la organización. Ella no había ingresado por dinero; la curiosidad la había llevado a aquel galpón del puerto. El interés por saber de él al conocer el nombre de la embarcación, a pesar de que le dijesen que Abascal estaba muerto o desaparecido, había conspirado para que continuara en ese mercado. Antes de salir de la organización, Alba se había hecho cargo de aquellas pinturas que quedarían en el olvido. Se había enterado de que había inconvenientes para comercializarlas y por eso las mantenía ocultas y a buen resguardo. Nunca había creído oportuno sacarlas de allí hasta que comenzó a correr el rumor de que alguien andaba fisgoneando los pasos de la antigua organización. Cuando Abascal tomó conocimiento de lo sucedido con

esas telas, creyó conveniente deshacerse de ellas por el medio que fuera.

—Eres un hijo de puta. Quizá no te acuerdes de mí, porque yo era un crío muerto de miedo que vio cómo matabas a mi padre.

Abascal nunca había olvidado al niño acurrucado en un rincón del galpón donde peleó con ese hombre. Años después, las vueltas del destino lo ponían frente a él.

—Te equivocas. Yo no lo maté, me rogaste que no lo hiciera. Eras un crío y por eso no pude hacerlo. No soy un asesino.

Él sabía que su pasado era controvertido, aunque no se arrepentía de lo que había hecho ni de cómo había actuado, pero nunca tuvo la intención de acabar a aquel hombre frente a ese muchachito.

—De nada sirvió, ya que poco después él murió en mis brazos y bajo la promesa de que encontraría el botín que nos pertenecía.

—Tómalo.

Abascal hizo rodar los tubos por el piso. Como en aquella noche, los cilindros fueron a parar a un lado del cuarto, a los pies de Zach.

—¿En verdad crees que vengo tras estas telas?

—Ahí tienes lo que te pertenece.

—Te equivocas. He venido a vengar la muerte de mi padre, y al fin he dado contigo. No te imaginas lo que es estar en una búsqueda sin fin. En cuanto encontraba una pista, se diluía y perdía el rumbo. Así pasé años con el objetivo de encontrarte.

Abascal sabía que había cubierto todas las huellas para no ser encontrado. De no haberlo hecho, alguno de ellos habría caído antes. El tráfico ilegal de arte había durado el tiempo que necesitaron para ganar una cantidad de dinero más que suficiente, después se retiraron del negocio del contrabando sin mayores

contrariedades. Mientras rememoraba su pasado, le vino a la memoria la imagen de Nuria al recibirlo aquella noche de Les Baux-de-Provence. Cuando le curaba las heridas indagaba sobre lo sucedido. Abascal siempre había sido reservado, comprendía que el silencio sería lo que lo mantendría vivo, sin embargo, le había comentado a Nuria sobre aquella operación. Ella estaba muy sentida al verlo en aquel estado y él creyó que podía confiar. No había muchas personas que supieran lo sucedido en aquella localidad del sur francés, y menos que hoy estuviesen con vida. Por ese motivo no le llevó demasiado tiempo darse cuenta de cómo se habían dado los acontecimientos.

—Y Manuel ha sido tu informante.

Abascal lo había criado del mejor modo que pudo. Lo doblegaba el remordimiento de no haberlo hecho mejor, y que todo acabase de este modo.

—Sí, y la contundencia al denunciarte fue lo que me convenció de la veracidad de los hechos.

—Pesará en tu memoria si me matas.

—Cállate.

—No lo digo por mí, sino por mi hija.

Zach creía que Abascal buscaba distraerlo con cualquier comentario sin sentido. Había ido hasta allí con un objetivo. Las pinturas regresarían al lugar de donde nunca debieron salir. Solo restaba acabar con Abascal.

—¡Basta ya!

—No es una pelea justa si estoy desarmado.

—Voy a matarte igual.

Zach lanzó la pistola a un lado. La inquina que sentía por dentro se reflejaba en su mirada. En un segundo, estaba sobre Abascal. Ambos se trenzaron en una pelea sin cuartel. Ninguno de los dos deseaba morir porque tenían mucho por qué luchar. Abascal había encontrado al fin sentido a su vida de la mano de las dos mujeres que amaba y amaría por siempre; Zach creía que debía cerrar una etapa de su vida para comenzar otra, y la aparición de Aitana era fundamental para lograrlo. Cada cual batallaba por darle fin a esa lucha. En un rápido movimiento, Abascal logró tomar la navaja del bolsillo de su abrigo y darle un puntazo en el hombro al joven. Hilos de sangre brotaban por la espalda de Joaquín, quien logró asir el arma, luego de que ambos rodaran hacia un lado y golpearan contra el mueble de madera. Los dos forcejaron hasta que el sonido de un disparo surcó la habitación. Ya no quedaba más por hacer.

Joaquín se levantó como pudo, Abascal yacía en el piso. Tomó los tubos y salió para fundirse en la oscuridad. Atrás quedaría el maldito viaje hecho con su padre hasta Les Baux-de-Provence. Habían estado varias veces en esa localidad, y el rumor de que el tesoro familiar podía estar en esa propiedad vacía y deshabitada hizo que Jonas Zach fuera allá aquella noche. Jonas había dejado a su hijo a buen resguardo dentro de la casona sin pensar que el niño iba a seguir los pasos de su padre hasta aquel vetusto garaje. Dejó a un lado aquellos pensamientos y se agazapó en la penumbra sin ser visto, aunque eso no impidió que escuchara un taconeo cercano sobre el empedrado del lugar. Vislumbró, entonces, la silueta de una mujer que ingresaba en el lugar. El grito desgarrador que resonó no le impidió a Zach escapar por la explanada del puerto, subirse al vehículo junto con el botín y huir de allí hasta el hotel. Podía sentirse

en paz con la promesa hecha a su padre. El tesoro familiar, que fuera primero confiscado por las autoridades alemanas y luego comercializado hacia América, regresaba a la familia Zach, de donde nunca debió salir. Después de ultimar al hombre que atacó a su padre en aquella nefasta noche, podría centrarse, ahora sí, en Aitana y comenzar una nueva vida.



CAPÍTULO 23

# SIN PERDÓN

*Buenos Aires, 1965*

La conmoción de Aitana era inmensa. No solo por saber que su historia no era la que había creído, sino por el fuerte impacto de ponerle voz y rostro a su verdadero padre. El diálogo que había mantenido con él retumbaba en su mente; no podía acallarlo. Hubiese sido más fácil quedarse con lo vivido si el hombre con quien se encontró no le hubiera infundido el respeto que emanaba Abascal. Con él era diferente, sentía ganas de conocerlo y, quizá, trabar un nuevo vínculo, uno verdadero, distinto del que había tenido con Pinedo. Por eso y porque creía que su historia cambiaba de color, sentía la necesidad de darle las explicaciones que aún le debía a Zach. Le agradecía que no hubiera insistido por saber más. Desde aquel encuentro en el hotel no se había comunicado con él. Ansiaba volver a verlo y tenía varias cuestiones que aclarar. Aitana no quería que él se fuera sin que supiera lo que significaba para ella. Haber conocido la historia de sus padres le había alterado la

existencia, pero había cambiado la perspectiva para contemplar las cosas con relación a su vida.

Ver a su madre con Abascal, transformado ahora en su padre, y contemplar el modo en que se amaban le permitía pensar que podía encontrar el amor en alguien, aunque hubiera ciertas cuestiones que los separasen. Con esos pensamientos, se dirigió al Savoy. Cuando le informaron en la recepción que no estaba, decidió aguardarlo en la confitería del hotel. Una sensación extraña la envolvía desde que llegó, suponía que se debía al remolino emocional que la había arrollado con la aparición de Abascal. Estaba convencida de que el vínculo incipiente iría por un buen camino. Con su madre sería más complejo. A Aitana le costaba entender el comportamiento de Alba. Sin embargo, y a partir del relato de los hechos, había comprendido una serie de situaciones que había vivido. Abascal había estado presente siempre: en las discusiones mantenidas por sus padres, en el encierro de Alba en el escritorio permitiendo que solo Aitana fuera parte de ese mundo y en los paseos al puerto. Sin duda, su madre buscaba que ella respirase parte del mundo de su verdadero padre. Entonces, vio que Joaquín se acercaba, inmerso en sus asuntos, sin prestar atención al entorno. Desconocía de dónde venía, su andar era diferente. Aguardó que le avisasen que ella estaba en el salón comedor. Quizás había sido una equivocación presentarse allí sin previo aviso. Fue entonces cuando él se volteó, buscándola con la mirada. Luego, caminó hacia ella y la estrechó en un fuerte abrazo.

—Juro que necesitaba verte —susurró.

—Aquí me tienes.

Zach se separó para perderse en sus ojos y la besó. Cuánto había deseado sentirla y saber que al fin todo se había acabado y que con

ella comenzaría una nueva etapa. Él necesitaba un trago. Todavía no había tomado el analgésico que le habían dado en la guardia del centro médico al que había concurrido para referir un atraco perpetrado en la calle. Eso había manifestado en una mezcla de español e inglés, procurando no hacerse entender o en hacerlo a medias. Por ese motivo lo curaron y dejaron que abandonara el nosocomio sin demasiada complicación ni preguntas sobre lo ocurrido.

—¿Desean tomar algo más? —inquirió el camarero detrás de ellos.

Zach observó que ya no quedaba nadie y que sería un buen lugar para hablar tranquilos.

—Un vaso de whisky y una copa de coñac.

Zach vio que Aitana había hecho otras consumiciones.

—¿Hace tiempo que estás?

—Sí, necesitaba verte, aunque debería haberte avisado antes.

—No, Aitana. Yo quería verte, porque debemos hablar.

Ella lo notaba un tanto agitado, nervioso y desarreglado. Algo le sucedía, porque nunca antes se había comportado de ese modo.

—Aitana, me importas más de lo que yo imaginaba. Te aseguro que intenté correrte a un lado de mis pensamientos, pero no he podido. Te has metido dentro de mí como ninguna otra mujer. Mi llegada a la ciudad tenía un objetivo claro y era buscar no solo unos cuadros robados a mi familia, sino al responsable de que mi padre esté muerto.

Un frío helado corrió por el cuerpo de Aitana. No desconocía que él había estado detrás de su madre. Debía comprender por qué la había buscado a ella.

—Mi deseo es que lo nuestro funcione, por eso quiero ser sincero contigo. A riesgo de que no te guste lo que escuches.

—Adelante.

—Luego de peregrinar en busca del sujeto que trajo la desgracia a mi familia, lo encontré.

—¿Quiere decir que al fin sacarás a mi madre de esa búsqueda?

—Ella y alguien más me ayudaron a dar con él.

—¿A quién te refieres?

—Al sujeto que busqué por años por haber estado involucrado en la muerte de mi padre. Ahora su memoria descansará en paz y yo podré dejar atrás el pasado.

—¿Qué has hecho?

—Lo maté.

—¿A quién?

—A Santiago Abascal.

Por unos largos segundos, ella no pudo reaccionar frente a lo que escuchaba. Si era verdad lo que él había dicho, su mundo se acababa de desmoronar.

—¡NO! —gritó Aitana y con un gesto brusco derribó la copa de coñac sobre la mesa.

—Aitana —dijo al tomarla por las manos e intentar calmarla—, creía que ibas a entenderme. Quise ser sincero contigo, para comenzar una relación sin secretos ni mentiras.

—Déjame ya —dijo entre lágrimas.

—Aitana, por favor.

—No te juzgaría por lo que has hecho, si no fuera que has dado muerte a mi verdadero padre. De eso he venido a hablarte. Lo descubrí días pasados y necesitaba compartirlo. Suéltame.

Él no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar. No era el alcohol lo que le nublaba su mente, sino las palabras lanzadas por Aitana. La vio abandonar el recinto envuelta en un llanto incesante. Quería estrecharla en sus brazos y sosegar su dolor, pero no podía porque él había sido el autor de su pesar. Tomó de un sorbo el resto del whisky. No podía ser que las vueltas del destino le jugaran esa mala pasada justo cuando creía que cerraba un capítulo de su vida para comenzar otro de la mano de Aitana.

Torres había hecho las diligencias para dejar todo en orden, como Santiago le había pedido. En breve, abandonaría Buenos Aires y retomaría los negocios que tenían en España. La llamada de Alba lo había despertado a mitad de la noche. En la penumbra de la habitación del hotel, se había vestido con lo que encontró en el camino y salió en busca de un coche para ir hasta el hospital al que Alba había llevado a Santiago. Ella se hallaba en la sala de espera cuando llegó. La había visto en pocas oportunidades, pero esa madrugada la palidez le otorgaba una imagen fantasmal.

—Gracias por venir.

—De eso nada. ¿Qué ha sucedido?

Alba recurrió a la única persona de absoluta confianza de Abascal. Había tomado conocimiento de los pormenores de este último viaje en los días compartidos con Santiago. Junto a Torres, él había transitado las instancias más álgidas de su vida.

—Fue a buscar las telas que quedaban y que yo guardaba en un depósito en el puerto y alguien le disparó —explicó Alba, con la voz entrecortada.

Torres no daba crédito a lo que escuchaba. Si algo le sucedía a Abascal, debería soportar la culpa de haberle planteado entrar en el contrabando de obras de arte, porque él se había mostrado reticente ante su propuesta. No podía creer que todo fuera a terminar de esa forma.

—Coño, ¿y quién fue?

—No lo sé. No podía hablar, solo murmuraba algo que no logré entender. Como ha ingresado con una herida de arma, el personal necesita saber qué ha pasado. Yo no dije nada, te pido que te ocupes. Si es necesario sabes que puedes comunicarte de Lisandro Amadeo.

—Entiendo, no te preocupes. Lo importante es la salud de Santiago.

No dejaba de pensar que Abascal y él habían llegado a la ciudad para poner un punto final al tema del contrabando.

—¿Y el médico?

—Lo estoy aguardando. Son mínimas las posibilidades de que... —ahogada por la angustia y la desesperación no pudo completar la frase.

—Saldrá de esta como lo ha hecho en otras oportunidades. Ahora estás tú.

Alba se dejó abrazar por Rafael. Desde que lo había encontrado a Santiago en el piso del depósito, no había flaqueado. Solo importaba él. Una vez más, su pálpito no había fallado. No se había quedado tranquila al saber que él iría hasta el puerto solo. Comprendía que de nada hubiera servido decirle que lo acompañaría, porque él se habría negado. Sin embargo, Alba fue tras sus pasos pues intuía que podría surgir algún problema. Desde que él volvió, sentía que podía

desaparecer en cualquier momento, que ambos estaban viviendo un tiempo de descuento. Era parte de la historia de ambos. Cuando creían que podían recuperar el tiempo perdido, todo se diluía en un instante. Un dolor lacerante se había adueñado de su cuerpo y no encontraba consuelo. Consiguió apaciguarlo al levantar la vista y ver que Aitana ingresaba como una tromba.

—Enseguida vuelvo —indicó Torres para dejarlas solas.

—Mamá —dijo con lágrimas en los ojos—, cuando llegué a casa Carmela me indicó dónde estabas, aquí te traje la medicación.

—Gracias, hija.

—Creía que estaba muerto —confesó sin consuelo, pero agradecía que los hechos no se hubieran dado como le contó Joaquín.

—No sé qué sucederá.

Ambas se sentaron en el salón. Eran las únicas dos personas que había allí. Que su hija estuviera acompañándola sosegaba su espíritu. La mente de Aitana no dejaba de dar vueltas sin comprender lo sucedido. Necesitaba reconstruir lo que había pasado con su padre.

—Mamá, ¿estabas con él?

—No, lo encontré en el puerto. Había ido hasta allí en busca de unas pinturas que se hallaban guardadas. No es una zona segura, por eso lo seguí y lo encontré tirado, herido de gravedad.

Aitana negaba con la cabeza, intentando ordenar los sentimientos entremezclados que la azotaban desde el mismo instante en que Zach le confesó lo que había hecho.

—Mamá, debes saber que… —Aitana se interrumpió pues en ese momento el médico pedía por los familiares de Santiago Abascal.

—Doctor, ¿cómo sigue?

—Su estado es de gravedad extrema. Hemos debido extraer el bazo, aunque esto no es lo preocupante, ya que puede llevar una vida normal si no lo tiene. No obstante, debemos aguardar las próximas veinticuatro horas para ver su evolución. Solo entonces podremos tener un panorama más certero.

—Él es fuerte y tiene que salir de esta situación.

—Si no lo fuera, hoy serían otras las noticias. Si me disculpan, debo continuar con mi tarea.

Ambas lo vieron retirarse y se estrecharon en un sentido abrazo. Fue Aitana quien consoló a su madre, aunque para ella fuera desgarrador lo que sucedía. Una mezcla de culpa, angustia y un profundo dolor la envolvía. Torres volvió y de inmediato le contaron las novedades.

—Vayan a tomar algo caliente. Yo me quedaré aquí. Si quieres estar fuerte, hazme caso —agregó al ver que Alba negaba con la cabeza.

No iba a confesar la flojera que sentía, pero allá fue con su hija. En la mesa del bar, ambas se mantenían en silencio, y fue Aitana quien lo rompió.

—Mamá, debes saber lo que sucedió.

Alba la contempló y supo a qué se refería su hija. Ella no había presenciado el hecho, pero podía intuir lo que había ocurrido dentro del depósito. Verla a Aitana de ese modo la desgarraba, porque imaginaba el infierno que estaba viviendo; distinto al de ella, pero infierno al fin.

—Sh —sentenció—. Lo más importante es que tu padre salga de esta grave situación. El resto carece de significado.

Ansiaba que fuera Santiago quien decidiera qué hacer con lo sucedido. De momento, restaba esperar que el paso de las horas le jugara a favor.

En total desconocimiento de lo que ocurría en su familia, Ramiro se hallaba en el despacho de El Escorial estudiando unas carpetas. Estaba cansado de los dimes y diretes sobre la herencia de la que buscaba disponer con absoluta libertad, sin socios ocultos que obstaculizaran el funcionamiento de la empresa ni familiares que no lo apoyasen. Unos golpes a la puerta interrumpieron su concentración.

—Señor Pinedo —anunció la secretaria—, hay alguien que quiere verlo.

—No espero a nadie.

Ya se había cansado de la insistencia de Marcos por pretender sacar tajada de algo que no le correspondía. Estaba convencido de que, si no podía controlar a su hermana, tampoco podría hacer frente a los temas del negocio. Silveyra había ido con el cotilleo sobre el extranjero y Aitana, y a él solo le importaba que las cuestiones de la empresa funcionaran de acuerdo con sus intereses. Si Marcos había regresado para verlo, se encargaría de que dejase de insistir y de que arreglara sus asuntos cuanto antes.

—Lo sé, pero dice que le urge hablar con usted.

—Tengo solo cinco minutos.

Cuando vio aparecer al sujeto, se levantó para sacarlo de inmediato de allí.

—¿Qué mierda haces acá? Te eché para que no regreses, creo que he sido claro y si necesitas resolver cualquier cuestión, debes hablar con el encargado, y no conmigo, que soy quien preside el hotel. Vete ya si no quieres que te saque a los golpes.

Nunca le había gustado ese empleado que no había hecho más que desafiarlo. Por ese motivo lo había echado, a pesar de la reticencia del encargado que insistió en que permaneciera allí. Lo había tolerado por ser un expreso pedido de su hermana, en aquel momento necesitaba estar en buenas relaciones con ella.

—Deja de envalentonarte conmigo. Hay algo que debes saber y que cambiará tu presente. Esta información tiene un precio y te aseguro que no vas a arrepentirte.

Ramiro estaba a punto de lanzarse contra este sujeto, pero se detuvo. Si no tuviera algo importante que decirle, no irrumpiría en la oficina. No tenía nada que perder si lo escuchaba.

—Te doy solo cinco minutos. El precio de la información la pondré yo si en verdad vale la pena.

—Llegué hasta aquí no para buscar trabajo, instalarme en un nuevo país y mejorar mi presente. Vine para saber cómo era la vida de la familia Pinedo. Podría decirse que somos una gran familia —sentenció sarcástico.

—Si continúas diciendo estupideces, saldrás de aquí en un minuto.

—Yo soy Manuel Abascal, quizás el apellido te suene conocido.

Ese nombre retumbaba en la mente de Ramiro desde que lo había escuchado de boca del escribano. Solo le importaba que tenía la titularidad de una parte de las acciones de la empresa, pero ahora comprendía que detrás de aquello había algo más. Si bien él estaba centrado en los negocios, había notado algo extraño en la actitud de

su madre y su hermana. Trató de unir las piezas, no resultaba descabellado lo que decía Manuel. Decidió seguir escuchándolo.

—Santiago Abascal es el padre de Aitana, tu hermana.

—¿Cómo te atreves a hablar así de mi familia y meterte con mi madre?

—Porque sé de lo que hablo. Si quieres corroborarlo, solo tienes que hablar con ella, porque él está aquí para recomponer todo.

El golpe asestado a Ramiro fue brutal. Se quedó sin palabras. Siempre había creído que él estaba por encima de todos y que dominaba todo cuanto acontecía alrededor.

—Por más que lo niegues, sé que me iré de aquí y saldrás a buscar información. Por eso mañana estaré aquí para buscar la recompensa.

—Déjame solo, que tengo cuestiones urgentes que resolver.

—No me has dicho si vas a cumplir con el pacto.

—Por supuesto.

—Pues bien, debes saber que él se ha encargado no solo de destruir mi vida sino la de ustedes.

Una vez que Manuel se retiró, de inmediato se sirvió un vaso de whisky para paliar la rabia que lo invadía. A medida que pasaban los minutos comprendió que la noticia recibida era lo que tanto había buscado. La idea que al principio lo había devastado comenzaba a resultarle satisfactoria. De pronto, casi en un estado de euforia, salió de la oficina rumbo a la casa familiar.

Al abrir la puerta, Carmela se sorprendió de verlo allí.

—Quiero ver a mi madre.

—Ella no está, y no sé cuándo regresará.

—Déjame pasar. Pienso esperarla.

En ese instante, apareció Aitana con el rostro demacrado y el cabello húmedo. Había ido hasta allí a buscar alguna ropa para Alba y se había dado una ducha antes de regresar al hospital. En medio de lo que estaba viviendo, lo que menos deseaba era encontrarse con su hermano.

—Si mamá no está, lo hablaré contigo.

—Ramiro, no estoy para perder tiempo. Si quieres, podemos combinar en otro momento para reunirnos.

—Vas a escucharme —exclamó levantando la voz.

—No creo que ella esté en situación de hablar, porque su madre la espera —intervino Carmela.

—Deja de meterte en la vida de esta familia y ve a refugiarte en la cocina, el lugar del que no deberías salir.

—A Carmela debes tratarla con respeto, aunque eso es pedirte mucho. Siempre has actuado como si no fueras de esta familia.

Una sórdida carcajada salió de las entrañas de Ramiro. No parecía reflejar un sonido alegre, sino que retumbó en la sala como el aullido de un animal herido.

—El único miembro de la familia que se merece ostentar el apellido Pinedo soy yo. ¿O quieres que te diga el motivo?

—¡Cállese! —gritó Carmela.

No quería que Aitana se alterara aún más. Había podido hablar con la joven y sabía el dolor que tenía frente a todo lo que vivía.

—¡Te dije que te fueras! —gritó a la empleada.

—¡Basta, Ramiro! Di lo que tengas que decirme que no tengo tiempo para perder.

—Que no eres una Pinedo, que eres hija de otro hombre con nuestra madre y que ella es una cualquiera.

En su apasionamiento, no vio venir la mano de Aitana, que se estampó en su mejilla. Los ojos de ella despedían fuego. Ya no toleraba enfrentarse a nadie más, menos a su hermano, que siempre había llevado problemas a la casa. Ramiro se puso la mano en el rostro asombrado por la reacción de Aitana.

—No vuelvas a referirte así a nuestra madre. Por la manera en que me has tratado, siempre me has hecho sentir que no me considerabas tu hermana. Lo único que te ha importado es ir detrás de lo que dejó papá.

—Mi padre, no el tuyo. Manuel Abascal me lo dijo.

Aitana comprendió que fuera él quien hubiera dinamitado a su familia; el odio y la venganza de Manuel estaban teñidos de verdad.

—Tienes razón y puedes jugar como deseas con todo el dinero que nos dejaron. Ahora tengo mayores problemas en los cuales pensar, te dejo que sigas jugando a "El Estanciero" mientras yo hago mi camino.

—¿Cuándo lo supiste? ¿Cómo puede ser que haya sido el último en saberlo?

—Me enteré hace unos pocos días, pero quédate tranquilo, una vez que todo se solucione me iré al Sur sin ningún reclamo que hacerte. Eso sí, quiero que te vayas de aquí y vengas cuando esté mamá. No tengo más que decirte.

Ramiro caminó hacia la salida y se fue dando un portazo. Carmela se acercó y abrazó a Aitana. La joven estaba poniendo a prueba su entereza, aunque de a poco su vida se iba resquebrajando.

El paso de los días le había permitido reflexionar sobre lo acontecido. Esas veinticuatro horas que debieron aguardar para contar con un panorama más claro habían sido eternas. Aitana se mantuvo al lado de Abascal y su madre hasta el alta médica. Si por él hubiera sido, se habría ido a poco de salir del estado grave; por precaución lo dejaron internado unos días más. En esas tensas jornadas, sostuvo largas conversaciones con su madre. Había llegado a comprenderla y amigarse con el presente que le tocaba vivir. No obstante, no calmaría su espíritu hasta que hablara con él.

Ese día, Santiago se hallaba en el escritorio, aunque debería haber estado en la cama guardando un reposo que no haría. Cuando abrió la puerta vio a su madre sirviendo el té. Observó que él asentía con una sonrisa, pero que dejó la taza a un lado. Estaba convencida de que, si Alba se iba del despacho, él se serviría una copa de coñac.

—No quiero molestar.

—De ningún modo —dijo Abascal al verla ingresar en el recinto.

Alba sabía lo que le habría costado dar ese paso a su hija. Tenía claro que ambos se merecían una conversación. Miró de soslayo a Abascal. Le daba ternura que un hombre con su fortaleza sintiera inquietud por tratar con Aitana. Por nada del mundo él quería perderla.

—Hija, ya vuelvo, te traeré algo para tomar.

Ambos quedaron en silencio, contemplándose.

—Tu madre nos ha dejado solos.

—Eso parece —replicó al esbozar una sonrisa—, en verdad tenía ganas de hablar.

—Por suerte, podemos hacerlo.

En el sanatorio había luchado por recuperarse por Alba y Aitana. No podía darse el lujo de flaquear, ya que no estaba dispuesto a perderlas. Y desde que había regresado deseaba tener esa charla con su hija.

—Aitana, dime qué te angustia.

—En estos días lo más importante era que salieras del grave estado en que te hallabas. Pero no puedo continuar callando lo que sé. Desconozco si el impacto por lo sucedido te ha borrado de la memoria cómo se dieron los hechos. Si es así, mamá tampoco está al tanto, pero yo sí.

Aitana hablaba sin dejar de observar a su padre. No podía leer lo que pensaba y desconocía qué le diría.

—Me siento cómplice de lo acontecido.

—Aitana, no digas eso. Has estado y estás fuera de lo que ocurrió.

—No lo estoy, porque me lo confesó Joaquín.

Ella vio que Abascal asintió y bebió un sorbo de la infusión que Alba había dejado.

—El problema que tienes es porque no puedes perdonar lo que hizo, o por haber sido yo quien estaba involucrado con las pinturas. Si es esto último deberías saber mi grado de responsabilidad en aquel hecho que sucedió con su padre. Yo estuve aquella noche, pero no lo maté. Ambos luchamos, pero no lo acabé, pues descubrí que un crío rogaba que no lo hiciera. Este es el recuerdo de aquella pelea —sentenció al rozar su mejilla.

—Pero cuando él tuvo la oportunidad, te ejecutó.

Una leve mueca asomó en el rostro de Abascal. Sin dudas, su hija había heredado la integridad de Alba.

—Mira, Zach nunca me agradó, tampoco a tu madre. Tengo claro que no soy quién para darte mi parecer sobre la persona con la cual debes estar o cuestionar de quién te has enamorado. Solo quiero contarte algo.

A Aitana le costaba creer que le importase tanto la opinión de su padre, un hombre que había empezado a conocer hacía tan poco.

—Cuando estuvimos en la plaza, a unas cuadras de aquí, te dije que me gustaría saber todo de ti y contarte de mi vida. Parte de ella la sabrás por Alba, claro que ella te habrá contado una historia más suavizada, según sus ojos, sobre mí. Hay algo que deberías saber. No siempre viví en la villa en la que conocí a Alba. De pequeño residí en un pueblo cercano, Ribadesella. Dejé atrás esa etapa de mi vida, pero no la he olvidado. Por haber vivido como lo hice y pasar por las situaciones que atravesé me transformé en lo que soy. No he tenido una vida fácil y he luchado por cada cosa que deseé a costa de lo que fuera. En esa villa marinera aprendí a amar el mar de la mano de mi padre, aunque él se dedicaba más a la bebida y a los negocios sucios que a mí. Lo vi morir desangrándose en el callejón, logré ver a los autores de su muerte. Solo pensaba en saldar las cuentas con esos sujetos y juré que los asesinos pagarían. Y esperé sin desviar mi objetivo hasta que tuve la oportunidad de acabarlos bajo las llamas de un incendio que provoqué. En el pueblo quedó un manto de sospecha sobre mí y lo sucedido, pero nadie se atrevió a meterse conmigo, quizá por temor a cómo fuera a reaccionar frente a quien me cuestionara. Aquel hecho pesó en mi conciencia y cuando conocí a Alba decidí que no le mostraría ni contaría esa parte de mi vida, ¿sabes por qué? no quería ahuyentarla con mi pasado, y menos aún con lo que había hecho, porque ni siquiera ahora estoy arrepentido.

Me atrevo a decírtelo para que sepas que no condeno a Zach por lo que hizo. Lo único que debes tener en cuenta es que te lo ha confesado, y eso es algo que en su momento yo no he hecho.

Aitana tenía los ojos llenos de lágrimas desde que él había comenzado con el relato.

—Quizás aceptar lo que me sucedió con Zach sea un modo de redimir lo acontecido tiempo atrás.

Aitana se levantó y lo abrazó. En silencio, ambos se dijeron todo aquello que no podían pronunciar. Ella valoraba que él se hubiera abierto, no solo para desnudar su corazón sino para quitarle cualquier peso que pudiera llevar sobre sus espaldas. Ella se separó y notó la humedad en los ojos grises de él.

—Hija, haz lo que tengas deseos de hacer con tu vida. Tu madre y yo lo hemos hecho y fíjate que tan mal no nos ha ido.

—Gracias, papá —susurró al inclinarse.

Poco después, apareció Alba. Sin dudas, la conversación mantenida con Aitana lo había repuesto más que cualquier medicina prescripta por el médico.

—Creo que me merezco un sorbo de coñac.

Alba le sirvió una medida tan pequeña que se perdía en el fondo de la copa.

—Yo iré a hacer la valija.

—¿No piensas quedarte más tiempo?

Alba le había insistido para que se quedase, pero comprendía que debía resolver ciertas cuestiones y hacerlo desde su lugar le traería la serenidad que necesitaba para sanar su corazón.

—Volveré, ahora tengo un motivo doble para hacerlo.

Aitana necesitaba regresar a su lugar para recomponer lo sucedido. No sabía cómo lo haría ni qué sucedería en su vida. Esperaba que el tiempo le mostrara el camino.

Abascal la vio salir de la habitación y clavó la mirada en Alba. Él se había jurado que no habría secretos entre ambos, pero ese juramento tenía una salvedad. En los días de internación no habían dejado se suministrarle una fuerte medicación que volteaba y embotaba la mente de cualquier paciente. Sin embargo, él recordaba a la perfección lo sucedido aquella noche en el depósito del puerto. Tenía el rostro de Zach dibujado en su mente y presente en la memoria el corto diálogo mantenido antes del disparo. Por ese motivo, le había pedido a Torres, que al verlo moribundo haría lo que fuera por contentarlo, que trajese a Zach hasta la habitación. Necesitaba verlo antes de que abandonara la ciudad. En principio, Rafael se negó, creyendo que Zach podría pensar que era una emboscada, pero al fin Abascal lo convenció. Al tenerlo a los pies de la cama, supo que había accedido a ir solo por Aitana, por ese motivo buscaba hablar con él.

—No quise que vinieras para que vieras que me he salvado. Lo único que me preocupa es Aitana.

—Tu hija.

Zach podía comprender ahora la dimensión de las palabras de Abascal antes de dispararle. ¿Lo hubiera hecho de saberlo previamente? No podía ni quería contestar esa pregunta.

—Ella es lo mejor que tengo en la vida. No ha tenido una vida fácil y no soportaría que alguien la dañara más de lo que está.

—¿Crees que puedo hacerlo?

—Solo depende de ti.

Las miradas de ambos eran desafiantes. Zach no pensaba confesar el fuerte sentimiento que lo unía a la hija del hombre que él creía haber matado.

—De lo sucedido, no me arrepiento.

Abascal asintió, no esperaba menos de ese sujeto que él detestaba, aunque en el fondo de su ser comprendía.

—No quieras volver a intentarlo.

—¿No piensas denunciarme?

—No, que sea mi hija quien te juzgue si en verdad quiere hacerlo.

—Sé que Aitana no me lo perdonará.

—Solo ella podrá decidirlo.

Zach estaba convencido de que ella no lo perdonaría. No había mucho más para decirse. En ese corto diálogo acababa la cacería que le había quitado el sueño. Nunca imaginó que acontecería de este modo. La imagen de Torres bajo el dintel de la puerta puso fin a la escueta pero significativa visita. Volvió a mirarlo antes de abandonar la habitación y darle el paso a Torres, que ingresaba con un gesto adusto.

—Mierda, fueron los cinco minutos más largos de mi vida. Allí afuera esperando que este sujeto gatillara otra vez.

—Menuda fe me tienes.

Ambos se trenzaron en una conversación sobre tiempos perdidos. Muy pronto, Torres abandonaría la ciudad para abocarse a los negocios que mantenía con Abascal. Desconocía qué haría su amigo y no era momento de preguntarlo. Esperaba que cada pieza volviera a su lugar.

EPÍLOGO

# EL RENACER

*Llanes, un año después*

Hacía años había jurado no regresar al lugar que me vio nacer. Sin embargo, entendí que los juramentos se hacían para romperlos, y por ese motivo volví. No lo hice sola sino en compañía del hombre del que nunca debería haberme separado. No me costó tomar la decisión después de los acontecimientos que viví en Buenos Aires. Nada me retenía allí; nuestra hija había elegido su camino y muy pronto volveríamos a reunirnos. Había logrado convencer a Carmela para que viajase al Sur. Creía que le vendría bien ausentarse de la ciudad y no quedarse en la soledad de la casa. Por otro lado, su compañía ayudaría a mi adorada hija en su empecinamiento por permanecer en la posada. Mi hijo estaba feliz al mando del hotel que creía, equivocadamente, manejar del mejor modo. Nada me ataba a aquel lugar. Estela ya no estaba; su despedida fue un dolor grande, pero había podido acompañarla hasta el final. De Manuel poco sabíamos, al parecer se había ido de la ciudad con el dinero obtenido

por la información que le dio a mi hijo. Ansiaba que encontrase la paz que nunca tuvo y que el recuerdo de su madre dejara de hostigarlo. Esta era una nueva etapa de mi vida y pensaba vivirla sin culpas ni remordimientos todo el tiempo que me restase.

Esa noche, en mi pueblo se celebraba la festividad de la Virgen de la Guía entre cánticos y bailes, en una procesión que nos llevaría hasta los acantilados. Desde allí contemplaba las bamboleantes y oscuras aguas del Cantábrico. El rugido del mar, aquel sonido que había extrañado tanto, se fundía con el batir de palmas de quienes estábamos allí. En medio de la noche, el resplandor de los fuegos artificiales cubrió el cielo. Algunos de los concurrentes continuaban con los rezos, otros se retiraban del lugar frente a la algarabía que representaba en aquel mes de septiembre la mentada y sentida celebración. Los dedos de Santiago rozaron mi cuello no solo como una caricia, sino para deslizar la mantilla negra que cubría mi cabello y colocar el nardo que había caído de mi vestido. Rodearme de su perfume había sido una manera de sentirlo conmigo y recordarlo. El aroma narcótico y frutal que había acompañado mis sentidos, a pesar de la distancia y la ausencia de Abascal, esa noche volvía a envolverme.

Me volteé a contemplar esa mirada grisácea que me devoraba como cuando era una chiquilina y lo crucé a pocos metros de aquí. Como si pudiera escuchar los recuerdos que estallaban en mi mente, desvió sus ojos hacia el costado del risco.

—Parece que dejó de pertenecernos —repliqué con nostalgia.

En aquella gruta se vislumbraban las figuras de unos jóvenes que se sumaban al festejo.

—Te equivocas, vamos.

Él me tomó de la mano y avanzamos por un sendero angosto y sinuoso hasta alcanzar la guarida que había sido nuestro refugio. Desde allí se veían las luces de las antorchas que formaban parte de la celebración. Santiago me contemplaba de un modo diferente. Yo lo conocía y lo notaba extraño, y supe que algo sucedía. Enseguida comprendí el motivo.

—Siempre me sentí unido a ti. No importaba cuán lejos estuviéramos, ahí estabas dentro de mí. Cuando fui a buscarte a Buenos Aires, contaba con la ilusión de que regresaras conmigo. Nunca te dije que llevaba esto —dijo al sacar una pequeña cajita de terciopelo azul—, ábrela.

Conmocionada, la abrí. Con la vista húmeda, saqué las alianzas.

—No será dentro de una iglesia ni habrá un sacerdote que nos una, no lo necesitamos. No habrá invitados molestos que nos persigan ni familiares que nos puedan reclamar algo. No habrá música ni baile. Solo nosotros en este lugar especial para los dos. Aquí juro amarte el tiempo que me reste por vivir y hasta la eternidad. ¿Qué me dices, mi Alba?

—Que te he esperado toda la vida.

Con el mar como testigo, ambos nos fundimos en un beso lleno de promesas e ilusión. No importaba cuánto durase lo nuestro, al fin habíamos desafiado a todo y a todos, nuestro único obstáculo, al que no podíamos combatir, era el tiempo que nos quedaba por vivir.

*Bariloche, un año después*

La posada El Alba relucía esplendorosa luego de la ampliación. Hacía tiempo había buscado brindar mayor comodidad en la sala que daba al barranco. Desde allí, la vista al lago era maravillosa. Eso iba a atraer más clientes. No solo los que buscaran alojarse aquí, sino a los que desearan tomar el té. Cristi seguía probando nuevas recetas para atraer a la clientela. Su compañía y la de mi perro no me habían dejado caer en medio de la conmoción que había vivido tiempo atrás. No fue fácil saber que había ignorado tanto de mi vida. Me había costado aceptar el silencio de mi madre y la mentira en la que me había hecho vivir. Verla feliz con mi padre me daba alegría. Yo no había dejado de pensar en las implicancias que había tenido el pasado de mi madre en mi presente. El recuerdo de Zach me perseguía desde que me arrojara aquellas palabras la noche en que fui a buscarlo al hotel en que se alojaba. Luego de que mi padre saliera del hospital no tuve noticias de él. No me había dejado una carta ni una dirección, nada. En aquel momento creí que era lo mejor.

Me lancé a caminar cuesta abajo acompañada por Tronco, que estaba atento a todos mis movimientos desde que yo había llegado. Nunca me cansaría de contemplar ese paisaje que era parte mía. Allí encontraba la paz que necesitaba. Tronco traía una y otra vez la pequeña rama que le arrojaba. Entonces noté que algo sucedía. Se había quedado a mi lado sin mover el rabo ni ir a buscar la rama. Un leve gruñido me alertó. En ese instante me incorporé y me volteé. Me costó creer que la imagen que veía a pocos metros de mí fuera real. Rocé con mi mano el lomo de Tronco para que se calmase.

—¿Qué haces aquí?

—Aitana, creo que ya es tiempo de que hablemos.

Zach caminó hasta ella, a pesar del fuerte gruñido del animal.

—Nunca le he gustado.

—Eso parece.

Yo le lancé una vez más la rama y me distraje mirando hacia otro lado, porque no sabía qué decir. Su presencia me había tomado por sorpresa.

—Nos debemos una charla. Juro que me hubiera encantado tenerla antes, pero comprendía que no me recibirías y que necesitabas tiempo. Aitana, nunca imaginé que la historia de mi vida terminase de este modo. Siempre pensé que lo nuestro valía la pena, y por eso he regresado.

—Y creías que estaría esperándote.

—No, pero no quería dejarte demasiado tiempo para pensar.

—Joaquín, si esto no hubiera sucedido, puedo asegurarte que no habría dudado en jugarme por nosotros y comenzar algo en serio, sin importar la distancia.

—Eso no sucedió, Aitana. No puedo dejarte ir de mi vida, ni cambiar lo que sucedió. Sé que deseas que aquello no hubiera ocurrido, pero vengar la muerte de mi padre era lo que me instó a seguir adelante hasta hallar al culpable. Y debes saber que no me arrepiento de haber obrado del modo en que lo hice.

En ese instante la conversación mantenida con mi padre me vino a la cabeza. Había pasado un año y aún retumbaba en mi mente.

—Lo sé.

—Entonces, puedes comprenderme.

—Sí, pero no sé si existe una posibilidad entre nosotros.

—Aitana, claro que la hay. Yo intenté dejarte atrás, pero no he podido. Tampoco quisiera que pasara más tiempo y te olvides de mí.

Él se acercó y le acarició la mejilla.

—Por lo menos podemos intentarlo.

—Quiero que sepas que no soy la misma. Dejé de ser la joven que conociste tiempo atrás.

—Me gusta eso. Yo tampoco soy el mismo.

—Hagámoslo de otro modo.

—¿A qué te refieres?

—A dar un nuevo comienzo y ver si vale la pena continuar.

No estaba segura de poder hacerlo, temía que el pasado nos volviera a separar con recriminaciones y cuestionamientos. Pero, aunque deseaba no volver a sufrir, me costaba dejarlo ir.

—Soy Joaquín Zach. Este lugar cuenta con varias recomendaciones, por eso he venido hasta aquí. No sé si eres la empleada o la dueña de la posada, pero me gustaría alojarme aquí por una larga temporada.

—¿Estás solo o has venido con alguien?

—Estoy solo, aunque no pierdo las esperanzas de que sea por un corto plazo.

—Si hay algo que te sobra es confianza.

—No te creas —susurró—, pero es lo único que me queda si quiero volver a empezar.

—Sin promesas ni reproches.

—No debería haberlos, si recién nos conocemos.

Una tibia sonrisa asomó en el rostro de Aitana. Volvería a intentar algo con él. No importaba si resultaba o no, solo quería darse una nueva posibilidad. El tiempo diría si se había equivocado.

# AGRADECIMIENTOS

A mi esposo, Jorge, por apoyarme en este proyecto especial para mí.

A mi amiga, Gloria Casañas, por el apoyo incondicional de siempre.

A mi editora, Fernanda Mainelli, por allanarme el camino en esta nueva etapa de mi carrera.

A Marisa Corgatelli, por el respeto y el cariño con que abordó mi novela.

A cada uno de los lectores que, con mucho amor, me impulsan a continuar. Sin ustedes, nada de lo que escribo tendría sentido.

# BIBLIOGRAFÍA


Schávelzon, Daniel. *El expolio del arte en la Argentina. Robo y tráfico ilegal de obras de arte*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Schávelzon, Daniel. *El silencio es oro. Tráfico de arte durante el nazismo en la Argentina*, Buenos Aires, Olmo Ediciones, 2017.

Feliciano, Héctor. *El museo desaparecido. La conspiración nazi para robar las obras maestras del arte mundial*, Editor digital titivillus, 1996.




Alba Rivera está convaleciente pero con sus recuerdos más vivos que nunca. En ellos arde todavía el amor de su vida, Santiago Abascal, "el asturiano", ese hombre de carácter fuerte y personalidad arrolladora que escondió durante mucho tiempo un pasado turbio. Alba y Santiago se enamoraron perdidamente en la villa Llanes, Asturias, en una gruta frente al mar que terminó convirtiéndose en un refugio. Pero este amor no debía ser. En esa España convulsionada por la guerra civil y los inicios de la Segunda Guerra Mundial todo se complica. Una traición, intrigas, promesas y otros amantes que se interponen en su camino harán cada vez más imposible el reencuentro secretamente anhelado. ¿Podrá un amor triunfar por sobre las mentiras, el rencor, la mezquindad y el deseo de venganza? ¿Podrá vencer el tiempo y la distancia?

En *Una pasión del pasado*, Claudia Barzana relata magistralmente una historia que desata los sentimientos más bajos de la condición humana, pero también aquellos que nos hacen creer una vez más que el amor lo puede todo.



CLAUDIA BARZANA

Nació en la ciudad de Buenos Aires. Es abogada. Ejerció su profesión durante muchos años y también fue docente universitaria en la carrera de Derecho en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de Belgrano. Pero la pasión por la lectura la llevó a dedicarse solo a la literatura, a escribir historias de amor y a enfocarse en el género histórico romántico. Publicó las novelas *Al otro lado del fuego* (2013), *Lo indómito del espíritu* (2014), *La invención del mañana* (2015), *El ímpetu del mar* (2016), *Ojos grises* (2017), la bilogía *La ciudad de la niebla* (2018) y *Los secretos de la niebla* (2018), *El lazo invisible* (2019), *El susurro del viento* (2020), *Las cenizas del pasado* (2021), *Lejos del olvido* (2022) y *Luna del Magreb* (2023).

**Claudiabarzana@gmail.com**
**@claudiabarzana**

Foto de la autora: © Alejandra López

Barzana, Claudia
Una pasión del pasado / Claudia Barzana. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2025.
(Narrativa Femenina)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-781-6

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Foto de tapa: © Natasza Fiedotjew / Trevillion Images
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: septiembre de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
**penguinlibros.com**

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-644-781-6

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

# Índice

Una pasión del pasado
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo. El regreso
Capítulo 1. La llamada
Capítulo 2. El último trago
Capítulo 3. La libertad del mar
Capítulo 4. Una figura entre las tinieblas
Capítulo 5. Un extraño entre nosotros
Capítulo 6. Divide y reinarás
Capítulo 7. Aguas del olvido
Capítulo 8. Como la marea en bajamar
Capítulo 9. Chispazo fugaz
Capítulo 10. Fantasmas del pasado
Capítulo 11. Con tu ausencia
Capítulo 12. Una leve brisa de primavera
Capítulo 13. Secretos silenciados
Capítulo 14. El deseo
Capítulo 15. Jugada final
Capítulo 16. Una imagen entre los muertos
Capítulo 17. Presencia inesperada
Capítulo 18. El Guernica
Capítulo 19. Traición oculta
Capítulo 20. Una brasa incandescente
Capítulo 21. Murmullo indiscreto
Capítulo 22. De amores y traiciones

Capítulo 23. Sin perdón
Epílogo. El renacer
Agradecimientos
Bibliografía
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos